Carlos Antunes
Pierre Juquin
Penny Kemp
Isabelle Stengers
Wilfried Telkämper
Frieder Otto Wolf

Manifiesto ecosocialista

Edición de
Jorge Riechmann,
con la colaboración de
Irene Gómez-Olano
y Amanda Subiela Mathiesen

Colección Recobrados
CATARATA

Carlos Antunes
Pierre Juquin
Penny Kemp
Isabelle Stengers
Wilfried Telkämper
Frieder Otto Wolf

Manifiesto ecosocialista

Edición de
Jorge Riechmann,
con la colaboración de
Irene Gómez-Olano
y Amanda Subiela Mathiesen

Colección Recobrados
CATARATA

Carlos Antunes
Pierre Juquin
Penny Kemp
Isabelle Stengers
Wilfried Telkämper
Frieder Otto Wolf

Manifiesto ecosocialista

Edición de
Jorge Riechmann,
con la colaboración de
Irene Gómez-Olano
y Amanda Subiela Mathiesen

Colección Recobrados
CATARATA

Índice

I

Introducción. Irene Gómez-Olano, Jorge Riechman y Amanda Subiela Mathiesen

MANIFIESTO ECOSOCIALISTA. Carlos Antunes, Pierre Junquin, Penny Kemp, Isabelle Stengers, Wilfried Telkämper y Frieder Otto Wolf

Por una alternativa verde en Europa

PRIMERA PARTE. LOS RETOS

Capítulo I. Lo ecológico, lo social y lo económico

Capítulo II. La liberación de las mujeres

Capítulo III. Por un diálogo entre las culturas de nuestro planeta

Capítulo IV. Hacia una nueva cultura política

Capítulo V. Volver a fundar una perspectiva de emancipación social

SEGUNDA PARTE. ¿CÓMO ACTUAR?

Capítulo I. Resistir

Capítulo II. Reflexionar

Capítulo III. Reorientar

Capítulo IV. Reagrupar

II

El Manifiesto ecosocialista, treinta años después. Joaquim Sempere

Treinta años después: resistir, reagrupar y reorientar. Julio Setién

La transición ecosocialista debe comenzar con las experiencias de base (entrevista). Frieder Otto Wolf

Comparemos los dos Manifiestos ecosocialistas (1989 y 2001). Amanda Subiela Mathiesen

III

La crisis ecológica vista como un COROLARIO DE la economía política (o los límites del ecosocialismo). Ernest García

Debates en el marxismo ecológico: un primer mapa de la cuestión. Facundo Nahuel Martín

Crisis ecológica y estrategia socialista. Irene Gómez-Olano

Declaración ecosocialista de Belem (2009). Ian Angus, Joel Kovel y Michael Löwy

Ecosocialismo y/o decrecimiento. Michael Löwy

Ecosocialismo o decrecimiento: un falso dilema. Giacomo D'Alisa

Decrecimiento: socialismo sin crecimiento. Timothée Parrique y Giorgos Kallis

Revolucionar y ecologizar las fuerzas productivas.Una crítica ecologista del paradigma económico marxista. Joaquim Sempere

POR UN DECRECIMIENTO ECOSOCIALISTA. Michael Löwy, Bengi Akbulut, Sabrina Fernandes y Giorgo Kallis

NOTAS

Carlos Antunes, Pierre Juquin, Penny Kemp, Isabelle Stengers, Wilfried Telkämper y Frieder Otto Wolf

Manifiesto ecosocialista

Segunda edición a cargo de Jorge Riechmann,

con la colaboración de Irene Gómez-Olano

y Amanda Subiela Mathiesen

COLECCIÓN RECOBRADOS

ESTA NUEVA EDICIÓN DEL MANIFIESTO ECOSOCIALISTA SE INSCRIBE EN DOS PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN UNIVERSITARIOS: EL PRIMERO, RACIONALIDAD ECONÓMICA, ECOLOGÍA POLÍTICA Y GLOBALIZACIÓN: HACIA UNA NUEVA RACIONALIDAD COSMOPOLITA, CUYOS INVESTIGADORES PRINCIPALES SON LUIS ARENAS (UNIVERSIDAD DE VALENCIA) Y JUAN MANUEL ARAGÜÉS (UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA). REFERENCIA: PID2019-109252RB-I00. EL SEGUNDO ES HUMANIDADES ECOLÓGICAS Y TRANSICIONES ECOSOCIALES. PROPUESTAS ÉTICAS, ESTÉTICAS Y PEDAGÓGICAS PARA EL ANTROPOCENO, CUYOS INVESTIGADORES PRINCIPALES SON JOSÉ LUIS ALBELDA RAGA Y PAULA SANTIAGO (AMBOS DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN DE ARTE Y ENTORNO DE LA UPV, UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE VALENCIA). REFERENCIA: PID2019-107757RB-I00.

PRIMERA EDICIÓN: FEBRERO DE 1991

SEGUNDA EDICIÓN AMPLIADA: MAYO DE 2022

© CARLOS ANTUNES, PIERRE JUQUIN, PENNY KEMP, ISABELLE STENGERS, WILFRIED TELKÄMPER Y FRIEDER OTTO WOLF. SEGUNDA EDICIÓN A CARGO DE JORGE RIECHMANN, CON LA COLABORACIÓN DE IRENE GÓMEZ-OLANO Y AMANDA SUBIELA MATHIESEN, 2022

© Los libros de la Catarata, 2022

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Manifiesto ecosocialista

ISBN ELECTRÓNICO: 978-84-1352-498-6

THEMA: RNA/RNC

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

I

Introducción

Irene Gómez-Olano, Jorge Riechmann

y Amanda Subiela Mathiesen

1

Acaso no sea necesario insistir demasiado en que atravesamos una crisis ecológico-social de gravedad extrema, que pone un gran signo de interrogación sobre el futuro de la civilización humana en el planeta Tierra —quizá sobre la misma perduración de la especie humana—.

En el invierno de 2019-20 se cumplieron treinta años del primer Manifiesto ecosocialista europeo; los redactores del texto original (en francés) fueron Carlos Antunes, Frieder Otto Wolf, Wilfried Telkämper, Penny Kemp, Isabelle Stengers y Pierre Juquin. Fue traducido enseguida al castellano, y se publicó en el número 41 de la revista mientras tanto (verano de 1990)[1], fundada un decenio antes por Manuel Sacristán (el principal pensador ecosocialista español del siglo XX) y su compañera, la hispanista y pensadora feminista Giulia Adinolfi[2].

Después, el manifiesto se publicó también como libro (Catarata, Madrid, primavera de 1991), y pronto aparecieron traducciones al catalán/valenciano y al euskera, ambas publicadas también como libro en nuestro país (por descontado, otras traducciones se publicaron en lenguas diversas: alemán, inglés, portugués…). Esta obra logró catalizar muchos debates sobre izquierda y ecología durante los años 1990, e inspiró la creación de corrientes ecosocialistas en el seno de diversas organizaciones políticas.

Después, en 2001, se publicó un segundo e importante manifiesto ecosocialista (cuyos principales redactores fueron los filósofos Michael Löwy y Joel Kovel).

Tres decenios después, quizá el momento no sea malo para hacer balance: no de modo nostálgico, sino pensando sobre todo en el presente y el futuro. ¿Qué pueden significar hoy los ecosocialismos y ecofeminismos? ¿De qué manera se articulan con enfoques y movimientos posteriores, como el decrecimiento o las luchas de defensa territorial? ¿Qué debates teóricos han tenido más peso? ¿Cómo estimamos la fortaleza del capitalismo en la actualidad? ¿Y qué correlaciones de fuerzas con las iniciativas anticapitalistas? ¿Qué se está haciendo en la práctica? ¿Qué otras cosas se podrían hacer? ¿Qué peso concedemos a las perspectivas de colapso ecológico-social? El catedrático de la UB Enric Tello (uno de los traductores al castellano del Manifiesto ecosocialista de 1989) anticipaba, en el otoño de 2019: “Releer el primer Manifiesto ecosocialista está bien, si a la vez aprovechamos para entrar en el debate sobre qué nuevas formas de socialismo ecológico necesitamos ahora para hacer frente a la emergencia de todas las crisis combinadas en marcha, planteando el peliagudo problema de los nexos y ‘espirales’ (transición energía-transporte-alimentación-agua-residuos, etc.)”.

2

Así, con la ayuda y la complicidad de Los Libros de la Catarata, hemos recuperado el texto de este manifiesto que ofrecemos hoy en nueva edición (con traducción muy levemente corregida, y unos pocos añadidos de contexto entre paréntesis cuadrados). Después, ensayos de Joaquim Sempere, Julio Setién y Amanda Subiela (junto con una entrevista de Frieder Otto Wolf) nos permitirán calibrar las reflexiones y propuestas del Manifiesto ecosocialista treinta años después de su primera publicación.

No resulta difícil identificar (desde la atalaya del a posteriori) algunos errores de análisis en el Manifiesto: así, por ejemplo, la

sobreestimación del carácter emancipatorio de la “onda expansiva” post-68. Joaquim Sempere (quien fue también uno de los traductores al castellano de aquel primer Manifiesto ecosocialista) aquilata bien la mayor parte de estos errores y aciertos en su texto “El Manifiesto ecosocialista treinta años después”. Pero lo importante es sobre todo que la línea política que aquí se dibujaba era la que albergaba el potencial de un cambio de rumbo (no solo político, también pre-político y civilizatorio) susceptible de evitar el desastre.

Posibilidades incumplidas, ay… El Manifiesto ecosocialista fue una iniciativa lúcida —por no decir clarividente—. Pero una iniciativa que de manera evidente naufragó, lo que estos días induce a la melancolía. “Las ideas verdaderas carecen de fuerza intrínseca”, dijo alguna vez Pierre Bourdieu: las del manifiesto eran en su conjunto ideas verdaderas que, por desgracia, no aglutinaron fuerza social suficiente. “La humanidad sería irresponsable si no emprendiera la autotransformación más completa y rápida que jamás se ha visto obligada a efectuar”, escribían los autores de este texto en 1989: esa irresponsabilidad se materializó trágicamente en los tres decenios siguientes.

Este naufragio nos obliga hoy a repensar las formas de comunicar, de expresar la urgencia y de relacionarnos con quienes, tal vez como nosotros y nosotras, estén luchando contra este sistema que conduce a la civilización a la catástrofe a marchas forzadas, pero desde otras coordenadas. La presente edición, con sus nuevas aportaciones, trata de contribuir a esta tarea de revisión y se concibe como parte de un trabajo que, pese a los difíciles retos que tenemos por delante, debemos seguir haciendo: tratar de evitar la barbarie.

3

Recientemente, el físico del CSIC Antonio Turiel (uno de los investigadores de referencia en nuestro país sobre energía y sociedad) comentaba la Ley de Cambio Climático y Transición

Energética (aprobada en el Congreso de los Diputados en abril de 2021) más o menos en los siguientes términos: una buena ley, si se hubiera aprobado y puesto en práctica hace veinte años (Turiel, 2021).

Nuestro retraso con respecto a la realidad se mide efectivamente en decenios. No somos contemporáneos de nosotros mismos: nos cuesta hacernos cargo de cómo se ha deteriorado la situación ecológico-social, y cómo correlativamente se ha reducido nuestro margen de maniobra, en los últimos veinte o treinta años. Por eso, tampoco nuestra concepción del ecosocialismo puede formularse en los términos relativamente optimistas de hace tres decenios: no cabe seguir pensando en una "buena" transición a una sociedad industrial ecosocialista que pudiera, por ejemplo, conservar (no digamos ya ampliar) los enormes consumos de energía del capitalismo actual. Mal que les pese a Mark Z. Jacobson o David Schwartzman. Por no hablar de las tonterías del "comunismo de lujo totalmente automatizado" a lo Aaron Bastani.

Ni siquiera quienes están metidos desde hace años en los debates ecosociales lo ven casi nunca. Se trata de nuestra ceguera mayor, anclada en nuestra ignorancia termodinámica. Así, en el Manifiesto ecosocialista hallamos la referencia a "un parque de máquinas que equivaldría [dentro de una o dos generaciones] a 40.000, 50.000, 60.000 millones de esclavos…". No, señores: ¡la estimación es falsa en un orden de magnitud! No 50.000 millones de esclavos energéticos sino 500.000 millones. Inimaginable, ¿verdad?

En 2018 la economía mundial funcionaba a base de una energía constante de 17 billones de watios, suficiente para alimentar continuamente más de 170.000 millones de bombillas de 100 W. Más del 80% de esta energía (…) procedía de los 110.000 millones de barriles de petróleo equivalentes en forma de hidrocarburos fósiles que alimentan (y están embebidos en) nuestras máquinas, transporte e infraestructura. A razón de 4'5 años/ barril, es el equivalente al trabajo de más de 500.000 millones de trabajadores (frente a los cerca de 4.000 millones que existen realmente en la actualidad). La historia económica del siglo XX fue la historia del aporte de la productividad solar prehistórica procedente del

subsuelo a la productividad agrícola de la tierra. Estos ‘ejércitos’ fósiles constituyen los cimientos de la economía mundial moderna y realizan su trabajo incansablemente en miles de procesos industriales y vectores de transporte (Hagens, 2020: 112).

Pero estamos ciegos ante la energía, porque no estudiamos la termodinámica básica. Semejante ceguera, casi huelga decirlo, no es un fenómeno social casual: viene condicionada por la enorme propaganda que constituye la mayor parte de la información que recibimos, orquestada por los principales beneficiados del capitalismo neoliberal. En televisión se da voz a las minoritarias posturas negacionistas “duras” (aquellas que ni siquiera aceptan que exista un cambio climático de origen antropogénico, por ejemplo), la publicidad comercial hace un enorme trabajo de greenwashing, y los movimientos sociales de supervivencia y emancipación son a menudo difamados (como en el caso de la campaña contra Greta Thunberg) o reprimidos. No nos creemos lo que sabemos, pero en parte es por la enorme contracampaña a la que también se nos somete a diario.

4

A pesar de que el capital controle el poder mediático, perfile la cultura dominante y anule casi cualquier intento de transformación, hay algunos logros que celebrar desde que se publicó el Manifiesto ecosocialista. Es en la intersección entre varios movimientos (como el antirracista, ecofeminista, ecologista, indígena y de defensa del territorio, entre otros) donde se puede encontrar una onda de cambio. Los años no pasan en vano. Miramos atrás con melancolía por lo que pudo haber sido y no fue, pero constatamos también que el mundo ha cambiado y algunas batallas se han ganado. La consolidación de estos movimientos con sensibilidad interseccional es definitivamente una de ellas. Enfrentan la crisis civilizatoria desde una mirada multidimensional y unifican luchas de forma integral. Vamos comprendiendo que el antirracismo no está

separado de la ecología, como tampoco lo está el feminismo de la lucha antiextractivista o la supremacía blanca del empobrecimiento de ciertas regiones del mundo. Todo está interrelacionado y necesita de la fuerza de esa diversidad para enfrentar la realidad.

En la sección final de este volumen, a través de varios ensayos importantes, damos voz a quienes estos últimos años han trabajado por un encuentro entre dos importantes líneas de pensamiento y praxis: ecosocialismo(s) y decrecimiento(s). Pues creemos que solo lo que cabe llamar ecosocialismos decrecentistas (Jorge Riechmann suele hablar de ecosocialismo descalzo) se hallan a la altura de las responsabilidades de la hora. Desde el ecofeminismo, propuestas como el enfoque de subsistencia de Maria Mies y Vandana Shiva hace mucho tiempo que comprendieron esto (Mies, 1992 y 2019; Mies y Shiva, 2015), y nos honra encontrarnos en ese camino. Pues, como señala Joaquim Sempere, "entre quienes rechazan las trampas e ilusiones del 'capitalismo verde', el decrecimiento —en una u otra de sus expresiones— aparece como un horizonte cada vez menos discutible" (2021: 32)[3].

Bibliografía

García

Sempere

, Eva, 2021. "¿Quién teme al decrecimiento?", Nuestra Bandera, 251 (monográfico sobre Socialismo verde: respuestas urgentes ante la crisis ecológica), segundo trimestre de 2021, Madrid.

Hagens

, Nate, 2020. "Una economía para el futuro: más allá del superorganismo", PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global 151, Madrid.

Mies

, Maria, 1992. “Liberación del consumo o politización de la vida cotidiana”, mientras tanto 48, Barcelona.

—

2019. Patriarcado y acumulación a escala mundial, Madrid: Traficantes de Sueños (original alemán de 1986, edición inglesa en 1999).

Mies

, Maria, y

Shiva

, Vandana, 2015. Ecofeminismo, Barcelona: Icaria (edición original inglesa en 1993).

Sempere

, Joaquim, 2021. “El movimiento a favor del decrecimiento”, Nuestra Bandera 251 (monográfico sobre Socialismo verde: respuestas urgentes ante la crisis ecológica), segundo trimestre de 2021, Madrid.

Spash

, Clive, 2020. Fundamentos para una economía ecológica y social. Madrid: Catarata/FUHEM

Turiel

, Antonio, 2021. “La Ley de Cambio Climático y Transición Energética: una valoración personal”, blog The Oil Crash, 19 de abril de 2021; https://crashoil.blogspot.com/2021/04/la-ley-de-cambio-climatico-y-transicion.html

Cronología de algunos hitos en la formación del pensamiento y la

praxis

ecosocialista (centrándonos más bien en el Occidente

euro-norteamericano)

1845: Alexander von Humboldt (1769-1859) comienza a publicar en Alemania su magna obra Cosmos.

1864: George Perkins Marsh (1801-1882) publica en EE UU Man and Nature (El hombre y la naturaleza).

1867: Karl Marx (1818-1883) publica el primer volumen de El capital, su crítica de la economía política (una evaluación de La ecología de Marx en el libro homónimo de John Bellamy Foster, publicado en español en 2004).

1883: William Morris (1834-1896) se incorpora orgánicamente al movimiento socialista británico, en cuyo seno desarrolla posiciones que un siglo después se llamarán ecosocialistas, expuestas en múltiples conferencias y debates públicos.

1898: Piotr Kropotkin (1842-1921) publica Campos, fábricas y talleres.

1915: Patrick Geddes (1854-1932) publica Cities in Evolution (Ciudades en evolución).

1928: Walter Benjamin (1892-1940) publica Einbahnstrasse (Dirección única).

1934: Lewis Mumford (1895-1990) publica Technics and Civilization (Técnica y civilización).

1949: se publica póstumamente A Sand County Almanac (Almanaque del Condado Arenoso) de Aldo Leopold (1887-1948).

1950: K. William Kapp (1910-1976) publica The Social Cost of Business Enterprise (Los costes sociales de la empresa privada).

1955: en la Universidad de Princeton se celebra el histórico simposio “Man’s role in changing the face of Earth” (La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra), donde desempeña un papel aglutinador Carl Sauer (1889-1975).

1962: Murray Bookchin (1921-2006) publica Our Synthetic Environment (Nuestro medio ambiente sintético), bajo el seudónimo de Lewis Herber.

1962: Rachel Carson (1907-1964) publica Silent Spring (La primavera silenciosa).

1964: Robert Jungk (1913-1994) funda su Institut für Zukunftsfragen (Instituto para las Cuestiones del Futuro) en Viena, el primero de su especie en el mundo.

1966: Barry Commoner (1917-2012) publica Science and Survival (Ciencia y supervivencia).

1966: Kenneth E. Boulding (1910-1993) publica su artículo “The economics of the coming Spaceship Earth” (“La economía de la futura nave espacial Tierra”).

1968: René Dubos (1901-1982) publica So Human an Animal (Un animal tan humano).

1971: Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994) publica The Entropy Law and the Economic Process (La ley de la entropía y el proceso económico)

1972: se publica el célebre estudio del MIT The Limits to Growth (Los límites del crecimiento).

1972: Rudolph Bahro (1935-1997) escribe La alternativa (que no se publicará sino años más tarde, en 1977, en Alemania occidental).

1973: Ernst Schumacher (1911-1977) publica Small is Beautiful (Lo pequeño es hermoso).

1973: Ivan Illich (1926-2002) publica Tools for Conviviality (La convivencialidad), y al año siguiente Energía y equidad.

1974: René Dumont (1904-2001), primer candidato ecologista y ecosocialista a la presidencia de la República Francesa; publica Seule une écologie socialiste en 1977.

1975: André Gorz (1923-2007) publica Écologie et politique (Ecología y política) bajo el seudónimo de Michel Bosquet.

1975: Wolfgang Harich (1923-1995) publica Kommunismus ohne Wachstum? (¿Comunismo sin crecimiento?).

1977: Fred Hirsch (1931-1978) publica The Social Limits to Growth.

1979: Manuel Sacristán (1925-1985) formula su "Comunicación a las jornadas de ecología y política" de Murcia. En el mismo año, el pensador ecomarxista español (junto con su compañera Giulia Adinolfi y otros colaboradores/as) lanzan la revista mientras tanto.

1980: Thomas Ebermann y Rainer Trampert, junto con otros militantes, impulsan una corriente ecosocialista dentro de Die Grünen (el partido verde alemán), y en 1981 se funda la revista Moderne Zeiten.

1980: William R. Catton (1926-2015) publica Overshoot (Extralimitación).

1980: aparece en español "El mito del Desarrollo" de Cornelius Castoriadis (en el seno del volumen colectivo Reflexiones sobre el desarrollo y la racionalidad)

1984: Raymond Williams (1921-1988) publica Towards 2000 (Hacia el año 2000).

1986: Maria Mies publica Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour (Patriarcado y acumulación a escala mundial).

1986: Enrique Leff (nacido en 1946) publica Ecología y capital: hacia una perspectiva ambiental del desarrollo.

1987: José Manuel Naredo (nacido en 1942) publica La economía en evolución.

1988: Vandana Shiva (nacida en 1952) publica Staying Alive (Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo).

1988: James O'Connor (1930-2017) y sus colaboradores/as publican el primer número de la revista Capitalism, Nature, Socialism (Capitalismo, naturaleza y socialismo).

1991: comienza a publicarse en Barcelona la revista Ecología política, fundada por Joan Martinez Alier.

1991: Elmar Altvater (1938-2018) publica El futuro del mercado (Die Zukunft des Marktes. Ein Essay über die Regulation von Geld und Natur nach dem Scheitern des "real existierenden Sozialismus").

1992: Mary Mellor (nacida en 1946) publica Breaking the Boundaries: Towards a Feminist Green Socialism.

1992: comienza a publicarse en París la revista Écologie politique (después Écologie & Politique), cuyo fundador y director, Jean-Paul Déléage, es también uno de los inspiradores del primer Manifiesto ecosocialista de 1989 (no aparece como firmante del texto, aunque hubiera podido hacerlo).

1992: Mike Davis (nacido en 1946) publica La ecología del miedo (Beyond Blade Runner: Urban Control. The Ecology of Fear).

1993: Francisco Fernández Buey (1943-2012) publica Discursos para insumisos discretos.

1996: David Harvey (nacido en 1935) publica Justice, Nature and the Geography of Difference.

1999: Paul Burkett (nacido en 1956) publica Marx and Nature–A Red and Green Perspective.

2001: Alf Hornborg (nacido en 1954) publica The Power of the Machine: Global Inequalities of Economy, Technology, and Environment.

2001: se publica un segundo Manifiesto ecosocialista (cuyos principales redactores son los filósofos Michael Löwy, nacido en

1938, y Joel Kovel). Al año siguiente, en 2002, Kovel (1936-2018) publicará El enemigo de la naturaleza (The Enemy of Nature: The End of Capitalism or the End of the World?).

Carlos Antunes, Pierre Juquin, Penny Kemp,

Isabelle Stengers,Wilfried Telkämper y Frieder Otto Wolf

Manifiesto ecosocialista

Por una alternativa verde en Europa (1989)

POR UNA ALTERNATIVA VERDE EN EUROPA

Políticos de todas las obediencias tratan de llevar a su molino el agua de los primeros éxitos de los Verdes. Ahora bien, la dinámica verde, tanto en Europa occidental y central como en el Brasil, en la Unión Soviética o en otros lugares, junto con otras mutaciones importantes y en relación (consciente o no) con ellas, revela la crisis de la política establecida, es decir, el divorcio cada vez más profundo entre los representantes convencionales y sus comportamientos, por un lado, y los problemas reales, por otro. ¿Acaso la cuestión ecológica no es uno de los factores de los cambios que están teniendo lugar en los países del Este [en 1989]?

Este movimiento está tan solo en sus inicios. Pues la vida terrestre es mortal: ahora lo sabemos. Y no es su muerte natural, sino social. La humanidad sería irresponsable si no emprendiera la autotransformación más completa y rápida que jamás se ha visto obligada a efectuar. Ninguna sociedad podrá eludir esta exigencia. Sin embargo, la política establecida no ha preparado a ninguna colectividad para abordar el reto. Los partidos tradicionales creen que tienen respuesta para todo, pero la verdad es que no tienen nada que ofrecer. La crisis ecológico-social no es un fenómeno nada sencillo. Puede desembocar en salidas muy distintas, en el Este y en el Oeste. Todas ellas están germinando ya en el movimiento real, tanto en el de las cosas como en el de las conciencias. Aparecerán otros factores, así como nuevas combinaciones impredecibles. Las trayectorias actuales de las sociedades del Este deberían movernos a todas y a todos a ser muy modestos en materia de previsiones. Es posible que emerja una civilización superior y pluralista. Posible, pero no seguro. Debido a las enormes desigualdades que hoy separan entre sí a los seres humanos, también es posible que los Estados, las clases o los clanes mejor abastecidos, mejor organizados y armados, elaboren e impongan soluciones fundadas en la opresión, la explotación y la exclusión de los pobres, de una parte de la juventud y de las mujeres. Resulta posible que pongan

apósitos sobre las heridas del siglo sin emprender ninguna terapia profunda. Esos grupos y aparatos tratan de que una parte de la población acepte modificar solo lo preciso para que el sistema pueda seguir funcionando.

Pero mienten los profesionales de la política y los tecnócratas que se jactan de tener dominada la situación. Y aumenta el número de quienes se dan cuenta de su mentira. De ahí se sigue que es viable un progreso real de la humanidad. A condición de que sepamos reflexionar y actuar solidariamente, sin dejar la dirección del cambio ni al dinero ni al poder establecido. Los problemas son tan graves que nos parece oportuno iniciar una reflexión pública acerca de las opciones que son posibles y ventajosas para toda la humanidad, incluidas las generaciones futuras, esforzándonos al mismo tiempo por dar al menos algunos pasos concretos sin más demora. Un entero proyecto histórico no cabe en pocas palabras. A la vista del debate que resulta indispensable, nosotros, mujeres y hombres con largos historiales de izquierda, a la vez distintos y convergentes, tomamos partido por la solución que se nos ofrece como la mejor en Europa: una alternativa ecosocialista, a la vez feminista y antiautoritaria.

Con este fin, en el presente manifiesto exponemos nuestras principales concepciones e intenciones comunes. Las sometemos a la consideración general, conscientes, por una parte, de los límites actuales de nuestra búsqueda, y, por otra, de la imperiosa necesidad de iniciar un diálogo profundo y honesto con todas aquellas y todos aquellos que se preguntan por la viabilidad de una salida de izquierda ecologista, aunque hayan seguido itinerarios distintos de los nuestros. Estamos a la escucha de todas y de todos, especialmente de los jóvenes. Publicaremos nuestro texto en varias lenguas, con la mención de los primeros apoyos recibidos y de las primeras contribuciones suscitadas por él, ya sea para aprobarlo, para corregirlo o incluso para contradecirlo.

La sociedad, en el Este y en el Oeste, no espera supuestas soluciones hechas y acabadas. Antes de elegir, examinemos a fondo qué puertas vamos a abrir. Pero no dejemos de elegir.

Primera parte. LOS RETOS

En Londres, en 1848, en el Manifiesto del partido comunista, escribían Karl Marx y Friedrich Engels: “En su dominación de clase apenas secular, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. El sojuzgamiento de las fuerzas de la naturaleza, la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la navegabilización de los ríos, poblaciones íntegras como surgidas de la tierra, ¿qué siglo anterior sospechaba que dormitasen semejantes fuerzas productivas en el seno del trabajo social?”.

Desde entonces han pasado cinco o seis generaciones, es decir, un instante fugaz comparado con los dos millones de años que han transcurrido desde la aparición de la especie humana. En Francia, por no citar más que este ejemplo, un peón debía trabajar 1,43 horas para comprar un kilo de pan en 1875, hoy 10 minutos; 1,26 horas para un litro de leche, hoy 7 minutos; 4,46 horas para un litro de petróleo, hoy 10 minutos. Y, sin embargo, su semana laboral ha disminuido de 63 a 39 horas. La esperanza de vida de una francesa al nacer ha aumentado de 28 años en 1780 a 44 años un siglo más tarde, y hoy rebasa los 80. La mayor parte de las familias europeas, por lo menos en el Oeste, están provistas, de manera desigual pero abundante, de neveras, lavadoras, televisores y automóviles. No obstante, ¿qué valor tiene este modo de vida para las personas?

Han emergido nuevos datos y nuevos problemas: exigencias de carácter ecológico, de liberación de las mujeres, de liberación de los pueblos de África, Asia, América Latina y Oceanía, de desenajenación salarial, política, en el corazón mismo de los países “ricos”. El movimiento real pone en entredicho, como jamás se había hecho, el modelo de civilización inventado por la burguesía. Imprime un nuevo empuje a la exigencia de abolición del modo de

producción capitalista. También impugna, con un vigor que no era de prever, el socialismo tal como se ha manifestado hasta hoy, es decir, como parte interesada —aunque con rasgos específicos— de este modelo de civilización. Exhorta al movimiento obrero a que supere este modelo, so pena de verse desbordado por él.

Capítulo I

LO ECOLÓGICO, LO SOCIAL Y LO ECONÓMICO

Desde su surgimiento, la vida sobre la Tierra no deja de transformarse, transformando a su vez el medio dentro del cual evoluciona. La humanidad ha tenido que adaptarse a las variaciones climáticas y reaccionar ante los fenómenos naturales. Todavía en fechas recientes, entre mediados del siglo XVI y mediados del XIX, ha experimentado una breve era glacial.

Hoy, en cambio, el problema tiende a invertirse. Es la especie humana la que ejerce violencia sobre el movimiento de la naturaleza. Aparte de las contaminaciones y del agotamiento de varios recursos, puede provocar cataclismos de magnitud parecida a la de las erupciones volcánicas o los terremotos, y aún mayores. Ha empezado a diezmar las especies animales y vegetales, a trastornar las cadenas tróficas. Difunde venenos en el ecosistema que durarán miles de años. Modifica la composición química de la atmósfera. En el más extremo de los casos, puede eliminar casi instantáneamente, mediante la guerra atómica y el subsiguiente invierno nuclear, toda vida superior sobre la superficie del planeta.

Nunca antes en la historia de la Tierra habían tenido lugar modificaciones de tal magnitud en lapsos tan breves. La relación de la sociedad con la naturaleza, al cambiar en cuanto a la escala y a la celeridad, cambia parcialmente de sentido. No es la naturaleza la que queda expuesta a peligros, pues su existencia proseguirá pase lo que pase. Lo que se acerca a un estado de grave peligro es la vida terrestre, y en primer lugar la vida humana. Este es el principal resultado del capitalismo. Hasta hoy el socialismo ha sido incapaz de hacer frente a este desarrollo torcido. Al contrario, ha alcanzado igual resultado en períodos más cortos. Las principales pruebas están a la vista de todo el mundo.

El planeta, en peligro

La composición química de la atmósfera ha empezado a cambiar durante la segunda mitad del siglo XIX. Desde entonces la combustión del carbón, del petróleo y de la leña ha liberado más dióxido de carbono (CO2) del que han absorbido los océanos y la fotosíntesis. Pero desde comienzos de la década de 1950 este desequilibrio aumenta a un ritmo más acelerado. La naturaleza ha tardado más de cinco mil años, desde finales del último periodo glaciar, en incrementar en un 50 por 100 la concentración de CO2. De seguir el actual ritmo, las sociedades humanas habrán duplicado esta concentración en menos de un siglo. Cien veces más deprisa. Desde mediados de los años ochenta otros gases emitidos a consecuencia de actividades humanas (metano, compuestos del nitrógeno y del cloro) duplican el efecto invernadero del CO2. Estos cambios no pueden por menos de modificar las condiciones climáticas. El ozono no representa más que una capa de tres milímetros de espesor entre el Sol y nosotros. Esto equivale a un tercio de millonésima del espesor de la atmósfera. Pero esos tres milímetros han bastado para hacer posible el desarrollo de la vida en la superficie terrestre gracias a que filtran la luz solar absorbiendo la radiación ultravioleta que contiene. Cualquier modificación, por ínfima que sea, de la eficacia de este filtro podría acarrear consecuencias incalculables para las células vivas y la fotosíntesis. Pues bien, el equilibrio del ozono es resultado de un gran número de interacciones físico-químicas: durante los últimos años algunos productos industriales cuya presencia es inferior a la milmillonésima parte de la concentración total —los célebres CFC— parecen haber bastado para deteriorarlo. Se trata de un temible "granito de arena".

En algunos miles de años la humanidad ha convertido amplias extensiones en desiertos o zonas semidesérticas. Este tipo de destrucciones se está acelerando. Cada veinte segundos desaparece una explotación agrícola en algún lugar del planeta. La carga química del medio ambiente y de los seres vivos crece peligrosamente (y no solo debido a las prácticas agrícolas, sino también a causa de la medicina). En Europa, y en general en los

países industrializados del hemisferio norte, los bosques se degradan. Las lluvias ácidas no son más que uno de los factores causantes de este flagelo. Un aumento anual del 1 por 100 en el transporte por carretera de la CEE podría emitir cada año, de seguir las mismas pautas vigentes hasta ahora, 80.000 toneladas adicionales de óxidos; al cabo de uno o dos decenios ningún bosque habría resistido. Alemania, Polonia y Checoslovaquia contribuyen considerablemente a esa degradación debido a la contaminación que provocan. Cada año desaparece por tala o incendio una extensión de lo que queda de las selvas tropicales casi equivalente al territorio de la antigua RFA (República Federal Alemana).

Dos tercios de la población mundial carecen de agua potable. Cada día mueren por esta causa 25.000 personas. El agua sucia mata cada año a 4,6 millones de niños. En muchos países industriales los mantos freáticos han quedado afectados. Si persiste el ritmo actual, dentro de diez años dos tercios de las corrientes fluviales del planeta estarán reguladas por pantanos, cuyas consecuencias serán catastróficas. Pese a su extensión, el océano mundial no podrá seguir digiriendo por mucho tiempo los 20 millones de toneladas de desechos que las sociedades humanas arrojan en él cada año, ni los vertidos de hidrocarburos. Es un asesinato. Pero es también un lento suicidio. Aparecen problemas nuevos como, por ejemplo, la contaminación debida a unas ondas electromagnéticas cada vez más cortas, que se utilizan masivamente en aplicaciones técnicas.

Cada fenómeno ecológico es un secreto por descubrir, un problema por desenmarañar. Pero a costa de poner unas y otras cosas en entredicho, la ecología actúa, por así decir, al modo de un suero de la verdad. Tiende a aportar una crítica radical al sistema dominante de producción y consumo. Para muchas personas sacude unos esquemas persistentes que han sido y/o siguen siendo unas “cárceles de larga duración”.

¿Es preciso perder la vida para ganársela?

Al mismo tiempo, se desarrolla la explotación de millones de

asalariados, mujeres y hombres. Esa explotación es resultado, por de pronto, de la "venalidad general" con la que en el sistema capitalista se trata al ser humano como fuerza de trabajo susceptible, al igual que cualquier otra mercancía, de compra-venta. En este sistema la relación entre empleadores y asalariados, mujeres y hombres, no es esencialmente un vínculo humano, sino una relación económica. La burguesía dominante permite vivir a millones de personas solo a cambio del trabajo productivo que les impone. Estas mujeres y estos hombres, para poder contar con los medios de subsistencia necesarios, se ven obligados a vender a terceros una parte esencial de su actividad vital. En cuanto lo han hecho, esta actividad, para ellas y para ellos, ya no es más que un medio de existencia, y deja de ser una finalidad humana: la del libre desarrollo de su personalidad.

Tal dependencia existe, sea cual sea el precio de venta de la fuerza de trabajo, que tiende a mantenerse en los límites adecuados a los imperativos del beneficio determinados por el sistema. En efecto: por una parte, se persigue una acumulación incesante que aumenta la demanda de personal, y, por otra parte, se mantiene de modo permanente —ya sea por las innovaciones técnicas o por el recurso a nuevos "yacimientos" de fuerza de trabajo— un "ejército de reserva" que hace competir entre sí a los asalariados de ambos sexos, en lugar de fomentar su solidaridad. El paro y la precariedad del empleo, la desvalorización del trabajo femenino, la disminución de los ingresos de los campesinos pequeños y medianos, la sobreexplotación del Tercer Mundo a través de la inmigración o directamente sobre el terreno en Asia, África, América Latina y Oceanía, extensas bolsas de pobreza hasta en los países más ricos: he aquí una serie de rasgos actuales del sistema, que no son coyunturales, sino estructurales.

No obstante, la dependencia no se reduce a ese sometimiento formal. Ni el régimen del trabajo asalariado ni la competencia, sea cual sea su importancia, bastan para definir la dominación económica del capital. Esta procede del propio proceso de producción establecido por el capital: "Las masas obreras, apiñadas en la fábrica, son organizadas militarmente. En su calidad de soldados industriales rasos, son puestos bajo la supervisión de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. No solo son esclavos de la

clase burguesa, del Estado burgués, sino que son esclavizados a diario y a toda hora por la máquina, por el capataz y sobre todo por los propios fabricantes burgueses individuales" (Manifiesto del partido comunista). Como precisa Marx en un capítulo inédito de El capital, se trata de "un modo de producción específico en lo que respecta no solo a la tecnología, sino también a la naturaleza y a las condiciones del proceso de trabajo. Se trata del modo de producción capitalista. Solo entonces se efectúa el sometimiento real del trabajo al capital".

La tecnología y el maquinismo no son neutrales ni respecto a los seres humanos ni en lo referente a los ecosistemas. En toda producción de tipo capitalista las condiciones de trabajo (en sentido amplio) dominan al asalariado y a la asalariada, en lugar de estar sometidas a ellos. "El medio de trabajo, convertido en autómata, se yergue frente al obrero durante el proceso de trabajo bajo forma de capital, de trabajo muerto que domina y absorbe su fuerza viva" (El capital, II). Es una catástrofe que las experiencias comunistas de este siglo hayan mantenido, en los países del Este, este sometimiento real, reproduciendo en condiciones de planificación las mismas modalidades de la producción capitalista que explotan intensamente la naturaleza y reducen al trabajador y a la trabajadora al papel de máquina o de engranaje de la misma. Desde hace un par de siglos los asalariados de ambos sexos han luchado. Frente a la competencia han esgrimido la solidaridad, han logrado reducciones de la jornada de trabajo y han combatido para mejorar su condición. Pero no han conseguido acabar con el sojuzgamiento real. En los Estados Unidos y en los países capitalistas europeos, por lo menos en una primera fase, acaban de perder la batalla de la modernización.

De hecho, el capitalismo no se limita a un mero estropicio de material técnico y humano, sino que se propone erigir, mediante reestructuraciones, un nuevo sistema de acumulación que siga supeditando a los seres humanos a la producción. En particular, aspira a acortar la vida de los medios de producción, a transferirlos velozmente de una a otra región del planeta; en suma, a lograr que la propia producción sea el mejor mercado para ella misma. La automatización del trabajo, las industrias de proceso o la recomposición de tareas no terminan por sí mismas con la

dominación del ser humano por la máquina, con la división técnica del trabajo en tareas parcelarias ni con la multiplicación de las tareas poco cualificadas, y en todo caso no intelectuales. Un trabajo de vigilancia no es por sí mismo una actividad intelectual. Esas innovaciones introducen nuevas divisiones, nuevas fragmentaciones en la clase obrera, en particular cuando separan los trabajos menos cualificados o subordinados del proceso de producción principal, para dejarlos en manos de empresas subsidiarias o de trabajadores y trabajadoras eventuales o con empleo precario (sobre todo jóvenes). La informatización hace que el sometimiento al maquinismo penetre en áreas laborales hasta ahora inmunes a él, especialmente en los servicios. Por añadidura, el capital incrementa la dependencia de toda la población respecto de producción dominada por él al generar necesidades que solo pueden satisfacerse mediante la compra de mercancías. También a este respecto los países del Este, pese a sus distintas estructuras políticas y sociales y a un desarrollo técnico y productivo generalmente inferior, han de hacer frente a desafíos similares.

Capitalismo y ecología

Resulta simplista describir como solo capitalista la actual economía mundial, pues en ella se dan otras manifestaciones fundamentales de explotación, especialmente el patriarcado. Pero es patente que el modo de producción capitalista ha configurado desde hace siglos la economía mundial, que bajo su lógica se han estructurado la mayoría de Estados-nación, la mayoría de las clases sociales modernas y la producción y circulación de mercancías, y que sigue siendo dominante, lo cual puede apreciarse en el hecho de que ha impuesto porciones enteras de su modelo a los países del Este y ha invadido África, Asia, Latinoamérica y Oceanía.

¿Quién es el responsable de la “marea negra” del Amoco Cádiz? La Standard Oil of New Jersey. ¿Y de la de Alaska? La Exxon. ¿Quién se niega a aceptar las normativas internacionales destinadas a prohibir el lavado de los depósitos de los petroleros en alta mar?

Los pabellones de conveniencia, es decir, inmensas flotas mercantes comanditadas por grupos financieros e industriales. ¿Quién fue el causante del drama químico de Seveso? La Hoffman-Laroche. ¿Y del de Basilea? La Sandoz. ¿Y del de Bhopal, en la India? La Union Carbide, cuyos beneficios en todo el mundo aumentaron aquel año en un 304 por 100. ¿Quién produce y consume más de la mitad de los herbicidas mundiales? Los Estados Unidos. ¿Y la mitad de los fungicidas? La CEE. ¿Y la mitad de los insecticidas? El conjunto de países de la OCDE. ¿Quién presiona a los campesinos de África, Asia y América Latina? En los arrozales de las Islas Filipinas, la Bayer, la Hoechst y la Schering despliegan sus enormes anuncios publicitarios de plaguicidas. Los grupos químicos de los países industrializados siguen fabricando DDT, cuyo uso está prohibido en estos países, y lo venden a los campesinos de otros continentes. Estos negocios prosperan. Los beneficios netos de la transnacional anglo-neerlandesa Unilever (291.000 empleados y más de 500 empresas en 75 países) acaban de aumentar, en cuatro años, en 1.000 millones de florines; su volumen de negocios se reparte de modo similar entre los productos alimentarios (Astra, Lipton, Royco, Iglo, etc.) y productos químicos especiales, abonos, detergentes, productos de tocador, etc. Aspira a una tasa de crecimiento real del 4 por 100 anual mediante la imposición de su modelo de consumo al Japón y al sudeste asiático. El volumen mundial de ventas de los CFC, destructores del ozono, se aproxima a los 3.000 millones de dólares. Esta cifra asciende por lo menos a 50.000 millones si se le añaden las aplicaciones industriales de estos gases. Las tres cuartas partes de esta producción se concentran en cinco países: siete transnacionales norteamericanas, con Dupont de Nemours en cabeza (35 por 100), Atochem en Francia, ICI en el Reino Unido, Hoechst en la antigua RFA… Sus filiales están instaladas en España, Italia y Grecia. África, Asia y América Latina, que compran cantidades cada vez mayores, solo producen el 5 por 100.

¿Quién está detrás de la deforestación del Amazonas? Veinte transnacionales norteamericanas (entre ellas Massey Ferguson, Union Carbide, Chrysler, Ford, Bethlem Steel), diez transnacionales japonesas (entre ellas Mitsubishi, Toshiba, Sony, Suzuki), seis transnacionales de la antigua Alemania del Oeste (pueden citarse Volkswagen y Bosch), cinco transnacionales italianas (Ferruzzi, Fiat, Pirelli…), tres transnacionales británicas y el grupo suizo Nestlé.

Las riquezas mineras del proyecto Grande Carajas están repartidas para los próximos trescientos años entre varias transnacionales japonesas, norteamericanas y alemanas del Oeste. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) intervienen decisivamente en Asia, África y Latinoamérica en proyectos que violentan a la naturaleza y a sus habitantes humanos; el 60 por 100 de lo que queda de los bosques tropicales está repartido entre cinco países —Brasil, Indonesia, Zaire, Perú y Colombia— que figuran en la lista de los más endeudados.

Estas son las fuerzas sociales que, en Europa, ciento cincuenta años atrás, empujaban a mujeres y niños a las minas y fábricas, imponiéndoles jornadas de hasta dieciocho horas diarias, y hacinaban a las familias obreras en viviendas insalubres. Se trata de las mismas fuerzas que hoy, en el hemisferio norte, provocan cierres y relocalizaciones de empresas, despiden, marginan a millones de personas, dictan el modo de consumo. Las mismas que en Sudáfrica someten aún a los negros al apartheid. Las mismas que extraen superbeneficios del trabajo de sus antiguos esclavos, de los inmigrados, de los obreros, de los campesinos, de los marineros del Tercer Mundo. Las mismas que en la Amazonia infligen a los indios una “solución final”, dan trabajo a los explotados de las favelas pagándoles menos de cien dólares al mes, prohíben los sindicatos y arman a los pistoleros que mataron a Chico Mendes.

En lo que respecta a los “países socialistas…” más adelante les dedicaremos el examen que merecen. Pues el beneficio privado no lo explica todo.

Responsables

Es evidente, a nuestro parecer, que las estructuras desempeñan el papel fundamental en nuestras sociedades. La vida de las personas deriva y depende de ellas. Las estructuras determinan en gran medida las mentalidades, ideas, opiniones y conductas. ¿Dónde se sitúan entonces nuestros márgenes de libertad, nuestras posibilidades de atajar o agarrotar el funcionamiento de los

sistemas, de invertir su dinámica y de cambiar las estructuras?

De algún modo, todos y cada uno de los europeos y las europeas son responsables. En Gran Bretaña una familia de cuatro personas produce 44 toneladas de CO2 al año: el 25 por 100 procede del automóvil individual y el 3 por 100 de los transportes colectivos. Un automóvil consume por cada 1.000 kilómetros la misma cantidad de oxígeno que un ser humano necesita para respirar durante un año. Lavar un automóvil requiere un promedio de 190 litros de agua. La lavadora de ropa, 120 litros cada vez. El lavaplatos, 80 litros. La mayoría carece de otra opción: el sistema es coercitivo. Y la responsabilidad se reparte según las diferencias sociales: en las zonas "elegantes" de París el gasto diario de agua por habitante es de 200 litros, mientras que en los barrios populares solo asciende a 90 litros. Ello no obsta para que haya responsabilidades compartidas. Partes de la selva tropical se esfuman en nuestras tazas de café o de chocolate. Otras las devoramos con las hamburguesas. Hay compañías que venden DDT y HCH a Burkina Faso para que este país suministre judías verdes a Europa en febrero. En la RFA el precio de una taza de café se reparte del modo siguiente: 14 por 100 para el supermercado alemán, 6 por 100 para las industrias de embalaje y transporte, 12 por 100 para las industrias mecánicas y de automóviles, 5 por 100 para la industria química, 1 por 100 para el importador, más del 30 por 100 de impuestos y tasas de la RFA, 3 por 100 para el gran terrateniente guatemalteco, 7,5 por 100 de tasa a la exportación percibida por el gobierno de Guatemala y 4 por 100 para el campesino productor. El consumo de café, motivador de estrés, esnobismo y publicidad, se ha decuplicado en Alemania occidental desde comienzos de los años cincuenta.

Pero la verdadera responsabilidad, individual y colectiva, de cada una y de cada uno de nosotros es de carácter general. En lugar de acomodarnos al sistema, lo que deberíamos hacer es combatirlo. Llevando su lógica hasta sus últimas consecuencias, la ecología política, a diferencia de la teoría económica clásica, no considera ineluctable el capitalismo. Cabe incluso pensar que otras vías de desarrollo eran posibles en la época moderna. La ecología política no fomenta tampoco la ilusión de que los problemas se resolverían con otro sistema económico productivista. Su fuerza radica en que

somete a crítica a toda teoría económica concebida en el siglo XIX sin tomar en consideración el ecosistema ni la demografía.

¿Neoliberalismo? ¿Políticas ambientalistas?

El capitalismo, incapaz actualmente de imponer una dictadura "ecofascista", vacila entre dos opciones.

En primer lugar, una opción neoliberal. Pero hace siglos que funciona, tras el mercado, la "mano invisible" de que hablaba Adam Smith. ¿En virtud de qué milagro iba a ser el egoísmo de todos contra todos menos nocivo mañana que ayer para la naturaleza y el ser humano? ¿A santo de qué múltiples decisiones competitivas y exasperadas iban de repente a armonizarse con el ecosistema y a dar paso a un bienestar generalizado? Dado que la productividad se define hoy como el rendimiento obtenido por trabajador empleado, sin contabilizar los costes sociales y ecológicos, si se mantiene en vigor el mecanismo de aumento de la productividad con miras al beneficio se seguirán produciendo bienes y técnicas que agravarán aún más el paro, la intensidad del trabajo y las violencias contra la naturaleza. Hasta tal punto esto es así que el propio capitalismo, cuando se trata de preservar las condiciones de su reproducción y sus beneficios, no se abstiene de intervenir mediante sus bien visibles "manos": los bancos, las transnacionales y los Estados. Lo han probado en la práctica Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y se puede comprobar también en el Japón "liberal" o en los nuevos países industriales de Asia.

Un número no desdeñable de capitalistas tienden a preferir otra manera de defender sus intereses. Entre los años 1930 y 1940 se estableció en los Estados Unidos un compromiso social, el compromiso keynesiano. Tras la Segunda Guerra Mundial, ese American way of life se extendió a los otros países capitalistas. Aquel compromiso, fruto de prolongadas luchas y cargado de contradicciones sociales, está hoy agotado, o cuando menos ha llegado al límite. De momento no parece despuntar ningún otro compromiso social que sea más favorable a los asalariados y

consumidores. ¿Cabe prever acaso un ajuste sustitutorio en el terreno de lo ecológico?

En una página muy citada de El capital, Marx dice: “El capital esquilma a la vez las dos fuentes de toda riqueza: la tierra y el trabajador”. Ahora bien, en el curso de la evolución del capitalismo se han podido alcanzar soluciones prácticas para salvaguardar la fuerza de trabajo y asegurar su mantenimiento. Actualmente esa evolución puede desembocar en soluciones bastante parecidas con miras a la salvaguarda y preservación de la naturaleza. Es un planteamiento simplista decir que la alternativa consiste en optar por una rápida destrucción del capitalismo o por el suicidio de la humanidad. En el hemisferio norte ya se ha iniciado una reforma ecológica del capitalismo bajo el rótulo de “política ambientalista”: controles coercitivos impuestos a las empresas privadas y públicas, sanciones penales o financieras contra delitos ecológicos, investigación en técnicas capaces de limitar los perjuicios ecológicos y que puedan proporcionar nuevos cauces a la acumulación de capital (por ejemplo, estudios de impacto para reducir los costes accesorios, reciclajes que proporcionen recursos suplementarios, producción de innumerables mercancías que puedan conquistar una nueva clientela, venta de bienes de equipo para descontaminación, ahorro de energía, etc.).

Semejante integración de la ecología topa con ciertos conglomerados de intereses capitalistas y estatales, pero está en marcha en varios países. Un compromiso ecokeynesiano, suponiendo que la “mano invisible” no vaya a cortarlo de raíz, sería para la ecología política lo que el aumento del consumo y la seguridad social son para el socialismo: un progreso real, pero limitado, provisional y contradictorio.

La política ambientalista preconiza el respeto básico de la propiedad privada de los medios de producción, el mercado, la libre competencia, la libertad de empresa, es decir, el respeto hacia factores esenciales que fomentan el desorden, la permisividad, la falta de control cívico sobre la técnica y la economía. Por esta razón solo puede ser parcial, fragmentaria, encaminada no a prevenir los daños, sino a repararlos.

La política ambientalista toma como marco la actual contabilidad

económica. Está condenada, pues, a tropezar con la práctica incapacidad de esta para traducir los costes y riesgos ecológicos en "valores de cambio" por anticipado. La política sanitaria ha topado ya con este problema.

La política ambientalista depende de los aparatos de Estado y de las direcciones de los grupos financieros e industriales; incluso puede reforzarlos. Sobre el terreno, no puede tener la agilidad, la precisión y la radicalidad de una intervención democrática directa.

Tal vez algo cabría hacer si los trabajadores pudieran plantearse lo siguiente: "Abordemos primero lo más urgente. Zanjemos cuanto antes el problema ecológico. Una vez preservadas las condiciones de vida, ya nos enfrentaremos a propósito de lo social". Sin embargo, los pobres de los países ricos y las muchedumbres menesterosas de África, Asia, Latinoamérica y Oceanía no pueden esperar. ¿Y merecerá confianza una reglamentación ecológica si lo social no está reglamentado? En suma, de lo que se trata, a nuestro juicio, no es de buscar los mejores procedimientos para reactivar la acumulación del capital, sino de resolver con la máxima eficacia humana y ecológica los problemas objetivos que se plantean.

Dos lógicas

Dos lógicas distintas están frente a frente: por una parte, la lógica autonomizada de lo económico; por otra, la lógica de lo vivo y lo social.

Como suma de los intercambios entre sociedades humanas y naturaleza, la economía constituye, desde hace unos dos millones de años, la base material de la vida y de la reproducción de todo grupo humano. No obstante, el capitalismo ha hecho de la economía un sistema cerrado, separado de la naturaleza y dominador. En unos pocos siglos la esfera de lo económico ha trastornado las sociedades al poner en vigor la idea de que las necesidades humanas son ilimitadas y de que la naturaleza tiene una ilimitada capacidad para satisfacerlas. Esto era tanto como

reducirlo todo a la utilidad inmediata. El área inmensa de lo que no puede instrumentalizarse ni traducirse en términos de eficacia económica pasó a considerarse lujo, superfluidad, haraganería o utopía, a menos que adquiriera carácter mercantil. Para semejante utilitarismo, los ecosistemas no son más que mundos inertes que pueden saquearse y envenenarse a discreción. El ser humano se convierte en fuerza de trabajo y capacidad de consumo; de sujeto pasa a ser objeto.

De hecho, estos postulados legitiman la tendencia esencial del capital a su propia acumulación sin límites. A partir de ellos se ha desencadenado una dinámica de reproducción ampliada. El planeta se ha convertido en una suerte de inmenso almacén que, para desprecio arrogante hacia los pobres, exhibe aquel famoso anuncio publicitario norteamericano: “Si no sabe lo que quiere, entre; lo tenemos”.

El capitalismo pone todo su empeño en moldear al ser humano real a imagen y semejanza del individuo mutilado que el economicismo requiere. Glorifica una noción estrecha de felicidad. Impone a todas y a todos una carrera desenfrenada en pos del beneficio. La magnitud decisiva es el valor de cambio. Los valores de uso pasan a un segundo plano. Llevando las cosas al límite, las producciones ideales para el capitalismo son las armas y la droga: máximos beneficios con una inmovilización mínima. Se imponen dos postulados que constituyen un sinsentido: la economía como sistema cerrado y la naturaleza y el ser humano considerados como indefinidamente explotables.

La economía jamás ha funcionado en el vacío. Todo ser vivo y toda sociedad gastan energía y solo pueden compensar esta disipación captando de su entorno energías de reposición. La energía no puede ser generada por el trabajo humano. Procede del Sol, ya sea directamente (radiación, calor) o indirectamente (energía eólica, hidráulica), de la radiación solar almacenada en los combustibles fósiles (petróleo, carbón, gas) y también, aunque en una proporción hoy muy reducida a escala mundial, del flujo geotérmico y de la energía nuclear.

En las economías industriales modernas, las fuentes abióticas de energía han sustituido ampliamente no solo al trabajo humano, sino

también al conjunto de recursos de procedencia biológica. El trabajo humano supone, en general, menos del 1 por 100 de la energía mecánica total empleada. Paralelamente, la actividad económica extrae materias primas de la naturaleza, devolviéndole los desechos generados. Esta actividad consume energía. Extraer una tonelada de cobre de yacimientos porfíricos cuya concentración sea del 1 por 100 exige 22.500 kilowatios-hora; el coste asciende a 43.000 si la concentración del mineral es del 0,5 por 100 y a 90.000 si es del 0,3 por 100. Una tonelada extraída del agua del mar exigiría, al parecer, 560.000 kilowatios-hora.

La agricultura, con el aumento de la mecanización, del uso de productos químicos y de la complejidad técnica de los cultivos, se convierte así en una actividad minera. Sustituye la extensión en superficie por energía procedente del petróleo; reemplaza energía solar por energía fósil. De este modo, pese a las apariencias, pierde en eficacia real. En el Reino Unido se gastaban, ya en 1963, 6,5 calorías fósiles para obtener 1 caloría de alimento; en los Estados Unidos, 9,6 calorías para 1 caloría de alimento en 1970.

Si el consumo energético por persona alcanzara, para una población mundial de 6.000 millones de seres humanos, el de los Estados Unidos, haría falta disponer inmediatamente de diez veces más kilowatios térmicos de los que hoy se consumen. En menos de un siglo, suponiendo una población constante, se agotarían las reservas de carbón, incluidas las supuestas, pero no probadas todavía. Las de petróleo se agotarían en dieciocho meses. La atmósfera seguramente no resistiría el impacto. Dado el actual estado de las técnicas, solo la construcción de centenares de reactores supergeneradores permitiría satisfacer, teóricamente, una demanda semejante. Ahora bien, ¿cuántos Chernobyl acecharían en un planeta supernuclearizado? ¿Qué efectos, conocidos o no, cabría esperar de las radiaciones ininterrumpidas que se emiten durante el funcionamiento “normal” de las centrales? ¿Qué soluciones se arbitrarían para unos residuos que, como el plutonio 239 (cuya vida radiactiva media es de 24.600 años), deberán ser administrados y vigilados por unos seres tan alejados de nosotros en dirección al futuro como lo son hacia el pasado los hombres de las cavernas?

En lo que hace al ser humano, su actividad no se puede dividir ni

comprimir a discreción. La moderna antropología se inclina a pensar que posee, tal vez desde sus orígenes, unos rasgos que no autorizan a dejarlo reducido a mera fuerza de trabajo. El trabajo productivo es, en efecto, uno de sus rasgos característicos, y además, desde los comienzos de la hominización, ha sido más amplio, adaptable y diversificado que lo que sugieren los útiles de piedra, las únicas herramientas que se han conservado hasta nuestros días. Pero también lo es la reproducción de los seres humanos, con todo lo que supone en cuanto a diferenciación de la sexualidad y a procedimientos de crianza y educación. Y el lenguaje, que sin duda no surgió solo debido a las constricciones económicas, sino de las necesidades de comunicación en todos los ámbitos de las relaciones humanas. Y el despertar del goce, en el trabajo sin duda, tal vez en el juego, en el amor y la convivencia, en la creación artística, que apareció muy pronto, especialmente en la fabricación de herramientas. Y, por último, el sentimiento de dignidad, que se manifiesta en los cuidados brindados desde muy antiguo a los muertos.

Una parte de la clase obrera, ese producto de la industrialización, nunca ha dejado de reflexionar en torno a estas cuestiones de fondo. Hasta 1848-1850 se opuso al maquinismo y al aislamiento deshumanizador de las tareas parcelarias. Hacia 1930 luchó contra el taylorismo. Actualmente reivindica de modo creciente algo más que un empleo y un salario. Se plantea preguntas como: ¿qué es lo que se produce? ¿Por qué, para quién y cómo se produce? Cuanto mayor es su cualificación, tanta más consciencia toma el obrero de las finalidades de la producción. Los nuevos movimientos de los trabajadores asalariados, simultáneamente con otros movimientos con los que, de momento, no convergen, asumen la vieja aspiración contenida en el lema “A cada una o cada uno según sus necesidades”. Pero también inician una reflexión sobre las propias necesidades. Tienden a colocar en su punto de mira la realización del individuo integral.

Una nueva radicalidad

Queda un largo trecho por recorrer antes de que la economía ocupe el lugar que le corresponde en la sociedad y en relación con la naturaleza. Y antes de que se redefina la libertad económica, a la vez como libertad para autodeterminarse, en cuanto trabajador o trabajadora y usuario o usuaria, en el acto de producción, y como libertad de producir insertando conscientemente los actos humanos en los ciclos naturales. Esta nueva radicalidad, ecológica y humana, ilumina los dos puntos ciegos del economicismo: la racionalidad de este solo tiene que ver con la visión a corto plazo, que queda desconectada de la visión a largo plazo, y por otra parte hace que la sociedad se extravíe al descomponer los problemas en cuestiones parciales, estrechamente especializadas, impidiendo así el pensamiento global.

Hasta ahora las sociedades han conseguido invadir territorios exteriores. Esto ya no se repetirá. Entre diez mil y doce mil años atrás, el planeta tenía unos cinco millones de habitantes. Los seres humanos son hoy más de 5.000 millones. Dentro de un siglo serán unos 10.000 millones, según las previsiones más bajas. Suponiendo que las sociedades humanas hubieran logrado reducir bastante los nacimientos, ¿podrían negarse a prolongar la esperanza de vida en todos los países y acrecentar así, al menos de modo transitorio, el número total de los vivientes? Esta realidad no será en modo alguno catastrófica si la producción, las necesidades y el consumo se estructuran sobre bases radicalmente nuevas, justas y ecológicas.

No hay ninguna otra escapatoria. Ya no podrán conquistarse nuevas Américas. Los sueños seudocientíficos de construir planetas artificiales o de emigrar a la estrella Alfa eluden los problemas estructurales. El sistema productivista no puede difundirse por todo el planeta. Si toda la humanidad tuviera que alimentarse empleando las técnicas agrícolas norteamericanas, todas las reservas de petróleo del planeta quedarían agotadas en cincuenta años solo para usos agrícolas; los suelos y las aguas sufrirían daños irremediables. En los Estados Unidos hay un automóvil por cada 1,8 habitantes; la media mundial es de un vehículo por cada 12 personas. Si se generalizaran los niveles de motorización de los Estados Unidos, ello supondría inmediatamente unos 3.000 millones de coches, y el doble dentro de un siglo. Es algo impensable.

La sociedad no tiene más salida que luchar contra el actual modo de producción y consumo, y abandonarlo. A partir de ahora, cualquier compromiso histórico, aunque se haya establecido transitoriamente en función de los problemas y de las relaciones de fuerza, tendrá que promover a la vez lo social y lo ecológico. Pocas veces la palabra ruptura, tan manoseada, habrá tenido una significación más clara. El ámbito de la transición ecosocialista que consideramos necesaria para Europa se sitúa en la interacción concreta de los ecosistemas y las sociedades humanas. Hay que tratar de conciliar, en una nueva síntesis práctica, las dos exigencias, las dos escalas temporales: por un lado, un modo de producción, de consumo y de vida ecológicamente sostenible; por otro, una sociedad emancipada.

Lejos de nosotros el profetismo. No existe un one best way. Concebir la historia como un proceso cerrado sería tanto como esterilizarla, como querer manipular a los seres humanos. El problema general que formulamos no se plantea exactamente en los mismos términos en los distintos países europeos. En particular, hay considerables diferencias entre los países del Este y los del Oeste. La "casa común" por construir no puede ser más que el resultado de soluciones precisas y diferenciadas, pero convergentes. En este manifiesto nos limitaremos a proponer soluciones adecuadas a los problemas de los países en los que vivimos. Pero al mismo tiempo proponemos que sean debatidas con todas las fuerzas sociales y políticas de los países del Este que se preocupan por buscar alternativas. Queremos intercambio, cooperación, ayuda mutua, sin ningún tipo de hegemonía.

No pensamos en ningún apocalipsis. No habría ninguna clase de problema ecológico si la humanidad no hubiese constituido sociedades, desde sus orígenes, relativizando su evolución biológica y apostando por una evolución sustitutoria: el desarrollo histórico y cultural. Se trata de un desarrollo que es producto de la inteligencia y de la selección de una conducta, la solidaridad, que se opone a la lucha a muerte de todos contra todos. Entre los rasgos esenciales de la especie humana figuran a la vez la fuente de los dramas actuales y la de su posible rectificación.

La respuesta a este desafío no provendrá de la naturaleza ni de la economía, entendidas como fuerzas ciegas. Solo puede proceder de

unos seres humanos conscientes y asociados. En lo esencial no será técnica, sino cultural, es decir, política en el sentido más propio. La solución no reside en ninguna negación malthusiana de las capacidades ni de las necesidades humanas. Llevada al extremo, este tipo de solución integrista, a veces sugerida en nombre de una "ecología profunda", eliminaría el problema de la producción eliminando la producción, y el problema de las relaciones de la humanidad con la naturaleza eliminando a la humanidad. Para nosotros, en cambio, el ecosocialismo no puede ser más que un humanismo. Tratemos, todos juntos, de ser más inteligentes y más solidarios. Es decir, más humanos.

Capítulo II

LA LIBERACIÓN DE LAS MUJERES

Socialismo, ecologismo y feminismo: estas corrientes no han surgido de las mismas contradicciones. Aunque todos los ecologistas se hubieran convertido en feministas y todas las feministas en ecologistas, los dos movimientos seguirían siendo distintos.

El feminismo, en el fondo, pone en entredicho la dominación.

Es cierto que una relación biológica específica vincula a las mujeres con la reproducción de la especie humana. Pero de ahí no se sigue que tengan por esencia una afinidad o identidad con la naturaleza. Sería una visión extrañamente machista la que colocara a un lado a unos seres de cultura, los hombres, y al otro a unos seres de naturaleza, las mujeres. Para los humanos de ambos sexos la hominización es cultural. La feminidad y la masculinidad actuales son producto de unas relaciones sociales dominadas por los hombres durante milenios y de la estereotipada distribución burguesa de los respectivos papeles de unos y otras. Las mujeres no están más cerca de la naturaleza que los hombres. El movimiento de liberación de las mujeres y el movimiento ecologista han brotado simultáneamente, el primero de manera aún más universal que el segundo. Les une a ambos el hecho de rechazar el conjunto del sistema desde un punto de vista exterior. Las mujeres, por haber vivido otras experiencias que los hombres, pueden aportar algo distinto a la sociedad.

El patriarcado excluye a las mujeres de los poderes político, económico y militar, y las remite prioritariamente al cuidado de las niñas y niños, mutilándolas y frustrándolas. Las mujeres poseen unas capacidades para la relación que los hombres se han dejado amputar en beneficio de la jerarquía y la competencia. Las mujeres han luchado, y siguen luchando, para reapropiarse de su cuerpo. Saben mejor que los hombres qué clase de degradaciones provoca

una presión social cuando conlleva la negación de uno u otro componente de la personalidad. Desde que accedieron a puestos de trabajo en la producción moderna, deben hacer malabarismos con el empleo, los hijos, el hogar; es decir, con múltiples actividades. Están en buenas condiciones para relativizar lo que constituye aún para muchos hombres el valor supremo de su identidad: el trabajo remunerado.

En Asia, África, América Latina y Oceanía, las mujeres reciben los trallazos de la sobreexplotación industrial y de la urbanización anárquica. Ellas son las que acarrean y alimentan a los niños, las que huyen de las hambrunas y violencias. En las zonas rurales, contándose por decenas de millones, son ellas quienes cargan en exclusiva con las duras tareas de la supervivencia, van a buscar diariamente el agua potable a distancias inaccesibles, a recoger en los bosques —cada vez más afectados por la destrucción y más alejados, a distancia de hasta un día de camino— treinta o cuarenta kilos de leña y plantas forrajeras. Aquí y allá tejen redes de resistencia contra unos crímenes económicos y ecológicos que son a la vez crímenes contra las mujeres. Un ejemplo lo ofrecen las mujeres no violentas del movimiento “chipko”, que, en las laderas del Himalaya, hicieron ceder a los taladores de bosques atándose a los árboles. O las habitantes de Kenya, de las cuales 637.000 estaban registradas en 1984 como pertenecientes a 16.232 grupos de mujeres, número que hoy asciende a más de 25.000. O esas peruanas del movimiento de ayuda mutua “Vital”, que hacen funcionar 1.500 cocinas comunitarias en las barriadas periféricas de Lima. Y tantas otras en Indonesia, Bangladesh, Filipinas, Sri Lanka, Zimbabue, Brasil, México…

Feminismo y trabajo

¿Quién prepara la comida y la bebida desde hace milenios? ¿Quién lava, plancha y cuida la ropa? ¿Quién mantiene limpia la casa? ¿Quién cuida de los niños? Sin esas actividades materiales cotidianas, ninguna sociedad y ninguna economía son posibles.

Según las Naciones Unidas, las mujeres en todo el planeta proporcionan los dos tercios del total de horas de trabajo, producen el 44 por 100 de los artículos de alimentación, perciben el 10 por 100 del monto global de los ingresos y poseen el 1 por 100 del total de bienes.

Sin embargo, la economía política clásica, inventada por hombres, falocrática, niega la existencia de una producción doméstica y no ve en la familia más que una unidad de consumo. Aparentemente, del hogar no salen ni mercancías ni plusvalía. La mujer que cambia la ropa de un niño de pecho, prepara la comida y educa a los infantes produce importantes valores de uso. La familia restringida, el "hogar", a la vez que lugar de trabajo, es para las mujeres el lugar donde se concentran las alienaciones —y a menudo incluso las violencias— de que son víctimas. Pese a que este trabajo femenino representa, medido en tiempo social, la misma cantidad de horas que el trabajo asalariado, las contabilidades nacionales lo ignoran. Sobrevalorando el trabajo productivo, el capitalismo, desde hace un par de siglos, ha logrado apoderarse en los países industrializados del trabajo doméstico. Son las mujeres las que renuevan la fuerza de trabajo. Al comprar esta fuerza de trabajo, el capital explota el trabajo no pagado de las mujeres, tengan o no tengan empleo. El capitalismo solo ha podido desarrollarse gracias al modelo patriarcal, que deja en manos de las mujeres una enorme cantidad de trabajo no valorizado, al considerarse una función "natural", y, de hecho, como no trabajo. El trabajo doméstico, negado y gratuito, determina asimismo las condiciones de empleo de las mujeres.

Pese a los cambios acaecidos, las mujeres siguen obligadas a buscar un hueco para ellas en un mundo de hombres. Topan con una concepción y una organización del trabajo establecidas según normas masculinas. A los ojos de los hombres el trabajo asalariado no es para las mujeres más que un paréntesis en su vida: la tarea a la que se deben es el servicio a su compañero y a su familia. Las mujeres se mantienen en posiciones secundarias de la sociedad. En la industria se las ha relegado a posiciones subordinadas, como reserva para las coyunturas altas, se las ha sometido al taylorismo, a la desigualdad en materia de salarios, calificaciones y responsabilidades. Esa es la auténtica economía dual.

Luchamos por la igualdad de mujeres y hombres en el trabajo asalariado. Pero cuando la crisis ecológica pone en evidencia las debilidades de los valores patriarcales de utilitarismo, de lógica tecnicista y de explotación ilimitada de los recursos, es importante librar este combate yendo hasta el fondo de las cosas. En el movimiento obrero de Europa, aunque con diferencias de grado, los enfoques sobre el trabajo asalariado han seguido siendo masculinos. Las leyes, los acuerdos y los convenios abundan en disposiciones especiales y derechos especiales concedidos a las mujeres. Pero muchas de esas medidas tienden a confirmarlas aún más en su papel de madres. Toda la organización del trabajo debe ser revisada pensando en los dos sexos. El movimiento obrero perpetuaría la explotación de ambos sexos si no pusiera en entredicho el modelo dominante de división sexual del trabajo a cuya reproducción ha contribuido activamente. Solo el rechazo de la opresión de las mujeres abre la puerta a la extinción de toda explotación.

El cuerpo

La sexualidad es una construcción social. Una misma actitud es la que hay tras el trato de la naturaleza como objeto pasivo e inagotable y tras la consideración de la reproducción de la vida humana no como libre actividad creadora de la mujer, sino como recurso disponible a discreción por parte del hombre. Los hombres, “dueños y señores” tanto del vientre de las mujeres como de la naturaleza, han controlado de manera creciente la fecundidad de las mujeres y, por consiguiente, su sexualidad, su salud y su vida.

En muchos países las mujeres han decidido luchar primero por su cuerpo.

Cada situación difiere de un país a otro y de una mujer a otra. No todas reciben palizas, no todas han sido violadas o prostituidas, no todas han quedado embarazadas contra su voluntad cinco o siete veces en menos de diez años. Pero cualquier verbalización por parte de una mujer que exprese esas tragedias cotidianas rompe para cada una de ellas el cerco de la soledad, del silencio y del sufrimiento.

Las remite a todas a su experiencia personal de la dominación y la violencia masculinas. El más íntimo de los problemas es también el más político. El cuerpo de la mujer, reglamentado por las sociedades viriles y aún tan a menudo manipulado, hostigado, encerrado y mutilado, pone al desnudo el carácter monstruoso de las sociedades. De ahí surgió la reivindicación esencial: "Un hijo si yo quiero, y cuando lo quiera". Tras duros combates se han logrado leyes que el machismo establecido no deja de poner en tela de juicio o de tratar de neutralizar. Cada embarazo no deseado es un conflicto: la mujer es quien debe decidir. Mientras no basten las medidas anticonceptivas, que deben estar sometidas a la voluntad de las mujeres, es preciso que la interrupción voluntaria del embarazo garantice su libertad de elección.

En todo el planeta el promedio de niños por mujer es de 3,5. En el Tercer Mundo, 4,1. En doce países este promedio supera los 7: Arabia Saudita, Jordania, Siria, Libia, Benín, Nigeria, Kenia. En otros cincuenta la fecundidad supera los 5,5 niños por mujer.

En 1974, en la conferencia mundial sobre población celebrada en Bucarest, varios Estados, destacando entre ellos el gobierno argelino, replicaron lo siguiente a las propuestas de control demográfico: "El mejor anticonceptivo es el desarrollo". Hay algo de verdad en ello. Pero también en este caso lo económico se toma por lo esencial. Muchos economistas aparentan creer que un aumento del PNB basta para hacer disminuir la tasa de fecundidad. De hecho, los países o las regiones menos pobres no siempre son los menos fecundos, y no todos los más depauperados tienen el crecimiento demográfico más rápido.

¿Y qué decir del terrorismo de los Estados? A juicio de algunos, los Estados deberían obligar a las mujeres… Por esta vía es como China ha tratado de incorporarse al conjunto de países con menor tasa de aumento demográfico. La represión de la plaza de Tian An Men es una muestra del coste de un despotismo patriarcal. Los dirigentes chinos evalúan hoy en un 15 por 100 de la renta nacional el coste de la degradación del medio ambiente de su país, y en los próximos veinte años no se puede descartar una crisis ecológica importante. ¿Acaso van a añadir a su "demo-dictadura" una "eco-dictadura"? Rechazamos estos métodos, que son devastadores en cualquier país

y circunstancia.

También en este asunto hay que elegir entre varias opciones. Primero, y antes que nada, nos oponemos a las campañas alarmistas sobre la demografía. Las fuerzas patriarcales, autoritarias, imperialistas, tratan de manipular unos terrores que en los procesos tecnológicos de hoy siguen siendo los mismos que en las cazas de brujas de antaño. Esas fuerzas, que durante siglos han prohibido y castigado los abortos en Europa, desearían hoy justificar con argumentos ecológicos políticas de control y represión contra las mujeres en África, Asia y América Latina. A nuestro parecer, la autorregulación demográfica debe depender de la liberación de la mujer. En cuanto los interdictos son superados y las barreras derribadas por un número suficiente de mujeres, en cuanto estas van dejando de confinarse en el papel de procreadoras y custodias de un hogar cuya jefatura corresponde al hombre, el descenso de la natalidad suele ser rápido. Muchas pioneras aceptan pagar un elevado precio por esas rupturas: un precio de soledad, desarraigo y exclusión.

Hacen falta disposiciones legales y medidas técnicas por parte de los Estados, por ejemplo, para favorecer la escolarización femenina, fijar la edad mínima para el matrimonio y el estatuto matrimonial, legalizar los anticonceptivos, fomentar el empleo en las mujeres. Con todo, el Estado no debe imponer ni favorecer, contra una sexualidad pluralista, un solo modelo o una sola norma. Lo decisivo sigue siendo que la demografía cambia cuando las mujeres hacen cambiar su condición social.

Las grandes religiones monoteístas no se libran de este importante debate. Se enfrentan con la evolución real de sus propios fieles.

En el norte de la católica Italia se ha alcanzado la fecundidad más baja del mundo. En Irlanda, de igual confesión, el promedio de hijos por mujer ha descendido de 4 a 2 en veinte años. La evolución es parecida en España, en Brasil, México o Colombia; la condena de los anticonceptivos resulta impugnada a la vez por teólogos y por el descenso real de la natalidad en los dos últimos decenios.

En la franja de población islámica que va de Bangladesh a Marruecos, la natalidad decae ya en mayor o menor grado. Esto es

lo que viene ocurriendo en Túnez, Marruecos, Turquía, en las repúblicas soviéticas de Asia central, incluso en Egipto y en Argelia (que decidió en 1979 la "reducción activa de la tasa de natalidad"). En mayo de 1971, en Túnez, el congreso de las mujeres musulmanas exigió la abolición de la poligamia y el respeto de la dignidad femenina basándose en la interpretación del Corán. En numerosos países islámicos son legales la venta y la publicidad de los anticonceptivos, y se ha hecho más flexible la legislación en materia de aborto.

Cabe añadir —a propósito de algo que más adelante examinaremos de nuevo— que con el mismo movimiento que apunta a la autorregulación (junto a la liberación) de las mujeres manifestamos nuestra desconfianza profunda hacia las técnicas de manipulación de la reproducción y nuestra oposición a las manipulaciones genéticas en seres humanos.

El poder, en entredicho

De todo lo anterior no hay que concluir que la responsabilidad sea exclusiva de las mujeres. Conviene que estas promuevan una conciencia feminista, igual que la clase obrera trató en su momento de promover una conciencia de clase. Pero su movimiento llama a que todo el mundo se haga feminista, tanto los hombres como las mujeres. El feminismo es una de las oportunidades para fundar una nueva política. Esta mejorará si se vuelve menos especializada, menos artificial, menos alejada de la vida cotidiana y, en consecuencia, más radicalmente humana.

El movimiento de las mujeres ha desplazado el lugar de la política planteando como centrales algunos problemas antes relegados a la vida privada. Ha generado sus propias estructuras políticas, que son autónomas. La política establecida ha mostrado su empeño en relegar a un gueto esta creatividad. Construir enclaves de libertad al margen de la cultura dominante y contra ella no parecía abrir perspectivas de transformación general.

El feminismo ha tratado de penetrar en las instituciones. Pero la política ha seguido siendo masculina. En política los hombres están acostumbrados a captar la realidad aplicando una determinada clave: la del poder. En las instituciones las mujeres se hallan en minoría; los hombres dominan en ellas no solo por su peso numérico, sino también por su discurso y su práctica. Han aparecido mujeres dirigentes. En muchas ocasiones el poder que han detentado las ha convertido en coartadas, sin que hayan dejado de contribuir a reproducir las estructuras y los estereotipos dominantes.

La violencia masculina ambiental ha obligado a las mujeres a recurrir a la protección del Estado. Pero el Estado no es neutro en materia sexual. Su represión se ejerce en beneficio de un orden que sigue siendo antifeminista. El movimiento de liberación de las mujeres evoluciona en esta maraña de contradicciones. Quedarse en el Estado supone el peligro de ser integrado por él. Alejarse de él equivale a desaprovechar un medio. La cuestión estriba en elaborar estrategias que utilicen el Estado como campo de acción, sin desembocar en la integración del movimiento ni en la desvirtuación de sus objetivos.

Las mujeres están enseñando ya a los hombres a introducir en la vida política ciertas prácticas de relación como escucharse unos a otros, tomar en consideración el punto de vista de los demás en las respuestas, atender a los imperativos cotidianos como el cuidado de los niños, etc. Pero está claro que las formas políticas existentes pueden integrar e instrumentalizar esas capacidades femeninas. Quiéranlo o no, las mujeres que participen en política, si están aisladas o son minoría, no podrán evitar que su participación sirva para que se perpetúen las estructuras concebidas con miras al poder. La única posibilidad de que entren en la vida política sin quedar destruidas ni absorbidas, de que transformen los valores, es que las mujeres se incorporen en masa a las estructuras.

Luchamos por la paridad. Tantas mujeres como hombres en todas las instancias políticas. Pero somos conscientes de lo limitado de esta exigencia y de la necesidad de llevar mucho más lejos la transformación. Se trataría tan solo de un primer cambio. No obstante, es ya mucho más que limitarse al lema de “más mujeres

en la vida política". La paridad generaría la base material para una apropiación de la política por las mujeres y para una transformación, necesariamente larga, de las formas y mentalidades políticas. A los hombres no dejaría de crearles problemas: pérdida de poder, contradicciones de intereses; a partir de ellos podrían debatirse y resolverse otras cuestiones más profundas. La mayoría de los partidos verdes han abierto el camino. Los ecosocialistas queremos que todos los países europeos no solo adopten el principio de la representación proporcional en las elecciones, sino que además lo refuercen con la alternancia obligatoria en cada lista de las mujeres y los hombres en puestos elegibles. Para los hombres el feminismo no es algo que caiga por su propio peso. Como la democracia, se aprende. Este cambio traería consigo muchas sorpresas.

El ecosocialismo será feminista o no será.

Capítulo III

POR UN DIÁLOGO ENTRE LAS CULTURAS DE NUESTRO PLANETA

Desde la época de las catedrales, Europa se ha identificado con la civilización occidental. Durante cinco siglos ha sido el centro del mundo capitalista. Ha mandado a África, Asia, América y Oceanía a sus mercaderes, militares y misioneros. Las sociedades en las que vivimos se han construido gracias a una sangría de inmensas riquezas y a la destrucción de pueblos, culturas y ecosistemas en los cinco continentes.

Hace menos de un siglo, el Reino Unido, Francia y Alemania se disputaban el título de primera potencia del planeta. Hoy ningún Estado europeo domina ya la Tierra. Pasaron los tiempos de una Europa-mundo. Europa dio nacimiento a los Estados Unidos. Allí las catedrales se han convertido en rascacielos. A partir de 1890 Estados Unidos se transformó en la nación más rica del planeta. Hoy una parte de Europa compite con los Estados Unidos en el mercado mundial, pero depende de este país, de su poderío, de su técnica, de sus ideas y de sus imágenes. El Japón, la única gran potencia económica no europea que nunca fue colonizada, adoptó a partir de 1868 las técnicas occidentales, y ello le ha permitido alcanzar el segundo o tercer puesto mundial. A comienzos del decenio de 1980 empezaron a instalarse compañías japonesas en un puñado de nuevos países industriales del Asia oriental y sudoriental. Hoy más del 40 por 100 de las inversiones directas japonesas van a los Estados Unidos y aproximadamente el 20 por 100 a los países europeos de la OCDE. El auge económico de esta parte del mundo puede ser uno de los fenómenos característicos del siglo XXI.

En cuanto a la Unión Soviética y a los países que forman junto con ella el COMECON, han emprendido una serie de transformaciones de gran alcance cuyo desenlace es aún incierto.

Pero el planeta ofrecería un aspecto muy distinto si la riqueza de cada país se correspondiera con su número de habitantes.

Jamás hubo tanta riqueza y tanta pobreza juntas

La población de las dos “superpotencias” no es más que, aproximadamente, una veinteava parte de la población mundial. Tres seres humanos de cada cinco viven en Asia. China y la India reúnen más o menos el 38 por 100 de los habitantes del planeta. Dentro de tres o cuatro generaciones un ser humano de cada cuatro será probablemente africano.

Doscientos años atrás la producción de lo que hoy llamamos “Tercer Mundo” era posiblemente el triple de la de los países industrializados de hoy. Hace un siglo estos se pusieron a su nivel. Actualmente la producción del Tercer Mundo no representa más que la cuarta parte, pese a estar mucho más poblado. En el siglo XVIII las diferencias de productividad del trabajo entre campesinos de las distintas regiones del mundo eran de 1 a 2. En el siglo XIX, de 1 a 10. Actualmente hay una diferencia de productividad [laboral] de 1 a 1.000 entre un campesino de Malí y un gran productor agrícola norteamericano.

Antes de la Revolución neolítica las diferencias de ingreso medio por persona no debían de superar la proporción de 1 a 1,5. El nacimiento de la agricultura aumentó esta distancia aproximadamente en un tercio a lo largo de varios milenios. Después de unos dos siglos de capitalismo, el producto medio por habitante evaluado para los diez países que se consideran los más pobres del mundo (Etiopía, Bangladesh, Burkina Faso, Malí, Bután, Mozambique, Nepal, Malaui, Zaire y Birmania) supone la centésima parte del de los países industriales más opulentos. Una familia muy rica de los Estados Unidos dispone de ingresos 100.000 veces superiores, y quizá más, que una familia menesterosa de un país pobre.

En 1986 las primeras 500 empresas transnacionales se distribuían

así: 216 en los Estados Unidos, 140 en la CEE, 87 en el Japón y 57 en otros países. Las 200 mayores transnacionales privadas realizan en conjunto un volumen de ventas que equivale a la cuarta parte del producto mundial. Solo unos 15 países tienen un producto interior que supera la cifra de negocios de la mayor transnacional del mundo, la General Motors. Varias decenas de países tienen un producto inferior al volumen de ventas de cada una de las 25 que la siguen en la lista. Esas transnacionales controlan el 90 por 100 de las exportaciones de piña americana y productos forestales: 85 a 90 por 100 del trigo, el café, el maíz, el algodón, el tabaco y el yute; 85 por 100 del cacao, 80 por 100 del té, 70 a 75 por 100 de los plátanos y el caucho natural, 70 por 100 del arroz y 60 por 100 del azúcar.

Occidente posee las tres cuartas partes de la red mundial de ferrocarriles, una red de carreteras incomparable, imperios marítimos y la mayor parte de las líneas aéreas, descontando las de los países del Este. Solo en Francia (550.000 km^2) existen 200.000 puentes. Los Estados Unidos solos controlan el 75 por 100 de la circulación mundial de los programas de televisión, el 89 por 100 de la información comercial informatizada, el 65 por 100 de la publicidad comercial. El 88 por 100 de la totalidad de artículos científicos se publica en inglés. Cuatrocientas revistas (el 0,8 por 100 del total) editan la mitad del total de publicaciones. Los países capitalistas desarrollados realizan entre 3/4 y 4/5 de las exportaciones de productos manufacturados y más de 2/3 de las importaciones de productos primarios. La mayor parte del comercio de productos manufacturados de los países capitalistas desarrollados se efectúa entre estos mismos países. El comercio de productos manufacturados entre países del Tercer Mundo (“Sur-Sur”) no representa sino el 30 por 100 de sus exportaciones y el 16 por 100 de sus importaciones. Incluso los países capitalistas desarrollados exportan mayor cantidad de productos primarios que el Tercer Mundo. Los intercambios entre países del Este y países del Sur son escasos. Globalmente, el 26 por 100 de la población mundial consume el 86 por 100 de los metales no ferrosos, el 85 por 100 del papel, el 80 por 100 de la energía, el 79 por 100 del acero, el 53 por 100 de las grasas alimentarias, el 38 por 100 de las proteínas, el 34 por 100 de las calorías. Las otras tres cuartas partes de la humanidad se quedan con los restos. Hoy padecen hambre

mayor número de personas que en cualquier momento anterior. En 1980 el número de quienes no disponían del mínimo necesario de calorías había aumentado en un 14 por 100 respecto a 1970. Este mundo complejo fluctúa. Las evaluaciones no siempre coinciden. Los vocablos “Norte”, “Sur”, “Occidente”, “Tercer Mundo” no reflejan fielmente la realidad. Sin embargo, no hay nada más real que la desigualdad existente, que, además, se va agravando con el paso del tiempo. Desde 1974, después de la “crisis del petróleo”, cinco Estados —más tarde siete— se han erigido en organizadores de la economía planetaria: Estados Unidos, Japón, RFA, Francia, Reino Unido, Italia y Canadá. Con los doce estados que actualmente la componen, la Comunidad Económica Europea reúne en su seno a todos los Estados que eran potencias coloniales en 1914, salvo la Unión Soviética.

La dominación neocolonial adopta múltiples formas. El orden militar internacional, controlado por el club del apocalipsis nuclear, ha repartido por todo el planeta unas 3.000 bases en territorio extranjero. Los gastos militares mundiales representan mucho más que toda la riqueza de que pueden disponer los 2.000 millones de seres humanos que pueblan China, la India e Indonesia en conjunto. Los Estados Unidos y la Unión Soviética gastan la mitad del total, es decir, más de un millón de dólares por minuto. En 1985 los salarios y las pensiones del ejército norteamericano ascendieron a más de veinte veces el PNB de Etiopía. La mitad de los gastos militares mundiales de un solo día bastarían para financiar todo el programa de la Organización Mundial de la Salud para erradicar el paludismo. Cada dieciocho o veinte meses la carrera de armamentos contribuye a matar indirectamente, mediante la subalimentación, las enfermedades y el analfabetismo, a tantas personas de Asia, África, Latinoamérica y Oceanía como las que murieron en todo el mundo a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

Los Estados industrializados, del Este y del Oeste, empezaron a atiborrar de armas al Tercer Mundo en los años cincuenta. Actualmente efectúan el 90 por 100 de las exportaciones de armas, y el 80 por 100 de las importaciones las realiza el Tercer Mundo. Los tres países que venden más son los Estados Unidos, la Unión Soviética y Francia. El Reino Unido quiere dar un impulso a sus exportaciones. Alemania occidental soporta cada vez menos las

restricciones que pesan sobre ella. Italia, España, Grecia y el Benelux se movilizan para aumentar su participación en este mercado. Los ejércitos y las policías de muchos Estados del Tercer Mundo pelean más a menudo contra conciudadanos suyos subalimentados que contra agresores extranjeros.

Las grandes potencias controlan el espacio y una gran parte de los océanos. Si quedara reducida a su territorio, Francia ocuparía el lugar 45 por su superficie marítima. Gracias a las colonias que conserva, ocupa el tercer lugar, detrás de EE UU y el Reino Unido.

Las grandes potencias controlan el sistema comercial y aduanero internacional. De los 500 primeros bancos mundiales, 107 son japoneses, 94 norteamericanos, 190 europeo-occidentales. En 1979 el volumen de transacciones monetarias superaba seis veces el volumen del comercio mundial. En 1986 lo superó veinte veces. En octubre de 1986 el "crac" consistió en reventar un globo especulativo hinchado en exceso y en purgarlo de la suma de dos billones de dólares, es decir, de una suma equivalente al doble de la deuda del Tercer Mundo y a un año de comercio mundial. Cuando los tipos de interés suben un 1 por 100, la deuda africana aumenta en 1.500 millones de dólares. Los bancos y los Estados han estrujado al Tercer Mundo hasta tal punto que, reembolsando a sus acreedores, han estado financiando las economías más ricas. Las estrategias típicas dictadas por el FMI y el Banco Mundial —que han fomentado los monocultivos de exportación, unas infraestructuras con exceso de capacidad y salarios y precios agrícolas muy bajos— han dado por resultado la dislocación de sociedades y de ecosistemas. En Marruecos la producción de trigo por habitante ha caído en más de la mitad en treinta años, hasta por debajo del nivel de 1930; Marruecos, que antes exportaba cereales, importa hoy los cuatro quintos de los que necesita.

Las maniobras monetarias y financieras han anulado las subidas del precio del petróleo. En siete años (1980-1987) la capacidad de compra de las materias primas en relación con los productos manufacturados disminuyó en un tercio, situándose de nuevo en el nivel histórico de los años treinta de este siglo. Los mineros del estaño en Bolivia se mueren de miseria porque los hombres de negocios de Londres son quienes fijan las cotizaciones.

El capitalismo somete a este mundo por la fuerza a una nueva división del trabajo. Internacionalizar la producción consiste hoy, de hecho, en acelerar la integración productiva de las economías más ricas en el interior de un espacio económico homogéneo. Una gran empresa considera que no tiene talla mundial si no está establecida en por lo menos dos de las zonas de la "tríada" Estados Unidos-CEE-Japón; dentro de esta tríada hay un proceso de búsqueda de nuevos equilibrios internos.

En 1965 los productos manufacturados no constituían más que el 18 por 100 de las exportaciones del Tercer Mundo. En 1986 esta proporción pasó al 41 por 100. Los países opulentos siguen especializados en productos industriales, pero principalmente en productos químicos y semielaborados y en productos de las industrias mecánicas y eléctricas. Transfieren a algunos países del Tercer Mundo la producción de artículos tradicionales de consumo. En particular en las "zonas francas", donde un millón de personas, sobre todo mujeres de entre dieciséis y veinticinco años, reciben salarios de hambre a cambio de efectuar operaciones manuales de montaje. Seis países realizan aproximadamente el 80 por 100 de las exportaciones de productos manufacturados de todo el Tercer Mundo: Taiwán, Corea del Sur, Hong-Kong, Singapur, Brasil y México. Ocho países —cuatro de ellos en Latinoamérica y cuatro en Asia— reciben la misma suma de inversiones extranjeras que otros 110 Estados del Tercer Mundo. Seis de ellos —Brasil, México, Argelia, Venezuela, Corea del Sur y Argentina— han recibido dos tercios de todos los créditos de los bancos privados.

Asia, África, América Latina y una parte de Oceanía carecen de energía porque los países capitalistas (y los del Este) practican un sistema de despilfarro sumamente desigual y destructor. Para luchar contra los países del Sur productores de petróleo, los países capitalistas no solo han explotado a fondo, como lo ha hecho el Reino Unido, sus propias reservas, sino que se han lanzado por la senda de la energía nuclear despreciando los riesgos ecológicos.

Sin abandonar sus zonas de influencia en América Latina y el Pacífico, el capitalismo ha reducido a la décima parte sus inversiones mineras en África negra y ha concentrado sus esfuerzos en el "cinturón minero" constituido por Canadá, Australia,

Sudáfrica y los países escandinavos. Liquidando sin vacilar ramas enteras de producción en el hemisferio norte, con el correspondiente coste para las regiones y los obreros afectados, ha sustituido las materias primas importadas del Tercer Mundo por materiales nuevos, ha miniaturizado productos acabados, ha introducido nuevos procedimientos de producción y recuperación. Estas medidas no vienen promovidas por la ecología ni por el progreso técnico —aunque en algunos casos concretos puedan resultar provechosas—, sino por el imperialismo. A la vez, se mandan hacia el Tercer Mundo cantidades crecientes de desechos.

Entre los Estados de la Europa occidental destaca el neocolonialismo francés. Francia conserva algunas colonias. La amplitud de su programa energético nuclear no tiene parangón (entre 1975 y 1981 se multiplicó por siete su potencia instalada). Esgrime una fuerza nuclear disuasoria. Un cuarto del uranio que consume procede de Sudáfrica. A partir de 1962 creó una fuerza de intervención que apunta al Tercer Mundo. Hay tropas francesas desplegadas en Córcega, Senegal, Costa de Marfil, Gabón, Djibuti, la República Centroafricana, las Antillas, Guayana y el Pacífico. Este conjunto se halla unido por una red de acuerdos, de lazos ocultos, la “zona del franco” y la Francofonía: todo este dispositivo, que abarca 25 Estados africanos, pretende sustituir el imperio por la influencia. Este neocolonialismo hace funcionar en el continente negro unos sistemas económicos, sociales y ecológicos caducos.

El mundo creado entre los siglos XV y XX no puede subsistir como antes

La receta neoliberal que aún es hegemónica pone como ejemplo el reciente crecimiento de algunos países de Asia atribuyéndolo al respeto por las leyes del mercado. Esta visión no solo hace abstracción de la diversidad de condiciones concretas que se dan en el Tercer Mundo, careciendo por ello de valor universal, sino que además, y sobre todo, se contradice con la realidad de las experiencias que supuestamente le sirven de base. El desarrollo de

los “dragones” asiáticos depende de un intervencionismo estatal masivo. Lo que queda del esquema neoliberal es: por una parte, represión brutal destinada a bloquear todo proceso de organización obrera y a proteger el poder discrecional de los empleadores; por otra parte, y sobre todo, inserción en la división internacional del trabajo deseada por los países ricos.

El FMI y el Banco Mundial no quieren acabar con la asimetría de los intercambios Norte-Sur. Tratan de mantenerla desplazándola hacia el intercambio de bienes con tasas desiguales de valor añadido e intensidades tecnológicas también desiguales. Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Brasil tratan actualmente de negarse a aceptar en parte esta polarización en las especializaciones internacionales. Pero el encuadramiento financiero les obliga a aceptarlo.

La receta keynesiana, formulada en el informe Brandt y practicada en los acuerdos entre la CEE y los países de África, el Caribe y el Pacífico (acuerdos ACP), asegura que toma en consideración la idea de un nuevo orden económico internacional. Se basa en la hipótesis de un interés mutuo de las economías del Norte y del Sur. Preconiza precios estables y remuneradores para las materias primas, transferencias financieras importantes hacia el Tercer Mundo, y a cambio la apertura de un gran mercado para los productos de los países ricos. Pero tal modelo está ya superado.

La estabilización de los precios reales de las materias primas se vuelve ilusoria por su tendencia estructural, técnica, a descender desde 1900 y por la inestabilidad de las tasas de cambio. En los países productores de petróleo del Tercer Mundo, salvo algunas excepciones, el aumento del precio de este producto básico no ha desembocado en un desarrollo productivo, sino en una economía de rentistas, a menudo provechosa para una minoría de acaparadores. El esquema keynesiano no se propone modificar la división internacional del trabajo. Como las especializaciones primarias son poco rentables de cara a la exportación, los países del Tercer Mundo solo pueden invertir aumentando su dependencia respecto de la financiación de los países ricos. La inyección de capitales nunca basta para desencadenar un desarrollo económico racional. La mayoría de las veces tan solo logra difundir los modos de producción y consumo occidentales, a la vez que fomenta unas

extremas desigualdades y la destrucción de los ecosistemas. El Norte solo saca provecho de ello a corto plazo. El Sur, por su parte, no saca ningún provecho.

Las derechas extremas sugieren que se institucionalice un apartheid planetario. Así, Europa debería rodearse de un "muro" contra los inmigrantes, como el Imperio romano en su momento. Constituiría un "tercer bloque", que desplazaría las industrias contaminantes, explotaría las materias primas y los productos agrícolas del Tercer Mundo y trataría a este como basurero. Esta salida podría configurarse incluso a manera de condominio OesteEste sobre el resto del mundo. Hace falta sacar a Europa de la trampa de la Guerra fría, por supuesto, pero no para declarar una guerra al Sur. Hagan lo que hagan, las europeas y los europeos dependen del Sur. En la RFA una reducción súbita del 30 por 100 del volumen de importaciones de diez sustancias minerales "estratégicas" podría provocar un descenso a corto plazo del producto interior de entre el 10 y el 28 por 100. Antes de la Primera Guerra Mundial, Lenin estigmatizaba el reparto entre los obreros de las metrópolis de las "migajas" de lo robado en las colonias. La ecología nos muestra que las migajas llevan veneno que afecta a todos los pueblos. No habrá isla verde en un océano de contaminación. En cualquier caso, Europa entera, dentro de cien años, representará tan solo entre el 3 y el 6 por 100 de la población mundial.

Proponemos otra salida con un horizonte ecosocialista

Las europeas y los europeos han de imprimir un vuelco a su visión política aceptando la relatividad cultural. Deben renunciar a su pretensión universalista e iniciar el diálogo sobre valores comunes. El modelo europeo de desarrollo se acerca al punto de ruptura ecológica a la vez que manifiesta su incapacidad para satisfacer las necesidades básicas de varios miles de millones de seres humanos. No se puede transferir al conjunto del Tercer Mundo. Una voz europea ha dicho: "Europa es el continente de la vida interrogada."

Pero esta interrogación renovadora no se ha salido del marco, y este marco se está resquebrajando. Aquellas y aquellos que en Europa interrogan a la vida son justamente quienes ponen en cuestión tal marco. Europa se precia de una misión civilizadora. Pero ¿cuántas veces ha traicionado sus valores y pisoteado los derechos humanos?

Junto con la naturaleza, la única riqueza, la riqueza fundamental, la constituyen los seres humanos. Cualquier Homo sapiens es enteramente humano por su biología, su capacidad para inventar y aprender, su aptitud para la abstracción, su sentido de la dignidad y de la asociación. Así como no hay fronteras para la contaminación, tampoco las hay para la sustancia gris. La mundialización no afecta solo a los capitales, las mercancías y los riesgos, sino también a las personas, la información y las grandes corrientes de ideas.

Para fundar una nueva civilización hace falta un diálogo entre todas las culturas del planeta. Decenas de millones de personas del Tercer Mundo han empezado a reflexionar, a experimentar. Como, por ejemplo, esas comunidades aldeanas de América Latina, Asia o África que se han organizado para tomar en sus manos su propio desarrollo con la ayuda de expertos procedentes del Norte y también, en número cada vez mayor, del Sur. O los brasileños organizados en el Partido Verde, en el Partido del Trabajo o en el sindicato de los seringueiros. Aparecen organizaciones no gubernamentales.

La humanidad constituye una unidad. Pero en nuestra era moderna no puede realizarse según un modelo único. La salida radica en una pluralidad de formas ecosociales. Es mejor un planeta de culturas que una cultura planetaria. Un planeta “pluriversal”.

Esta difícil transformación supone, por una parte, que las europeas y los europeos se concentren en la solución de sus propios problemas con sus medios propios: esta es la responsabilidad que los ecosocialistas de Europa están dispuestos a compartir; por otra parte, supone que rechacen cualquier solución que ratifique, pura y simplemente, sus actuales privilegios. Los ecosocialistas no consideramos que la ecología sea un lujo para clases acomodadas o pueblos opulentos. La calidad de nuestra vida no nos preocupa más que la supervivencia en el Tercer Mundo. Los problemas y las soluciones del Norte y del Sur son interdependientes.

Las europeas y los europeos deben reorientar los modos de producción, de consumo y de vida de los países donde viven, contribuyendo a que se promueva la autonomía del Tercer Mundo. Europa debe anular las deudas del Tercer Mundo y relanzar la ayuda pública con el único propósito de reorientar prioritariamente los recursos hacia las zonas rurales y los cultivos para la alimentación y de promover la investigación para la autosuficiencia alimentaria. Hace falta que los países del Tercer Mundo dejen de verse acorralados y destinados a la provisión de materias primas y/o a ser subsidiarios de las transnacionales en virtud de ventajas comparativas para los capitalistas y los Estados. Los cambios de especialización internacional, de acuerdo con una concepción global y dinámica, deben ser dirigidos desde el interior de los países del Tercer Mundo. Ello supone la promoción de los intercambios Sur-Sur y la creación de un Banco del Sur.

No pretendemos dar lecciones ni ofrecer modelos. Simplemente, estamos y estaremos siempre en el bando de los pobres, los explotados, los marginados y los humillados. La “pluriversalidad” carece de sentido, a menos que invente un mundo para ellos.

Capítulo IV

HACIA UNA NUEVA CULTURA POLÍTICA

Desde Palestina hasta Berlín occidental, de México a Moscú, de Gdansk a la Amazonia o Pekín, millones de personas, innumerables grupos conocidos o anónimos tratan de apropiarse de su espacio y de construir su historia. Estamos ante una onda de larga, de larguísima duración. En 1968 ya afloró el oleaje. Pese a las resistencias, las contracorrientes, confusiones y regresiones, dicho movimiento erosionó todo tipo de autoridad: tanto la patronal, tecnocrática, patriarcal, militar y eclesiástica como la de los partidos y el Estado. Tal erosión se produjo aún más en la vida cotidiana que con respecto a las "grandes" decisiones; es decir, caló profundamente. Esta tendencia se percibe en el final de las dictaduras en Grecia, España y Portugal, así como en la lucha por la democracia en Argentina, Filipinas y Chile, con todos los problemas de aprendizaje y asentamiento que van surgiendo, o también en los nuevos movimientos sociales, con sus "comisiones de base" en Italia, sus "coordinaciones" en Francia, sus "iniciativas ciudadanas" en la RFA, a pesar de la limitación de sus contenidos, lo efímero de su duración y su negativa a dotarse de estructuras estables, o sus dificultades para conseguirlo.

Pero 1968 supuso al mismo tiempo la rebelión de las y los estudiantes de Occidente (con la intervención, en Francia, de la clase obrera, tergiversada por la esclerosis autoritaria, obrerista y dogmática del PCF) y la Primavera de Praga. Desde entonces, Solidarnosc, las corrientes húngaras, muchos "informales" y muchos reformadores soviéticos exigen transparencia y un completo control democrático de los procesos sociales por parte de los interesados. Cosa que también quisieron las y los estudiantes de China. Este movimiento se extiende y acelera en las sociedades de los países del Este. Los jóvenes desempeñan en este terreno un papel fundamental. Las nuevas versiones de los movimientos pacifistas

europeos, los movimientos antirracistas y de los inmigrantes, como el de las y los magrebíes de segunda generación en Francia, los movimientos de autoorganización de los pueblos en Irlanda, Gales, el País Vasco, Córcega y otras nacionalidades, las nuevas agrupaciones campesinas de oposición, los movimientos femeninos y masculinos de homosexuales… todos estos movimientos de Europa occidental ponen en entredicho, de una manera u otra y con titubeos, las lógicas del poder. Lo mismo ocurre con el movimiento de solidaridad de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG). Y, por encima de todos ellos, el feminismo. Surgirán, sin duda alguna, otros movimientos sociales.

De momento, en Europa occidental es la dinámica verde la que hace cristalizar principalmente la expresión política de esta corriente. En los países del Este tiene otras expresiones, todavía no cuajadas, pero sin que la ecología deje de figurar jamás como una exigencia de primer orden. Los ecosocialistas consideramos esta corriente general, dentro de su diversidad, como una tendencia a la desenajenación. La "existencia" de la inmensa mayoría de los seres humanos está excesivamente separada de su "esencia". Su vida es inhumana a la luz del concepto del ser humano que se desprende de la antropología y de otras ciencias, de los valores concretos elaborados en los combates, las reflexiones y los sueños más audaces de la historia. Todas las grandes organizaciones políticas contemporáneas, liberales, socialistas o comunistas, imponen la productividad en perjuicio de la libertad, la igualdad y la ecología. Tratan a las ciudadanas y los ciudadanos como participantes marginales de las actividades mediante las que determinan y satisfacen sus necesidades. De ahí que aumente el número de quienes desean modificar sus condiciones de vida. En este sentido, Marx ya señaló la doble naturaleza de la clase obrera: enajenada, sin duda, pero también capaz de una aspiración general a la emancipación. Una gran diferencia con respecto a Marx consiste en que hoy, para muchas personas, la reacción a la enajenación se sitúa en terrenos distintos al del trabajo con fines económicos. Aunque quizás habría que matizar esta afirmación. ¿Es casual que la composición social de los nuevos movimientos cuente con la acción de numerosos intelectuales y estudiantes de ambos sexos? ¿Es casual que sean numerosos los asalariados que intervienen en la calidad de sus vidas, y no solo en ámbitos económicos, sino en otros

que no lo son, y donde ellas y ellos se sienten enajenados? Algunos de los cambios que están acaeciendo en la producción y los servicios, en el trabajo, inducen la aparición de individuos soberanos y no encerrados en una especialización. En el fondo, un número creciente de mujeres y de hombres rechazan como frustraciones vitales, personales o colectivas, todas las formas de dominación. Ellas y ellos quieren actuar y no "ser actuados". Muchos no formalizan de manera abstracta esta incipiente desenajenación. Tal y como ha ocurrido, históricamente, en la mayoría de los casos, ellas y ellos están dando pasos concretos hacia un nuevo mundo mucho antes de elaborar la conciencia teórica de lo que hacen. Una sociedad desenajenada solo puede surgir de un movimiento real, y no del cerebro de los teóricos.

Hacia la extinción del Estado

Uno de los aspectos esenciales de la situación actual es la contradicción entre el creciente poderío de la mayoría de los Estados (por medio de la concentración de poderes económicos, la extensión y la expansión de los ámbitos de intervención estatal, el peso de la militarización, el desarrollo de las policías, de la informatización…) y la protesta contra el mismo Estado, vinculada a la experiencia de los casos extremos de estatalismo padecidos por las sociedades europeas en el siglo XX. La doble tendencia observable hoy en la Unión Soviética —por un lado, puesta en entredicho de la dominación del Estado, o más exactamente del Partido-Estado, sobre la sociedad y los individuos, y, por otro lado, tentativas de solución mediante la creación de un Estado fuerte de tipo diferente— constituye sin duda una de las ilustraciones de ese debate crucial que atañe a todas las sociedades europeas.

Pese a los movimientos sociales de tendencia autogestionaria, en el Oeste y en la mayoría de los países del Este son las soluciones liberales o socialdemócratas las que prevalecen en el momento actual. En la práctica no hay apenas diferencia entre las soluciones keynesianas y las liberales al problema del Estado. El combate de

los liberales contra el Estado es un disfraz ideológico: en realidad, utilizan al Estado para dirigir la guerra económica y, con ella, la guerra contra la naturaleza. Los keynesianos de hoy, muy cercanos al liberalismo en economía, desean que las leyes de esta guerra doble sean más rigurosas, pero no tienen ningún reparo en seguirla librando, siempre que puedan disimular el escándalo que constituye.

Entre la clase política —e incluso a veces en el propio seno de los partidos verdes— está arraigando la idea de que los grandes problemas urgentes y colectivos, como los ecológicos, desautorizan cualquier tipo de aspiración a la extinción del Estado. Habría que crear poderosas autoridades estatales en todos los niveles para que dirigieran la economía en beneficio de la conservación de los ecosistemas. Algunos proclaman ya la necesidad de un "superestado" mundial.

Con eso se llevaría hasta sus últimas consecuencias el concepto del desarrollo único, centralizado y jerarquizado, y se preservaría el viejo esquema autoritario, del que deriva, por ejemplo, la idea, desmentida por los hechos, de que el intervencionismo constituye el mejor remedio al desorden capitalista. La voluntad de los Estados de dirigirlo todo ha conducido, tanto en el Este como en el Oeste, a los actuales desastres. Las maquinarias estatales, animadas por la voluntad y el ejercicio del poder, se alejan de los problemas y de sus soluciones: ese ha sido el obstáculo en el que han tropezado todos los modelos y todos los esfuerzos centralizados.

Supongamos, por inverosímil que sea, que pudieran sustituirse en el Estado los políticos por filósofos, por filósofos ecologistas. ¿Con qué medios y qué criterios definiría esta "élite" todas las necesidades y todos los medios necesarios para satisfacerlas? Reemplazar la dictadura del capital y del mercado o la dictadura de la nomenklatura por el "eco-estatalismo" de esa élite no tendría ninguna eficacia transformadora. El capital, las más de las veces, está aliado con los Estados, aunque solo sea en el nivel de los complejos militar-industriales. Las nomenklaturas son expresión de una forma extrema de estatalismo.

Muchos de los problemas con que tropiezan las sociedades no podrán ser resueltos más que si se cumple esta doble condición: que

la inmensa mayoría —en teoría, la totalidad— de las personas tenga la posibilidad real de definir por completo las necesidades, programar las respuestas y dirigir su aplicación, y que las soluciones se busquen ante todo en el nivel local y regional, en instancias de base que estén a la vez en contacto directo con el terreno y que, gracias a una utilización democrática y crítica de los nuevos medios de difusión, comunicación e información interactiva, estén enlazados sin interferencia con los datos globales.

La reacción política a los riesgos ecológicos y sociales debe ser ante todo una democracia descentralizada, participativa y tan directa como resulte posible. Cuanto más intensa se hace la conciencia de la interdependencia de los seres vivos y de los problemas ecológicos y sociales, más necesario es el derecho a la diversidad. La determinación de las necesidades y los objetivos impondrá sin duda cada vez más el doble imperativo de mundialismo y autonomía.

El Estado-nación, invento europeo, ya no es en Europa la medida justa

El Estado-nación debe quedar superado por un espacio más amplio y unas comunidades más pequeñas. Se trata de una propuesta audaz, para la que no tenemos una batería de soluciones preparadas de antemano. En abstracto, Europa podría concebirse como un gran conjunto, que comprendería no solo España, Francia, Yugoslavia, Polonia, etc., sino también Cataluña, el País Vasco, Córcega, Irlanda, Kosovo y, en general, todas aquellas “patrias chicas” que, con lengua y cultura propias, existen en la mayoría de los Estados-naciones y, en ocasiones, a caballo entre varios de ellos. En una palabra, regiones autónomas en un continente europeo unido.

En la práctica, dicha construcción de Europa será difícil. Las cuestiones nacionales son siempre, en el fondo, de orden cultural. En su sentido más amplio, la cultura se refiere a la personalidad de los individuos, que requieren, para construirse a sí mismos, un conjunto sutil de referencias y relaciones. En nuestro planeta, todas

las nacionalidades luchan por expresarse, sea cual sea el régimen bajo el que se encuentran. Las naciones se rebelan contra la uniformización y el control utilitaristas que destruyen sus referencias, su tejido sociocultural y sus ecosistemas. Es probable que este mar de fondo crezca durante el siglo próximo. Esta rebelión es emancipadora en la medida en que se articula junto con las demás exigencias de emancipación.

Lo cultural y lo territorial no tienen por qué coincidir necesariamente: en Europa muchas nacionalidades se entremezclan. Nuestro continente debe garantizar la libre circulación de todas las personas y su derecho a establecerse en cualquier lugar. ¿Soluciones? Proponemos, por una parte, determinar unas formas de gestión lo menos artificiales que sea posible, evolutivas, aun a sabiendas de que, por mucho que consigan reflejar la complejidad cultural, no podrán reflejarla por entero, y, por otra, reconocer plenamente todas las nacionalidades, de forma que las que puedan se plasmen en formas políticas territoriales, y las que no puedan, por su dispersión histórica o su absorción por otras culturas, se organicen, sin ningún tipo de discriminación, en comunidades político-culturales más diversas y flexibles que el territorio. Los elementos esenciales son la lengua, la enseñanza, la creación y comunicación de imágenes y pensamiento, la libertad religiosa efectiva y el estilo de vida. Y en relación con los demás componentes de la emancipación.

Ni fragmentación feudal ni unificación desde la cumbre. La Europa de las regiones implica no solo que no se cree un “superestado” autoritario, sino también que no se sustituyan los doce (o más) Estados actuales por un mosaico de Estados más pequeños. Ninguna instancia deberá suprimir la expresión completamente libre y la autodeterminación de todas las comunidades reales, federadas, y de las personas concretas que las componen.

¿Se acabará con la política? Podría ser el caso si la política se redujera a la administración de las cosas. Pero el problema de los objetivos y la existencia de contradicciones alimentarán probablemente la política más allá de la extinción del Estado. Dicha política no puede tener cabida por entero en lo inmediato, lo espontáneo, el discurso directo. Supone la existencia de

instituciones. El problema consiste en impedir que no sean o no se tornen instituciones de poder autónomo en el seno de la sociedad. Lo que debe extinguirse no es la política, sino el Estado separado de la sociedad, dominante.

No se trata de destruir, sino de construir; no se trata de conquistar el Estado, sino de crear y poner a prueba constantemente instituciones políticas radicalmente nuevas. Hacer que desaparezcan todos los sistemas de poder, eliminar las raíces, conscientes o inconscientes, de la dominación, acceder a la autodeterminación; todavía no se ha instaurado a gran escala ninguna solución semejante. Es una tarea histórica que requiere el esfuerzo de toda una época y cuya configuración por adelantado resulta inimaginable. Avanzaremos por la vía de esta ruptura en caso de que esta perspectiva se convierta en una guía de acción y comience a traducirse a partir de ahora en prácticas cotidianas.

Capítulo V

VOLVER A FUNDAR UNA PERSPECTIVA DE EMANCIPACIÓN SOCIAL

En 1830, el proletariado europeo, aplastado, andaba descalzo, no tenía nada que comer y su esperanza de vida era de treinta años. Y ese mismo proletariado inició el movimiento de los ludditas, la revuelta de los canuts [tejedores de la seda] de Lyon, la de los tejedores en Silesia y la Comuna de París. Siguiendo el ejemplo de los obreros de los Estados Unidos, luchó todos los primeros de mayo por una jornada de ocho horas. Perdió la Revolución rusa de 1905 y ganó en un primer momento la de 1917. Protagonizó el levantamiento espartaquista alemán, los consejos obreros de Hungría, las insurrecciones y la Larga Marcha china, combatió en la Guerra civil española y del lado de los partisanos titistas… En numerosas ocasiones pareció que estos millones de mujeres y de hombres iban a abrir el porvenir a la emancipación social. Los partidos socialistas, comunistas y, en menor grado, de extrema izquierda han movilizado a pueblos, han despertado el entusiasmo de algunos de los mayores creadores, han dispuesto de un poder y de unos medios considerables. ¿Qué hicieron con ellos? La decepción está en el mismo nivel que la esperanza que suscitaron.

Entendemos por socialismo no las expresiones particulares que le han dado los partidos que lo utilizan como referencia, sino ese vasto movimiento histórico que surgió hacia 1830 y cristalizó en varias corrientes antes de encarnarse primordialmente en la obra de Marx y en las elaboraciones que la desarrollaron, y que constituyó varias Internacionales. Todas estas manifestaciones fracasaron históricamente.

La socialdemocracia clásica votó a favor de los créditos de guerra en 1914. Los partidos comunistas reprodujeron, en aras de la eficacia, las taras más profundas de las viejas sociedades, tales como el economicismo, el estatalismo o el ejercicio patriarcal y cínico del

poder. La extrema izquierda, aislada del movimiento vivo de la sociedad, se ha marginado. En todo el planeta, el movimiento real reniega cada vez más de esas formas de socialismo, que ya han demostrado de qué son capaces. Pero la corriente que encarnaron no ha desaparecido. Una parte del movimiento es prolongación de esta corriente, a la que exige que rompa sus cadenas productivistas, patriarcales, estatalistas, y que se rebase a sí misma con objeto de participar en un nuevo impulso emancipador.

La ecología política revela las causas esenciales del fracaso de las componentes de la izquierda establecida. La interacción de los ecosistemas y de las sociedades humanas plantea el problema de las relaciones sociales. Las economías antiecológicas se han desarrollado en ciertos tipos de sociedad. No se puede aspirar a un radicalismo ecológico en lo económico y lo político deslindado del radicalismo social. En lugar de ser una alternativa a la emancipación social, la ecología política quiere y debe propiciar una alternativa emancipadora. Incita a considerar el movimiento por el socialismo de una manera más amplia, más abierta y, por tanto, más realista. A muchas mujeres y muchos hombres, entre los que se cuentan los firmantes del presente manifiesto, les resulta difícil superar los sistemas de pensamiento y de acción que constituyeron sus referencias. Si no tuviéramos el valor, junto a muchos otros, de superarlos, las esperanzas y los combates de millones de seres humanos, cuyos herederos aspiramos a ser, no tendrían continuidad.

¿Una euroizquierda?

No hay un proyecto socialdemócrata homogéneo. Los partidos socialdemócratas, socialistas y laboristas operan en culturas políticas diferentes y desempeñan funciones diversas en cada uno de los países europeos. En el punto de inflexión de los años setenta y ochenta de este siglo se rompió en Italia el “compromiso histórico”, el thatcherismo triunfó en el Reino Unido, los socialdemócratas suecos y alemanes retrocedieron. Al mismo

tiempo, los partidos socialistas accedieron a la dirección del Estado en Francia, España, Grecia y, de manera muy limitada, en Portugal. Diez años después, el neoliberalismo parece haber entrado en declive. Pero en ningún gran país europeo hay expectativas de creación de "frentes populares" o de "unión de la izquierda". Pese a su importancia, la dinámica verde sigue siendo minoritaria. En Europa, la socialdemocracia trata de responder a los problemas actuales procurando renovarse. Partiendo de esta premisa, varios partidos han propuesto la constitución de una "euroizquierda".

A mediados del siglo XX, los asalariados de varios países europeos obtuvieron mejoras y derechos a cuya consecución habían contribuido el pensamiento y la acción de los socialdemócratas. El intento de renovación de esta corriente tiene en cuenta los nuevos problemas y corresponde a la evolución interna de estas sociedades. Las tendencias que la constituyen reflejan hasta cierto punto las contradicciones internas de su electorado. ¿Basta todo ello para que la socialdemocracia alcance soluciones básicas por sí misma? Dichas soluciones exigen una modificación de las relaciones sociales. Pero la socialdemocracia se limita esencialmente a hacer que las sociedades capitalistas evolucionen en aspectos marginales. Acepta incondicionalmente el marco capitalista: más aún, apuesta de hecho por un capitalismo perpetuo. Aunque quisiera ir más lejos no podría. Solo puede permanecer en el poder si las fuerzas del capital lo toleran. Una parte de dichas fuerzas se ve al parecer beneficiada por este tipo de compromiso, como ocurre en Suecia desde hace más de medio siglo, o en Francia desde 1982, o en España, con el PSOE de Felipe González. La unificación europea deseada por la mayoría de los socialdemócratas no puede realizarse, vista la actual relación de fuerzas, contra la mayoría de los intereses capitalistas.

Varias figuras punteras de la socialdemocracia han tratado de elaborar una política de no alineación. La renovación socialdemócrata aspira a la distensión internacional, pero la mayoría de los partidos socialdemócratas europeos al frente de un gobierno practican una política de bloques en el marco de la OTAN. En España, el PSOE hubiera podido apoyarse en un fuerte movimiento popular contrario a la entrada del país en la Alianza Atlántica, pero combatió dicha oposición hasta conseguir la adhesión. El Partido Socialista francés se ha unido —igual que el

PCF— al consenso de la clase política nacional sobre la utilización de armas nucleares con fines militares. Apoya la producción de una bomba de neutrones, el programa del avión "Rafale", la venta de armamento y la constitución de unidades franco-alemanas. En África continúa practicando una política neocolonialista. La dirección del Partido Laborista británico ha abandonado su compromiso de renunciar unilateralmente a las armas nucleares.

Algunas corrientes de renovación socialdemócrata pretenden hacer frente a los peligros de un crecimiento cuantitativo indiferente a sus propios efectos sobre los ecosistemas. Ciertos partidos socialdemócratas han admitido el abandono progresivo del uso de la energía nuclear, pero el Partido Socialista francés expone a los pueblos de Europa a los riesgos inherentes al primer supergenerador de uso industrial y prosigue un demencial programa de centrales nucleares. El abandono de la energía nuclear está siendo revisado en Suecia.

La mayoría de los socialdemócratas preconiza la "europeización de Europa", pero muchos de ellos tienden a reemplazar el chovinismo de los Estados-nación por el chovinismo europeo-occidental. Para la mayor parte de ellos, la Europa de la inmigración es la Europa de las policías. Hay socialdemócratas que no reconocen los derechos de los vascos, los corsos y otras nacionalidades.

La mayoría de los partidos de la corriente socialdemócrata critican el neoliberalismo reaganiano o thatcheriano, pero en sus políticas económicas hay fuertes dosis de dicha concepción. En Italia y España se practica casi en su forma más pura. Contemplan la realización de Europa ante todo como la construcción de un mercado, cuya hegemonía sueñan con extender a Europa central y a la oriental.

Estos partidos suelen criticar el estatalismo, pero tratan casi siempre a las personas como víctimas a las que hay que asistir o menores a los que hay que dirigir. Además, cada vez están más comprometidos con la tecnocracia. En cada país van ligando su suerte a las lógicas políticas preestablecidas, que tienden a sofocar cualquier renovación de la política.

Dentro de la tradición de extremo estatalismo que caracteriza a

Francia, el PS hace todo lo posible por encerrar la política en un esquema izquierda-derecha restringido, que tienda a canalizar la sociedad dentro de los marcos y criterios de la vida política actual. En el Reino Unido, el laborismo participa en una alternancia parlamentaria inhibidora, que se basa en particular en una arcaica forma de escrutinio de los votos, gracias a la cual una minoría de menos del 40 por 100 puede obtener una clara mayoría de diputados. En Italia, el PSI tiende al presidencialismo. En Grecia, el PASOK ha llegado hasta la corrupción. Reducirse a este marco es renunciar definitivamente a cualquier proyecto de renovación. El SPD [germano-occidental] ha abrazado una idea de la unificación de Alemania que no ha dejado, al menos en los primeros momentos, ninguna oportunidad a la búsqueda de alternativas en la República Democrática Alemana (RDA) en lo ecológico, lo democrático y lo social.

Culminando su evolución, el Partido Comunista italiano —si acaso todavía conserva dicho apelativo— ha renunciado al eurocomunismo, decantándose por la "euroizquierda" (sinistra europea). El nuovo corso adoptado en 1989 apoya el gorbachovismo en los países del Este y considera que ha periclitado el movimiento comunista internacional. Estrecha sus relaciones con el SPD y otros partidos de la Internacional Socialista, al tiempo que da por acabada la socialdemocracia clásica. Su "reformismo duro" se aproxima a una socialdemocracia renovada. El PCI trata a la vez de conquistar la hegemonía de una gran formación sobre el reformismo italiano (antes que crear una segunda corriente en el seno de la euroizquierda) y de obtener un gran compromiso de clase en Europa. Apoya los nuevos movimientos sociales, ha adoptado una clara postura antinuclear y ha dejado de considerar secundario el feminismo. Preconiza la distensión, aunque opina a la vez que Europa es el "segundo pilar" de la OTAN. Pero tiende cada vez más a sustituir la alternativa por la mera alternancia.

En resumen, la euroizquierda parece decantarse por programas neokeynesianos. Admite las reestructuraciones capitalistas tratando de "orientarlas hacia lo social" y de incorporar una "contabilidad ecológica" al crecimiento. Apuesta por un mercado interior europeo, por un nuevo planteamiento de las relaciones con el Tercer Mundo que genere nuevos canales comerciales y por los

intercambios comerciales con el Este. Su nueva ostpolitik podría basarse en la OTAN sin tender a destruir el Pacto de Varsovia, sino tratando de transformar ambas alianzas.

Este tipo de proyectos son sin duda más acertados que los que sigue el neoliberalismo salvaje, por no hablar de la barbarie de extrema derecha. Pero resulta ilusorio considerar que los partidos socialdemócratas, socialistas y laboristas puedan llegar, gracias simplemente al empuje de sus corrientes progresistas internas, hasta el extremo de poner en tela de juicio las relaciones capitalistas, productivistas, patriarcales, neocolonialistas y estatalistas. Solo les podría abocar a ello una dinámica política racional y externa a sí mismos y al sistema, y ligada a los movimientos heterogéneos que ponen en entredicho los fundamentos de las viejas sociedades.

Nuestra opción ecosocialista no es la de la euroizquierda, aunque nuestra política alternativa deje abierta la posibilidad de cooperar, en ciertos momentos o aspectos, con los partidos de izquierda establecidos para formar mayorías sociales y políticas nuevas. Optamos por la constitución en Europa de un conglomerado de fuerzas políticas completamente independientes y que defiendan esta alternativa.

¿Qué ocurre con el movimiento comunista existente?

En ningún país capitalista de relieve han modificado la sociedad los partidos comunistas. En lo sucesivo ya no tienen ninguna posibilidad de conseguirlo. El pulso entablado desde 1917 entre los partidos comunistas y la socialdemocracia lo perdieron los primeros. El estado político, económico y ecológico de la Unión Soviética, de los países de Europa del Este, China y Vietnam revela que todos los países en que gobiernan partidos comunistas están en crisis en todos los sectores simultáneamente. La experiencia de autogestión en Yugoslavia constituye en buena medida un fracaso.

Los comunistas pudieron encontrar en la obra de Marx métodos y conceptos que les habrían permitido enfrentarse a cara descubierta

con el problema ecológico, en lugar de eludirlo. Por ejemplo: el método dialéctico, el cuestionamiento de la propiedad como derecho ilimitado de uso y abuso, las ideas de control y de planificación racional… Marx define el comunismo como una sociedad en la que los productores asociados regularán racionalmente y por sí mismos sus relaciones con la naturaleza. Insiste en la necesidad de reducir el tiempo de trabajo con fines económicos en su fórmula: "A cada cual según sus necesidades". Distingue la calidad de la cantidad, el valor de uso del valor de cambio. Aunque ciertamente contradicho más tarde por Stalin, prevé la extinción del Estado. Para él, y en eso también lo contradijo Stalin, el libre desarrollo del individuo condiciona el libre desarrollo de la sociedad. Ni Marx ni Engels ignoraban los argumentos ecológicos. Se ha podido descubrir en su obra un pequeño florilegio de citas en que la economía aparece como un flujo de intercambios con los ecosistemas. Pero muy pronto la reflexión marxista se ciñó al subsistema económico considerado de forma aislada, se concentró en las contradicciones internas del capitalismo, sin generar una nueva economía política.

El pensamiento posmarxiano se centró en dos tesis del fundador: 1) una época de revolución social se inicia necesariamente cuando, en cierto momento de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, y 2) el comunismo solo puede instaurarse, tras la revolución, si las fuerzas productivas han crecido lo suficiente como para que todas las fuentes de la riqueza colectiva manen con abundancia. Lo que equivale a decir que cambiar la sociedad supone aumentar la producción al máximo. Dicho concepto ha pervertido la imaginación social de gran parte de los trabajadores asalariados y de sus organizaciones. Ha permitido calificar de revolucionario todo lo que incrementa o hace más eficaces los medios de producción.

La crítica marxiana desmixtifica las relaciones de producción, no las fuerzas productivas, que sustituyen al "Espíritu" de Hegel en su función de motor de la historia. Hasta tal punto es esto cierto que Lenin consideró evidente que solo podía resultar beneficioso, que no había nada conflictivo en importar, sin modificarlas en absoluto, las fuerzas productivas creadas por el capitalismo. Con Stalin, los

horrores de la acumulación, que habían durado cinco siglos en el caso del capitalismo, se concentraron en un lapso diez veces más corto. El ritmo de desarrollo social dejó de ser político para convertirse en económico: véase, por ejemplo, la cadencia forzada y brutal de los planes quinquenales. Trató a los seres humanos como meros recursos. Erradicó culturas campesinas. Deportó pueblos enteros. Los campos de concentración, donde murieron unos veinte millones de personas, obedecieron a una lógica económica: esclavos para la acumulación. Se concedió una importancia descomunal a la industria pesada, al carbón, al acero, a las [grandes] presas. Se pretendió cambiar en pocos años la geografía de un continente. En el umbral del siglo XXI, muchos marxistas siguen creyendo que a una mayor cantidad le corresponde ineludiblemente una mayor calidad. La teoría, que pretendía ser la negación de la economía política, ha desembocado en un economicismo generalizado. El comunismo real se presenta así como un productivismo sin apenas maquillaje, hundido en la ciénaga de un desarrollo distorsionado muy costoso en energía y materias primas y nocivo para la sociedad.

Al mismo tiempo, el comunismo se ha manifestado como un pensamiento de poder. En 1939, Stalin dio aval teórico a la autonomización del Estado y a la creación de terribles medios represivos. Los partidos comunistas han reproducido el esquema jerárquico que superpone una estructura política a la sociedad bajo forma de "vanguardia" depositaria del monopolio de la dirección. Han querido instrumentalizar el movimiento social y la cultura. Han querido movilizar a personas y grupos como si de ejércitos se tratara. Al tiempo que se consideraron durante un largo periodo secciones de la Internacional con sede en Moscú, la mayoría hicieron de los Estados-nación existentes marcos para la puesta en práctica de su estrategia de conquista del Estado. Dichos partidos han llevado muy lejos sus exigencias de unidad monolítica, disciplina y activismo. Estalinistas, maoístas y "polpotianos" han tratado de eliminar todos los elementos de oposición política a su poder y principalmente a los opositores comunistas. La dictadura del proletariado se ha convertido en una dictadura del Secretariado. La teoría ha quedado reducida a ser una "puta" de la política, cuyo papel se reduce a legitimar con posterioridad las decisiones tomadas de antemano.

Según Marx, el crecimiento de las fuerzas productivas no constituye el único "elemento material" de un cambio social. También es necesaria "la formación de una masa revolucionaria". En su opinión, la clase obrera tiene esta función liberadora.

La definición de dicha clase está ligada a las relaciones de producción, es decir, a las relaciones de los seres humanos en el proceso material de producción de su propia vida. Tan necesarias como independientes de la voluntad humana, tales relaciones corresponden a su vez a un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Se trata de una visión que en el fondo es economicista.

Desde el siglo XVIII, el movimiento obrero se constituyó en torno a una sola contradicción: la que opone trabajo y capital. La dureza —nada ficticia— de la lucha de clases condujo a los teóricos marxistas a considerar que la violencia era la "comadrona" inevitable del socialismo. Lenin definió nuestro siglo como "la época de las guerras y de las revoluciones". "Las cuestiones de moral revolucionaria —señaló Trotski— se confunden con las de estrategia y táctica revolucionarias". Los comunistas hicieron alarde de una confianza absoluta en la historia. Muchos de ellos se preguntan hoy cómo podrán reajustar el marxismo para que logre incorporar, desde el punto de vista de la contradicción de clases, los nuevos fenómenos de ecología, feminismo, etc.

Pero ¿es coherente que el propio movimiento al que debería interpretar y orientar esta teoría trate de mantenerla en lugar preferente, cuando ha sido refutada como explicación global? ¿Es un fenómeno contingente la crisis general del comunismo? ¿No tiene ya sus raíces en la propia teoría? ¿Será quizás el marxismo la única teoría que no requiere una verificación práctica? La experiencia demuestra que un pensamiento excesivamente lastrado por sus orígenes europeos —pese al esfuerzo de Lenin por analizar el imperialismo y el movimiento de los "pueblos de Oriente", pese a Mao Ze Dong— no permite abordar todos los problemas de la Tierra. Europa fue la cuna del marxismo porque había engendrado el capitalismo. Generaciones enteras de comunistas bebieron de las "tres fuentes" de la teoría: la economía política británica, la filosofía alemana y la política revolucionaria francesa. El pensamiento de

Marx ignoró, e incluso despreció, las culturas del Islam, China o India. Toda propuesta socialista debe reconocer que lo que ha acontecido o acontecerá en Europa no lleva en sí mismo necesariamente el germen de las soluciones para las demás regiones del globo.

La experiencia demuestra que, ya que el pensamiento refleja el ser, la cultura obrera del productivismo resulta de la unidad dialéctica que opone y une a la vez a la dicotomía capitalismo/proletariado. Ambas fuerzas proceden de la misma matriz: el economicismo. El ecologismo y el feminismo se entrometen para romper el encantamiento de esta unidad conflictiva. Rompen el apareamiento y permiten de esta manera que el socialismo se desarrolle por sí mismo, libre del monocultivo del capital, antisistémico, y lo hacen uno y otro sin convertirse en nuevas teorías globales (o al menos este es un peligro que, en nuestra opinión, debería evitarse).

La experiencia demuestra que la técnica no es neutral, sino que está ligada a los objetivos de la producción. Una sociedad socialista no puede limitarse a calcar las fuerzas productivas del capitalismo; tiene que inventar técnicas alternativas, una nueva racionalidad económica, una organización diferente del trabajo.

La experiencia demuestra que la propiedad estatal de los medios de producción y de intercambio no resuelve nada por sí misma. Según Marx, el socialismo debe ser “una asociación de seres humanos libres”; toda supresión de la propiedad privada de los medios de producción que no corra pareja con una supresión del trato mercantil a que se somete la fuerza de trabajo no acabaría con el capitalismo. Los países “socialistas” han conservado al mismo tiempo el sistema salarial y la separación creada por el capitalismo entre productores y medios sociales de producción. De no abolir la relación salarial, una sociedad socialista debe cuando menos transformarla, de tal manera que la propiedad social esté realmente a disposición jurídica de las ciudadanas y los ciudadanos en tanto que productores y consumidores o usuarios; más aún, que suponga una apropiación política que les permita adecuar por sí mismos la producción y los servicios a sus necesidades y a la necesidad de realizar intercambios equilibrados con los ecosistemas.

La experiencia demuestra que se dan contradicciones, que todavía

no se han resuelto en ninguna parte, entre la estatalización general y el proyecto de extinción del Estado. Muchos burócratas dirigen la economía como si fueran meros depositarios interinos de sus cargos. Surge entonces el conformismo, el servilismo o incluso la corrupción. Varios sectores del aparato del Estado se disputan el poder económico, causando los mismos perjuicios que la competencia en busca de beneficio. La opacidad burocrática no tiene nada que envidiar a la de las relaciones mercantiles. Se impone la militarización. Y, lo que es más importante, la burocracia tiende a enfrentarse con los asalariados de acuerdo con la lógica de la lucha de clases, arrastrándolos al productivismo. Una sociedad socialista debe progresar hacia una ciudadanía integral.

La experiencia demuestra que la mera crítica del individualismo es reduccionista. El "comunismo cuartelario" y la fábrica-nación infligen a los seres humanos sufrimientos y enajenaciones intolerables. Privan a la sociedad de inmensas reservas de iniciativa y capacidad. Una sociedad socialista no debe recurrir solamente a la conciencia de clase, ni remitirse exclusivamente a otro tipo de pensamiento colectivo, como la conciencia de especie o de género (sexo). Solo puede tener interés histórico si ofrece el mayor número posible de oportunidades al doble principio de la hominización: individualización y solidaridad. La felicidad no se programa: tan solo puede emanar de una actividad satisfactoria y del bienestar de cada individuo en el seno de la comunidad.

La experiencia demuestra que el movimiento obrero ha transformado muchas sociedades, pero no ha liberado a ninguna. Si el socialismo se vinculara de manera casi exclusiva con el proletariado de las grandes fábricas, sería efímero. La propia ecología demuestra que el sujeto de las necesarias transformaciones históricas no puede circunscribirse a la clase obrera en tanto que masa explotada y sujeto activo de la producción. Dicho sujeto es el conjunto de trabajadoras y trabajadores, consumidoras y consumidores, usuarias y usuarios en su condición de enajenados en su relación con la naturaleza y la economía.

Ninguna contradicción lleva en sí misma la solución para superar de manera global el sistema. Ninguna contradicción es absoluta. La novedad de nuestra época consiste en que afloran al mismo tiempo

la mayoría de las contradicciones. Ciertas personas y ciertos grupos experimentan unas más que otras y se radicalizan debido a la explotación salarial, el feminismo, la ecología… Las contradicciones se articulan y se oponen entre sí. Pueden intensificarse y ganar en complejidad hasta el punto de hacer fracasar cualquier tipo de explicación monocausal, pues se requiere la intervención de actores sociales diferentes. No se trata ni de mantener una concepción obrerista ni de sustituir una contradicción por otra. La transformación ecosocialista que proponemos será multidimensional. Debería permitirnos pasar de una emancipación restringida, que ha fracasado, a una emancipación generalizada. Tal perspectiva se alza sobre un cementerio de dogmas del movimiento obrero. Y supone un formidable desafío teórico y político.

Segunda parte. ¿CÓMO ACTUAR?

Ante todo, ¿cómo pensar la ruptura?

Durante dos millones de años una especie de “contrato ecológico” implícito vinculaba a la humanidad con la naturaleza. La Revolución neolítica modificó dicho contrato. El capitalismo lo desgarró brutalmente. La tendencia del capitalismo a crecer sin límite estimula continuamente la producción de bienes y servicios reducidos a su valor de cambio. Aumenta los índices de utilización de los recursos y de la producción de residuos. Hace recaer sobre la sociedad, la especie y los organismos vivos los costes en ascenso de un crecimiento que tiende de modo permanente al recalentamiento. Ha mundializado la economía basándola en la explotación de la “periferia” por el “centro” y, en cada rincón del planeta, en la explotación de la naturaleza y de los seres humanos por una pequeña minoría de propietarios. El divorcio entre capitalismo y “socialismo” realmente existente —cabe decir, “todavía existente”, aunque en todas partes impugnado— se establece, empero, sobre una base común economicista. Suele evocarse hoy una convergencia entre ambos regímenes. Quizás sea más apropiado decir que comparten las mismas raíces. Como gemelos, tienen en común sus relaciones de explotación de la naturaleza. Uno y otro se apoyan en el patriarcado.

Una “política de lo peor” se pagará muy cara. No puede descartarse un cataclismo final, que sería simultáneamente un ecocidio y un genocidio. En cualquier caso, no podrían evitarse graves estragos. Mañana, y hasta quién sabe cuándo, la herencia transmitida sería abrumadora. Los responsables del capitalismo y el comunismo llevarán milenios sumidos en el olvido mientras ecologistas que no conocemos seguirán tratando de resolver los problemas legados por aquéllos. Por ejemplo, la gestión de los residuos nucleares. ¿Dar

marcha atrás? Toda marcha atrás ha resultado, históricamente, catastrófica. Los pocos europeos que sobrevivieron a la caída del Imperio romano necesitaron seis o siete siglos para salir de la posterior barbarie. Sin la Reconquista española, sin la destrucción de la civilización andalusí, el Islam y Occidente habrían podido evolucionar juntos. La sociedad francesa todavía está marcada por el acto centralizador, empobrecedor y nivelador que fue la revocación del edicto de Nantes. Varias deliberadas regresiones antihumanistas, en especial el antisemitismo, han hecho reinar el horror en el siglo XX.

La ecología pone en el candelero los conceptos de umbral y de irreversibilidad. Desde los años 1950 se han franqueado umbrales y se han desencadenado fenómenos irreversibles. Resultaría insensato pretender restaurar modos de vida que establecieron sociedades muchos menos numerosas y complejas, en condiciones ecosistémicas mucho menos perturbadas; la ruptura significa, a nuestro modo de ver, concluir un nuevo "contrato ecológico" que pudiera permitir equilibrios más conscientes y más ricos, y sin duda también —en las antípodas de la utopía de una "tecnonaturaleza" planificada integralmente— más aleatorios. Esto ya ha ocurrido históricamente: los modos de producción agraria volvieron a forzar la creación de bosques diversificados en Europa central, después de que se hubieran talado; hoy defendemos la pradera que crearon en Norteamérica los indios después de destruir los bosques nativos; protegemos lagos y bosques artificiales; apostamos por cultivos que han dado la vuelta al mundo en caravanas y barcos, como el maíz, el tomate, la patata, la soja y muchos otros.

La historia de la naturaleza no es solo natural: también es social. Pueden rastrearse en ella las relaciones sociales. Un nuevo "contrato ecológico" solo puede ser al mismo tiempo un nuevo "contrato social". Pero ¿sería conveniente hacer borrón y cuenta nueva, liquidarlo todo para volver a partir desde cero? Nunca se parte desde cero: no puede detenerse —ni menos aún invertirse— el productivismo ni por decreto ni a golpe de consigna. Se trataría de renovar a gran escala el capital fijo existente. Nuevas producciones, nuevas técnicas, nuevos materiales, nuevas instalaciones. Tanto si trabaja a pleno rendimiento como si es excedentario (según suele ocurrir hoy) el capital fijo está dotado de inercia. ¿Cuál es el grado

de reversibilidad de las técnicas, los métodos de cultivo y ganadería, las corrientes de intercambio, las estructuras de organización de la vida tales como la vivienda y el transporte? Los capitales fijos tienen un valor acumulado considerable y no solo en términos mercantiles: ¿cómo conseguir que lo "muerto" no paralice lo "vivo"? ¿Cómo movilizar ese valor en procesos de producción y consumo esencialmente diferentes? Las tentativas de reconversión, sin duda parciales y constreñidas por los límites que impone el sistema, ha mostrado hasta la fecha, a escala reducida, las dificultades de una empresa que debería revolucionar todos los niveles de la economía. Y todo ello dentro de constricciones que limitan el alcance de lo posible. Por ejemplo, el crecimiento demográfico torna ilusoria o inmoral toda política ecológica en pequeña escala. La ecología pone de manifiesto la noción de límite. Dicha noción, igual que la de constricción, es dialéctica, factor que descuidaron los matemáticos [expertos en dinámica de sistemas] del Club de Roma; los recursos evolucionan históricamente en función de los conocimientos científicos, de las innovaciones técnicas, de los saberes prácticos, de los modos de vida; en efecto, el porcentaje de plantas y animales domesticados o utilizados, o simplemente estudiados, es ínfimo. Pero existen límites que, por ejemplo, harán muy difícil incrementar simplemente los recursos imprescindibles para satisfacer las necesidades vitales de 10.000 millones de seres humanos. Visto el estado actual de los conocimientos, no cabe hacerse demasiadas ilusiones sobre las posibilidades que podría ofrecer, por poner un ejemplo, la utilización de los océanos.

El capitalismo y el comunismo actuales no son simples ideas que deban combatirse. Las multinacionales, los bancos, las concentraciones económicas, los complejos militar-industriales, los aparatos de Estado superpoderosos, las nomenklaturas, son otras tantas realidades al tiempo colosales y diversificadas, que expresan ante todo los intereses y los valores de las clases y castas detentadoras del poder. En caso de descuidar dichas realidades, la ecología política se volvería vulnerable, asimilable. No puede solucionar por sí misma todos los problemas que plantea. ¿Qué fuerzas sociales pueden y podrán movilizarse para crear un socialismo ecológico? En última instancia, son las sociedades y no las fuerzas productivas ni las minorías las que deciden. La inercia también es, sobre todo, a fin de cuentas, la inercia de las

sociedades: niveles y contenidos de la educación y la información y, más aún, lastre de las costumbres, las estructuras de vida y las mentalidades. El comportamiento que genera la inercia más intensa no es ni el deseo de consumo desenfrenado —y mucho menos entre los miles de millones de pobres que solo piden subsistir— ni la voluntad de dominar, sino la resignación a esta situación milenaria: la arrogación del derecho de decidir por parte de un sexo, una clase, una burocracia, un clan. El porvenir dependerá de la capacidad que tengan o dejen de tener miles de millones de mujeres y de hombres para invertir las estructuras milenarias de poder, convirtiéndose en personas soberanas. La rapidez, el alcance, los límites y contradicciones de esta metamorfosis de la cultura política que está surgiendo por todas partes constituyen las principales incógnitas. Nadie sabe si esta marcha hacia la autodeterminación será rápida, muy rápida o lenta. No se escribe en los cerebros humanos como sobre el papel en blanco: ¿quién domina la ciencia que lo posibilitaría, y con qué derecho podría hacerse? Como dice el poeta: "Caminante, no hay camino; se hace camino al andar". De ahí que un vuelco global y casi instantáneo del productivismo sería milagroso. La experiencia demuestra que resulta costoso e inútil tratar de realizar este tipo de milagros. Los injertos violentos prenden mal o no prenden.

Los ecosocialistas rechazamos la idea de que las catástrofes espontáneas o provocadas engendren las revoluciones más deseables. Consideramos que la ruptura tendrá que ser una transgresión compleja y prolongada de un modo de producción y de vida para acceder a otros. Esta transformación es en gran medida imprevisible. No tendrá sin duda un ritmo uniforme, sino que pasará por fases de estancamiento —esto es, compromisos relativamente estables entre las fuerzas contendientes—, aceleraciones y quizá regresiones. Conflictiva por necesidad, podrá entrañar al mismo tiempo desapariciones, continuidades e innovaciones. En algunos momentos tal vez coexistan varios modos de producción.

Nuestra opción por la no violencia

“La bomba atómica —decía Albert Einstein— lo ha cambiado todo menos nuestra forma de pensar”. La violencia impera en el mundo actual. El Estado se ha hecho autónomo de la sociedad mediante el ejercicio de la violencia y con objeto de ejercerla.

El Pentágono, los estados mayores soviético o chino, los ministerios de Defensa francés o británico influyen en todo tipo de decisiones. A la hora de decidir sobre las opciones energéticas, por ejemplo. Hay militares a la cabeza de grandes sectores productivos, que comercian, mantienen relaciones internacionales y orientan la investigación científica. Consumen enormes cantidades de materias primas, energía, alimentos, espacio y dinero. Acaparan recursos humanos. Los problemas militares bloquean desarrollos democráticos. Los ejércitos temen que la descentralización desmorone la defensa tal y como ellos la conciben. En la cúspide de todos los Estados nuclearizados ciertos individuos detentan el poder de decidir en última instancia la vida o la muerte de la especie humana y de las especies superiores.

Hasta mediados del siglo XX una victoria militar permitía alcanzar fines políticos o económicos determinados antes de la batalla. Este planteamiento ya no tiene sentido hoy. Según ciertos cálculos, bastaría casi con el 1 por 100 de las fuerzas nucleares mundiales para sumir al planeta en el invierno nuclear. Francia y, hasta cierto punto, el Reino Unido poseen este potencial terrorista. Sometida a su propia dinámica, la carrera de armamentos franquea un umbral tras otro. ¡Ya está en el espacio! En los planteamientos estratégicos cada vez hay un mayor porcentaje de irracionalidad. Cuanto más complejo es un sistema, más difícil resulta controlarlo. El tiempo de reacción se torna cada vez más corto. La frontera entre sistemas de armas nucleares y convencionales tiende a diluirse. Los centros neurálgicos militares (mando, control y transmisiones) son cada vez más vulnerables. Aunque se ciñera a una parte del globo, un combate nuclear no respetaría ningún “santuario”. Al mismo tiempo, la represión y la tortura hacen estragos, por mucho que imperen “la Ley y el Orden”. Las propagandas machaconean, las censuras mutilan, las inquisiciones masacran.

Los ecosocialistas optamos por la no violencia. La no violencia no

basta nunca para obtener una decisión política. No puede aplicarse de manera uniforme en cualquier circunstancia. Un pueblo puede verse obligado a tratar de salvar su vida por medio de las armas; contra el fascismo, por ejemplo. Pero entonces debe ser consciente de que tendrá que pagar por ello. La exigencia y las probabilidades de que haya sociedades no violentas aumentan. Estudiar y aprovechar en cada situación concreta todas las posibilidades prácticas de acción no violenta contribuye ya de alguna manera a esta transformación social fundamental. La política de la no violencia es realista. Por mucho que se oponga a la guerra civil y a la guerra en general, no deja a las ciudadanas y ciudadanos desarmados ante la guerra y ante la guerra civil ajena.

Los Estados actuales no basan su legitimidad exclusivamente en los principios democráticos (derechos humanos, soberanía popular); también la basan en la sacralización arcaica de la violencia, la glorificación de los ejércitos y de sus jefes, los mitos primitivos del territorio o de la raza, el ejercicio franco o encubierto de la fuerza bruta (el poder del dinero, los aparatos represivos, administrativos, ideológicos). Pero cada vez le resulta más difícil al Estado moderno prescindir, tanto en el plano interno como en el internacional, de legitimación democrática. Los Estados occidentales tratan de evitar que los conflictos se transformen en enfrentamientos que puedan poner en tela de juicio su legitimidad. Los Estados de los países del Este están descubriendo esta necesidad. A medida que van prendiendo en los pueblos, las ideas de libertad, derecho, transparencia y control democrático se van convirtiendo en fuerzas materiales. Una política de la no violencia debe apoyarse en elementos de consenso reivindicativo, jurídico y moral bien arraigados en la sociedad si quiere oponer a la fuerza del Estado una fuerza social superior. Todo Estado depende materialmente de la cooperación de los dominados. Gracias a las tácticas de resistencia pasiva, de no cooperación, de boicot, la política de no violencia extiende el método de la huelga a todas las esferas sociales. Esta política es autoeducativa. Al utilizar derechos que el Estado no reconoce, o reconoce sin permitir por ello que se ejerzan, la desobediencia civil revela de manera concreta la ilegitimidad de la opresión estatal.

Ni la guerra ni la guerra civil son la forja en que debe fabricarse un

nuevo ser humano. Los “héroes” que producen no son los constructores ideales de una sociedad emancipada. La fuerza de la acción no violenta es más constructiva que contestataria. Requiere altos grados de concienciación, de colaboración, autodisciplina y valor, como se ha visto en el caso de Solidarnosc, o como se ve en la intifada palestina. Pone en práctica formas de asociación autónomas que se centran en realizaciones tangibles y consensuales. Congrega fuerzas plurales y permite que un gran número de personas participen en la acción, aunque no puedan manejar armas. En una palabra, socializa más aún la política. La sociedad aprende a prescindir cuanto puede del Estado, a resolver los conflictos por métodos alternativos, a considerar la posibilidad de eliminar cualquier forma de autoritarismo. Resultaría absurdo posponer la aplicación de esta mutación a una era posrevolucionaria. La radicalización no puede ser sino un largo proceso práctico, abierto. En el plano internacional ya no se pueden ni se deben resolver los conflictos militarmente. Es hora de abrir en toda Europa un debate público y transparente sobre la seguridad colectiva y sobre una defensa alternativa no violenta, en el que participen también los militares. Una cultura de la paz es superior a la mera inexistencia de guerra. En resumidas cuentas, la no violencia es una nueva visión de los conflictos y de sus soluciones, radicalmente opuesta a cualquier forma de darwinismo social.

Nuestra opción a favor de una actuación operativa inmediata

No pretendemos zanjar debates teóricos difíciles, como el que existe entre ecología y emancipación social. Pero opinamos que no deben contribuir a retrasar la puesta en marcha de acciones de las que puede depender la supervivencia de la especie humana. Cualquier aplazamiento que trate de justificarse por la precariedad teórica puede comprometer las oportunidades de las colectividades humanas. Más aún, rechazamos toda forma y toda búsqueda de una teoría oficial, de una filosofía única. Debemos asumir iniciativas históricamente alternativas. Dicha tarea, ardua en la práctica,

permanecerá abierta desde el punto de vista teórico durante muchos años.

Nuestra lucha por una ciudadanía integral

La ciudadanía integral es, ante todo, una ciudadanía igualitaria, sin exclusión de ningún tipo. Todo miembro de una sociedad europea debe ser considerado una ciudadana o un ciudadano en posesión de todos los derechos que le corresponden, de los cuales el más simbólico es el de votar, elegir y ser elegido. Este principio disocia la ciudadanía del origen, la extracción social y el sexo, lo que está admitido teóricamente en Europa, pero está lejos de llevarse plenamente a la práctica. Esta disociación de la ciudadanía con respecto a la nacionalidad, tanto en el caso de los inmigrados no europeos como en el de los europeos, supone una innovación en el Derecho de este continente. Si es cierto que hay que fijar un límite de edad (quizá dieciséis años) para el ejercicio de derechos como el de voto en elecciones políticas, es absolutamente prioritario considerar al niño como una ciudadana o un ciudadano que disfruta desde su nacimiento de los derechos fundamentales.

La ciudadanía integral debe ser, en la medida de lo posible, una ciudadanía directa. El Estado moderno se basa en la delegación del poder: las ciudadanas y los ciudadanos delegan su soberanía de principio a los elegidos, que a su vez entregan una parte de dicha delegación a los organismos administrativos. Cualquier sistema que funcione esencialmente así usurpa la soberanía de la mayoría de los individuos concretos. La personalización de las instituciones, que se apoya sobre las tecnoestructuras y los grandes medios de comunicación electrónicos, acentúa esta confiscación, fenómeno que se da en sociedades cada vez más complejas, donde cada decisión de envergadura compromete el presente y el futuro de millones (o miles de millones) de individuos. El proyecto ecosocialista deberá asumir esta contradicción de hecho entre un Estado representativo y la democracia directa. Superarla implicará a la vez realizar una transformación de las actuales instituciones y

organismos del Estado, incluidos los partidos, y un florecimiento de formas aún no imaginadas de democracia directa en todos los niveles. Habrá que tratar cada situación de manera independiente. Se impone un combate contra toda forma de profesionalización de la política.

La ciudadanía integral es una ciudadanía solidaria. La ciudadana y el ciudadano no son individuos aislados. Su autodeterminación solo podrá ser, en la mayoría de los casos, una codeterminación. Si no se asocian, imperará la ley de la jungla, la impotencia, el retorno de un autoritarismo reforzado. La co-elaboración, la cooperación y el control común exigen múltiples formas de relación, intercambio, asociación, de redes estables o efímeras, que todavía están en buena medida por inventar. El propio concepto de democracia debe someterse a reflexión. La historia nos da infinidad de ejemplos de minorías, o incluso de individuos, que tuvieron razón frente a grandes mayorías o que representaron patrimonios que había que preservar, y muestra que el acuerdo de amplias mayorías sobre ambiciosos programas suele ser más formal que real. La democracia solo puede concebirse así en perpetua búsqueda de consensos tan amplios y reales como sea posible, teniendo siempre en cuenta la existencia de disensos, admitiendo expresiones y experiencias discrepantes, dejando, incluso entre quienes expresaron su acuerdo, la mayor libertad posible a los grupos e individuos.

La ciudadanía integral es una ciudadanía general. Frente a la separación entre una igualdad civil reconocida y una igualdad socioeconómica negada, la ciudadanía se comparte, pero no se divide. La autodeterminación debe abarcar y reunir todos los ámbitos. Que no haya más lugares de trabajo en cuya puerta pueda figurar el cartel: “Aquí dejan ustedes de ser ciudadanas y ciudadanos”. Que no haya más lugares fuera del trabajo en cuya puerta pueda leerse: “La producción no es asunto suyo”. Los derechos cívicos deben hacerse extensivos a todas las esferas sociales. Algunas luchas, ciertos aspectos de los nuevos movimientos sociales, algunos derechos adquiridos y cambios parciales, lamentablemente manipulados con frecuencia por la patronal, pública o privada, reflejan una aspiración de los asalariados a crear sus formas autónomas de acción y de intervención en el trabajo. Pero lo que en francés y en castellano se

llama “autogestión” y en inglés self-management no puede circunscribirse al ámbito de la empresa. Como tampoco a los municipios la Selbsverwaltung alemana. Toda la sociedad debe poder pronunciarse por sí misma sobre sus expectativas y sus necesidades, dotándose de medios suficientes para expresar sus preferencias sobre cualquier asunto y hacer que sean respetadas, lo que no podrá conseguirse más que si se crea una red compleja y progresiva de intercambios entre todos aquellos lugares en que la sociedad puede elaborar y expresar opciones basadas en las preferencias voluntarias de las personas. Por ejemplo, en el nivel de municipio o de región, en el nivel de Europa, pero también en esos lugares de investigación y síntesis que constituyen las asociaciones, las mutualidades, los sindicatos (renovados), etc. El Estado y las empresas se han autonomizado: hay que integrar sus funciones en la sociedad. Es la sociedad la que debe regular por sí misma, subordinándolas al ejercicio de la ciudadanía, la economía y la política.

De ahí que la ciudadanía integral deba ser ecológica. No podrá desarrollarse más que en un conjunto de intercambios entre la sociedad y los ecosistemas cada vez más racionales, puesto que serán regulados conscientemente por las y los ciudadanos agrupados. Estos intercambios crearán al mismo tiempo relaciones sociales y relaciones entre la sociedad y la naturaleza.

Proponemos una ciudadanía creativa y, por tanto, evolutiva. La ciudadanía integral no puede limitarse a trabajar con los vestigios del pasado. Su contenido, sus formas, su ejercicio transformarán, en función de ciertas leyes (naturales, biológicas, sociológicas…), a la propia ciudadanía. El proceso hacia la ciudadanía integral es un proceso abierto. La autodeterminación, es decir, el libre desarrollo de los individuos, será autoproductiva (por adoptar un término de la cibernética) de un desarrollo libre de la sociedad.

Independientemente de que los combatan o los adulen, tanto el Estado como la clase política están y estarán en contra de todas y todos aquellos que quieren y querrán modificar la política de esta manera. ¿Podrá librarse la sociedad con tanta facilidad del egoísmo, la ambición de poder, la agresividad? Cierto análisis del Estado permite reducir su dominación a la salvaguarda de los intereses de

unos pocos: de una clase o una burocracia. En cierto sentido, el Estado occidental no es más que el consejo de administración de los asuntos generales de la burguesía; el Estado de los países del Este ha sido el instrumento de la nomenklatura. Pero la dominación estatal puede explicarse también por un acatamiento, por no decir una necesidad, de los dominados. La fuerza y la propaganda no bastan para que se imponga; también requiere cierto grado de consentimiento. El ecologismo por su parte nos lleva a preguntarnos no solo por qué se producen tantos objetos y servicios nocivos, sino también por qué los quiere la gente. Reducir este acuerdo o este deseo a un complot orquestado por la publicidad es quedarse en la superficie del problema. La sociedad mercantil y el modelo productivista del Este y el Oeste inculcan ciertos valores: ¿por qué lo consiguen? Estos temas no son, y con razón, los de la política establecida. Para volver a fundar la política resulta esencial que dichas cuestiones sean debatidas desde todos los puntos de vista posibles. La ciudadanía integral implica la responsabilización de todas y de todos. Ya existen movimientos ecologistas, sociales y culturales que trabajan en esta dirección. Las preguntas que plantean todavía pueden asimilarlas y comercializarlas los que ejercen la dominación. Pero poco a poco, mediante su actividad, va difundiéndose la subversión de los valores.

Unas posibilidades sin precedentes a escala mundial

Vivimos con un alto grado de riesgo, pero también con unas posibilidades sin precedentes. La humanidad dispone de márgenes de maniobra. Puede utilizar algunos de los puntos débiles del sistema. Las sociedades humanas atraviesan fecundas mutaciones. Los nuevos movimientos sociales vienen de lejos. Se esbozan nuevos modos de vida. ¿Cuántos se impondrán? ¿Cuántos fracasarán? Las sociedades pueden utilizar la diversidad de estas movilizaciones para crear novedades que les convengan, siempre que sus miembros aprendan a “oír crecer la hierba”.

El productivismo está en crisis. No se trata solo de una crisis

financiera, presupuestaria, de excedentes de producción, ni de una crisis de gobernabilidad, una crisis moral o una crisis debida a la droga: el capitalismo ha sobrevivido a otras de índoles variadas. No es tampoco una crisis de escasez, de planificación o de alcoholismo, como las que padecen los países del Este desde hace tiempo. Se trata de una crisis de las bases del sistema que comparten ambos regímenes. La debilidad fundamental del productivismo es que trata la fuerza de trabajo humana y la naturaleza como fuerzas productivas sin poder generarlas como tales. Y, sin embargo, sueña con ello: véanse si no sus ambiciones de manipulación genética. Esta debilidad afecta a la acumulación.

A finales de los años 1960 entraron en crisis el taylorismo y el fordismo en los países capitalistas. Surgieron nuevas luchas en torno a las condiciones de trabajo, que superaban con mucho los clásicos problemas de higiene y de seguridad. Se ponía en entredicho la explotación laboral como exacción "en especie" de la propia vida de los individuos, su salud (en el sentido amplio del término que le da la OMS), su tiempo y ritmo de vida, sus capacidades. Un enfoque tan radical portaba el germen de la superación de la visión reduccionista de la explotación laboral que había caracterizado al movimiento obrero: una explotación que, al fin y al cabo, se consideraba reducida a la expoliación de la plusvalía, una parte de las riquezas que producen los asalariados medidas en valor monetario. Casi al mismo tiempo la contestación ecologista cuestionaba la legitimidad de las expoliaciones que se realizan sobre la naturaleza. El feminismo puso en entredicho el patriarcado en la economía y en todos los aspectos de la vida social. Los patronos, la burocracia y la tecnocracia tomaron conciencia en un primer momento de la crisis del taylorismo, y luego de la crisis de las relaciones entre producción y naturaleza y de la crisis de las relaciones entre centro y periferia a escala planetaria. De ahí sus tentativas para reorganizar las actividades productivas.

Los economistas ya han empezado a elaborar nuevos instrumentos teóricos, como el concepto de coste social o el principio de economicidad de François Perroux y Henri Bartoli: garantizar la cobertura de los costes del ser humano para el mayor número posible de personas con el mínimo coste ecológico y humano. En 1987, la UNICEF realizó unas propuestas de refundición de los

índices que se utilizan en el cálculo del producto nacional. Los informes del Club de Roma y del señor Dag Hammarskjöld en los años setenta, el de la comisión Norte-Sur presidida por Willy Brandt (1980), los informes de la CNUCED (Conferencia de las Naciones Unidas para la Cooperación y el Desarrollo), los del Worldwatch lnstitute y el informe Brundtland (1987) revelan cierta toma de conciencia. El propio Banco Mundial se ha visto obligado a reconocer que las soluciones que ha defendido hasta hoy no han logrado desactivar bombas como la de la deuda exterior.

El sistema está llegando a magnitudes tales que resulta cada vez más difícil un control global, pese a los progresos que ha realizado en este terreno: dentro de una o dos generaciones, si nada cambia, habrá 6.000, 8.000, 10.000 millones de individuos, todos diferentes; 3.000, 4.000, 5.000 millones de jóvenes de menos de veinte años; una capacidad de destruir entre ocho y diez veces, o más, toda vida superior en el planeta; un parque de máquinas que equivaldría a 40.000, 50.000, 60.000 millones de esclavos; megápolis; 100 billones de dólares anuales en todo el mundo en operaciones comerciales, bursátiles, de compra-venta de divisas… Quienes deciden todavía piensan en términos arcaicos de poder y beneficio, de soluciones unívocas. Es capital acabar con este modo de pensamiento anquilosado y empezar a tener en cuenta el conjunto de las variables que se conocen, reflexionando en términos de procesos abiertos, de gamas de opciones, de nuevas estructuraciones de las necesidades, de innovaciones radicales, dejando todo el espacio posible a la iniciativa y a la inteligencia de millones y millones de seres humanos.

Pese a que el capitalismo se ha construido y se desarrolla destruyendo otros modos de producción y de vida, la economía mundial no se ha convertido en un todo homogéneo. Las relaciones y los flujos se entrecruzan. Otras formas de producción resquebrajan el sistema como otros tantos eslabones débiles: la economía doméstica, esto es, 2.000 millones de mujeres; una parte de la economía agraria, es decir, más de 1.000 millones de campesinos, que en su mayoría son campesinas; economías regionales o locales, en cuyo seno se expresan aspiraciones nacionalistas y autonomistas; nuevos tipos de economía como el sector cooperativo, mutualista, municipal o experiencias realmente

alternativas (escasas, pero cargadas de significación, incluso en Asia, África, Latinoamérica u Oceanía, donde se van multiplicando).

Las fuerzas productivas y los modos de vida se unifican, pero esta evolución no se ve acompañada por una homogeneización de las sociedades, sino por una mayor complejidad. Las divisiones someras en dos o tres clases fundamentales con varias capas y categorías intermedias tienen cada vez menos que ver con las estructuras reales. La pluralidad de las relaciones y de los elementos se intensifica mientras las informaciones, las personas y los bienes circulan con una intensidad creciente, siendo como son premisas de interacciones que crean fuerzas sociales que se diversifican sin cesar.

A escala planetaria aumenta el número de asalariadas y asalariados de las industrias y los servicios. Son ellas y ellos quienes han dado muestras de su capacidad de renovación sindical y política en Polonia, Hungría o la RDA. Son ellas y ellos quienes han cedido una parte de su fuerza de propulsión a los movimientos sociales de Occidente. En un tema de fundamental importancia fisiológica —la agricultura—, el campesinado puede representar un fermento gigantesco. El feminismo no ha hecho más que comenzar. A medida que se van volviendo básicos los problemas culturales, educativos y de información, los estudiantes e intelectuales crean y animan en parte los movimientos radicales. Su papel ha sido decisivo en el desmoronamiento de las dictaduras de la Europa central.

Por primera vez desde hace tiempo, innovaciones de envergadura sacuden los cimientos de Europa oriental y de la Unión Soviética. ¿Hay que ayudar a dichos países a pasar del productivismo estatalista al productivismo capitalista en cualquiera de sus versiones? En nuestra opinión, el productivismo enfrenta a los pueblos de los países del Este con los mismos problemas que al resto de Europa. Lo que proponemos buscar es un tipo de convergencia y de ayuda mutua de un cariz completamente diferente: queremos que nuestras sociedades respectivas se orienten hacia modos de producción y de vida ecológicos y humanos, lo que puede obligar a utilizar instrumentos económicos como el mercado o, por el contrario, la planificación, pero siempre de manera accesoria.

Mal que nos pese, nuestros porvenires son interdependientes. Los pueblos de los países del Este no pueden por menos de beneficiarse de una dinámica ecosocialista en Europa. Si los fracasos del Este fueran capitalizados por cualquier forma de productivismo, ya sea burocrático o capitalista, ello entorpecería cualquier transición ecosocialista en el Oeste. El ecosocialismo tiene necesidad de que triunfen la perestroika y las demás transformaciones que apuntan en Europa oriental, y de que se orienten hacia formas de socialismo autogestionario, pacifista y ecologista.

Muchos occidentales cometieron la imprudencia de declarar que la sociedad soviética no tenía remedio; que se había extinguido en beneficio de un Estado que lo absorbía todo. Dicha sociedad ha comenzado a dar pruebas de su vigor. Tras décadas de opresión y asimilación se empiezan a oír reivindicaciones nacionales. La aspiración a la libertad y a la transparencia se opone al Estado burocrático. Daremos un solo botón de muestra: la reivindicación ecologista tiene sus orígenes en un hecho que ni Stalin ni Brezhnev supieron detener. Ya en 1926, el científico Vladimir I. Vernadsky realizó la síntesis de toda una corriente de investigación al formular una teoría de la biosfera. Las asociaciones para la protección de la naturaleza, fundadas en 1924, contaban en 1984 con 34 millones de miembros. La batalla del lago Baikal comenzó hace más de veinte años. Las obras hidráulicas y diversos proyectos industriales en la cuenca del Volga chocaron con la resistencia popular. Las y los habitantes de Moscú firmaron peticiones en los años sesenta en las que se solicitaba el traslado de fábricas contaminantes. En 1981, el samizdat puso en circulación una diatriba de Boris Komarov, Lo rojo y lo verde, contra los atentados a la naturaleza en la Unión Soviética. Desde entonces publicaciones, grupos (como “EI mundo verde” del redactor-jefe de Novy Mir, Serguei Zalyguin) y comités locales proliferan por todo el país.

Los problemas ecológico-energético-económicos pueden erigirse en un obstáculo físico ante la reconstrucción que propone Mijaíl Gorbachov, así como ante la renovación de Polonia. Pero, al menos en un primer momento, las dificultades económicas no provocan levantamientos por parte de los pueblos. Los miembros conservadores del aparato y los economistas occidentales habían augurado tales revueltas: el ser humano se ha mostrado muy

superior al concepto peyorativo que se tenía de él. No solo de pan vive el hombre. Hasta sumidos en la miseria, los soviéticos, polacos y húngaros luchan primero —como los chinos— por la autonomía, la cultura, la libertad y la justicia. Es posible imaginar un socialismo sin acero, y con más razón aún sin centrales nucleares, pero sin democracia y sin valores humanistas no habrá jamás socialismo.

Antes de la perestroika, los principales grupos disidentes de la Unión Soviética y de Europa oriental y una parte de los movimientos alternativos occidentales tomaron conciencia de su solidaridad. Tras la movilización de apoyo a Solidarnosc en toda Europa, la crisis de los euromisiles y la renovación del movimiento pacifista que suscitó pusieron en contacto a los disidentes, e incluso a personalidades oficiales de Europa del Este, con los pacifistas occidentales. Unos se dieron cuenta de que formaban parte de un movimiento extendido por toda Europa y los otros comprendieron que la situación creada tras la Segunda Guerra Mundial podía desbloquearse. Y, finalmente, todas y todos empezaron a coincidir en objetivos como los derechos humanos, también la paz y luego el medio ambiente.

A mediados de los años ochenta, el programa IDE ("la Guerra de las galaxias"), ideado por el presidente Reagan, topó en los Estados Unidos con la resistencia de una gran parte de la comunidad científica y de la opinión pública. En las cien universidades norteamericanas más intensamente dedicadas a la investigación, más de la mitad de los físicos se comprometieron por escrito a no firmar ningún contrato relacionado con esta empresa. En Europa occidental, el movimiento pacifista se desarrolló al margen de los límites que controlaba el movimiento comunista occidental. Se orientó hacia el cuestionamiento de todas las políticas de poder y hacia la reivindicación de una organización no violenta a escala planetaria. En eso coincidieron, por vez primera, con pacifistas de Europa oriental, que se habían liberado a su vez del control de los aparatos comunistas. Al mismo tiempo, los dirigentes de las dos superpotencias supieron evaluar los riesgos vitales y los inconvenientes económicos inherentes a la carrera armamentista: el acuerdo Reagan-Gorbachov contempló, por vez primera en la historia, la destrucción de armas existentes. Con lentitud y dificultad se va instaurando una segunda distensión, se van

resolviendo algunos conflictos regionales, se va modificando el mapa trazado por la Segunda Guerra Mundial y por la Guerra fría.

El 7 de diciembre de 1988, Mijaíl Gorbachov abordó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, primero, la necesidad de inventar "un mecanismo radicalmente nuevo de funcionamiento de la economía mundial", con "una nueva estructura de la división internacional del trabajo"; en segundo lugar, la catástrofe ecológica que se cierne sobre nuestras cabezas: "la crisis económica mundial revela las contradicciones y los límites de la industrialización de tipo tradicional". De ahí la necesidad de "empezar a buscar un tipo de progreso esencialmente nuevo". ¿Son compatibles dichos objetivos con la energía nuclear o con los grandiosos proyectos de multiplicar la producción de electricidad de Siberia y del Lejano Oriente soviético 2,6 veces, o la extracción de petróleo entre 3,1 y 3,8 veces, o la de gas entre 7,2 y 9,3 veces? El debate está abierto. Es extremadamente importante que se discuta a la vez en Moscú, Praga, Varsovia, Budapest, Berlín (oriental y occidental), Bonn, París, Madrid, Londres, Roma, Estocolmo, Dublín, Ajaccio, etc. Es de importancia capital que la discusión no se limite a los aparatos y a las clases políticas, sino que se extienda a todos los elementos de las sociedades.

En estas condiciones en que la situación está mucho más despejada, proponemos la construcción, en la parte de Europa en la que vivimos —frente al establecimiento de un mercado único dominado por la acumulación capitalista, y mediante un esfuerzo ininterrumpido de diálogo, intercambio, cooperación con los demás pueblos de Europa y, de ser posible, extensión del presente manifiesto a proyectos que aborden sus problemas específicos— una estrategia de alternativa que gira en torno a cuatro ejes fundamentales: resistir, reflexionar, reorientar, reagrupar.

Capítulo I

RESISTIR

Primer imperativo: preservar cuanto se pueda; intervenir siempre que sea posible para evitar estragos irreversibles de consecuencias trágicas. Cuanto más se demora la intervención, más difícil resulta.

Eso supone la creación o el desarrollo de sistemas de vigilancia continua que suministren la información más abundante y precisa posible acerca de todas las variables de los ecosistemas y de sus relaciones. Multiplicar las observaciones, publicarlas, conectarlas e interpretarlas es un trabajo arduo, pero de importancia capital, que no debe dejarse solamente a los expertos de la economía y del Estado. Estas redes solo tendrán sentido si la investigación pluridisciplinaria sobre todos los efectos de la actividad humana la realizan a la vez la comunidad científica y, en estrecha relación con ella, el conjunto de la población, las asociaciones, los sindicatos, los ediles y los profesionales.

Esta estrategia puede llevarse a la práctica en todos los niveles en torno a asuntos muy variados: una fábrica, una presa, una autopista, un proceso industrial, un producto, un barrio, un árbol… Pueden conseguirse restricciones, moratorias y prohibiciones; puede recurrirse a boicots, bloqueos, a la desobediencia. En la perspectiva global que proponemos, la defensa de lo cotidiano supone amplitud de miras; salvaguardar lo próximo es proteger toda la Tierra.

A grandes rasgos, pueden apreciarse en el movimiento actual ciertos frentes de intervención.

Racismo

En tanto que partes interesadas de las sociedades europeas, los inmigrantes interpelan a estas sociedades sobre sí mismas. Ellas y ellos se han organizado en asociaciones en varios países. Ellas y ellos constituyen una parte de los movimientos sociales. Ellas y ellos ayudan a las sociedades a evolucionar.

Los ecosocialistas no comprendemos por qué motivo ni con qué derecho Europa habría de ser predominantemente blanca. La doble paranoia de la caída del índice de fecundidad y del cierre de las fronteras arranca del racismo y del deseo de seguir explotando al Tercer Mundo. En Europa hay espacio, recursos y, hasta la fecha, un clima clemente. Faltan jóvenes.

Las y los inmigrados deben poder pasar libremente de un país a otro, escoger su lugar de residencia y su modo de vida. Aunque hoy estén excluidos de manera más o menos absoluta de la ciudadanía, deben poder participar en la toma de decisiones de manera igualitaria. Las culturas pueden evolucionar, mestizarse, fecundarse. La exclusión, el enfrentamiento y la asimilación desperdician este potencial creativo. Es necesario que todas las culturas tengan los medios de expresarse con la mayor calidad. Los pueblos europeos no tienen ninguna cuenta que saldar con el Islam.

La actual escalada de la extrema derecha en varios países europeos revela una tentativa del sistema de resolver su crisis a expensas de personas de modesta condición social y del Tercer Mundo, estimulando las ideas y los sentimientos racistas, chovinistas y sexistas que subsisten en las sociedades, y en particular entre ciertas capas sociales. La izquierda establecida no ha opuesto ninguna alternativa verosímil por economicismo, por oportunismo político. Así, el PCF coqueteó durante varios años con actitudes de hostilidad a la emigración; el SPD duda en conceder a los inmigrados el derecho de voto; el PSF se lo sigue negando. No es cuestión de practicar demagogias ideológicas, sino de resolver los problemas. Hay que tratar el problema de la inmigración de manera global, desde su trasfondo: estamos dispuestos a participar en ese debate, a realizar ese esfuerzo común con todas y con todos y, antes que nadie, con los propios inmigrados.

La tendencia actual del Japón y de los Estados Unidos a desplazar “el eje del mundo” hacia el Pacífico amenaza con relegar a África a

un segundo plano. Europa debe asumir a este respecto una responsabilidad especial. Hay que obligar a las transnacionales europeas a dejar de participar en el genocidio de los indios de la Amazonia.

El antisemitismo es una expresión específica de la barbarie. En varios países de Europa occidental —en el Oeste, pero también en Polonia o la Unión Soviética— se manifiesta con formas nuevas o viejas que deben combatirse con denuedo. Toda debilidad o ambigüedad a este respecto es criminal.

Carrera de armamentos

Europa es el territorio más nuclearizado y militarizado del planeta. En él están en contacto la OTAN y el Pacto de Varsovia. Al mismo tiempo, ambos bloques han conseguido trasladar los conflictos armados al Tercer Mundo. Es muy importante aprovechar los cambios que se están produciendo en Europa oriental y en la Unión Soviética para proseguir, acelerar y ampliar un proceso de desarme que todavía da sus primeros pasos, sin encerrarse en el concepto discutible y frágil de "equilibrio", sin descartar medidas unilaterales controladas. Rechazamos cualquier tipo de arma nueva destinada a servir en una guerra europea. Hay que destruir todas las armas nucleares. Todas las armas químicas deben desaparecer. Francia y el Reino Unido deben renunciar inmediatamente a sus "disuasiones" nucleares. La Unión Soviética, en particular, debe reducir sus fuerzas convencionales. Hay que superar la lógica de bloques. Todos los ejércitos extranjeros deben abandonar Alemania. Los ejércitos norteamericano y soviético tienen que volver a sus países. Los Estados de Europa occidental deben contribuir activamente al desmantelamiento de la OTAN y del Pacto de Varsovia. La RFA y la RDA están armadas hasta los dientes; deben reducir drásticamente el volumen de sus tropas —incluida la policía— y de sus armas, sean del tipo que sean.

Hay que acelerar la solución de los conflictos de África, de Oriente Medio, Asia y Latinoamérica, en los que están implicados las

superpotencias y los Estados europeos. Nos oponemos, como regla general, a la venta de armamento. Los países que conservan colonias deben concederles la independencia. El ejército de ocupación debe retirarse de Irlanda del Norte. La transformación de las relaciones internacionales será larga. Exige un poderoso movimiento pacifista independiente de los Estados.

Energía nuclear

Nuestra condena sin paliativos de la energía nuclear no se debe simplemente a razones técnicas. El rechazo a esta energía exigirá la elaboración de una sociedad más ingeniosa, más descentralizada, más refinada. Por medio del referéndum, los pueblos sueco, italiano y austríaco se han pronunciado ya a favor del abandono de la energía nuclear. Los alemanes han conseguido detener la instalación de la fábrica de reprocesado de Wackersdorf, pero no la participación de la RFA en la ampliación de La Hague. El supergenerador SNR 300 de Kalkar no ha obtenido permiso de explotación. Los Estados Unidos han abandonado todos sus proyectos en el campo de los supergeneradores. Europa debe detener la construcción de centrales nucleares. Hay que realizar debates sobre este tema en los que participe la opinión pública de los países del Este.

Al margen de algunos prototipos de poca potencia, existen hoy dos supergeneradores en la Unión Soviética, uno en Japón, uno en Escocia (Dounreay) y dos en Francia (Phénix y Superphénix). En noviembre de 1987, doscientos delegados de diez países de Europa crearon la agrupación NENIG (Northern European Nuclear lnformation Group) de oposición al “PFR” de Dounreay, agrupación que cuenta con el apoyo del gobierno de las Islas Feroe, de los gobiernos locales de las Islas Shetland y Oreadas, Islandia, Groenlandia y 17 de los 19 consejos regionales de Noruega. Se han constituido numerosas CADE (Campaign Against Dounreay Expansion). Al cabo de varios años de funcionamiento, el balance radiactivo del Superphénix equivale a varios miles de millones de

ALI (Annual Limit Intake, es decir, el límite de radiactividad que un individuo puede ingerir, según los expertos oficiales, cada año sin que peligre, por lo menos a plazo inmediato, su salud). Si sigue funcionando, este balance superará con creces el de Chernobyl. Cien años después de la detención del reactor quedarán todavía decenas de miles de millones de ALI. Una avería en la que se perdiera refrigerante podría causar una aceleración explosiva de la reacción nuclear. Semejante accidente podría dispersar por el medio ambiente buena parte de la carga radiactiva que contiene la central. Las consecuencias en Suiza, Francia y el resto de Europa serían enormes.

La utilización de supergeneradores a gran escala debería suponer el condensado, conservación y traslado de centenares de toneladas de plutonio. Un microgramo de este producto ya es peligroso para el ser humano. Con varios kilos de plutonio se puede fabricar una bomba atómica. Pedimos que los seis supergeneradores que existen en el planeta se cierren de inmediato. Hay que detener los proyectos de construcción de un supergenerador europeo (EFB) y disolver todos los organismos que se han creado para prepararlos.

Manipulaciones genéticas

Toda modificación de los organismos puede provocar efectos imprevistos y nocivos. La investigación va deprisa. Entre los experimentos con ratas y la aplicación a los seres humanos hay un corto trecho. Los riesgos de alterar la especie humana parecen mucho mayores que las posibilidades de mejorarla. La clonación, o la introducción de un gen que pueda modificar al individuo en beneficio del poder, de un modo de producción o de una ideología son técnicamente posibles. Consideramos necesario: 1) abrir un debate público con documentación clara y contrastada, ya que existen dudas sobre la utilización de la investigación genética, y prohibir toda forma de utilización mientras el debate no haya permitido concluir con la suficiente certidumbre su inocuidad para los seres humanos y para los ecosistemas; 2) declarar ilegal, visto el

estado actual de los conocimientos, toda tentativa de modificar la herencia del patrimonio genético del ser humano.

En un terreno afín, consideramos que el cuerpo humano y todos sus elementos, células, tejidos y órganos, no deben ser fuente de beneficios. Tomar o comprar otro cualquiera de estos elementos es un crimen.

Derechos de los animales

La diversidad de las especies es la base de la riqueza bioecológica. Uniformizar aumenta la vulnerabilidad. Diversificar es la ley ecológica que se opone a la ley productivista de las grandes series estandarizadas. Para salvaguardar el patrimonio genético no bastan los bancos de genes. Resulta difícil volver a introducir especies en entornos que han sido modificados. Es más conveniente mantener las especies en el terreno que les es propio, enriquecerlas, dejarlas evolucionar.

Los animales son víctimas del productivismo. Tan solo tenemos una vaga idea de los sufrimientos que suponen para ellos, al menos en cierto estadio del reino animal, unas prácticas de ganadería industrial, de sacrificio de reses y de caza que plantean problemas ecológicos debido a la interdependencia de los seres vivos, y que contradicen los valores de la no violencia. Un marco legal debe preservar a los animales de cualquier tipo de crueldad. Los experimentos con animales deben limitarse rigurosamente a los casos en que se ha demostrado que no existe otra forma de resolver problemas biológicos o médicos.

Medidas generales

Algunas medidas de tipo general pueden empezar a socavar el

modelo productivista, como, por ejemplo:

introducir en los principios generales del Derecho (Declaración universal de los derechos del hombre) el de oponerse a los atentados contra los ecosistemas, contra la integridad y el devenir de los seres humanos; estos atentados son verdaderos crímenes;

luchar por una deontología de la toma de decisión económica y técnica: supresión de las materias reservadas; obligación, antes de adoptar cualquier decisión, de efectuar debates transparentes, con igualdad de oportunidades, que favorezcan el derecho de réplica; institución de organismos de control independientes de las potencias económicas y de los Estados; oposición a la presión publicitaria, generadora de necesidades y deseos, en particular haciendo obligatoria la publicación de los resultados críticos y mediante el desarrollo de la contrapublicidad; procedimientos jurídicos o políticos de recurso, individuales o colectivos, como el referéndum por iniciativa popular.

Todo lo dicho no es un conjunto de deseos abstractos; ya comienzan a concretarse aquí y allá, y corresponden a exigencias planteadas por las sociedades.

En muchos casos estos valladares erigidos frente al poder del dinero, a la dominación del Estado y a la arrogancia tecnocrática exigirán que circule la información y que se realicen largos debates con científicos, técnicos y trabajadores. Solo planteando ante ellos los problemas con absoluta franqueza, para buscar alternativas, podrán constituirse las agrupaciones y los movimientos susceptibles de generar un nuevo concepto del progreso.

Capítulo II

REFLEXIONAR

Rechazamos el anatema “tan pronto como nace la ciencia, desaparece el pensamiento” (Heidegger). A nuestro entender, la racionalidad es una aventura indispensable. A diferencia de otras especies, la humanidad puede movilizar sus capacidades específicas para emprender una reorganización profunda y saludable de sus propias actividades.

Aliada hoy a menudo con los poderes políticos, económicos y militares, concentrada en los países opulentos y aún dominada ampliamente por el género masculino, la ciencia produce conocimiento, pero carece cada vez más de una visión global coherente. Lo que así se asienta no es la racionalidad. Como pensamiento obsesivo y reductor, el productivismo segrega una irracionalidad global. El positivismo que lo acompaña utiliza la racionalidad como pretexto para prohibir nuevas conquistas a la razón. Pocas personas se toman el tiempo de pararse a reflexionar. Lo que domina no es la pasión por el conocimiento, ni siquiera el gusto por la técnica. Es la velocidad, la competencia: formas agobiantes de irracionalidad.

El feminismo y otras corrientes de emancipación social y desenajenación política plantean problemas fundamentales a la ciencia, y en torno a la ciencia.

La ecología es, a nuestro entender, todo lo contrario de un oscurantismo. Demuestra que padecemos falta de conocimiento, no un exceso. Con la ecología global abordamos nuevos campos de investigación donde los márgenes de incertidumbre se acrecientan. La amplitud, complejidad e interconexión de los fenómenos en curso en las sociedades y los ecosistemas desafían los modos de pensar estrechos. Obligan a reconocer las relaciones entre lo conocido y lo desconocido: cada descubrimiento abre nuevas

cuestiones que no estaban planteadas. Ponen en evidencia las sinergias, interacciones y retroalimentaciones, los efectos en cascada. Cualquier variación en un subsistema comporta variaciones en los demás. Todas las cosas se manifiestan simultáneamente como causadas y causantes. Los efectos se perciben a menudo con retraso. A veces parecen positivos antes de que se descubra su carácter nocivo.

La ecología global aporta o investiga, junto a muchas otras ciencias en la actualidad, nuevos conceptos para pensar lo complejo, la finitud, el movimiento, los fenómenos emergentes, la irreductibilidad del todo a las partes, la interacción, la interdependencia en el tiempo y el espacio… Incita a considerar formas sutiles de aprehender, como la dialéctica cantidad/ calidad, y a situar en contextos nuevos las conquistas de pensamientos anteriores, como el método analítico de Descartes y/ o el método experimental de Bacon. Con ahínco, cada persona es capaz de renunciar a sus hábitos de pensamiento. Pero hoy se precisa que todas y todos vayan más allá en el ejercicio de su libertad. La humanidad necesita una actividad teórica radical, independiente de toda consigna, de cualquier censura o cualquier conformismo, para poder encontrar los modos de intelección adecuados a los problemas inauditos que ella misma ha creado. No ha surgido aún ninguna teoría unitaria nueva. No estamos seguros de que una teoría así sea hoy posible y deseable. Constatamos que siempre se les escapa una parte de la realidad en las globalizaciones que han predominado durante mucho tiempo. Lo singular, lo diverso, lo inesperado y concreto se aparecen a todas y todos. La complejidad extrema, el movimiento, ¿no deberían tratarse con teorías distintas, sectoriales, articulables entre sí? Los problemas de articulación serían entonces cruciales. Se precisan nuevas síntesis para progresar hacia proyectos. Solo pueden ser el resultado de procesos y ser ellas mismas procesos: liberadas de toda mística, inacabadas, abiertas a su puesta en cuestión, dejando honestamente “en blanco” lo desconocido e inexplicado, sirviéndonos en cada momento de las fracturas entre lo teórico y lo real para avanzar en intelecciones teóricas que sean más operativas.

No existe una esencia de lo científico que trascienda las sociedades. Cualquier ciencia se desarrolla a la vez según leyes intrínsecas y

según un conjunto de determinaciones sociales: relaciones de fuerza, mentalidades y mecanismos, decisiones económicas y políticas concretas. Toda ciencia depende de su manera de identificar y formular los problemas: ¡que no dialoguen solo con ellas los centros de decisión que poseen el capital y el poder! Toda ciencia procede del laboratorio; ¡que no la saquen de él solo los banqueros, los industriales y los burócratas! Hay científicos que buscan caminos para esa superación. Debe desarrollarse un inmenso trabajo colectivo de información, estudio y elaboración.

La práctica, criterio de la verdad, no se reduce solo a la práctica científica y técnica. Es el conjunto de la praxis social. La elaboración científica, la reflexión sobre la ciencia y sobre su aplicación no deben ser patrimonio de una ínfima minoría de detentadores del saber, poco habituados a comunicarse y cooperar entre sí. La comunidad científica ha de extenderse a toda la población humana. Eso supone, además de un esfuerzo de educación e información, la supresión de todas las prácticas, expresas u ocultas, de secreto y elitismo. Todos los bancos de datos deben ser transparentes, descentralizados, interactivos e impugnables.

Ello implica también que todos los saberes sean tomados en consideración con curiosidad y apertura de miras. Conocimientos despreciados o ignorados durante siglos, considerados extravagantes, han sido a veces punto de partida de importantes descubrimientos (por ejemplo, la electricidad o la genética del maíz); los pueblos han acumulado saberes y conocimientos prácticos diversificados e importantes (por ejemplo, el saber agrícola de las campesinas y campesinos; el saber productivo de las obreras y los obreros, de los artesanos; medicinas no occidentales…). Por encima de todo importa que la ciencia deshaga cualquier vínculo con el espíritu de autoridad. Solo logrará una reputación cultural mayor, y ayudará a las sociedades a cambiar de era, si se afirma como método crítico contrario a toda sumisión.

Capítulo III

REORIENTAR

Las reorientaciones estructurales constituyen el corazón de cualquier proyecto alternativo. Lo principal y también lo más difícil es empezar a invertir las cosas, pasar de una ecología estática a una ecología dinámica. La experiencia muestra que las estructuras pueden engendrar su propia superación. En varios decenios, los cambios logran vencer a las inercias. Japón ha cambiado de era en menos de un siglo. Pocos años han bastado a los Estados Unidos para informatizarse; Francia ha cambiado de sistema energético en el espacio de una generación, y en apenas un poco más este país e Italia se han urbanizado masivamente. Fuera de los modelos económicos trillados, cabe proponer nuevas coherencias, otras ratios y otros vínculos entre la producción y la utilidad social.

Las reorientaciones podrían empezar ahora mismo con medidas contra el despilfarro: moderar, reducir, suprimir consumos tales como el exceso de electricidad, los productos desechables, productos de muy corta vida, papel blanqueado, maderas tropicales, abrigos de pieles, marfil, etc. En la industria las tomas de agua pueden reducirse de 200 a 2 m^3 por tonelada de acero producida, de 1.000 a 80 m^3 por tonelada de pasta de papel, de 40 a 0,1 m^3 por tonelada de productos de refino.

Los firmantes del presente manifiesto invitan a sumarse a estas reflexiones a cualquier persona o cualquier grupo interesados, cualesquiera que sean sus opiniones sobre el conjunto del mismo y/o sobre las consideraciones presentadas a continuación. Estas primeras propuestas están lejos de constituir las grandes líneas de un programa global. Se limitan voluntariamente a algunos aspectos. Consideramos que no es menos importante desarrollar la reflexión y el debate sobre otras cuestiones capitales como, por ejemplo, la educación, la cultura, la información. Sobre estos problemas deseamos particularmente recoger las opiniones de los jóvenes.

Tiempo y trabajo

Ningún proyecto alternativo puede eludir la cuestión del trabajo. Todo compromiso en la gestión de la ecosfera que dejase plenos poderes a los dirigentes de la economía para regular los problemas del trabajo asalariado sería irresponsable. La ética del trabajo con finalidad económica es algo bastante reciente en la historia. La ideología que implica impregna a la mayoría de los hombres y a bastantes mujeres. La mayoría de las instituciones escolares la inculcan. Esta concepción se está convirtiendo en algo caduco en Europa. Sin embargo, el trabajo con finalidad económica ocupará aún por mucho tiempo una parte importante de la vida de los adultos. La cuestión del trabajo permanece y seguirá permaneciendo en el centro de sus preocupaciones.

En las sociedades actuales el paro destroza vidas. No se puede identificar el paro masivo con una inversión saludable de los valores. Un crecimiento del tiempo libre que excluye a los individuos de las actividades socialmente valoradas y remuneradas los margina y destruye. Aquí no vale tampoco lo de "cuanto peor, mejor". No es exacerbando las "sociedades a distintas velocidades" como puede quebrarse la penosa centralidad del trabajo asalariado. Mientras siga apareciendo como un bien del que a uno le pueden privar, será sobrevalorado. La exclusión de las paradas y los parados solo ofrecería una posibilidad de transformarse en alternativa si ellas y ellos pudieran reinsertarse en actividades que dominasen y alcanzaran una utilidad social tangible. La experiencia demuestra, en la mayoría de los países capitalistas donde ello se ha intentado, que tal solución es precaria, conduce a una mengua de salario y tiende a desarmar la capacidad de protesta de los excluidos. La inversión humanista de los valores pasa por la reabsorción del paro.

Todos los Estados occidentales han renunciado al pleno empleo. Ese objetivo nunca se alcanzará de modo espontáneo. Exige la acción voluntaria de las sociedades. A nuestro modo de ver, el pleno empleo es, como la enseñanza, una obligación para la sociedad, no

para los individuos. Para llegar a él los grupos sociales han de modificar sus cálculos económicos y sus escalas de valores. En Europa el pleno empleo resulta imposible sin una reducción muy importante del tiempo de trabajo de los asalariados.

La doble crisis del fordismo y del productivismo incita a una revisión desgarradora a la patronal, a las personas que perciben un salario, a los consumidores y usuarios.

Los asalariados carecen de posibilidad alguna de avanzar hacia la supresión de su explotación si concentran sus luchas en el mero incremento de la parte de valor añadido que les revierte en dinero. La ecología política no tiene apenas posibilidades de empezar a superar el modo de producción si se acantona en el exterior de la producción e ignora la actividad asalariada. La forma en que sean resueltos los problemas del trabajo pesará sobre la solución de todos los demás problemas. El pleno empleo que nosotros proponemos solo puede ser un pleno empleo ecológico y humano.

El capitalismo es capaz de absorber, como lo ha demostrado desde hace cien años, importantes reducciones del tiempo de trabajo. Siempre y cuando se conciban como medio de proseguir o relanzar la acumulación como mecanismo de ajuste de las relaciones de valor entre capital y trabajo. Para empezar a salir del círculo vicioso capitalista es menester situar la reducción del tiempo de trabajo en una óptica no economicista. Incluso si no fuera necesario para reabsorber el paro, habría que reducir considerablemente el tiempo de trabajo de los asalariados. Su necesidad de tiempo es vital. Para ellas, para ellos. Para la sociedad. El nivel de las fuerzas productivas hace posible en Europa un nuevo régimen de acumulación fundado en el crecimiento del tiempo disponible. Una vez asegurada una remuneración suficiente a todas y a todos, la mejor defensa contra la presión del consumismo productivista es la orientación de las luchas hacia este tipo de acumulación en vez de hacia el aumento incesante de la producción de mercancías y del poder adquisitivo para comprarlas.

El sistema salarial ha separado el tiempo de trabajo consagrado a la producción industrial y a los servicios de otras formas de trabajo indispensables para la producción y la reproducción de la vida humana, principalmente el trabajo doméstico. Proponemos

denominar “reparto del trabajo” no a la distribución del conjunto del trabajo asalariado entre todas y todos los demandantes de empleo, sino el reparto igualitario del conjunto del trabajo asalariado y doméstico entre mujeres y hombres. En cuanto al trabajo agrícola, también él engloba una considerable cantidad de trabajo femenino no contabilizado. El problema de su duración solo puede ser resuelto —teniendo en cuenta una libre autogestión, las variaciones de intensidad, las distribuciones estacionales— mediante la búsqueda de medidas que combinen el aumento del número de campesinas y campesinos, el freno a la competencia por acrecentar las cantidades producidas, y políticas de formación continua y ocio. La remuneración del trabajo campesino ha de reconsiderarse en tanto que parte del trabajo social global.

Limitar la cuestión del trabajo a su medición en tiempo resulta extremadamente reductor. En la tradición del economicismo clásico el trabajo se reduce generalmente a una producción de mercancías por medio de mercancías. El trabajo como gasto de actividad humana está ausente del análisis macroeconómico keynesiano que se centra en la “cantidad de empleo”. Tales cálculos limitan el trabajo a un envoltorio de tiempo indiferente a su contenido. Marx ha distinguido el trabajo “concreto” del trabajo “abstracto”. En el capitalismo las mercancías se intercambian por equivalentes. Se precisa, por tanto, poder contrastar y medir todas las formas de trabajo independientemente de sus características concretas, por distintas que sean. La sociedad reduce los tiempos de trabajo de intensidades y contenidos diferentes a un tiempo de trabajo medio, históricamente variable. Esa abstracción no se logra sin dificultades. El tiempo no es el único factor que determina la cantidad de trabajo y su valor de cambio. Marx mismo ha planteado los problemas de la intensidad y complejidad del trabajo. El tiempo de trabajo nunca le pareció un mero tiempo de reloj.

Pero los economistas marxistas han tendido generalmente, si no a perder de vista el trabajo concreto, por lo menos a reducirlo a ciertos aspectos importantes pero limitados, como los ritmos o supresiones de tiempos muertos, y las condiciones de trabajo externas. Esa manera de relacionar unos con otros los trabajos concretos de los individuos en tanto que trabajo medio se mantiene en las sociedades “socialistas”. Cuando cada una de ellas hace

recuento de la fuerza de trabajo social de que dispone se refiere a una abstracción media, no a la multitud de fuerzas de trabajo individuales concretas que la constituyen. En tales abstracciones, ¿en qué se convierten los seres humanos? Esos cálculos económicos no trascienden la concepción instrumental de la trabajadora y el trabajador en tanto que máquina. Ignoran en ella y en él al ser humano vivo y activo en la totalidad y la unidad de su persona, que desgasta (en palabras del propio Marx) su cerebro, sus manos, sus músculos, todo su ser. En esos cálculos la gestión racional del trabajo consiste en extraer el máximo de los recursos físicos y mentales de los asalariados, cuyo interés es salir lo menos menguados posible del proceso de trabajo.

De aquí a los primeros decenios del siglo XXI el objetivo es claro: reducir del 20 al 30 por 100 la duración media del trabajo de los asalariados y, simultáneamente, modificar la carga real de su tiempo de trabajo y las finalidades del mismo. Una sociedad moderna solo puede ser aquella donde el trabajo deje de constituir una maldición para la gran mayoría, que solo fuera del mismo puede eventualmente acceder al placer. No se trata solo de liberarse del trabajo, sino también de liberarse en el trabajo. Ambos fines se condicionan mutuamente. Esa nueva racionalidad es propiamente ecológica, pues tiene en cuenta en términos reales los costes humanos (a la vez que ecosistémicos) del trabajo ligado a la producción y los servicios. Ello supone llevar hasta el fin, de modo ofensivo, la superación de cualquier forma de taylorismo. Supone tomar en consideración los ritmos biológicos, empezando por la alternancia fundamental del día y la noche en ciclos de veinticuatro horas, y reunificando en una visión global lo que el sistema salarial ha separado: tiempo de trabajo directo, tiempo de desplazamiento, tiempo de formación, tiempo de participación en las actividades no directamente creadoras de valor en la empresa y fuera de la empresa, tiempo de descanso. Esos tiempos constituyen hoy una fracción importante de la exacción total realizada sobre los trabajadores. El capital o el Estado tratan de controlarlos sin remunerarlos.

Un acrecentamiento enorme de las fuerzas productivas hace posible la disminución del tiempo de trabajo de los asalariados. Es importante que ese incremento sea controlado y modulado de forma

tal que no agrave ni la subordinación de los seres humanos a las máquinas ni la destrucción de la ecosfera. La reducción del tiempo de trabajo es inseparable de una reorientación de la producción y del consumo hacia formas productivas menos energívoras, menos derrochadoras. Una "Ley Social y Ecológica" podría determinarlo en Europa.

La sociedad ha de superar la ruptura milenaria entre trabajo manual y trabajo intelectual, entre concepción y dirección, por un lado, y ejecución, por el otro. La interpretación vulgar del trabajo en cadena como simple conjunto de tareas manuales repetitivas es ya insostenible. La crisis del taylorismo proviene de la irreductibilidad del trabajador y la trabajadora al modelo de "operario" que dejaría en el vestuario su inteligencia y su personalidad para gastar su fuerza de trabajo según los estrictos requerimientos de su "puesto". La informatización desincroniza cada vez más la actividad humana y la actividad maquinal. La sustitución de seres humanos por máquinas, la robotización pasiva, no debe constituir la esencia de la reducción del tiempo de trabajo. El principal resorte ha de ser la promoción del papel de los seres humanos, de su personalidad, de su autonomía creadora. Eso significa una búsqueda prioritaria de técnicas centradas en el trabajo vivo. Ello supone una revolución cultural en la economía. Cada persona, en la empresa y fuera de la empresa, autónoma y a la vez asociada a los demás, debe llegar a ser dueña de los procesos de trabajo. El mundo del trabajo ha de dejar de ser un universo aparte.

Una estrategia de acciones e iniciativas populares que acerque a grupos hoy separados, cuando no opuestos, puede llevar adelante ese proyecto. Plantea muchos problemas. Implica una amplia autogestión, y no puede realizarse ni según un modelo único ni por vías principalmente estatalistas. Pero precisa la conquista de derechos nuevos, el establecimiento de nuevas legislaciones. La reducción del tiempo de trabajo solo puede avanzar si va ligada con una elevación sustancial de los salarios bajos y un recorte drástico del abanico de remuneraciones e ingresos. Debería acompañarse de una Seguridad social y ecológica de nuevo tipo, comunitaria y autoadministrada.

Una transformación así solo es concebible a la escala de todos los

países del continente europeo, o de una gran parte de ellos. Pero las asalariadas y asalariados de ese continente no deberían construir un "paraíso" cimentado sobre un "infierno" de Asia, África, América Latina y Oceanía. La transformación del trabajo y del tiempo debe aunarse a un proceso de abolición de la división internacional del trabajo neocolonial.

Agricultura

En 1989 más de veinte organizaciones nacionales italianas, entre ellas el PCI, los Verdes, Democracia Proletaria, el Partido Radical, la confederación sindical CGIL, la Lega per l'Ambiente y los Amigos de la Tierra han lanzado la idea de un referéndum sobre los productos químicos utilizados en la agricultura. En varios países europeos han nacido nuevos movimientos sindicales y de oposición de carácter campesino. Nuevas formas de desarrollo agrícola se experimentan localmente.

La agricultura constituye probablemente el eslabón más débil del sistema económico dominante a escala planetaria. Es posible experimentar y practicar solidaridades directas entre los múltiples componentes de los campesinados de Asia, África, América Latina, Oceanía, el campesinado europeo, los asalariados de industrias agroalimentarias, especialistas y científicos, trabajadores de la sanidad, las consumidoras y consumidores. Los países del Este están muy interesados en la solución de sus problemas agrícolas, que constituyen su más grave talón de Aquiles económico.

En Europa occidental la Política Agrícola Comunitaria (PAC) puesta en marcha desde el principio de los años 1960 ha estimulado una loca carrera por la productividad. Ha favorecido a las explotaciones, regiones y producciones más fuertes, penalizando y marginalizando a las débiles. El número de agricultoras y agricultores sigue disminuyendo. La disparidad de ingresos, ya considerable, se acentúa. La PAC favorece modelos de producción costosos en recursos, provechosos para los bancos y las industrias agroalimentarias y a menudo nocivos para la naturaleza y la salud

humana. Ha acelerado la separación entre la cría de ganado y el cultivo, impulsando por un lado la crianza industrial sin tierra que proporciona alimentos procesados químicamente y desechos nocivos, y por otro, monocultivos sin animales, energívoros y cargados de sustancias químicas.

La política comunitaria de sostén a los precios ha hecho de la CEE una de las zonas con mayores excedentes agrícolas. Pese a los contingentes y otras medidas adoptadas recientemente a expensas de los agricultores, cerca de 1.000 millones de toneladas de mantequilla, cerca de 20.000 millones de toneladas de cereales, centenares de miles de toneladas de carne bovina, 250.000 toneladas de aceite de oliva se almacenan a precio de oro en los silos comunitarios. Se trata de un almacenamiento absurdo desde un punto de vista tanto económico como ecológico. El comercio agroalimentario de la CEE se mantiene deficitario por las importaciones de alimentos para el ganado provenientes de algunos países del Tercer Mundo y de los Estados Unidos. Tal modelo de desarrollo contribuye a la destrucción de los bosques y de las tierras de otros continentes. La CEE lucha para exportar productos agrícolas mediante procedimientos de marketing agresivos que no consiguen ocultarse bajo un disfraz humanitario. La competencia de los excedentes saldados en los mercados mundiales deprime las cotizaciones y pone trabas al desarrollo de las agriculturas del Tercer Mundo, desestabilizando a sus campesinados.

Las reformas de la PAC planeadas por las instituciones comunitarias y gubernamentales parten de una lógica presupuestaria y liberal. Conducirían a proseguirel tipo de agricultura actual, a puestas en barbecho, a nuevos desequilibrios en la ocupación del espacio rural, acentuando la concentración de la producción en algunas zonas y marginando a las otras (por ejemplo, las zonas mediterráneas, las montañas). Ese modelo es injusto y frágil. Provoca asimismo resistencias que pueden dar origen a una impugnación de este modelo agrícola.

Es hora ya de poner fin a una política que constriñe a los habitantes del hemisferio norte a un superconsumo de productos en serie cargados de residuos químicos y sintéticos, mientras una parte de los habitantes del hemisferio sur están desnutridos y hambrientos.

Hay que reorientar los fondos comunitarios hacia una reconversión ecológica de la agricultura pasando, gradualmente, pero con resolución, de una política de sostén a los precios a otra política que favorezca el empleo y los ingresos agrícolas (sin reforzar las rentas de situación de las explotaciones mejor situadas), así como el desarrollo equilibrado del territorio, la asistencia técnica, la calidad de los productos. Resulta fundamental apoyar política, económica y socialmente todas las formas de agricultura ecológica y respetuosa con el medio ambiente. Hay que recomponer, posiblemente con la ayuda de planes regionales, una agricultura integrada, racionalizando el uso de plaguicidas y sustituyendo progresivamente los fertilizantes sintéticos por productos de origen organo-mineral. La investigación ha de desarrollarse en esos campos para suministrar referencias técnicas e instrumentos concretos a las agricultoras y agricultores. Pequeñas estaciones agro-meteorológicas, laboratorios de análisis de suelos y servicios de asistencia técnica deben ayudar a las reconversiones.

Hay que introducir nuevas normas y legislaciones sometidas a debate público, en particular para las industrias agroalimentarias. Medidas educativas y comerciales han de favorecer el aumento de la demanda de productos de calidad ecológica entre la población. Las instituciones públicas —escuelas, hospitales, restaurantes de empresa— han de convertirse en experiencias piloto en la materia. Mucho depende del desarrollo de cooperativas de productores y consumidores.

El coste de tales medidas podría compensarse ampliamente, a medio y largo plazo, por los ahorros que generarían en campos como la salud, el tratamiento de aguas, etc. Los bosques deben insertarse en el contexto general de la mejora del agroecosistema: reforestación, renuncia a las especies “rentables” a corto plazo, etc. Esta política, concebida a largo plazo, presupone un dominio social sobre las políticas agrícolas y agroalimentarias. La PAC no debe ser un coto cerrado reservado a los aparatos del Estado, los “eurócratas” y los grupos de intereses agroindustriales y agrofinancieros. Debe depender en primer lugar de las organizaciones sindicales (campesinas y obreras), de las asociaciones, de los representantes locales. Su base residirá en nuevas alianzas, en particular entre los consumidores y unos campesinos que hoy son despreciados,

marginados y desposeídos.

Las transformaciones de las políticas agrícolas en Europa han de pensarse como punto de apoyo para otros modelos de desarrollo y regulación agroalimentaria a escala mundial. Eso exige la estabilización de los mercados, garantizar los precios de las exportaciones de Asia, África, América Latina y Oceanía, diseñar y poner en práctica políticas de cooperación que permitan aumentar la productividad del trabajo campesino, al mismo tiempo que se desarrollan las capacidades de iniciativa y organización de las campesinas y los campesinos.

Somos harto conscientes de que los cambios climáticos que puede causar el [reforzamiento del] efecto invernadero tendrían consecuencias particularmente desastrosas para las economías agrícolas de las zonas subtropicales. Consideramos que las adaptaciones de las prácticas agrícolas y los cambios de cultivos o de consumo que tales evoluciones climáticas pueden volver necesarios habrán de ser financiados y apoyados por el conjunto del planeta, y en primerísimo lugar por los países industrializados, que son los principales responsables del [incremento actual del] efecto invernadero.

Afirmamos que el derecho de los pueblos y las personas a la seguridad alimentaria debe ser proclamado y garantizado como uno de los primeros derechos humanos. Cualquier monopolio de los recursos alimentarios globalmente limitados constituye un instrumento de presión internacional y una agresión económica intolerable.

Industria, ordenación del territorio, energía

No hay democracia si esta no se aplica a las grandes opciones económicas y técnicas que troquelan la civilización para largos períodos. El suministro energético, la política industrial o el urbanismo interesan a toda la población. La inmensa mayoría de las personas ha sido casi siempre situada ante hechos consumados en

Europa, y lo es aún. Las decisiones son patrimonio de grupos tecnocráticos al servicio del dinero y el poder. Por regla general, esos grupos imponen su voluntad mediante el recurso de no presentar más que una sola alternativa en vez de una gama de posibilidades. El desarrollo científico avanza, por el contrario, en la dirección de diversificar las posibilidades. Tiende a aumentar los grados de libertad de que disponen las sociedades.

Desde la infancia los individuos están condicionados por superlativos: la presa "más capaz", la ciudad "más grande", la torre "más alta", la central "más potente", el vehículo "más veloz"… En general, cuanto mayor es un dispositivo, más temible resulta su impacto sobre los ecosistemas, y más difícil les resulta a los seres humanos dominar todos los parámetros. Los nuevos conocimientos no conducen necesariamente al gigantismo. Permiten, con mayor facilidad que en decenios anteriores, producir a mediana y pequeña escala. Ésa es una de las causas de la crisis del fordismo. La producción en grandes series y la centralización quizá sigan siendo necesarias en ciertos campos. Pero la reducción de escala y la descentralización deben convertirse en la orientación principal. Utilizar poca energía, pocas materias primas, velar por las personas en comunidades de trabajo y de vidas humanas y ecológicas: he aquí el perfeccionamiento técnico.

Contaminaciones y despilfarros van de consuno. Un desecho o una contaminación son a menudo recursos despreciados o desconocidos. La evolución del conocimiento permite aplicar o investigar sistemáticamente técnicas adecuadas, favoreciendo, por ejemplo, la vida útil de los productos, la recuperación y el reciclaje. Ciertos productos deben ser prohibidos, como, por ejemplo, el plutonio o las dioxinas.

Las políticas medioambientales y de seguridad en el trabajo intentan controlar los sectores productivos de mayor riesgo mediante normas y técnicas de protección. La química está sujeta a normas sobre emisiones, a prohibiciones (y autorizaciones) de contaminar. Las normas de higiene y seguridad en el trabajo llenan cien mil páginas en la RFA. La reorientación ha de apuntar más lejos: intervenir de manera activa y creativa en el seno del proceso de producción. Es preciso que la industria química solo fabrique

productos que excluyan de antemano, definitivamente, una puesta en peligro o una degradación del aire, el agua, el suelo, de la vida y la salud humanas. Hay que cuestionar los procedimientos de invención y producción de productos químicos, su utilidad social, económica y ecológica. En todos los sectores no se trata tanto de perfeccionar o extender las normas existentes para producir lo que ahora se produce —aunque eso sea evidentemente necesario en la mayoría de países europeos— como de repensar lo que se produce. En la química el acento debe ponerse en el desarrollo de la química de productos no nocivos, de una química ecológica, en procedimientos de eliminación de las contaminaciones existentes sin nuevos riesgos. A medio plazo hay que intentar salir de la rama de síntesis de organoclorados.

No es un sistema de producción ecológico el que ha originado el paro masivo, sino su contrario. La reorientación de las industrias está relacionada, a nuestro entender, con la política de pleno empleo ecológica y humana y con la reducción del tiempo de trabajo asalariado que ella entraña. Se basa ante todo en la idea de reconversión. Hay que tener la valentía de abordar honestamente, democráticamente, con las asalariadas y asalariados afectados, los problemas que de ello se derivan incluyendo las prohibiciones de producir o los cierres de instalaciones o de talleres. Generalmente, la fuente principal de conocimientos necesarios para las reconversiones se encuentra en los saberes y conocimientos prácticos acumulados por las asalariadas y asalariados de los sectores y empresas afectados.

Si no se afrontan tales problemas, nada cambiará. Como en muchas situaciones vividas por los asalariados durante los últimos años, los problemas acabarán por plantearse de modo imprevisto y dramático.

La investigación y las industrias militares son un sector considerable en el que el esfuerzo de reconversión debe decidirse inmediatamente. Los científicos, ingenieros y técnicos, obreros, el personal militar afectado de todos los países del Este y del Oeste pueden establecer relaciones y cooperar para tal fin.

El espacio debe ser reordenado: el espacio urbano, cuyo desarrollo se halla ligado a la elección de las fuerzas productivas, a la

agricultura industrializada, al crecimiento de los aparatos del Estado, a las desigualdades de clase; el espacio rural; el espacio marítimo. Es menester buscar alternativas en la organización de los transportes. No habrá reorganización ecológica y humana sin reducción masiva del uso de automóviles privados y del transporte por carretera. La intensificación de los transportes aéreos es una locura en Europa.

Todo progreso hacia una reorientación ecosocialista implica una transformación fundamental de las estructuras energéticas. Ciertos elementos para una transición energética europea ya existen: intercambios de gas, de electricidad, interconexión de redes. Cualquier producción electronuclear en un país cualquiera de Europa afecta a todos los pueblos del continente. E igualmente los efectos de la combustión de recursos fósiles. Una transición energética a escala europea valoraría las complementariedades entre diferentes reservas de energía, fósiles o renovables, de las grandes regiones biogeográficas del continente. Mediante economías de investigación, favorecería la puesta a punto científica y técnica de una alternativa energética. Esa transición debe contribuir a reequilibrar a escala planetaria las desigualdades en el acceso a las fuentes de energía que separan a las sociedades del Tercer Mundo de las industrializadas. Tal transición supone que el continente europeo entero se ponga de acuerdo para planificar la interrupción definitiva, en el plazo más breve posible, de los ciclos electronucleares. Ello implica el recurso más amplio posible a todas las energías renovables, particularmente a la energía solar, para la cual ha de ponerse en marcha un gran programa de investigación: el esfuerzo debe ser por lo menos equivalente al que se ha empleado en el programa nuclear. Tan importante como eso es el desarrollo de una política consciente de los problemas de la energía que actúe sobre su consumo en todos los sectores: producción, desplazamientos, vivienda… En los países occidentales las primeras medidas de ahorro y utilización racional de la energía han demostrado su eficacia: entre 1973 y 1985 el consumo de energía en el conjunto de los países de la OCDE ha crecido un 4 por 100, mientras que su producto interior bruto se elevaba un 30 por 100.

La regulación de los consumos implica que los consumidores modifiquen sus prácticas: renovación de instalaciones existentes,

instalaciones o equipos nuevos, servicios nuevos. Exige la puesta a punto y la fabricación de equipos que permitan mejorar el rendimiento de los aparatos directamente consumidores o transformadores de energía (calderas, intercambiadores, motores, bombillas, electrodomésticos…), poner a punto instrumentos o materiales de menor costo energético, perfeccionar la gestión. Implica que el empleo de electricidad se reduzca estrictamente a sus usos específicos. Exige una confrontación permanente, por medio de la información y la formación, entre consumidores, por un lado, y producción, por el otro. Un cambio general de comportamientos resulta ineludible. Las medidas ahorradoras de energía en la vivienda y los servicios, en la industria y los transportes, permitirían revitalizar, profundamente y de forma diversificada e innovadora, el tejido industrial, en mucha mayor medida que las inversiones concentradas en los programas petroleros o nucleares, y asimismo crear empleos duraderos, participando en la reorientación del conjunto del modo de producción y de los hábitos de vida.

Todo eso presupone transparencia, debate polémico, autogestión. En pocas palabras, una subversión práctica del sistema de poder.

Capítulo IV

REAGRUPAR

Las movilizaciones sociales serán el motor de una transición ecosocialista. La diversidad de sus objetivos y de sus formas desconcertará a aquellas y aquellos que leen lo real a través de sus sueños y sus dogmas.

Se dice a veces que es preciso hacer "converger" todos los movimientos sociales. Se trata de un mito simplista, de escasa eficacia. Formas concretas de alternativa reagruparán a mayorías sociales plurales. No sobre la base del "mínimo común denominador" sino tomando en consideración la singularidad de cada movimiento social como un elemento de fuerza y de riqueza. Una transición ecosocialista solo puede consistir, a nuestro entender, en una pluralidad de actrices y actores, de proyectos, de experiencias.

A las instancias políticas les resulta difícil respetar la autonomía de los movimientos sociales. Hay que encontrar un nuevo tipo de relaciones. Los propios partidos verdes deben cuidarse de no instrumentalizar el movimiento. Una transición ecosocialista no transcurrirá principalmente por el Estado. ¿Qué formas organizativas debe adoptar esa política alternativa? Nosotros proponemos debatirlo.

Por sí mismas las formas de organización no resuelven los problemas. Pero son lo que está en juego en una lucha entre, por un lado, las fuerzas y las estructuras dominantes que tienden a imponer ciertas formas a las sociedades y, por otro lado, las corrientes que en el seno de las sociedades buscan liberarlas de dichas formas.

Desde hace siglos los dominadores han impuesto la idea de que la consciencia es patrimonio de un reducido número de personas: "aristocracia", "élite", "vanguardia"… A partir de la Antigüedad

grecorromana los partidos han sido concebidos como organizaciones masculinas destinadas a dirigir la lucha de clases en tanto que lucha por el poder.

En la época contemporánea, Europa ha conocido dos tipos principales de partidos: del lado de los dominadores, los partidos de notables vinculados al establishment; del lado de los dominados, los partidos de masas que engloban o incluso organizan otras esferas sociales distintas a la esfera política.

Se requiere una rara ceguera para creer hoy que la consciencia es algo propio de una minoría. Comienza una involución: la sociedad se recompone mientras la clase política está afectada por fenómenos de descomposición. Los partidos establecidos se encuentran en cueros. A pesar de los intentos, elementos y corrientes de renovación o recuperación, se muestran impotentes para resolver los problemas de fondo. Son cada vez más las sociedades mismas, en el Este y el Oeste, las que se esfuerzan por ello a través de contradicciones, dificultades, cuando no de tanteos y resbalones. En las democracias occidentales los partidos se convierten en máquinas electorales y de gestión. Organizan a un número importante de ciudadanas y ciudadanos para integrarlos en el sistema político. Más allá de sus divisiones, todos se empantanan en ciertos consensos narcisistas, el primero de los cuales es la metafísica del Estado. Todos, incluso los grupúsculos, pretenden hacerse con los anhelos de la gente y encontrar las soluciones en su lugar. El sistema de partidos se arroga el ejercicio de la soberanía. El retorno de los partidos de masas, organizaciones del conjunto de la vida social según una jerarquía de contradicciones, no es ni deseable ni sin duda posible. La sociedad empieza, no sin problemas, a hacerse cargo ella misma de su transformación por múltiples vías, fuera del encuadramiento del sistema político.

Hay que hacer una salvedad importante. Los partidos políticos han desempeñado un papel de información, de alerta y organización de las ciudadanas y los ciudadanos. Es más: las instituciones de la democracia representativa no parecen, en el actual estado de la reflexión y la práctica, poder funcionar sin el concurso de partidos. No ocultamos nuestro deseo de hacer cambiar las instituciones de nuestros países y las instituciones europeas. Esperamos que todo lo

que es central, estatalista, se convierta en la excepción. Tendemos a situarnos fundamentalmente fuera de la lógica partidaria. Solo tendremos futuro como fuerza alternativa si llevamos en nosotros la superación del sistema de partidos.

Queremos empezar a experimentar, aquí y ahora, otra vía política que no se adecúe a la establecida: una política no autoritaria; la asunción directa de los problemas, la reflexión, elaboración y control por parte de las ciudadanas y ciudadanos; la pluralidad de las contradicciones. Hemos de intervenir en el escenario político, participar en las instituciones con esa radical originalidad.

En cierto momento de la historia las obreras y los obreros crearon sindicatos. Nuevas formas germinan hoy en los movimientos sociales, en las asociaciones, en la cultura. Una vez más: nosotros, ecosocialistas, ponemos las cartas boca arriba. Queremos el desarrollo de fuerzas verdes en Europa, alternativas, independientes. Deseamos que esas fuerzas estén dispuestas a innovar, que creen tipos aún desconocidos de organización política. También esperamos que la dinámica verde no se encierre en las formas partidarias. Tales formas solo son admisibles en cuanto compromisos transitorios para ganar autonomía y actuar en los niveles institucionales. Las mujeres deben encontrarse en situación de paridad con los hombres. Las contradicciones tienen que ser aceptadas y expresadas. Las responsabilidades han de ser colegiadas, rotativas y controladas. Ninguna línea, ningún grupo, ninguna persona deben querer imponerse de forma excluyente, sin que por ello las personas, su talento ni su creatividad sean ahogadas en la mediocridad y los estereotipos. Partidos así son aquellos que empiezan por reírse de los partidos. Los hábitos y prejuicios que se oponen a eso no se dejarán atrás fácilmente.

Tomando partido por una concepción distinta de alternativa, estamos decididos y decididas a no constituirnos en partido, a no formar en el seno de los partidos verdes esos minipartidos que son las fracciones. Aunque se nos tome por econaïfs, no luchamos para instalar nuestro propio poder. No nos presentamos ni como dirigentes ni como una élite pensante. Nos consideramos como algo relativo, a la vez que necesarios. Nuestro objetivo es que cierto número de nuestras ideas se conviertan en abono fertilizador, y que

tomemos parte en acciones que desemboquen en soluciones alternativas concretas. No somos un bloque monolítico. Nuestros acuerdos no excluyen los matices entre nosotros.

Ningún interés fundamental nos separa de los Verdes, del movimiento obrero, de los nuevos movimientos sociales. Invitamos a cada una y a cada uno de vosotros a pasar nuestros análisis y propuestas por la criba de vuestro pensamiento. Si millares de mujeres y hombres interesados en encontrar una alternativa real prosiguen nuestra reflexión y la superan, habremos ganado. Por sus tomas de posición, al ocupar nuevos espacios políticos, el ecologismo se afirma con independencia de las clasificaciones partidarias. Pero hay corrientes que lo atraviesan. Las páginas precedentes muestran que nosotros nos situamos en una corriente que puede calificarse de izquierda por razón de los valores que defiende: apoyamos un proyecto moderno y exigente de emancipación humana frente a toda explotación y toda dominación, que se inscribe en la tradición ilustrada, las luchas del movimiento obrero, los movimientos de liberación de África, Asia, América Latina y Oceanía, el movimiento de liberación de las mujeres.

Pensamos que la estrategia perfilada en estas páginas corresponde a los intereses de la inmensa mayoría de la sociedad. Estamos decididos a no despreciar nada para ganar a esa mayoría para el combate ecosocialista. Nos tememos que eso va para largo. Mientras ese combate no sea políticamente mayoritario, las alianzas serán necesarias en diversas situaciones concretas. Si llega a ser mayoritario, aún seguirán siéndolo. Como resultado de correlaciones de fuerzas y para ayudar a modificarlas, las alianzas políticas han de permitir a la vez alcanzar objetivos concretos de interés común para la mayoría de la sociedad, para la sociedad en su conjunto, y hacer progresar mientras tanto al movimiento emancipatorio. Nunca deben sustituir al movimiento mismo: él es lo esencial.

ANEJOS

Cambios climáticos

Al quemar combustibles fósiles, los Estados Unidos lanzan a la atmósfera 1.300 millones de toneladas de carbono. La Unión Soviética y los países del Este europeo, otro tanto. La CEE, 700 millones.

Antes del año 2050, la Tierra podría calentarse más de 2 ºC de media, puede que hasta 4,5 ºC. Casi tanto como la diferencia de temperatura natural que separa los grandes períodos glaciares de los períodos cálidos.

Si no atajamos el recalentamiento, el mapa de cultivos puede cambiar. El límite entre pradera y bosque —esto es, la aridez— se desplazaría hacia el norte a la velocidad de 100-150 kilómetros cada diez años. Las producciones de trigo y maíz se verían afectadas. Y aún más la del arroz, alimento principal de seis seres humanos de cada diez.

Actualmente el nivel de los océanos sube unos dos milímetros al año. Esto basta para agravar la erosión en los deltas de Bangladesh, del Nilo, de China, en los Países Bajos. Al final del próximo siglo el nivel de los océanos podría haberse elevado entre uno y dos metros, lo bastante para trastrocar la vida de ese 30 por 100 de la población mundial que vive a una altura próxima al nivel del mar.

Apostar por un recalentamiento benéfico para las regiones frías es científicamente frágil. La tundra siberiana podría muy bien hacerse polvo. Los desplazamientos de las grandes corrientes marinas podrían dañar la Europa nórdica.

La mayor parte de la humanidad debería estarse adaptando constantemente. ¿A qué precio para su salud y su supervivencia?

Por lo demás, muchas especies vegetales podrían desaparecer a causa del papel del anhídrido carbónico (CO2) en la fotosíntesis, otras proliferar, y tales cambios influirían en la distribución de las especies animales.

Destrucción de los suelos

Menos de la cuarta parte de los suelos del planeta son cultivables. En ese cuarto apenas la mitad es suelo verdaderamente fértil y está en cultivo desde hace tiempo. La otra mitad, casi improductiva, solo podría suministrar una contribución alimentaria relevante mediante aportes de energía y agua con un coste difícilmente asumible y un impacto ambiental hoy por hoy imposible de evaluar.

En unos sesenta países la desertización amenaza una superficie equivalente a dos veces la de la India. El equivalente a Bélgica se ayerma cada año en África.

En muchos países la despoblación rural da paso a la erosión, las inundaciones y los corrimientos de tierras. La degradación de las vertientes en las cuencas fluviales afecta a los medios de vida, la salud y la seguridad de más de 400 millones de personas en el Sudeste asiático y varias decenas de millones en África y en América Latina.

El éxodo rural y el abandono de tierras agrícolas provocan fenómenos análogos en Europa. La erosión destruye cada año 16,4 toneladas de tierra por hectárea en Portugal y 33,1 toneladas en España, donde el 17 por 100 de la superficie se ha desertizado.

A comienzos del siglo XIX menos del 10 por 100 de la población mundial vivía en aglomeraciones de más de 5.000 habitantes. Actualmente dos de cada cinco personas habitan en ciudades, y su número aumenta un 25 por 100 más de prisa que la población total. En Asia, África y América Latina las grandes ciudades doblan su población cada doce o quince años, y sus barrios pobres a lo sumo cada siete años. En el año 2000 habrá 295 ciudades de más de un

millón de habitantes en el Tercer Mundo y 138 en los países industrializados. Las mayores ciudades del mundo serán: México (más de 30 millones de habitantes), Calcuta (20), Bombay (19), Seúl (19), El Cairo (más de 16), Yakarta (más de 16)… Por esas fechas el 50 por 100 de la población mundial estará concentrada en menos del 0,4 por 100 de la superficie de los continentes. Dado que las ciudades se sitúan por lo general en las mejores tierras agrícolas, una veinteava parte de estas se volverán estériles. Al mismo tiempo acumulan ruidos, humos, inversiones térmicas, contaminaciones, déficits de agua y montañas de desechos.

La carga química del entorno y del ser humano se incrementa peligrosamente, tanto en la agricultura como en la industria farmacéutica, en los productos de limpieza, los embalajes, etc. Ciertas formas de "quimización" y mecanización intensivas de la agricultura destruyen el humus. El índice de fertilidad de las tierras negras de Ucrania, otrora modelo para todos los agrónomos, ha caído en un 50 por 100.

Deforestaciones

En los Erzgebirge (Montes Metálicos), en la frontera entre Checoslovaquia y la RDA, la combustión de grandes cantidades de lignito rico en azufre en centrales térmicas ha matado centenares de miles de hectáreas de abetos. La deforestación se extiende hasta Laponia. El Reino Unido está tan afectado por este azote como los Estados continentales más devastados.

Las lluvias ácidas solo representan uno de los factores de esa toxicidad. El dióxido de azufre (SO_2) emitido por las combustiones industriales y domésticas y el ácido sulfúrico (H_2SO_4) a que da lugar pueden ser transportados a varios miles de kilómetros. Los óxidos de nitrógeno (NO, NO_2), liberados fundamentalmente por los motores de combustión, y el ácido nítrico (HNO_3) que se deriva pueden recorrer centenares de kilómetros. Otras contaminaciones de los automóviles y de la agricultura intensiva se añaden a eso. El crecimiento del transporte aéreo "liberado" por el "gran mercado"

añade su nocividad a los efectos de la prioridad absoluta que se ha concedido al transporte por carretera.

Aunque es inexacto que las selvas tropicales sean “los pulmones del planeta”, constituyen una base irremplazable de los grandes equilibrios ecológicos. En Malasia la destrucción de las selvas vírgenes se ha incrementado un 800 por 100 en diez años. Tailandia ha perdido una cuarta parte de sus bosques en diez años, y Costa de Marfil un tercio en ocho años. Tras haber disminuido la cubierta forestal del subcontinente indio en un 90 por 100 desde 1940, la sequía amenaza ahora a un habitante de cada veinte. Al ritmo actual todas esas selvas habrán desaparecido en menos de cincuenta años. A los 5.600 millones de toneladas de carbono liberadas cada año por la combustión de combustibles fósiles, la deforestación añade a la atmósfera entre 400 y 2.500 millones de toneladas.

Aunque apenas un 3 por 100 de su superficie sea cultivable, la selva amazónica está siendo aniquilada a un ritmo de 40 hectáreas por minuto. Hay proyectos faraónicos que prevén construir 125 centrales hidroeléctricas de aquí al año 2010 mediante presas colosales y pantanos que engullirían una superficie selvática mayor que Gran Bretaña. Solo el pantano de Tucuni ha inundado 216.000 hectáreas de selva, previamente regadas, para evitar la eutrofización, con la dioxina que el ejército de los Estados Unidos lanzó experimentalmente durante la guerra del Vietnam. El proyecto minero Grande Carajas, estimado en 62.000 millones de dólares, supondría la destrucción de una selva tan grande en superficie como el Reino Unido y Francia.

Si prosigue en Indonesia la roturación destinada a financiar un programa “Transmigrasi” que desplazaría al menos a 20 millones de personas, no habrá ya selva de aquí a trece años.

Los paisajes deforestados recuerdan las fotos de Hiroshima. Se estima en cuatrocientos años el lapso necesario para la reconstitución de los componentes originarios del bosque, en el supuesto —que está lejos de ser seguro— de que las semillas y plantas aún estén allí.

El agua dulce muere

Salvo excepciones, cuanto más ricos son los países, más agua consumen: los norteamericanos más que los franceses o los alemanes, estos más que los italianos y españoles, estos más que los magrebíes… En Francia, de 37.200 millones de metros cúbicos consumidos, 17.000 los devoran las centrales eléctricas (convencionales y nucleares), 5.200 las industrias, 4.500 la agricultura. Si su consumo se estableciera en el nivel de Estados Unidos, Francia necesitaría 128.000 millones de metros cúbicos, lo que supone el 80 por 100 del caudal de todos los ríos franceses. Aunque es el Tercer Mundo la gran víctima del problema del agua, tampoco los Estados Unidos y la Unión Soviética se libran de él. Algunas regiones de Europa padecen penurias de agua potable.

La zona de iso-pH = 5 que caracteriza la acidez de las aguas dulces era en 1965 un círculo de un radio de 200 kilómetros con centro en el mar del Norte. Actualmente ese círculo llega hasta Singapur. Dos millones de hectáreas de lagos escandinavos han alcanzado un grado de acidez incompatible con ciertas formas superiores de productividad biológica.

En los últimos veinticinco años el rendimiento agrícola por hectárea se ha duplicado con creces. Sotos y arboledas talados, zanjas colmadas, charcas y arroyos desecados, caminos ensanchados y asfaltados: la concentración de las explotaciones ha trastrocado los paisajes sin que se haya reflexionado sobre los impactos ecológicos.

Los agricultores, endeudados, se entregan a la competencia de todos contra todos bombeando agua de las capas freáticas y destruyendo a la vez las zonas húmedas. En la OCDE consumían 20 millones de toneladas de abonos en 1960, y 50 millones de toneladas hoy en día en una superficie algo menor. Las capas freáticas acumulan los nitratos de modo ya irreversible. Los contenidos se acrecientan en la RFA, en Francia, en el Reino Unido y en los Países Bajos. Setecientos mil daneses reciben agua con más de 26 mg/l, y para la mitad de ellos se sobrepasa el peligroso límite de los 50 mg/l. Las ventas mundiales de plaguicidas han pasado de 3.000 millones de

dólares en 1972 a 50.000 millones actualmente. Permanecerán en el medio ambiente, en el agua particularmente, durante decenas de años.

Gracias a la importación de piensos, cantidades industriales de animales son concentrados en fábricas. La mayor parte del nitrógeno, del fosfato, del potasio y de algunos metales pesados introducidos en la alimentación de ese ganado pasa a las capas freáticas o a las aguas de superficie. El amoníaco del estiércol acidifica los suelos. En los Países Bajos, que cuentan con 14 millones de cerdos, 95 millones de pollos y 5 millones de bovinos, esos problemas han adquirido formas agudas.

Contaminación, presas y canalizaciones, desvíos, dragados, drenaje de tierra, deforestación de las riberas: en muchos países industrializados la degradación de los ríos ha alcanzado proporciones catastróficas a partir de la década de 1950. En el Rhin, uno de los ríos más perturbados durante más de un siglo, una hecatombe de anguilas a consecuencia de una contaminación química ha recordado recientemente que basta un crimen industrial para asolar en pocas horas varios años de esfuerzo de renovación y repoblación.

Al ritmo actual, dos tercios de los cursos fluviales del planeta estarán de aquí a diez años controlados por presas, sin que aquellos que las explotan hayan previsto en la mayoría de los casos la dinámica y el funcionamiento ecológico de estos sistemas. La gran presa de Asuán, en el Nilo, ha hecho caer, por ejemplo, los rendimientos de la pesca de la sardina mediterránea de 15.000 toneladas a 554 toneladas en dos años: las inundaciones que fertilizaban cada año una inmensa franja de terreno han desaparecido y, privado de limos, Egipto se ha convertido en el mayor importador mundial de fertilizantes; habiendo modificado la capa freática, el país ha perdido tierras cultivables en lugar de ganarlas. Resultado: Egipto, cuya población se incrementa en un millón de habitantes cada diez meses, importa actualmente el 40 por 100 de su alimentación: está financieramente estrangulado, y las revueltas del hambre se repiten.

Océanos y mares envenenados

Océanos y mares cubren más del 70 por 100 del globo. La mayor parte de los ríos, convertidos en cloacas, vierten en ellos los desechos de nuestras actividades. Los contaminantes no biodegradables, como los metales pesados, envenenarán permanentemente el medio marino y se concentrarán a través de las cadenas tróficas.

Más de dos tercios de la población mundial viven a menos de 80 kilómetros de un mar. Cada vez más en concentraciones urbanas. Megalópolis, megacontaminación. En el Mediterráneo, tres ciudades portuarias de cada cuatro no están equipadas con ninguna instalación de reprocesamiento. Atenas, Tolón o Argel vomitan sus aguas residuales en el mar. La destrucción de la delgada franja marina fértil que se extiende a lo largo de la costa mata tanta vida vegetal y animal como un incendio forestal en tierra firme. Parcelaciones y zonas de baños debilitan aún más las zonas costeras.

La limpieza de buques en el mar vierte cada año tres veces más petróleo que la media de las grandes mareas negras. Cuanto más frío hace, más lenta resulta la autodepuración natural. La penetración de los grupos petroleros e industriales en la Antártida podría ser un desastre.

A su manera, nos advierten de los peligros unos dos millones de pájaros víctimas de materiales plásticos hasta en pleno centro del Pacífico, los pájaros bobos de la Antártida cuyos tejidos contienen DDT, las focas que mueren en las playas del mar del Norte (50.000 en un solo año), los animales enviscados en petróleo, los peces asfixiados por la proliferación de algas.

Demografía

Fue hacia 1840, tras unos dos millones de años, cuando la especie humana alcanzó los 1.000 millones de unidades. De 1975 a 1987, los hombres le han agregado tantos individuos como sus antepasados en aquellos dos millones de años. Actualmente viven tantas chinas y chinos (continentales) como habitantes de todo el planeta en la época victoriana.

La edad media es en Argelia de 16,6 años; en la RFA, de 36,7 años.

De aquí al final de este siglo, por cada demanda de empleo en el litoral norte del Mediterráneo deberán satisfacerse 64 en las costas del sur, de Turquía a Marruecos.

Paro y precariedad

En la CEE la población activa (aquellas personas que tienen o desean un empleo) sobrepasa los 140 millones de personas, esto es, un 44 por 100 de la población total. Esa tasa varía desde el 37 por 100 en Irlanda al 56 por 100 en Dinamarca. El sector terciario ofrece el 60 por 100 de los empleos disponibles, la industria algo menos de un tercio y la agricultura apenas un 8 por 100.

La proporción de paradas y parados se ha elevado del 3,2 por 100 de la población activa en 1975 a más del 11 por 100 en 1986. Y se trata solo de las y los demandantes inscritos.

La tasa de paro ha retrocedido en 1988 en muchos países capitalistas. Pero para el conjunto de los países de Europa y América del Norte, miembros de la OCDE, este organismo prevé más de 28 millones de paradas y parados en 1990. Contrarrestando la tendencia ahora principal, el paro se ha acentuado en Dinamarca, en Islandia, en Noruega, en Turquía…

En la CEE las mayores tasas de paro se encuentran en la periferia norte (Islandia, Escocia, País de Gales, norte de Inglaterra) y sur (España, Mezzogiorno italiano). Las regiones de industrias tradicionales tienen tasas de paro importantes.

En los Estados Unidos se han contado 6.000 operaciones de "reconversión" industrial entre 1979 y 1986. El 91 por 100 de ellas han puesto en primer plano una reducción de los efectivos empleados en los Estados Unidos y una disminución de los salarios. Durante ese periodo en Norteamérica se han perdido un millón de empleos estables y bien remunerados en la industria manufacturera, mientras que el PIB se incrementaba sin interrupción durante veintiún trimestres. El avance del paro se ha detenido realmente, y se ha invertido a partir de 1982, pero una gran parte de los empleos creados lo son a tiempo parcial, inestables, mal remunerados. De 1980 a 1985 el porcentaje de empleos a tiempo parcial ha pasado del 10 al 25 por 100, mientras que solo un tercio de las asalariadas y asalariados que los ocupan desean ese estatuto. El 42 por 100 no está cubierto por ningún seguro de enfermedad por parte del empleador. En el 70 por 100 de los casos este no cotiza para las jubilaciones.

En la mayor parte de los países capitalistas se opera un deslizamiento hacia empleos terciarios mal remunerados. En los Estados Unidos, Japón, la RFA, Francia, Reino Unido y Noruega, entre el 60 y el 90 por 100 de los nuevos empleos en el sector privado de los servicios se han creado en ramas donde los niveles de remuneración por asalariado son inferiores a la media nacional. Solo algunos países (Italia, Dinamarca, Suecia) son hoy por hoy excepción.

En la CEE, de unos siete millones de empleos creados, cerca de tres cuartas partes han sido empleos a tiempo parcial. En 1987 había un 12,6 por 100 de asalariadas y asalariados a tiempo parcial; dos años más tarde son el 14 por 100, y más del 20 por 100 en Escandinavia. Con los actuales sistemas, esos empleos comportan por lo general muchas desventajas, particularmente para las mujeres.

Desde hace unos quince años, al lado del mercado de trabajo estable y preciado se desarrolla un mercado secundario: el de los empleos precarios. Por ejemplo, en muchos países capitalistas la proporción de personal empleado con contratos de corta duración se incrementa considerablemente. Millones de personas se encuentran en la interinidad. El trabajo negro parece desarrollarse. Son formas de empleo que favorecen todas ellas la explotación y

escapan ampliamente al control.

La “modernización” viene acompañada de un problema social cada vez más grave: el paro de larga duración. En la CEE el 56 por 100 de las paradas y los parados permanece sin empleo después de más de un año. Un tercio después de más de dos años. Esas tasas medias se sobrepasan en el Reino Unido, Italia, los Países Bajos o Francia.

Las tasas de actividad profesional de las mujeres difieren bastante de un país industrializado a otro. En la CEE el 33 por 100 de las mujeres tienen un empleo o declaran buscar otro; en Japón son el 39 por 100, y el 43 por 100 en los Estados Unidos. Esa tasa de actividad profesional es muy superior a la media de la CEE en Dinamarca, en el Reino Unido o en Portugal, pero muy inferior en Irlanda, España o Italia.

En todos los países capitalistas la población activa femenina (en el estrecho sentido de la contabilidad que excluye el trabajo doméstico) se ha incrementado mucho entre 1977 y 1987: durante ese periodo de crisis casi general del empleo la presión de las mujeres ha sido tal, que el número de aquellas que se considera forman parte de la población activa se ha elevado en un 36 por 100 en los Estados Unidos, un 19 por 100 en el Japón o un 18,7 por 100 en la CEE.

Sin embargo, el paro afecta en todas partes a las mujeres en mayor medida que a los hombres. En la CEE a finales de 1988 el 8,2 por 100 de los hombres activos estaban en paro, mientras la proporción de mujeres activas sin empleo alcanzaba el 13,8 por 100 y había aumentado respecto a los años anteriores. De cada 100 personas sin empleo censadas se cuentan 52 mujeres. Ese porcentaje de paradas es particularmente elevado en Bélgica (61) y Dinamarca (54).

En conjunto, las mujeres padecen discriminaciones especiales en el empleo. La mayoría de ellas ocupan en los Estados Unidos empleos subalternos en el sector terciario, y los salarios femeninos corresponden como promedio al 60 por 100 de los salarios masculinos: no más que en 1955. En la CEE las mujeres casadas ocupan 7 de cada 10 empleos a tiempo parcial y solo 2 de cada 10 empleos a tiempo completo.

El paro afecta principalmente, por regla general, a las inmigradas e inmigrados. En el Reino Unido las tasas de paro son desde hace quince años mucho más elevadas entre los oriundos de África, las Antillas o la India que para los británicos.

El paro azota particularmente a los jóvenes. En la CEE, como media, más del 17 por 100 de los jóvenes de menos de veinticinco años carecen de empleo. Esa tasa se eleva al 23 por 100 para las mujeres jóvenes.

La mayoría de los jóvenes se enfrenta a una inserción cada vez más competitiva en el mundo del trabajo. Sufrir la prueba del paro es el destino que aguarda a la mayoría de ellas y ellos. Su inserción pasa cada vez más por un tamiz de precariedad. Algunas o algunos salen rápidamente de la dificultad. Muchos otros permanecen en ella largo tiempo, alternando períodos de paro, cursos de formación sin perspectiva real (salvo en algunos países), chapucillas en el mercado de trabajo paralelo, contratos de corta duración. Unas o unos cuantos se atascan definitivamente: cayendo de un paro de espera a un paro de relegación, van a engrosar las filas de los excluidos.

El paro de los jóvenes y la precariedad desempeñan cada vez más una función suplementaria de selección al salir de la escuela. A la selección sociocultural que el sistema de enseñanza realiza en todos los países capitalistas se añade una sobreselección en la carrera por el empleo que aboca a los niños de los grupos sociales más desfavorecidos, particularmente a los del mundo obrero, a la exclusión.

De ese modo se introducen profundas diferencias entre los asalariados: entre aquellas y aquellos que tienen un empleo y aquellas y aquellos que no lo tienen, entre los estables y los precarios… Las y los jóvenes parados de larga duración viven cada vez más al margen: tienden a constituir un mundo aparte, se socializan en la exclusión.

Ese paro y esa precariedad afectan gravemente a las personas. Les plantean problemas de identidad. Y estos son generalmente —todo lo confirma— factores de inhibición y desinterés por la vida asociativa, el sindicalismo, la política, cuando no de regresión hacia

un repliegue conservador. En Italia se hizo en 1986 un sondeo sobre temas sexuales a 20.000 jóvenes de dieciséis a diecinueve años. A la pregunta sobre "¿Cuál es el problema más importante y que provoca mayor ansiedad e incertidumbre para el futuro?", el 48 por 100 de las chicas y el 46 por 100 de los chicos respondieron: "un trabajo"; el amor solo obtenía el 4,5 por 100. En el curso de una encuesta entre jóvenes sin empleo en el Reino Unido dos sociólogos notaron lo siguiente: "Hablarles de su tiempo libre habría sido un insulto. Para muchos, los fines de semana carecían de significación real. La monotonía igualaba los días para ellos".

Desigualdades, pobreza

Los datos existentes son incompletos; las comparaciones, difíciles. En los principales países capitalistas el 10 por 100 de hogares más ricos en ingresos detenta entre el 30 y el 40 por 100 de la renta total de la población; el 10 por 100 de hogares con mayor patrimonio posee del 50 al 55 por 100 del patrimonio total. Esas disparidades se atenúan en los países escandinavos y se agravan en los anglosajones.

De acuerdo con las cifras publicadas por el Congreso de los Estados Unidos, de 1977 a 1988 la renta familiar media del 1 por 100 más rico de la población ha pasado de 174.498 a 303.900 dólares al año, lo que supone un aumento del 74,2 por 100. Durante el mismo periodo la renta media del 10 por 100 que tienen menos ha disminuido de 3.528 a 3.157 dólares, es decir, ha disminuido un 10,5 por 100. En cuanto a la "clase media" (el 20 por 100 que gana de 26.000 a 40.000 dólares anuales), su renta prácticamente se ha estancado. Un duro golpe para el "sueño americano".

Pero esos promedios son muy vagos, puesto que comparan a millones de asalariadas y asalariados con un pequeño número de individuos en la cúspide de la escala cuyos ingresos reales sobrepasan con mucho los medios. En Francia, por ejemplo, 10 millones de asalariadas y asalariados se sitúan por debajo de 15.000 francos por mes (e incluso bastante menos), mientras que 20.000

personas reciben entre 30 y 250 veces —a veces, 1.000 veces más —, particularmente gracias a sus ingresos no salariales.

En conjunto, la parte representada por el patrimonio financiero se engrandece mientras el peso de las tierras, los terrenos e incluso todos los bienes inmuebles disminuye. Por regla general, la colocación y manipulación del dinero deparan mucho más que el trabajo o el talento.

Las desigualdades sociales no se circunscriben a una cantidad de dinero. Se redoblan en todas direcciones: desigualdades frente a la enfermedad y la muerte, desigualdades frente a la educación y la cultura.

A pesar del desarrollo productivo y de los sistemas de protección social (que son difíciles de comparar de un país capitalista a otro), la pobreza persiste e incluso se extiende. Ante todo, entre miles de millones de seres humanos en África, Asia, América Latina y Oceanía, pero también (incluso si no reviste las mismas formas agudas) en los países más industrializados.

Los dirigentes estadounidenses han intentado combatir la pobreza desde comienzos del siglo XX, después en tiempos de Roosevelt, después bajo la presidencia de Kennedy. Pero la pobreza sigue siempre allí. Estructural. Tan solo en la ciudad de Nueva York, dos de cada cinco niños están malnutridos: el 45 por 100 son hispanos, el 35 por 100, negros; dos tercios viven en familias monoparentales.

La evaluación de la pobreza es algo complejo. Demasiadas definiciones estadísticas no captan sus varios aspectos. Pues los pobres acumulan las injusticias: falta de recursos monetarios, pero también privación de empleo, consumo de productos de mala calidad, deplorables condiciones de alojamiento, falta de educación, de salud, de relaciones sociales… Para muchas personas la pobreza es una prisión sin barrotes: las excluye de la sociedad.

En Europa la pobreza se presenta en situaciones muy diversas: jóvenes aislados sin empleo, familias monoparentales (esto es, casi siempre mujeres solas, con uno o más niños), familias muy numerosas en medios obreros y a veces rurales, paradas y parados de larga duración y carentes de subsidio, minusválidos, personas

con enfermedades crónicas, titulares de bajas pensiones (viudas en particular)… Al final se bascula de la precariedad a la pobreza. Ocurre también que uno se las arregle para salir de la pobreza por difíciles vericuetos. Algunas o algunos van y vienen de períodos de pobreza a momentos de relativa mejora.

Según sus propias definiciones, la Comisión de las Comunidades Europeas ha estimado en noviembre de 1988 que “a mediados de los años setenta había más de 38 millones de pobres en el conjunto de los 12 Estados que actualmente componen la Comunidad. En 1985, según las mismas definiciones, había unos 44 millones de pobres sobre 315 millones de personas, esto es, cerca del 14 por 100 de la población total”.

Es incontestable que hay desigualdad en los países del Este. Pero resulta muy difícil apreciar las diferencias reales con la información existente. La pobreza que se observa denota un mal-desarrollo que la simple transposición de las fuerzas productivas capitalistas nunca podrá corregir.

Producción y salud

La OMS define la salud como “un estado de bienestar completo, físico, psíquico y social”. Miles de millones de seres humanos están muy lejos de eso. Incluso en los países que llamamos desarrollados.

En Europa la mortalidad ha disminuido; la esperanza de vida ha aumentado. Grandes enfermedades infecciosas como la tuberculosis han sido erradicadas. Al parecer, uno de cada dos cánceres se cura. Pero esos progresos tropiezan con obstáculos. Sortearlos no depende ni de la medicina ni de la protección social en sentido estricto.

La esperanza de vida difiere según categorías sociales. En los últimos veinte años la mortalidad ha retrocedido para todas, pero en las categorías más modestas (obreras y obreros) ha disminuido menos que para las categorías superiores (profesiones liberales, cuadros, etc.). Por tanto, las diferencias han aumentado. Por

ejemplo, en Francia el 25 por 100 de los peones mueren entre los treinta y cinco y los sesenta años, pero tan solo el 9 por 100 entre los cuadros superiores, el 11 por 100 de los capataces, etc.

Esas diferencias revelan desigualdades en las condiciones generales de vida, en la cultura. También traducen los nocivos efectos del actual sistema de producción, no solo para los ecosistemas, no solo para las consumidoras y consumidores, las y los habitantes, sino también (y a menudo en primer lugar) para las trabajadoras y trabajadores, bastante más a menudo y más gravemente de lo que ellas o ellos mismos suponen.

Así, por ejemplo, en medios obreros donde el nivel es homogéneo las desigualdades ante la muerte aparecen en función de ramas y oficios. Los obreros de la construcción naval o aeronáutica tienen una esperanza de vida media considerablemente superior a la de los obreros del sector de la fundición y el trabajo metalúrgico. En las imprentas los que manejan las rotativas, que trabajan de noche en un ambiente estrepitoso y efectúan un esfuerzo físico importante, tienen una tasa de mortalidad un 10 por 100 mayor que las correctoras y correctores, un 7 por 100 mayor que los maquetadores…

En la mayor parte de los países de la CEE los accidentes de trabajo disminuyen desde hace varios años. Siguen siendo, sin embargo, numerosos (nada menos que 661.000 al año en Francia). A eso se añaden los accidentes en desplazamientos. Pero se trata sobre todo de que un considerable número de tecnologías tienen efectos agresivos para el ser humano. Las agresiones del productivismo contra las personas en el trabajo se imbrican con sus agresiones contra el medio ambiente, y contra todos los aspectos de la vida humana fuera del trabajo con finalidad económica.

Así, por ejemplo, el ruido, las vibraciones, el calor o el frío, las radiaciones ionizantes o no, el polvo, los ritmos y las cargas del trabajo, las posturas o los apremios de tiempo que engendran sufrimientos físicos y psíquicos, fatiga, desgaste, depresión. Así, los innumerables productos químicos y metales: plomo, cadmio, mercurio, arsénico, níquel, cromo, carburo de tungsteno, amianto, polvos de plástico, disolventes tóxicos, pinturas, colas, colorantes, fluidos industriales, etc. Una medicina del trabajo que tiende a

cortar el individuo en rodajas se queda muy lejos de la gravedad del fenómeno en su conjunto. Las nuevas técnicas no dejan de engendrar nuevas enfermedades, como sucede, por ejemplo, con las pantallas de ordenador sobre la vista y el cerebro.

El automóvil

La industria del automóvil permanece en el centro del sistema industrial productivista, y de los modos de consumo, de ordenación del territorio y de vida inducidos por él. Las veinte multinacionales que movieron en 1987 las mayores cifras de negocio mundial incluyen siete grupos del automóvil (General Motors, Ford, Toyota, Daimler Benz, Volkswagen, Fiat, Renault) y cinco grupos del petróleo (Royal Dutch-Shell, Exxon, Mobil, British Petroleum, Texaco). Esos siete grupos del automóvil emplean directamente a un ejército de 2.293.000 asalariados. Controlan o generan muchos más puestos de trabajo mediante el rodeo de la subcontratación, la comercialización, la reparación, la construcción de infraestructuras, etc. Entre las veinte primeras cifras de negocios de Europa occidental y Escandinavia el automóvil mueve seis, y el petróleo, cuatro.

Esa industria combina muchos rasgos esenciales del productivismo: absoluto dominio de algunos países capitalistas (ante todo la "tríada": CEE —aún con el 38 por 100 de la producción mundial—, Estados Unidos, Japón); concentración de capitales y gigantismo industrial; mundialización de una áspera competencia muy agresiva entre grupos; enorme derroche energético y contaminación global: estandarización irrefrenable impulsada por la producción (no es casualidad que la misma palabra fordismo provenga del nombre de un grupo norteamericano del automóvil); un mercado que corresponde a estilos de vida ellos mismos estandarizados.

Importantes mutaciones tecnológicas modifican las formas de producción, el contenido y las modalidades del trabajo. La industria del automóvil adopta o desarrolla la robótica, la gestión informatizada, el control de calidad y fórmulas destinadas a motivar

a los asalariados. El fordismo se halla en crisis. Pero esa industria intenta elaborar un neoproductivismo, conservando sus características fundamentales.

Poco después de la Segunda Guerra Mundial había cerca de 50 millones de vehículos automóviles en el planeta. El 1 de enero de 1988 el parque automovilista mundial incluía 122 millones de vehículos industriales y 394 millones de coches particulares. Esto es, en total 516 millones de vehículos, 181 de los cuales circulan en los Estados Unidos.

El 25 por 100 de los vehículos en circulación sobre el planeta se encuentra en la CEE (para un 6,4 por 100 de la población mundial). Eso significa un coche cada 2,8 habitantes. El transporte de mercancías se efectúa en la CEE principalmente por carretera: en 1986 fueron 8.029 millones de toneladas sobre un total de 9.455, esto es, cerca del 85 por 100. El transporte por carretera ha crecido entre 1982 y 1986 un 6,6 por 100 a expensas del ferrocarril (que transporta un 8 por 100 del total). La CEE posee la segunda red de carreteras mundial, después de la de los Estados Unidos, lo que no impide que varios Estados sigan construyendo autopistas.

La Unión Soviética cuenta con 21 millones de vehículos automóviles, 12 de los cuales son coches particulares, es decir, bastante menos que la RFA, Francia, Italia o el Reino Unido. Pero entre 1970 y 1985 ese parque automovilista —junto con los de la Europa del Este— se ha multiplicado por cinco. Vale la pena pensar sobre el hecho de que la perestroika ponga el automóvil en el primer lugar de los bienes de consumo que se han de incrementar.

El automóvil consumiría en los países industrializados alrededor del 20 por 100 de la energía. Pero las estadísticas no toman en consideración más que el combustible directamente absorbido por los vehículos. No incluyen la energía consumida en la fabricación y el mantenimiento ni la que exigen la construcción y mantenimiento de carreteras, puentes, aparcamientos, garajes, estaciones de servicio, ni la que devora la explotación del petróleo, etc. No tienen en cuenta el aumento de la demanda energética provocada por el tipo de urbanización que engendra el dominio del automóvil. En los Estados Unidos, la CEE o el Japón no puede reducirse el consumo de energía sin reducir la utilización de los automóviles privados y

los transportes por carretera.

Tanto más cuanto que el automóvil es homicida. Unas 250.000 personas mueren cada año en el planeta como consecuencia de accidentes en carretera. Varios millones sufren heridas más o menos graves. En diez años un país como Francia ha tenido 115.200 muertes en carretera (el equivalente a la población de una ciudad media), y 2.941.000 heridos (más que la población de París intramuros).

Un tercio de la superficie de las ciudades del planeta está consagrado a los automóviles. En los Estados Unidos absorben más de la mitad del espacio urbano. En muchos casos su proliferación crea atascos que hacen absurdo su uso y provocan sufrimientos psíquicos a las personas. En el sur de California, donde la cantidad de kilómetros de carretera es más grande que en cualquier otra región del globo, la velocidad media de circulación no podrá superar de aquí a una decena de años, según los expertos, los 24 kilómetros por hora.

Situación ecológica de los países del Este

Los responsables de los países del Este han hecho alarde de haber sentado mejores “condiciones objetivas” que los países capitalistas para la defensa de la naturaleza: ni reinado del beneficio ni anarquía del mercado. Han legado leyes rigurosas, algunas de las cuales se remontan a Lenin: abolición de la propiedad privada y nacionalización de la tierra (1917), protección de los bosques (1918), creación de vastas reservas naturales (1919). Han señalado la existencia de medios considerables para la investigación y la adopción de medidas concretas que habrían permitido, por ejemplo, descontaminar en Moscú el río Moscova, reconstituir en parte las riquezas piscícolas del Volga y el mar de Azov, airear varias grandes ciudades con “pulmones forestales”, devolver tierras al cultivo, reciclar aguas industriales.

Quizá Chernobyl no era directamente previsible, pero un accidente

gravísimo se tornaba cada vez más verosímil en alguna parte de los países más nuclearizados en función de la cantidad de centrales y de su número de horas de funcionamiento acumuladas. El coste de esa catástrofe es aún incalculable: 79 millones de soviéticos han recibido una irradiación doble de la natural. Se prevé de aquí a medio siglo un aumento de algunas decenas de miles de cánceres mortales en la Unión Soviética, quizá incluso 200.000, y un incremento diez veces menor, pero sensible, en el resto del planeta. Eso sin hablar de las mutaciones genéticas imprevisibles durante cuatro o cinco generaciones. Las evacuaciones prosiguen a centenares de kilómetros. La pérdida de la central nuclear, la descontaminación del lugar, los daños causados a las personas, a la agricultura y al medio circundante podrían llegar a suponer 100.000 millones de francos según la contabilidad soviética. Con criterios occidentales, el coste financiero sería mucho más elevado.

En veinte años la Unión Soviética y la Europa del Este han doblado sus emisiones de CO2. La RDA, Polonia y Checoslovaquia se cuentan entre los países con la mayor contaminación atmosférica del globo. La prensa ligada a Solidarnosc, clandestina hasta hace bien poco, rebosa de informaciones aterradoras. En cinco años (1980-1985) la concentración de partículas en el aire de Varsovia ha crecido un 58 por 100. En el centro de Cracovia, una ciudad considerada por la UNESCO como uno de los doce conjuntos arquitectónicos más preciosos del patrimonio mundial, la concentración de polvos cargados de metales pesados ha alcanzado en 1984 las 473 toneladas por kilómetro cuadrado, esto es, más de diez veces el nivel máximo admitido. La industria checoslovaca vierte cada año 0,2 toneladas de CO2 por habitante. En 1987 Carta 77 ha difundido un texto titulado: “¡Dejadnos respirar!”. En Hungría un tercio de los bosques se halla irreversiblemente afectado por las “lluvias ácidas”.

A finales de 1977 los moscovitas descubrieron por vez primera la “nieve negra”: se había combinado en la atmósfera la nieve con el hollín. Según el ministro de la Salud, los niveles admitidos de contaminación atmosférica fueron ampliamente sobrepasados en 1987 en 104 grandes ciudades soviéticas. A lo largo del último decenio el número de cánceres se ha doblado en la Unión Soviética como resultado, al parecer, de tales contaminaciones. Es uno de los

pocos países donde —también por el efecto del alcoholismo— la esperanza de vida ¡ha disminuido!

En la RDA el 87 por 100 de los ríos y arroyos están contaminados. En Checoslovaquia, el 50 por 100. En Rumanía, el río más largo del país, el Olt, está contaminado a lo largo de todo su curso (670 kilómetros), salvo en los nueve primeros kilómetros.

En la Unión Soviética la destrucción de las aguas adquiere niveles alucinantes. En 1966, el premio Nobel de Literatura, Mijaíl Sholojov, declaraba en un congreso del PCUS: "Tengo miedo de que nuestros descendientes no nos perdonen haber dejado desaparecer el sagrado Baikal". En 1986, el académico Trofimuk ha precisado en un informe oficial que en el complejo industrial de celulosa —para uso militar probablemente—, incriminado por los defensores del Baikal, "las normas anticontaminantes no se han respetado ni un solo día desde hace veinte años": 50 millones de rublos de daños ecológicos por día, ¡mientras que la fábrica produce por valor de 112 millones al año! Tres cuartas partes de las 2.500 especies acuáticas, un buen número de las cuales eran únicas en el mundo, han sido aniquiladas. Tan extenso como Bélgica, el Baikal contiene un quinto de las reservas mundiales de agua dulce. Su futuro permanece incierto.

En el mar de Azov se pescan actualmente menos de 3.000 toneladas de peces por año, esto es, cien veces menos que en 1945. En treinta años el mar de Aral, el cuarto lago del mundo (120 veces mayor que el lago Lemán) ha bajado 13 metros, y su nivel continúa disminuyendo cada año 90 centímetros. Su superficie se ha reducido en un 40 por 100, y su volumen en un 66 por 100. El fondo desnudo, equivalente a la superficie de Bélgica, se ha transformado en un desierto salado, donde las tempestades levantan millones de toneladas de sal y arena que sepultarán los cultivos en 100.000 kilómetros cuadrados. La salinidad del mar se ha triplicado, exterminando a 20 de las 24 especies autóctonas de peces. En 1957 se pescaban 54.000 toneladas. Hoy toda pesca ha desaparecido. Los veranos son cada vez más calurosos y secos, los inviernos más fríos y largos. Combinados con el peligro químico (300 kilos de fertilizantes minerales por hectárea y no menos de 50 kilos de plaguicidas en la región río arriba), los desechos salados

hacen el riego cada vez menos eficaz y amenazan la salud de tres millones de personas. La sal corroe los árboles y los cimientos de las casas. La mortalidad infantil alcanza el 92 por 1.000; las madres mueren pronto; el cáncer de esófago se propaga.

Esa catástrofe tiene por causa la operación “Tierras vírgenes” lanzada a principios del año 1960. El gobierno de Moscú decidió entonces producir en esa región (a caballo entre las repúblicas de Kazajastán y Uzbekistán) todo el algodón necesario en la Unión Soviética. Como ese monocultivo requiere muchísima agua, se emprendieron trabajos ciclópeos para desviar una gran parte de las aguas del Sir-Daria y el Amu-Daria, los dos ríos que alimentan el mar de Aral. Dejado a merced de la intensa evaporación que reina en esta región, el lago gigante se puso a vaciarse a una velocidad de vértigo. El algodón producido es de mala calidad. El paro se extiende.

Como reacción, el Ministerio del Abono y las Aguas se propuso la desviación hacia el mar de Aral, por un canal de 2.500 kilómetros, de las aguas de dos o tres ríos siberianos que hoy desembocan en los mares árticos. En agosto de 1986, el buró político del PCUS acabó por liquidar ese “proyecto del siglo”, de consecuencias ecológicas incalculables. Sin duda, en diez años el mar de Aral todavía habrá disminuido la mitad. Será un segundo mar Muerto.

A diferencia de otros países industrializados, la Unión Soviética ha edificado sus mayores presas en ríos de llanura, inundando algunas de las mejores tierras: 12 millones de hectáreas han sido transformadas en fondos lacustres o en ciénagas. Por otra parte, la desecación de 10 millones de hectáreas de tierras negras septentrionales ha terminado en el estrago de más de la mitad de esas tierras. La roturación desmesurada de las estepas de Kazajastán ha creado, en menos de veinte años, cuatro millones de hectáreas de arenas desérticas. En total, las tierras laborables habrían disminuido de 2,92 hectáreas por habitante en 1958 a 2,2 hectáreas en 1978.

En junio de 1989, Novedades de Moscú publicó el cuadro siguiente:

Medias anuales	URSS	EE UU

Utilización de fertilizantes nitrogenados (en millones de toneladas de sustancia activa)	1976-80	1981-85	1986-90	1991-95	1996-2000	2001-05
Utilización de plaguicidas (en millones de toneladas de sustancias activas)	1976-80	1981-85	1986-90	1991-95	1996-2000	2001-05
Producción de cereales (en millones de toneladas)	274,0	306,6				

De 1960 a 1985 la aportación de fertilizantes minerales a la agricultura soviética se ha multiplicado por diez. El rendimiento de los cultivos de cereal solo se ha elevado de 11 a 16,2 quintales por hectárea. Al igual que los países del Tercer Mundo, la Unión Soviética importa de los Estados Unidos y otros países occidentales productos químicos de uso prohibido en ellos. La nomenclatura de tales compras (600 millones de dólares en plaguicidas en 1986-1987) es un secreto de Estado.

Los recursos minerales se derrochan. La Unión Soviética extrae cinco veces más hierro que los Estados Unidos con métodos destructivos. Los yacimientos de petróleo más ricos se explotan febrilmente, con enormes pérdidas. En un grupo industrial extractor de gas natural —considerado de vanguardia— un tercio del combustible se pierde a causa de métodos deficientes. Se han llegado a desencadenar catástrofes como el temblor de tierra que devastó Nefteyugansk en octubre de 1986. Ocho millones de hectáreas de pastos de renos han sido destruidas, se han contaminado tierras, se han enterrado desechos tóxicos en el subsuelo. La corrosión de los oleoductos provoca a menudo derrames accidentales sin que se haya instalado un sistema de contención.

Las empresas y gobiernos de Europa occidental se interesan por la descontaminación del Este, que es una amenaza ecológica para todos y un mercado potencial. La CEE negocia. Acaba de crearse una empresa italiana asociada con la ciudad de Moscú, como sociedad mixta ítalo-soviética, llamada “Prima”, para investigar el mercado de la descontaminación en la región. Al mismo tiempo la Europa del Oeste deyecta grandes cantidades de desechos industriales en Yugoslavia, Rumanía y sobre todo la RDA. Ese país recibe, tan solo de la RFA, 600.000 toneladas de residuos provenientes en su mayor parte de las grandes empresas químicas Hoechst, Bayer y BASF.

En China y Vietnam las crisis ecológicas se parecen más bien a las que azotan a los países poco industrializados. Durante el periodo del “Gran Salto Adelante” chino la multiplicación de los altos hornos rurales y la prioridad concedida al cultivo de cereales

condujeron a la tala de una cuarta parte de la cubierta forestal del país. Desde entonces las sequías han sido más frecuentes, las inundaciones se han triplicado, la erosión se acelera, los desiertos avanzan, las cisternas se encenagan. Cada año se pierden 4.000 millones de toneladas de humus. Sin plantas depuradoras, el 80 por 100 de los ríos y los lagos están contaminados. En 1987, el río Nanzhang batió el récord mundial de intoxicación por contaminación de aguas, con 20.000 enfermos a consecuencia de vertidos de una fábrica de abonos.

(Traducción del francés de Santiago Jordán, Jorge Riechmann, Joaquim Sempere y Enric Tello)

El Manifiesto ecosocialista, treinta años después

Joaquim Sempere

Releído treinta años después[4] el Manifiesto ecosocialista de 1989 aparece como un documento importante[5] no solo porque es un aviso —un enésimo aviso— de los daños globales de la sociedad industrial, sino también porque liga muy convincentemente el diagnóstico y las propuestas ecologistas con un diagnóstico y unas propuestas socialistas muy bien razonadas a la vista del fracaso del socialismo del siglo XX.

En él encontramos todos los grandes temas de la crisis ecológica, apuntalados por una selección acertada de datos. Y, a diferencia de las declaraciones meramente "ecologistas", estos temas se entrelazan eficazmente con los grandes temas de la crítica de la civilización industrial capitalista y patriarcal: crítica socialista de la injusticia social y la alienación; crítica feminista del patriarcado y sus formas modernas; crítica del autoritarismo desde una defensa del "libre desarrollo de la personalidad"; crítica de un sistema económico que pone las necesidades y aspiraciones humanas al servicio de la acumulación de riqueza monetaria privada; crítica de las desigualdades en general y de la opresión y el saqueo del Sur del planeta; crítica de la impotencia para controlar una deriva que lleva a la humanidad al desastre.

También encontramos vías de salida, en la segunda parte ("Cómo actuar"). Pero esta parte no entra en detalles, sino que expone grandes tendencias y propuestas. Se pueden retener las siguientes. 1) No hay que contar con un improbable vuelco global del productivismo, las catástrofes no son previsibles a corto plazo ni deseables: hay que pensar más bien en reformas "fuertes" y en actuar sin esperar. 2) La complejidad social es difícil de gestionar. 3) Hace falta optar por la no violencia y contra las guerras. 4) Es

preciso apelar a la democracia y a la responsabilidad de la ciudadanía. 5) Si hay voluntad política, son posibles cambios importantes en pocos años. 6) Conviene refundar un sistema de protección social de nuevo tipo, "comunitario y autoadministrado" (una sociedad ecosocialista debería revisar los mecanismos de protección social del actual Estado del bienestar para conservar sus inestimables ventajas adaptándolos a un contexto económico probablemente más desmercantilizado y comunitario). 7) Otro imperativo es recurrir a reconversiones industriales; reglamentar y prohibir cuando sea preciso; y resistir frente al ahondamiento de la destrucción y frente al mal uso de las técnicas. 8) El Manifiesto alerta oportunamente contra las ilusiones de una automatización alienante, generadora de paro y destructora de la cohesión social. 9) Es obligado reflexionar incesantemente pero rehuyendo toda teoría general que pretenda —como en épocas anteriores— dar respuesta a todo: es de celebrar que el Manifiesto exhiba un razonable eclecticismo como protección frente a doctrinarismos peligrosos.

El Manifiesto merece hoy, por todo ello, un aplauso y una relectura. Para desarrollar y actualizar su mensaje hace falta, ante todo, examinar qué es lo que ha cambiado en estos treinta años y hasta qué punto afecta a las conclusiones.

El Manifiesto se redactó en plena era gorbachoviana, cuando aún parecía posible una evolución del régimen soviético hacia una democracia socialista. Pero la historia ha desmentido sus esperanzas. Los regímenes comunistas o bien, como en Rusia, han dado paso a un capitalismo declarado y autoritario, o, como en China y Vietnam, se han transmutado en sistemas también capitalistas (con libertad de mercado y propiedad privada) manteniendo un régimen político autoritario de partido único que sigue llamándose "comunista". Estos últimos países —que podemos denominar de "capitalismo rojo"— han emprendido una dinámica que ha aportado mejoras materiales en la vida de cientos de millones de personas, pero que acentúa la depredación del medio natural y puede acelerar el agravamiento de la situación ecológica del planeta. Las evoluciones de Rusia y los países de su órbita, por un lado, y de China y Vietnam, por otro, han eliminado —o han debilitado fuertemente— las expectativas de preservar y transformar al menos algunas instituciones socialistas como

instrumentos susceptibles, en esos países, de promover un abandono controlado del productivismo hacia la sostenibilidad ecológica.

Otra realidad nueva es la visibilidad manifiesta de los límites del planeta, con la aparición de conceptos como la "huella ecológica" y la "apropiación humana de la producción primaria neta" que permiten cuantificar los impactos humanos sobre la biosfera y la corteza terrestre, contribuyendo a mejorar las previsiones de los daños y sus posibles remedios. La huella ecológica —cuyo registro mundial y por países se viene efectuando desde hace un par de decenios mediante la Global Footprint Network, una red de científicos de más de un centenar de países— permite evaluar con relativa precisión la distancia de la humanidad respecto a los límites de sostenibilidad (límites que, según esos cálculos, se superaron a finales del decenio de 1970).

También se conocen mejor las circunstancias y ritmos del agotamiento de los recursos naturales, que se pueden clasificar en tres grandes categorías: 1) combustibles fósiles, 2) metales y otros recursos del subsuelo, como los fertilizantes minerales, y 3) tierras fértiles para la producción agroalimentaria, víctimas de contaminación, erosión y acaparamiento para usos no alimentarios o para una cabaña ganadera sobredimensionada. Con la hipótesis de Hubbert sobre el "pico del petróleo" (ampliamente aceptada como teoría por su eficacia predictiva, y no solo para el petróleo sino para otros recursos, energéticos o materiales) el agotamiento de los combustibles fósiles se perfila en un horizonte cuantificable de pocos decenios. Cálculos solventes basados en las mejores fuentes disponibles sitúan hacia 2060 el agotamiento conjunto de carbón, gas y petróleo. En lo que respecta a los minerales metálicos, el primer inventario mundial se hizo en 1952 en el "informe Paley", encargado por el presidente Truman de los Estados Unidos. Desde entonces los inventarios se han hecho más exhaustivos y fiables, y dibujan también un horizonte de agotamiento que se cuenta en pocos decenios para muchos de los metales hoy necesarios para las sofisticadas técnicas utilizadas en la industria.

Hace treinta años se sabía que todo esto suponía una amenaza, pero no aparecía en primer término. Hoy la percepción de los límites en estos tres ámbitos se agudiza con las manifestaciones ya

indiscutibles del cambio climático. Como es sabido, el cambio climático se debe sobre todo a la quema de combustibles fósiles. Y la substitución —ineluctable— de los combustibles fósiles por fuentes renovables de energía topará con la escasez de metales en la corteza terrestre en el supuesto de que se quiera seguir utilizando las cantidades desmesuradas de energía que requiere el sistema productivo actual. La reducción del transporte, que gasta la mitad de la energía usada por la especie humana, tendrá efectos enormes, dado el actual volumen del comercio mundial y del turismo, poniendo en crisis la compleja organización social del espacio y la división del trabajo a escala mundial, obligando a reestructurar las actividades humanas sobre la base de la proximidad (relocalización, al menos parcial, frente a globalización). Los efectos de este hecho —que el Manifiesto no previó— van a ser considerables. El propio modelo agroalimentario actual, dependiente del petróleo y de los minerales que contienen nutrientes (fósforo, nitrógeno, calcio y potasio, sobre todo), y por tanto también del transporte, puede resultar colapsado —si no al cien por cien, sí al menos en proporciones que afecten a miles de millones de personas en el mundo—. Dicho con otras palabras: hoy estamos más cerca del colapso socioecológico, y mucha gente lo percibe. El agotamiento de los combustibles fósiles va a ser un detonante.

El avance en precisión y fiabilidad de las previsiones ha dado vigor a una propuesta, la del decrecimiento. Si los recursos de la Tierra son finitos y si estamos cerca de sus límites o los hemos superado ya, es obligado detener el crecimiento e incluso revertirlo hasta un nivel de sostenibilidad. Esta idea no es nueva. Ya Georgescu-Roegen había advertido acerca de los límites en los años 1960; en 1972 el "informe Meadows" sobre los Límites al crecimiento le había dado una fundamentación matemática a escala mundial; Herman Daly había preconizado un estado estacionario como imperativo ineludible. A finales del siglo XX la idea de decrecer aparece como un movimiento que propone asumir voluntariamente una austeridad "convivial" antes de tener que afrontar crisis catastróficas debidas a una dinámica imparable que conduce a la imposible reproducción social del actual modelo técnico-económico por falta o escasez de recursos naturales.

Esto marca una diferencia notable entre nuestra situación y la de

hace treinta años. La transición ecológica se ha convertido en una necesidad colectiva más imperiosa y una tarea urgente. De esta importante mutación histórica, la transición energética a un modelo 100% renovable se anuncia como la medida más inmediata y urgente por una razón de peso: los combustibles fósiles y el uranio se agotarán en la segunda mitad del siglo XXI, y no habrá más remedio que emprender esa transición. De hecho, ya está en marcha en muchos países. En el Manifiesto se observaba que el capitalismo del momento vacilaba entre dos opciones: la neoliberal y la ecokeynesiana, ambas incapaces de rectificar la dinámica ecosocial. Se apuntaba, como alternativa, una salida poscapitalista radical que quedaba formulada en términos teóricos e imprecisos. El problema es que hoy se nos acaba el tiempo y ya no se puede esperar. Hace falta actuar. La opción ecokeynesiana gana credibilidad, como revela el movimiento del Green New Deal —inspirado en el programa keynesiano de Roosevelt de los años treinta— que emerge en Estados Unidos y la Unión Europea, lo cual avala la capacidad de previsión del Manifiesto. Pero la dificultad para imponer un Nuevo Trato Verde a un capitalismo agresivo y seguro de sí mismo es evidente.

De paso, se advierte que está cobrando hoy una verosimilitud inquietante otra salida, el ecofascismo, que el mismo texto mencionaba pero descartaba en su momento (“el capitalismo, incapaz actualmente de imponer una dictadura ‘ecofascista’, vacila entre dos opciones [la neoliberal y la ecokeynesiana]”). Hoy algunos dirigentes coquetean con una salida autoritaria de este tipo, que no se puede descartar en absoluto. De hecho, las opciones hoy disponibles han dejado de ser las mismas. La salida neoliberal se confunde cada vez más con la ecofascista. De modo que la alternativa es más bien: o neoliberalismo ecofascista o ecokeynesianismo como vía hacia un ecosocialismo. La agudización de las tensiones empuja hacia una ruptura (o serie de rupturas) como vía para librarse del productivismo oligárquico y abrir las puertas a una sociedad ecológicamente sostenible y socialmente equitativa.

El acortamiento del tiempo disponible tras treinta años perdidos obliga, además, a algunas correcciones de las propuestas prácticas enunciadas en el Manifiesto. La principal, a mi entender, es la

consideración del papel de las catástrofes: “Los ecosocialistas rechazamos la idea de que las catástrofes espontáneas o provocadas engendran las revoluciones más deseables” (p. 114). Hoy, en cambio, se tiene la sensación de que el orden socioeconómico imperante es tan compacto e inconmovible que solo podrá resquebrajarse gracias a fuertes sacudidas que obliguen a reaccionar tanto a los poderes instalados como a la ciudadanía. Y se anuncia como una sacudida ineludible el agotamiento de los combustibles fósiles. Si se llega a su agotamiento sin haber culminado la transición energética a las renovables, tendrán lugar fuertes conmociones sociales hoy impensables. Algo parecido puede decirse de los restantes aspectos de la crisis ecológica general, y en particular del modelo agroalimentario. El Manifiesto tiene razón cuando dice que las catástrofes no engendran las revoluciones más deseables: el fascismo de los años 1930 en Europa como resultado de la crisis de 1929 parece ilustrarlo. Pero no se vislumbran otros fenómenos distintos de shocks y catástrofes capaces de quebrar rutinas y automatismos y abrir paso a soluciones radicalmente innovadoras. La única respuesta razonable al peligro parece ser la de prepararse para salir de las catástrofes anunciadas con alternativas constructivas, ecológicas y solidarias. Al fin y al cabo, si la crisis de 1929 dio el fascismo en Europa, dio también el New Deal rooseveltiano en Estados Unidos, la política más izquierdista implantada jamás en ese país.

Ahora bien, los partidarios del ecosocialismo hemos de ser conscientes de que el New Deal verde, si se impone, va a ser un compromiso interclasista bajo hegemonía del gran capital, como lo fue en su momento el New Deal de Roosevelt. Seguramente será la única vía practicable para salir del fosilismo, y habremos de apoyarlo e implicarnos en él (con nuestros propios objetivos democráticos frente a las tendencias capitalistas de crecimiento sin freno y generadoras de desigualdad). Pero la escasez creciente de recursos naturales pondrá tarde o temprano sobre la mesa la necesidad de abandonar la tendencia —también en un capitalismo verde— a acumular sin límites. Si las fuerzas ecosocialistas no son capaces de tomar el relevo, puede abrirse una época de graves conflictos sociales e internacionales en torno a unos recursos menguantes.

El propio Manifiesto, pese a rechazar las catástrofes como vía deseable, anticipa un periodo convulso y, de algún modo, reconoce el valor de las rupturas sociales, resultando perfectamente actual: "Consideramos que la ruptura tendrá que ser una transformación compleja y prolongada de un modo de producción y de vida para acceder a otros. Esta transformación es en gran medida imprevisible. No tendrá sin duda un ritmo uniforme, sino que pasará por fases de estancamiento —vale decir, compromisos relativamente estables entre las fuerzas contendientes—, aceleraciones y, quizás, regresiones. Conflictiva por necesidad, podrá entrañar al mismo tiempo desapariciones, continuidades e innovaciones. En algunos momentos tal vez coexistan varios modos de producción" (p. 114).

Otra corrección aconsejable del texto es revisar su crítica del estatalismo y su adhesión a la perspectiva de una "extinción del Estado" (p. 96). Aunque es del todo suscribible la perspectiva de desarrollar una ciudadanía activa, responsable, integral, solidaria y creativa (p. 117 y ss.) que incline la balanza más hacia la sociedad civil que hacia el Estado, la magnitud y urgencia de las tareas que acometer y el poderío del adversario aconsejan contar con un instrumento tan potente de intervención como es el Estado, que se legitima, en las democracias, como instrumento de la ciudadanía en tanto que poder público frente a los poderes privados.

El Manifiesto contiene multitud de ideas sumamente interesantes de cara a la transformación sociometabólica y política que requiere la situación actual del mundo. Por eso resulta tan recomendable su lectura atenta. Algunas voces aducen que ya es tarde para evitar el hundimiento de la vida civilizada. Pero ¿qué proponen quienes sostienen augurios de este tipo? ¿La simple espera pasiva? Incluso ante los peores augurios, nunca faltará la gente que, contra todo pronóstico, apueste por salidas positivas y luche por una alternativa constructiva y solidaria con la hipótesis de que otro mundo es posible; un mundo donde valga la pena vivir. Es a esta gente a quien debemos apoyar. El Manifiesto ecosocialista ofrece una base sólida para esa salida.

Barcelona, 20 de setiembre de 2019

Post-scriptum

En los últimos tiempos se ha activado el interés por el Green New Deal en Europa y los Estados Unidos. Creo interesante añadir que para el ecosocialismo radical las políticas inspiradas en esta idea pueden ser una vía para lograr algunos cambios deseables, sobre todo porque pueden abrir dinámicas nuevas contrarias a las inercias fosilistas y neoliberales. Pero cuidado con los espejismos. En las actuales circunstancias de hegemonía neoliberal, el Nuevo Trato Verde será, en el mejor de los casos, una política interclasista con un peso importante del gran capital, que tratará de preservar el sistema con pinceladas verdes. Por eso conviene que quienes aspiramos a salvar lo que se pueda apoyemos una transición ecológica y energética democrática y ciudadana, participativa y distribuida, que puede coexistir con la transición que los oligopolios quieran imponer, pero que será otra cosa.

Debemos trabajar también en diferentes tareas prácticas y a diferentes niveles, creando embriones locales de un futuro posible que sirvan como experimento replicable cuando lleguen las dificultades para reproducir la vida o incluso posibles colapsos: creando comunas agroecológicas, promoviendo las energías renovables en barrios y pueblos, construyendo redes locales de solidaridad, etc. y, sobre todo, difundiendo una cultura de la contención, la suficiencia y la austeridad en paz con el planeta. En el año y medio transcurrido desde la publicación del texto anterior todo ha empeorado. Hay cada vez más motivos para pensar que no se puede evitar el desastre y que debemos prepararnos para lo peor. Mi opción, en este caso, es la ética de la apuesta: apostar por intervenciones prácticas constructivas, aun en las nieblas de la incertidumbre sobre sus resultados. Que es lo mismo que el optimismo de la voluntad o el pesimismo activo.

Hay motivos sobrados para cierto eclecticismo. Quien se decida por vivir en una comuna agroecológica, que no desprecie a quienes trabajan en las instituciones políticas, y viceversa. Quien promueva las energías renovables en su barrio o en su pueblo, que no se olvide de explicar a sus vecinos que las renovables no van a

devolverles los lujos perdidos o a punto de perderse. Quien confíe en el ecosocialismo, que no ignore que solo va a ser posible, si acaso, un "ecosocialismo descalzo", según feliz expresión de Jorge Riechmann, porque los recursos —materiales y energéticos— se van a agotar sin remedio.

Vamos a necesitar la cooperación de todos o del mayor número para salvar algo. Un arma poderosa será la cohesión social y la solidaridad. El peor peligro, el egoísmo, la mendacidad y el odio de los señoritos dispuestos a proteger sus privilegios a cualquier coste, y de los descerebrados que les apoyen.

Barcelona, febrero de 2021

Treinta años después: resistir, reagrupar y reorientar

Julio Setién

En 1989, un grupo de prominentes rojiverdes y verdirrojos de varios países europeos redactó y promovió el Manifiesto ecosocialista. Venía a condensar y articular las experiencias y proyectos de actuación del ecologismo político socialmente comprometido, tanto en Die Grünen y otros partidos verdes como en sectores de la izquierda europea histórica[6].

A finales de dicho año, dos de los autores —Frieder Otto Wolf y Carlos Antunes— participaron en un seminario organizado en Madrid por la Fundación de Investigaciones Marxistas y a lo largo de 1990 se multiplicaron iniciativas de todo tipo que imprimieron un cambio de perspectiva en una parte de la izquierda de este país: ediciones del Manifiesto en la revista mientras tanto (número 41) y la editorial Catarata, creación de una Corriente Ecosocialista en Izquierda Unida, publicación de libros y artículos de gran calado por Jorge Riechmann, Francisco Fernández Buey, Joaquim Sempere, Enric Tello y tantas otras.

El Manifiesto proponía una línea de activismo noviolento, radicalmente democrático y feminista, con la voluntad de resistir frente a la explotación de los trabajadores, el racismo, el armamentismo, la energía nuclear, la manipulación genética, el empeoramiento del efecto invernadero, la carga química de los residuos y la destrucción de la biodiversidad; reflexionar sobre cómo construir una alternativa ecosocialista frente al ultraliberalismo destructivo y al ambientalismo que no pone en cuestión el capitalismo; reorientar la economía, luchando contra el actual modo de producción y consumo y superándolo por otro ecológicamente sostenible en una sociedad emancipada; y reagrupar las fuerzas políticas y sociales en torno a dicha alternativa, teniendo

como motor los movimientos sociales. Definía el ecosocialismo como “un movimiento ecologista de izquierda, emancipador frente a la explotación y la dominación neocolonial, que se inscribe en la tradición del movimiento obrero, de los movimientos de liberación y del feminismo”.

Hoy, a más de treinta años de distancia, podemos actualizar las condiciones en las que se redactó y valorar la corrección de su contenido.

1. El (peor) futuro ha llegado

En 1972, Dennis Meadows, Donella Meadows y Jorgen Randers, en el primer informe al Club de Roma Los límites del crecimiento que ellos coordinaron, alertaban de que, si se mantenía la tendencia de los años anteriores, los límites de nuestra vida sobre el planeta se habrían rebasado en 1992. Ya en 1989, cuando la población solo alcanzaba los 5.200 millones, el Manifiesto ecosocialista constataba esa extralimitación.

En estos últimos treinta años, el metabolismo de la humanidad con el planeta ha empeorado dramáticamente. Una vez que el modo de producción capitalista se ha extendido de forma global, aparece en toda su crudeza algo que Marx entrevió hace siglo y medio: el mecanismo básico del modo de producción capitalista, la reproducción ampliada del capital, podría convertir las fuerzas productivas en fuerzas de destrucción. Hasta 1989, dentro de sus fronteras, las economías del socialismo real habían formado parte también de la vorágine destructiva y contaminante que las oligarquías de los países ricos habían intensificado en todo el mundo.

Ya es absolutamente hegemónico tal modo de producción basado en la explotación del trabajo asalariado; en la depredación de los recursos naturales; en la inexistencia en sus cuentas de los inmensos costes ambientales en que incurre, así como de los cuidados —es decir, de la reproducción de las condiciones humanas de la

producción, basada fundamentalmente en la opresión de las mujeres —; en la desigualdad Norte-Sur, sostenida por la violencia directa o ejercida a través de dictaduras subordinadas.

Superados los límites objetivos —no puede haber crecimiento ilimitado en un mundo finito—, estamos produciendo la llamada "Sexta Gran Extinción" de las especies, se está llegando al tope de la capacidad alimentaria producida en tierra —en los mares, desde 1984— y se ha sobrepasado la capacidad de carga del planeta en la absorción de residuos —como expresan dramáticamente la crisis climática y la invasión de los plásticos—, trasladando irresponsablemente hacia las próximas generaciones el deterioro de las condiciones de la vida humana sobre la Tierra.

2. Primero, la mala noticia: hemos alcanzado el peak-oil…

Estamos llegando al cénit de las reservas económica y termodinámicamente utilizables de combustibles y minerales imprescindibles para mantener el modo de vida de las 2/3 partes de la humanidad. Ya en 2005 se alcanzó el máximo de extracción de petróleo convencional, y en 2018 probablemente el del petróleo a secas (todo lo que actualmente estamos llamando "petróleo", incluyendo los agrocombustibles).

La civilización industrial actual se basa en el uso masivo de combustibles fósiles, fundamentalmente el petróleo. La caída en su extracción hace impensable la existencia de una civilización como la actual. La industria, la construcción y la extracción de minerales consumen cantidades ingentes de petróleo, como el transporte de mercancías y buena parte de la movilidad humana, el grueso de la producción de plásticos o la mayor parte de la producción agropecuaria y la pesca; en gran medida, la electricidad utilizada en el consumo doméstico, las telecomunicaciones y servicios y de todo tipo se produce en centrales que queman petróleo, gas o carbón

(todos, combustibles fósiles).

Se sabe que en la próxima década podremos disponer de un máximo del 85% del petróleo actual, que se reducirá progresivamente de forma mucho más rápida en las dos siguientes. Es decir, entramos —esta vez, de verdad— en una crisis civilizatoria, la de la economía fosilista.

3. … y después, la peor: vivimos en emergencia climática

A pesar de los acuerdos internacionales y de las buenas palabras de empresas y Gobiernos, sigue creciendo la emisión de gases de efecto invernadero (GEI) y por tanto, la concentración de los mismos en la atmósfera y el consiguiente calentamiento global. La comunidad científica solvente y el movimiento ecologista lo llevan avisando desde hace más de cuarenta años: las consecuencias son dramáticas y perdurarán en el tiempo. El IPCC pronostica que si la temperatura superficial media del planeta aumenta por encima de 1,5 ºC sobre el nivel preindustrial (Acuerdo de París), dichas consecuencias serían absolutamente catastróficas.

Según el IPCC, para no sobrepasar esos fatídicos 1,5 ºC harían falta políticas radicalmente diferentes a las hoy generalizadas, reduciendo la emisión de GEI en un 20% de aquí a 2030 y hasta un 90% en 2050. De lo contrario, aumentará el número e intensidad de las catástrofes “naturales” (sequías, ciclones, inundaciones, incendios, acidificación y aumento del nivel de los mares), requiriendo una enorme y creciente cantidad de recursos destinados a evitar o paliar el impacto de tales desastres. En ese marco, las hambrunas y las guerras por el agua y los alimentos generarán millones de muertes y el desplazamiento forzado de decenas o cientos de millones de seres humanos; el impacto sobre la existencia misma de otras especies sobre el planeta será terrible.

4. O nos paraliza caóticamente la falta de combustible o tiramos del freno de emergencia y abrimos camino a un futuro compartible

Objetivamente, confluyen la racionalidad de adaptarnos al fin de la disponibilidad actual de los combustibles fósiles con la de asumir la urgente necesidad de ralentizar los efectos de la catástrofe climática en marcha. La descarbonización de la actividad humana exigirá un cambio radical en el sistema productivo, en el consumo de bienes, en el diseño y prestaciones de los servicios; caminar rápidamente hacia una sociedad basada en la frugalidad, la creatividad y la participación; la planificación de la demanda desde los ámbitos locales y nacionales al global; las ciudades deberán reinventarse para la movilidad no motorizada y el transporte público; la alimentación deberá basarse en la agricultura ecológica y de proximidad, la ganadería extensiva y la pesca sostenible —y por lo tanto, mucho más reducidas—; deberá desaparecer el turismo de crucero, la mayoría de los vuelos actuales y el transporte marítimo masivo; deberá derivarse el grueso del transporte por carretera al ferrocarril; deberán desaparecer los ejércitos, enormemente energívoros y equipados con sistemas de armas capaces de destruir varias veces —si ello fuera posible— la especie humana; deberán ganar la máxima importancia los servicios públicos de proximidad; deberá reducirse el consumo de muchos de los bienes y servicios banales, incluidos los digitales; habrán de transformarse y democratizarse profundamente las estructuras políticas y sociales… y tendrá que conseguirse la liberación de las mujeres, su acceso universal a los servicios de salud reproductiva y a la educación y el fin del machismo institucional y privado, lo que redundará en la reducción voluntaria del número de seres humanos.

Sin petróleo, nuestro modo de vida colapsa: la transición a la sostenibilidad será clave para que sean equitativas las medidas de reducción del impacto en el medio y el reparto de sus consecuencias, alumbrando una sociedad más justa y solidaria. Urge tirar del freno de emergencia y cambiar radicalmente de rumbo.

Sin embargo, la humanidad vive mayoritariamente conducida por

Gobiernos, élites empresariales, militares, sociales e ideológicas que transmiten una mezcla irresponsable de despreocupación y tecnolatría.

5. El dilema histórico: o barbarie…

La sociedad va a cambiar radicalmente. Podríamos haberlo conseguido con revoluciones ética y materialmente liberadoras y solidarias, pero puede ocurrir de la peor manera, porque hemos sobrepasado todas las fronteras, todos los límites biológicos, climáticos y porque se pueden generalizar las guerras por el petróleo, el gas, el agua y los minerales imprescindibles.

De continuar la dirección actual, parece que camináramos objetivamente hacia una combinación de ecocidio y genocidio a cámara lenta, hacia una progresiva jibarización del sistema capitalista, asegurando recursos crecientemente escasos a una minoría de seres humanos, intensificando los peores rasgos de una sociedad brutalmente dual (de un lado, una minoría de privilegiados, de otro, el número de trabajadores en régimen de semiesclavitud necesarios para mantener el modo de vida de esa minoría, sometidos dictatorialmente por unas élites locales apoyadas en las necesarias fuerzas de seguridad y tuteladas por los grandes ejércitos de las potencias; el resto de la humanidad sería económicamente sobrante). Es el objetivo —no siempre explicitado — que guía las políticas ultraliberales. No cabe más irracionalidad, porque en ese mundo Mad Max nada garantiza que esa minoría privilegiada pueda mantener una forma de vida más satisfactoria que la que viven hoy.

Dentro de esa estrategia excluyente de la mayor parte de los seres humanos, la fe irracional en que, sin cambio social, la ciencia resolverá los problemas y garantizará el —imposible— crecimiento sin límites, que se expresa a diario a través de la propaganda glorificadora de experiencias irresponsables y obligadamente minoritarias (transhumanos inmortales, movilidad sin límites en vehículos eléctricos por tierra, mar y aire, fusión nuclear, comida

prefabricada en impresoras 3D, Internet de las Cosas, sistemas de armas y de control securitario, robotizados y basados en la Inteligencia Artificial, etc.) no son sino señuelos ideológicos para conseguir la complicidad objetivamente criminal de los pueblos de los países ricos y las clases medias de los pobres, para sentirnos parte de los poderosos, para edulcorar las tremendas desigualdades, la violencia sistémica y la falta de derechos a que está sometida la gran mayoría de la humanidad, para aplicar la moral de "tras de mí, el diluvio" contra las generaciones futuras y de "no vamos a repartir lo que tanto nos ha costado" contra las mayorías explotadas y empobrecidas del planeta.

No hay atajos; al contrario, vamos destruyendo de forma suicida las posibles pasarelas hacia un nuevo rumbo, estrechando la senda. No es un atajo el despliegue de los dispositivos de energía solar y eólica si no hay decrecimiento intenso del consumo de energía y tampoco lo es la nueva panacea del hidrógeno verde, por las mismas razones: falta de rendimiento energético, parcialidad de su aplicación y construcción —a base de más minerales y energías fósiles— de nuevas y enormes infraestructuras.

Es más, se acelera la destrucción de la biodiversidad, que alcanza características de auténtica extinción, a causa del calentamiento global, la contaminación y la destrucción directa de ecosistemas. Se trata de un problema moral, que afecta a nuestra inserción —predatoria, sin límites— en la biosfera. Pero que conlleva también el desarrollo de pandemias cuya aparición se acelera en el tiempo, a medida que vamos invadiendo los últimos espacios naturales de las otras especies animales con las que convivimos.

Los poderes económicos y políticos abren nuevas líneas de acción que nos acercan al colapso y promueven el desarrollo de nuevas dimensiones de autoritarismo, como es la explosión de las tecnologías 5G, que implicará un gasto inmenso de energías fósiles y de minerales y que, aun así, será un factor más de fractura social y opresión porque no podrá proveer de los nuevos servicios a toda la humanidad, porque implicará una mayor destrucción ambiental y porque, en las presentes condiciones, se desarrollará como un instrumento de control, adoctrinamiento y represión.

6. … o ecosocialismo, una sociedad sustentable, compartible y heredable

También podemos situarnos sobre otro prius moral, podemos luchar por alcanzar un modo de vida ecológicamente sustentable, compartible por todos los seres humanos y heredable por las generaciones futuras. Retomar, pues, el punto de vista de la vieja y viva canción revolucionaria, actuar pensando en el "género humano".

Si aspiramos a que toda la humanidad viva una vida digna, habrá que partir de la base de que terminar con la hegemonía del modo de producción capitalista se pone a la orden del día. Sería la única forma de organizar, financiar y garantizar un modo de vida similar para todos los seres humanos, planificando e instrumentando la protección similar de derechos sociales, culturales y políticos, de acceso a los servicios esenciales, de llegar lo más rápidamente posible a una huella ecológica igual a la unidad, a la sostenibilidad, de volver a situarnos dentro de los límites que nunca debimos rebasar.

7. 'No hay viento favorable para el barco que no sabe adónde va' (L. A. Séneca)

Decía E. Berlinguer ¡en 1976! que salir de la lógica del capitalismo, del despilfarro de recursos y de energía, del consumismo y de la opresión del "Tercer Mundo" no se resolvería por evolución espontánea; implicaría renuncias y sacrificios, pero sería un acto de libertad, crearía nuevas solidaridades, afirmaría los ideales de liberación, justicia y expansión de la democracia. Añadimos hoy: promovería la cooperación, el fin de la violencia entre las naciones, colocaría la vida, no el lucro, en el centro de la economía.

La revolución ecosocialista —el nombre es lo de menos— no es un

desiderátum, no es un acto, es un proceso global de masas, de lucha y de gestión. Si se produce, no se parecerá a ninguna de las anteriores. Nos enfrentamos a condiciones nunca vividas en la historia: no hay nuevas fronteras, nuevas tierras vírgenes, nuevas posibilidades de crecimiento global de la economía.

En esa dirección, a pesar de la derechización rampante del marco internacional, hay hechos esperanzadores: p. ej., las huelgas de millones de trabajadores en India, China y otros países; las acciones de masas del movimiento feminista en todo el mundo; las luchas campesinas en decenas de países contra la destrucción de su entorno; las movilizaciones coordinadas del movimiento ecologista en el plano internacional, etc. Son valiosas luchas por la igualdad, por la liberación de las mujeres, frente a la emergencia climática.

Se echa de menos el imprescindible internacionalismo del movimiento obrero. Por su número (3.000 millones de asalariados), por su papel en la economía y su antagonismo con los poderosos, el movimiento obrero puede ser fundamental en la transición postcapitalista y postfosilista, ecosocialista, pero tendría que saltar del cómo se produce al por qué, a costa de qué y de quiénes y en interés de quiénes, eso que no sé expresar de otra forma que adquirir una conciencia y ejercer una práctica de clase, comprometida con —y que puede contribuir decisivamente a— la emancipación y la sostenibilidad de toda la humanidad.

Lamentablemente, no parece que haya fuerza para adelantarse a los acontecimientos. Probablemente avanzaremos de shock en shock, resistiendo la codicia sin límites de los poderosos, las brutalidades machistas, los desastres ecológicos, las guerras, el drama de las migraciones masivas. Seguramente, aunque haya experiencias resilientes que deben extenderse tanto en la iniciativa social como en la gestión de gobierno, la clave del avance, hasta romper la hegemonía del capital —como reclamaba hace treinta años el Manifiesto ecosocialista—, sea en el próximo futuro la recuperación de la capacidad de resistir, reagrupar y reorientar, de construir un nuevo sujeto transformador para una nueva e inédita revolución.

San Fernando de Henares, febrero de 2021

La transición ecosocialista debe comenzar con las experiencias de base (entrevista)

7

Frieder Otto Wolf

Frieder Otto Wolf ya visitó Euskal Herria hace décadas. Fue antes de redactar el primer Manifiesto ecosocialista y conoció entonces las luchas de los trabajadores de Euskalduna. Cuando el mes pasado regresó en la conmemoración de los 30 años de este documento, la casualidad hizo que llegara al concierto de Gari y Josu Zabala cuando entonaban “Eutsi Gogor”. Tres décadas después de la redacción del manifiesto, hace un balance bastante duro de la situación. “Tenemos que encontrar vía de lucha en una situación poco prometedora, al borde de la catástrofe”, señaló en la conferencia que ofreció en Bilbo. Hizo hincapié en la necesidad de una “nueva ilusión” y apuntó a estrategias de transformación que deben unirse a tácticas de “limitar los daños” de la actual situación, y que pasan por reforzar las luchas en curso porque, según subrayó, “las luchas no hay que crearlas. Ya existen”. Le preguntamos: ¿cómo ha evolucionado el ecosocialismo y su discurso en estos treinta años tras la publicación del manifiesto?

F.O.W.: Está claro que hubo una evolución positiva por la parte ecosocialista. A nuestro primer manifiesto se sumaron otros dos. Uno de Michael Löwy y otro de Joel Kovel con Löwy, inspirados ambos de Capitalism Nature Socialism. En cierto modo, hubo un debate internacional sostenido y productivo sobre estos asuntos. El problema es que no era posible, en verdad, y pienso que no es posible, constituir una especie de Internacional Ecosocialista real. Esa idea de una internacional que coordine la actuación de sus

partes en la tradición obrera ya tenía sus límites y sus fallos. Tiene que ser corregida en el sentido de debate e intercambio de experiencias e ideas. Eso sí es importante porque el reto de la ecología radical, de una transición socialista, de una superación del patriarcado y de una superación de la dependencia —lo que en su conjunto constituye el ecosocialismo— es una tarea muy importante. Pero esa idea de querer aplicar inmediatamente políticas concretas nacionales o regionales me parece errada y está de hecho superada. Hacer entrar la perspectiva ecosocialista en la práctica política es una tarea muy concreta, según las circunstancias de cada situación. La lucha ya comenzó, la gente ya está luchando. No se trata de crear luchas, sino de entrar en las luchas que existen y radicalizarlas, solidarizarlas, darles una perspectiva más radical y más a largo plazo. No de arriba a abajo, sino realmente de manera humilde aprendiendo con las experiencias e iniciativas por debajo, aportando, eso sí, la perspectiva derivada de la investigación científica y de la experiencia histórica de los demás movimientos de emancipación.

Pero treinta años después la situación es de emergencia.

Se tiene que invertir fuerza política en la radicalización y la profundización de esas luchas concretas que ya están desarrollándose y, en el caso del clima, ya tienen sus formas científicas y políticas globales. También ese es lugar de iniciativas necesarias por parte de grupos e individuos ecosocialistas, pero el papel de los grupos ecosocialistas más radicales es también apuntar la unión de la cuestión del clima con las cuestiones de dominación de clase, de dominación de dependencia y de género.

Muchas ideas “verdes” que entonces parecían marginales las asume el propio sistema capitalista en su discurso. ¿Se trata de un triunfo o un fracaso?

Es una falsa alternativa. Ni es un triunfo ni es un fracaso. Es, de hecho, la manera normal en que los avances políticos se realizan bajo la dominación capitalista, patriarcal etc. Sobre todo con una literatura fuerte del Estado burgués y sus agencias internacionales. En esa situación lograr que un mínimo de medidas sean realizadas es un paso adelante pero no es suficiente. En los últimos treinta años, ha habido un avance de la conciencia ecológica, pero también ha habido una perversión hacia una pseudoecología que concentra todo sobre el comportamiento individual. No debemos olvidar que el comportamiento individual es uno de los problemas, sí, pero el comportamiento de las empresas capitalistas o de los Estados y organizaciones como la Unión Europea o la OMC tienen mucho mayor peso que los meros comportamientos individuales.

Muchos mensajes insisten sobre todo en esos comportamientos individuales.

Un ejemplo muy simple. Hay toda una ola para hacer avanzar el coche eléctrico. En principio, me parece una perversión. El primer problema es la necesidad de movilidad. Con las ciudades que tenemos nuestro tipo de urbanizaciones crean necesidades de movimiento y de transporte. La primera estrategia sería reducir las necesidades de transporte. Lo que entretanto y se realza, muy fuertemente en reacción a la pandemia… Eso no implica, a mas largo plazo, que tengamos que descuidar la movilidad individual. Claro que viajar o ver nuevos paisajes son cosas agradables, pero la mayoría de esos transportes en coche y también formas de transporte de masas son necesarias por causas de la estructura urbanística. Así, el primer imperativo es reducir esas necesidades. La mayoría no es un uso que proviene de las necesidades individuales sino de la manera en que están organizadas nuestras viviendas, nuestros lugares de trabajo… En ese sentido, pienso que es necesario desarrollar un abordaje que pueda cambiar lo que pueda ser cambiado de forma estructural. Y pienso que en muchas de esas dimensiones hay un espacio importante para iniciativas individuales y colectivas. No es necesario que se apruebe una ley para evitar el tráfico, para utilizar las posibilidades de las huertas…,

hay muchas cosas, preparar una comida con productos locales y no con tanta carne… Claro que tenemos que luchar por las transformaciones estructurales, pero no olvidar que podemos comenzar por las propias. Que tenemos las posibilidades de actuar de otra forma individual y colectivamente, hacerlo de forma organizada, por ejemplo en cooperativas de producción y consumo de bienes agrícolas. No digo que eso sean todas las transformaciones necesarias, pero son las posibilidades de empezar con las transformaciones para cambiar de mentalidad.

¿La izquierda se ha desligado de ideas productivistas?

La liberación del trabajo humano era una idea equivocada. La idea base era que todo ese trabajo difícil y que sería posible liberar a hombres y mujeres de esa necesidad. Tenemos que superar los trabajos viles, cansados, perjudiciales para la salud, pero el empeño tiene que ser hacia la humanización de tales trabajos. No en el sentido de la robotización. En ese sentido, la fórmula de Marx de distinguir mecánicamente entre el reino de la necesidad y el reino de la libertad me parece un error. Hay que transformar los trabajos necesarios en trabajos libremente aceptables. Claro, cada uno debe desarrollar su trabajo creador, si existe. Las posibilidades de enriquecer su contenido intelectual y cultural. Claro que debemos actuar sobre los trabajos, pero no con la finalidad de hacerlos desaparecer y robotizarlos sino en la humanización de ese tipo de trabajos necesarios, con posibilidades de actividades creadoras fuera de las necesidades. Esa distinción tiene su sentido, pero no el de sectores separados sino más en la dirección de desarrollar el lado creativo también de los trabajos necesarios.

Treinta años después partidos verdes han llegado al poder incluso en gobiernos como el alemán. ¿Ha transformado esta experiencia el discurso ecosocialista?

El discurso ecosocialista tiene que ser mucho más claro, más realista y también más radical en lo que toca a los gobiernos. Esa idea de que los gobiernos son capaces, por una simple decisión política, de empezar la transición socialista me parece hoy una idea errada. Concretamente, con el caso de Syriza, en Grecia, las autoridades mundiales y europeas establecieron un caso —y un castigo— ejemplar. Lo que para algunos fue la ocasión de decir: "eso ya no es un gobierno de izquierdas, tenemos que buscar una alternativa de izquierda". Y realmente era una capitulación, pero ¿cuál habría sido la alternativa? Una catástrofe económica y política. Evitar la catástrofe y aceptar lo inaceptable me pareció una decisión razonable. Eso tiene que ver con esa idea de que los gobiernos pueden iniciar una transición socialista. La transición socialista, y sobre todo ecosocialista, comienza siempre con iniciativas de base. A nivel local, quizás regional, y cuando hay una base suficiente es posible generalizarlo en una legislación. Crear un sector público, cooperativas más grandes, reestatizar algunas partes de la industria que fueron privatizadas… pero esa idea de crear el socialismo en un solo país es una ilusión que debemos superar.

¿Cómo ve los movimientos de jóvenes como las huelgas por la crisis climática, Fridays for Future…?

Son primeros pasos de una resistencia real y merecen todo el apoyo de las fuerzas socialistas y ecosocialistas y otras corrientes radicales. Pero tenemos el deber de entrar en esos movimientos, en sus discusiones sobre las posibilidades y las estrategias factibles para indicar que bajo la dominación capitalista no hay alternativa real. Y debemos encontrar, con ellos, primero posibilidades de ampliar el espacio del discurso, porque el socialismo en el espacio público realmente existente no es algo realmente existente. Primero tenemos que abrir ese horizonte y después, claro, discutir posibles iniciativas y medidas para combinar por un lado alternativas de salvación y ralentizar de la catástrofe en curso, y también perspectivas de cómo entrar en los primeros elementos de un proceso complejo de transición. Ese programa de transición ecosocialista tiene que ser definido por debajo específicamente en

cada entidad donde se actúa. No hay fórmulas generales ni un comité central. Ni los intelectuales son capaces de ofrecer un modelo general. Se tienen que conquistar y definir en las luchas por debajo.

Comparemos los dos Manifiestos ecosocialistas (1989 y 2001)

Amanda Subiela Mathiesen

Leer, aprender y reflexionar sobre ecosocialismo en el 2021 es una tarea emocionante y descorazonadora a la par. Por un lado, resulta doloroso saber que desde los años 1970 se entendía el efecto invernadero y el desequilibrio ecológico y climático que causaría seguir quemando combustibles fósiles; y que además ya existían desde los años 1960 voces críticas, ahora clásicas, como Rachel Carson, Murray Bookchin o Barry Commoner que denunciaban el nefasto papel para la biosfera de muchos productos químicos de síntesis en la agricultura o el desarrollo de bombas nucleares. Pero, por otro lado, resulta todavía más frustrante, aunque inspirador, conocer las propuestas y denuncias del Manifiesto ecosocialista de 1989. Ahí se perfilan ya duras críticas al capitalismo neocolonialista patriarcal, con un buen análisis interseccional[8] de las relaciones entre todas las opresiones que sufre la humanidad y que repercuten sobre el resto de seres vivos con los que habitamos en este planeta.

A pesar de todo, y aunque este Manifiesto inspiró la formación de vertientes ecosocialistas de partidos de izquierda, hoy sabemos que los sectores más conscientes y organizados de la sociedad no han podido frenar la destrucción, sino que esta ha seguido aumentando aceleradamente (y en algunos casos de forma exponencial). Muchos de los proyectos emancipadores a los que invitaba el Manifiesto ecosocialista, desde su orientación roji-verde-violeta, no han podido fructificar generando a escala el impacto necesario. Por desgracia no vivimos en una sociedad libre de explotación, ni postcapitalista o postextractivista. Se siguen profundizando las desigualdades cada vez más y continúa el proyecto ecocida de destrucción de la Tierra para la reproducción del capital.

Cuando nació quien esto escribe, en la atmósfera terrestre había una

concentración de CO2 de 356 ppm aproximadamente, justo por encima del “límite de seguridad” de 350 ppm. Hoy, por encima de las 417 ppm (y subiendo), queda clara la urgencia de la transformación radical de la sociedad y el sistema económico que nos domina. Pero resulta tan patente también la hegemonía de la cultura neoliberal y el crecimiento del daño que prácticamente es imposible visualizar o imaginar la transformación en nuestras cabezas. Esto vuelve más difícil resistir a la destrucción, incluso entender su real escala y proporción: como señalaron hace decenios Günther Anders y René Char, hacemos cosas que somos incapaces de imaginar. Desde que se escribió el Manifiesto ecosocialista en 1989 todos los parámetros sobre los que alertaban sus autoras y autores han empeorado dramáticamente. Hoy ya no es posible hablar ingenuamente de esa sociedad utópica revolucionaria de autocontención que llegaría a través de luchas y sacrificios. La tragedia es ya inevitable; o, cuando menos, se diría que lo es el colapso de la civilización industrial.

En 1964 Barry Commoner alertaba acerca de los peligros para la vida en el planeta Tierra que generaban los experimentos con armas nucleares y llamaba a la movilización contra la amenaza de la guerra nuclear. En el Manifiesto de 1989 se mencionaban como impactos ambientales los CFC, la pérdida de explotaciones agrícolas, la carga química en el medio ambiente, el aumento del transporte por carretera, las lluvias ácidas, la degradación de los bosques, la deforestación, la falta de acceso a agua dulce, la contaminación de los océanos por plásticos o incluso la contaminación por ondas electromagnéticas.

¿Y qué ha cambiado en estos últimos 32 años, más de los que yo llevo viviendo como parte de Gaia? Nada ha cambiado o todo ha cambiado a peor. Ahora, por ejemplo, nos enfrentamos a una mayor digitalización, con ondas electromagnéticas mucho más dañinas para la salud humana y ambiental. Incrementar nuestra conexión al mundo digital en la línea del “internet de las cosas” aumentará exponencialmente el consumo energético y la demanda de recursos naturales, incentivando aún más el extractivismo. Esta misma digitalización puede derivar en una distopía de vigilancia y monitoreo total del comportamiento humano con Big Data, como bien argumentan Adrián Almazán y Jorge Riechmann en su libro

Contra la doctrina del shock digital. La lista de impactos ambientales y pérdidas irreversibles parece interminable: anticipamos el duelo por los casquetes polares, y hace poco se desprendió de la Antártida el mayor iceberg del mundo, más grande que la isla de Mallorca (RTVE, 2021). Ante nuestros ojos va desapareciendo el permafrost. Los incendios arrasan los bosques: en Siberia este año la temporada de incendios ya ha empezado, adelantándose a lo habitual (Cereceda, 2021). Somos testigos de tifones, huracanes, terremotos y tormentas cada vez más violentas y fuertes que se llevan las casas y las vidas de las personas más vulnerables. Queda clara la desgarradora desigualdad viendo las caravanas de personas que huyen de sus países de origen, anunciándose ya las grandes migraciones masivas a las que está forzando el cambio climático.

En este contexto aterrador, la transición ecosocialista se vuelve más necesaria y urgente que nunca: se trataría de unir las fuerzas de sindicatos de trabajadoras, asociaciones de vecinos, organizaciones ecologistas e iniciativas sociales críticas para salvar aquello que aún se pueda. Desde los ecologismos o los activismos por la justicia climática hay que tener en cuenta las cuestiones de clase y reflexionar sobre quiénes dominan los medios de producción, qué se produce y para qué. A su vez, las clases trabajadoras deben comprender los límites del planeta y lo insostenible de las economías actuales[9]: seguir manteniendo ese modelo no es deseable para el bienestar social.

Muchas veces estas conexiones y uniones estratégicas están presentes en las demandas populares, aunque de manera sutil; deberían fortalecerse si queremos tener la posibilidad de un colapso más organizado y justo. Se perfilan estas conexiones entre destrucción de los ecosistemas y agresiones a los derechos sociales cuando a una manifestación de Fridays for Future invitan al Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes o cuando Ecologistas en Acción convoca una manifestación contra la subida del precio de la luz. Pero esos esfuerzos comunes por unir lo social y lo ecológico deberían escalar exponencialmente, al mismo ritmo que la pérdida de biodiversidad, la menor disponibilidad de combustibles fósiles, el peak everything… Nos aproximamos a un abismo y debemos estar organizadas. Ya hemos dejado atrás los tiempos de hablar de un

futuro sostenible. Debemos superar el peligroso autoengaño y prepararnos para lo peor: un colapso civilizatorio que ya ha empezado a dar sus primeras señales con la pandemia de la COVID-19 y que se manifiesta prácticamente ineludible con las perspectivas de descenso energético que se avecinan[10].

Sin embargo, no por tener esta información a nuestro alcance debemos caer en un pensamiento derrotista y esperar a que todo caiga por su propio peso. Se necesitan construir redes de contención y resiliencia; además de continuar disputando la hegemonía a las fuerzas depredadoras y ecocidas. Desde hace un tiempo, las luchas sociales vuelven a resurgir después de un año de pandemia y shock social generalizado que provocó la paralización de todas las manifestaciones en las calles. En noviembre de 2020 se sucedieron en la India las mayores manifestaciones en la historia de la humanidad, con más de 250 millones de personas en las calles para rechazar una serie de reformas que perjudicarán gravemente a los campesinos y beneficiarán a los multimillonarios. Desde 2018 hemos visto el surgimiento de movimientos ecologistas como Fridays for Future y Extinction Rebellion, que consiguieron movilizar a más de cuatro millones de personas alrededor del mundo el 20 de septiembre de 2019 y que ahora vuelven poco a poco a tomar las calles (Sengupta 2020). Hasta antes de la pandemia, la conciencia sobre la crisis climática parecía avanzar a grandes pasos. Los Estados declaraban la emergencia climática, y aumentaban las ambiciones en cuanto a reducción de emisiones de GEI (Gases de Efecto Invernadero). Se afirmó desde el principio de la pandemia que la "vuelta a la normalidad" sería en clave ecológica (pero también digital, lo cual encierra contradicciones que muy poca gente parece advertir). Campañas globales como Make Amazon Pay organizadas por la Internacional Progresista reúnen a personas de todo el mundo con una misma demanda. Pero ¿cómo efectuar esas transiciones? ¿Cómo cambiar el mundo radicalmente desde abajo? ¿Qué hacer para dar el paso a una sociedad postextractivista?

Antes que responder a preguntas tan complejas, para las cuales no se pueden ofrecer soluciones reduccionistas y rápidas, es objeto de este texto realizar una comparación entre dos Manifiestos ecosocialistas de los que disponemos. Compararé el primer

Manifiesto ecosocialista de 1989 (redactado conjuntamente por Carlos Antunes, Pierre Juquin, Penny Kemp, Isabelle Stengers, Wilfried Telkämper y Frieder Otto Wolf) con el Manifiesto ecosocialista de 2001 escrito por los filósofos Michael Löwy y Joel Kovel.

A primera vista, destaca el hecho de que el manifiesto de 1989 fue redactado por un conjunto de personas europeas y centra el discurso de la transformación a nivel europeo. En cambio, el manifiesto de 2001 fue redactado por dos autores provenientes de América, más concretamente Brasil y EE UU (aunque Löwy reside desde hace muchos años en Francia). La perspectiva del segundo es más amplia: el Manifiesto ecosocialista de 1989 muestra alternativas a nivel europeo destacando, por ejemplo, el desarrollo de partidos verdes en Alemania y otros países, mientras que el manifiesto de 2001 es una urgente llamada a la acción y la unificación de fuerzas globales. El tono de este último es más urgente, incluso más crudo y brutal.

En 1989 la concentración de CO2 en la atmósfera era de 352 ppm. El Manifiesto refleja que en ese momento había margen de maniobra: la historia estaba por escribir, el futuro parecía abierto, existían opciones de emancipación humana respecto del capitalismo. A pesar de que no se trata de un texto tecno-optimista en ningún aspecto, sí habla en cierto punto de “renovar a escala mundial el capital fijo existente. Nuevas producciones, nuevas técnicas, nuevos materiales, nuevas instalaciones” (Antunes y otros, 1991: 45). Cierto es que hoy sabemos que no serán cambios tecnológicos lo que nos salve del colapso de la civilización industrial. De cada nuevo material, técnica o instalación que se produce somos conscientes del impacto ecológico que genera e incluso, desde hace un tiempo, estamos empezando a comprender que ni siquiera la transición energética a las renovables es una solución dentro del sistema capitalista (González Reyes 2021).

Sabemos más sobre los límites materiales a que están sujetas las posibles transiciones ecosociales. La extracción de minerales y metales (algunos sumamente escasos) para la fabricación de baterías o paneles solares se realizará, en su mayoría, en países del Sur global, que es donde disponen de las mayores reservas de

minerales tales como el litio. De hecho, según un estudio de la Agencia Internacional de la Energía, para desarrollar los planes climáticos asociados con el Acuerdo de París (2015) la demanda de materiales como el litio, el cobalto, el níquel o el grafito se multiplicaría como mínimo por cuatro de aquí al 2040 (siendo el litio el más demandado y cuya extracción debería multiplicarse por 42) (Turiel 2021). Esto supondría un gravísimo impacto sobre ecosistemas y comunidades locales que han de soportar la contaminación que provoca la minería y muchas veces deben enfrentarse incluso a la pérdida de su territorio, siendo brutalmente despojados de sus modos de vida y empujados al empobrecimiento. Como argumenta Alfons Pérez del Observatori de Deute Global, el propio Pacto Verde de la Unión Europea tiene muchas connotaciones neocolonialistas porque asume que tendrá acceso a gigantescas cantidades de minerales que ni siquiera se encuentran en su propio territorio (González Reyes 2021). Por si esto fuera poco, el rendimiento energético de las renovables es muy bajo. Como dice Manuel Casal Lodeiro (2021), las renovables son sistemas no renovables de captación temporal de flujos de energía renovable. Estos sistemas de captación deben cambiarse cada ciertos años (un par de decenios, si pensamos en aerogeneradores o placas solares) o repararse, y dependen de una cadena de suministro globalizada altamente dependiente de los combustibles fósiles. Si a este hecho le sumamos que la economía capitalista, para funcionar medio bien, debe seguir creciendo, y con ello crece también la demanda energética, este tipo de transición se vuelve imposible.

Y esto es quizá lo que ninguno de los dos manifiestos sabe reflejar por motivos diferentes. En el de 1989 se habla a rasgos generales del papel de los combustibles fósiles en el proceso del calentamiento global, pero no entra a especificar sobre una transición energética a las renovables ni sobre su impacto. Esto se puede deber a la época en la que fue redactado: en esos momentos la perspectiva permanecía más abierta, la amenaza existencial de la crisis ecológica y climática no se percibía todavía tan cercana. Por lo tanto, todavía no se habían diseñado planes gubernamentales de transición a las renovables ni estaba en el debate público la preocupación por la especulación financiera con grandes parques solares o eólicos, ni el impacto ecológico de estos.

Por su parte, Löwy y Kovel directamente hablan de que en una era postcapitalista "uno de los resultados prácticos sería, por ejemplo, la extinción de la dependencia petrolera inherente al capitalismo industrial". Pero esto no es para nada obvio: como se ha mencionado anteriormente, para desarrollar infraestructuras de energías renovables high tech resulta indispensable hacer uso de los combustibles fósiles para extraer los materiales en la mina, transportarlos, fabricarlos, montarlos, reponerlos y/o repararlos. Seguiríamos dependiendo de los combustibles fósiles por lo menos por un tiempo más; las emisiones de GEI serían altas durante la transición; y después no estaría garantizada una sociedad industrial totalmente renovable por las cuestiones que se han mencionado más arriba. En general, estos autores ecosocialistas "clásicos" minusvaloran los problemas asociados con el abastecimiento energético de las sociedades industriales, como se ve incluso en los trabajos recientes de Andreas Malm. Es cierto que una sociedad post-capitalista decrecentista se propondría superar la ruptura metabólica, pero continuaríamos teniendo un grave impacto sobre el planeta por nuestra demanda energética en un mundo poblado por más de ocho mil millones de seres humanos, en una biosfera donde ya se habrán superado todos los límites planetarios y en la que nos tocará coexistir con un clima totalmente desestabilizado (Rockström y otros 2009).

En 2001 la concentración de CO2 en la atmósfera ascendía a 370 ppm. Esto significa un aumento de 18 ppm en tan solo 12 años, 1'5 ppm al año. Este ritmo se ha duplicado en la actualidad, ya que ahora aumenta la concentración en 3 partes cada año. Es un dato muy esclarecedor: a pesar de las ambiciones, las conferencias de las Naciones Unidas, el protocolo de Kyoto, el acuerdo de París… las emisiones han seguido subiendo año tras año y la concentración de CO2 en la atmósfera también. La dependencia de las sociedades industriales respecto de los combustibles fósiles no se atenúa (fenómeno donde interviene un factor que al ecosocialismo "clásico" le cuesta ver: el carácter de sustancia irremplazable del petróleo para las sociedades industriales, por las muy especiales características físicas del "oro negro").

Resulta entonces natural que, para las personas que se ocupan de temáticas ecológicas y sociales, la urgencia de la acción sea cada

vez mayor. En 1989 el Manifiesto mostraba el calentamiento global como una posible amenaza para la humanidad, pero sin la contundencia que se puede leer en el otro Manifiesto de 2001. Entre sus párrafos se encuentra no solo una amenaza a los modos de vida de nuestras sociedades y la continuidad de la civilización sino a la propia existencia de la humanidad. Hoy, con mucha más evidencia científica en las manos, sabemos que llegamos tarde para la acción climática y que esta no será suficiente manteniendo un modelo capitalista: la economía debe decrecer rápida y planificadamente o lo hará de manera desordenada y caótica.

En 2018, con el surgimiento de los nuevos activismos climáticos, se hablaba de que quedaban 12 años para la acción de mitigación de la crisis climática; el IPCC había concluido que iba a ser necesaria una reducción del 7% anual de las emisiones globales para mantener el aumento de las temperaturas globales por debajo de 1'5 ºC (con respecto a las temperaturas preindustriales) (Climate Change, U. N., 2019). Tres años más tarde, a pesar de todas las movilizaciones que se realizaron, especialmente durante el 2019, constatamos que no se ha podido conseguir una acción climática ambiciosa. Llegamos tarde y lo poco que hacen nuestros gobiernos no es suficiente. Simplemente porque, para cumplir con las recomendaciones de la ciencia y reducir las emisiones globales un 7% anual (aún más en las economías sobredesarrolladas, hasta un 10-11%), la economía debería decrecer ese mismo porcentaje. Una situación inadmisible para el capitalismo, que en palabras de Löwy funciona bajo la lógica de crecer o morir.

Otra diferencia fundamental entre ambos manifiestos es el cambio de época que supuso la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS, provocando una transición al capitalismo en todos los países del "socialismo realmente existente" (apenas con alguna excepción como Cuba). En el texto de 1989 se vislumbran todavía esperanzas de mantener altos estándares democráticos, sociales y ambientales en aquellos países, aunque es muy crítico con el productivismo soviético que, en aquel momento, amenazaba proseguir la degradación del mar del Aral, entre otros estropicios ecológicos (se produjo un ecocidio total en la zona, desapareciendo uno de los lagos más grandes del mundo para siempre). En el texto aparecen reflexiones interesantes como esta:

Mal que nos pese, nuestros porvenires son interdependientes. Los pueblos de los países del Este no pueden por menos de beneficiarse de una dinámica ecosocialista en Europa. Si los fracasos del Este fueran capitalizados por cualquier forma de productivismo, ya sea burocrático o capitalista, ello entorpecería cualquier transición ecosocialista en el Oeste. El ecosocialismo tiene necesidad de que triunfen la perestroika y las demás transformaciones que apuntan en Europa oriental, y de que se orienten hacia formas de socialismo autogestionario, pacifista y ecologista (Antunes y otros 1991: 53).

En el 2001 esa esperanza desaparece por los hechos históricos que se desencadenaron durante 1989 y pareciera que la reivindicación del socialismo necesita de mayor justificación para su defensa. De ese modo, Kovel y Löwy se expresan así:

El ecosocialismo mantiene los objetivos emancipadores de la primera versión del socialismo y rechaza las metas temperadas y reformistas de la socialdemocracia, así como las estructuras productivistas del socialismo burocrático. Insiste tanto en la redefinición de las vías como en el objetivo de la producción socialista en un marco ecológico (Löwy, 2012: 154).

En tan solo doce años había cambiado todo el panorama geopolítico: se impuso el capitalismo como sistema económico hegemónico y siguió afianzándose la hegemonía cultural neoliberal. Ciertamente, 1989 fue un año histórico clave: los gobiernos comunistas fueron perdiendo el poder hasta que finalmente cayó el muro de Berlín y se inició una transición al capitalismo en estos países. Desde entonces ha continuado una campaña fuerte de difamación de los conceptos de comunismo o socialismo, hasta que parecen haber perdido todo su poder original. Por eso, resulta más difícil para los autores defender un socialismo en el 2001 y arguyen que la deriva antidemocrática de los experimentos socialistas del

siglo XX se debe, entre otras cosas, a la hostilidad de los poderes capitalistas existentes. Eso forzó un rechazo a la democracia interna, el ensalzamiento del productivismo y su consecuente destrucción ambiental.

¿Cómo consideran Kovel y Löwy que el ecosocialismo debería ser en el siglo XXI? "Vemos al ecosocialismo no como la negación sino como la realización de los socialismos 'de primera época' del siglo XX, en el contexto de la crisis ecológica" (Löwy, 2012: 153). Entre sus líneas vislumbramos que no solo la lucha debe ser desde un frente rojiverde, con los movimientos obreros y los trabajadores uniéndose a los ecologistas, sino que la propia crisis civilizatoria de degradación ambiental y de deterioro social están profundamente interrelacionadas. Y es ahí donde encontramos ese epicentro común desde el que parten ambos manifiestos y en lo que se sustenta teóricamente el ecosocialismo como propuesta política.

Existen unas élites políticas y económicas que sostienen el poder y legislan en su favor por perpetuar el statu quo. Cada año hay más capital concentrado en menos manos, y con la pandemia de COVID-19 esta tendencia se ha agudizado aún más. La acumulación de capital se produce "externalizando" daños, con una grave degradación de los ecosistemas que empobrece a las poblaciones y nos deja más vulnerables. Continúa aumentando la plusvalía que extraen los capitalistas de las y los trabajadores a partir de la mayor precarización de sus condiciones (siendo un ejemplo paradigmático el de los riders que transportan en sus bicicletas la comida que pide por encargo la gente de ciudad). Y, para rematar, quienes más tienen contaminan mucho más. El 1% más rico del mundo emite más del doble de GEI que la mitad más pobre de la población mundial. Es decir, el 1% de la población mundial es responsable por el 19% de las emisiones globales mientras que el 50% más pobre es responsable solo del 6% de las emisiones globales.

De las emisiones por las cuales son responsables ese 1%, una gran parte se atribuyen al transporte aéreo y por carretera (OXFAM, 2020). Muchas personas alrededor del mundo no han viajado en avión en su vida, pero el 1% tiene el dinero para contaminar a sus anchas y desplazarse en avión (incluso en jet privado) y quienes pagamos el coste ecológico somos todos… pero más injustamente

las regiones de África y el este asiático que ya están siendo testigos de las fuertes consecuencias del cambio climático y que son quienes menos han contribuido históricamente a este.

Es en ese atolladero donde estamos hoy. En el que aumenta la deforestación en un claro contexto de crisis climática y ecológica para que empresas europeas y norteamericanas vean sus beneficios aumentar año a año por la venta de soja transgénica cultivada en territorios donde antes había una selva tropical. Asesinan a líderes indígenas por defender sus territorios de la minería, el agronegocio, las petroleras… Y desde oficinas en el Norte global se juega y apuesta con nuestro futuro. No hay leyes internacionales eficaces para frenarles: ya hemos mencionado con anterioridad que muchos acuerdos internacionales no sirven para nada porque son meras declaraciones de intenciones, campañas de greenwashing no vinculantes.

Ante este contexto distópico, debemos partir de análisis profundos de la realidad para poder enfrentarla. Desde una perspectiva ecosocialista se pueden analizar con mayor facilidad estas intrincadas relaciones de poder, corrupción moral y opresión. Si no, corremos el riesgo de caer en los cantos de sirena del capitalismo verde que nos anima a reducir nuestra propia huella ecológica sin cuestionar el papel de las industrias o nos asegura que, comprando a granel, todo estará bien. Esa mirada individualista no soluciona los problemas, tan solo calma la propia culpabilidad.

Esta crisis civilizatoria merece una aproximación más precisa y justa, libre de sesgos ideológicos neoliberales. Por ello, continuemos en el análisis que nos concierne. El ecosocialismo de ambos manifiestos refleja una lucha antipatriarcal, antirracista y antiimperialista donde se conectan múltiples opresiones para entender la realidad desde una perspectiva sistémica. De hecho, en el manifiesto de 1989 se refleja cierta dimensión ecofeminista cuando se habla de los trabajos de cuidados y reproducción de la vida no remunerados que realizan las mujeres y sin los cuales el capitalismo no podría sostenerse. Vale la pena detenerse en este punto para encontrar un aspecto más de conexión entre precarización de la vida de las personas y la destrucción de la Naturaleza.

Desde los ecofeminismos se argumenta que la mujer y la Naturaleza son objeto de la misma opresión en tanto que la cultura dominante patriarcal las ve como bienes de posesión. Más concretamente, se postula una división entre cultura y Naturaleza donde el hombre representa la racionalidad y es el modelo de lo humano. En cambio, a la mujer se le atribuyen características que la subordinan a la Naturaleza y la separan del varón, reduciéndola a la categoría inferior de un ser salvaje, irracional y pasional. Como argumenta Alicia H. Puleo, esta división reduccionista que marca nuestra cultura occidental proviene del hecho de que históricamente las mujeres se han encargado de las tareas de recolección de elementos de la Naturaleza para su transformación (la madera para el fuego, los alimentos para cocinar, etc.) y además son las portadoras de nuevas vidas y guían a las criaturas en su proceso de formación como seres humanos. Esto no significa que sean biológicamente más aptas para estas tareas reproductivas de la vida, sino que se les ha relegado a ese rol por esta cultura patriarcal (Puleo, 2019).

Los cuerpos de las mujeres se pueden poseer para la satisfacción sexual y la reproducción de la vida, de igual forma que se puede poseer el cuerpo de la Naturaleza, sus ecosistemas, para la explotación de sus recursos. Por eso, ambos manifiestos ecosocialistas denuncian que el ecosocialismo será feminista o no será. Porque es urgente romper con esas imposiciones de la cultura dominante para dejar de ver tanto a la mujer como a la Naturaleza como objetos de posesión y control. Tan solo cuando pasemos a ver a la Naturaleza (Gaia) como un organismo vivo autorregulado del que formamos parte y dependemos, podremos dejar de explotarla y considerarla un reservorio infinito de recursos naturales. Se extraen recursos para satisfacer deseos creados por el capitalismo en las sociedades más ricas, pero ese mismo anhelo de felicidad a través de lo material reduce nuestra calidad de vida porque nos condena a morir envenenados por tóxicos químicos, aire contaminado, golpes de calor, falta de agua, etc.

Continuando con las diferencias que se pueden observar entre ambos manifiestos, en el de 2001 aparecen palabras clave como imperialismo o globalización que en el texto de 1989 son más difíciles de encontrar. A principios del siglo XXI ha seguido extendiéndose la división internacional del trabajo sobre la que

alertaba el Manifiesto de 1989, las desigualdades aumentan y la acumulación de capital prosigue. Desde los años 1950 estamos inmersos en la Gran Aceleración y ha aumentado muchísimo el consumo de recursos per cápita (Global IGBP Change, 2015). Todo esto repercute definitivamente en los textos porque están influenciados por su realidad material de cada época. En los doce años transcurridos entre la publicación del primer y segundo manifiesto se nota ese cambio, cómo los problemas ambientales se han profundizado y complejizado. En 1989 en Europa una persona consumía en promedio 1898 KWh de energía eléctrica cada año; en el 2001 consumía 2380 KWh (World Bank, 2014). Un habitante medio en España consumía en 1989 246 gramos de carne al día; en el 2001 más de 315 gramos. Esta tendencia continuó aumentando hasta que a partir del 2007 empezó a disminuir el consumo diario de carne per cápita (Our World in Data, n.d.). Un ejemplo más, también del sitio web Our World in Data. En el año 1990 se usaron en España 40 toneladas de ingredientes activos de plaguicidas (tales como herbicidas, fungicidas, reguladores del crecimiento de las plantas…). En el 2001 este número descendió a 35 toneladas pero en el 2017 había aumentado a 61 toneladas. Este incremento se podría llevar a otros ámbitos y la tendencia sería la misma. Nuestro impacto sobre la Tierra no para de aumentar, aunque con ello debería crecer también la conciencia, la capacidad de interrelacionar ideas y acontecimientos para resistir este modelo impuesto con más herramientas y alianzas estratégicas.

Quizá por este motivo, el Manifiesto de 2001 es más breve, conciso y directo. Ya no son necesarias largas explicaciones o contrastación de datos: se conoce la realidad y existe una emergencia ante la que hay que actuar. Se confiesa en el texto cierto desánimo por lo alejadas que están las propuestas emancipatorias o las metas de sustentabilidad de la realidad actual del mundo, pero no por ello cabe detenerse. Los autores hacen un llamamiento a un ecosocialismo internacional y universalista para alcanzar la meta de la superación del capitalismo.

Para finalizar, hay una última idea que claramente tienen en común el Manifiesto ecosocialista de 1989 y el de 2001. Es la poderosa idea de que aquello que paraliza a la sociedad y le impide organizarse para resistir y luchar contra este sistema que todo lo

devora no es el consumismo o el individualismo. Es la resignación ante la realidad que parece inmutable. Pero precisamente en ello radica el mayor peligro. Si damos por hecho que este es el sistema bajo el que siempre hemos vivido y que no se puede cambiar, perdemos toda posibilidad de luchar contra él y derrotarlo. El primer Manifiesto ecosocialista invita a reagrupar las fuerzas estructurales sociales y ambientales tal como se ha mencionado más arriba para evitar la resignación. En el manifiesto redactado por Löwy y Kovel hablan de un nuevo ecosocialismo que sea capaz de enfrentar este paralizante sentimiento. En sus propias palabras, evitar el fatalismo internalizado es la sombra más profunda a la que nos enfrentamos.

Aquí es desde donde retomo la pregunta formulada al principio: ¿cómo dar el paso a una sociedad postextractivista y postcapitalista? ¿Cómo inspirar para acoger a nuevas personas en esta lucha? ¿Qué narrativas podemos ofrecer en tiempos de colapsos?

En primer lugar, debemos escuchar a todas las voces indígenas que desde hace siglos vienen resistiendo el avance del extractivismo y la destrucción de sus culturas en sus territorios y en sus cuerpos-territorio (como lo describe Moira Millán del pueblo mapuche e integrante del Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir). Tenemos mucho que aprender y muchas mentes que descolonizar, incluidas las nuestras. El pequeño detalle de que se use la palabra “colonizar” para referirse a la exploración de Marte ya dice mucho de esa cultura opresiva que arrastramos desde hace más de quinientos años y que afecta negativamente hasta nuestros días a todos los pueblos indígenas del mundo.

La sabiduría ancestral de estos pueblos nos puede enseñar otras formas de relacionarnos con nuestros territorios y con la biosfera como un todo. Nos pueden también mostrar una relación espiritual hacia la Tierra de mucho más respeto y cuidado. Como mencionaba antes, resulta imperativo dejar de ver al planeta como un conjunto de recursos explotables para pasar a entenderlo como un todo del que formamos parte y del que dependemos para sobrevivir.

Armar alianzas estratégicas con las luchas de estos pueblos para preservar sus territorios, en la mayoría de los casos los más

biodiversos del planeta y los mejor preservados, para que ellos y ellas puedan vivir en paz sin la intromisión de una cultura opresiva y dominadora que los quiere aniquilar. Pero también para el beneficio de la población no indígena. Para que continúe la selva en pie, como dice Sonia Guajajara, porque en ella se mantienen los sumideros de carbono, los ciclos del agua y todos aquellos procesos a los que la ciencia occidental le ha puesto nombre pero que esas poblaciones conocían muy bien mucho antes que nosotros.

A la vez que damos apoyo a la lucha de los pueblos originarios, tendremos que ir sembrando autogestión y resiliencia en nuestros propios territorios, incluidos nuestros cuerpos, desenchufándonos de las necesidades que nos crea el sistema y que nos convierte en consumidores, eliminando nuestra categoría de ciudadanos. Siempre y cuando a esta autogestión territorial también se le sume la denuncia de las prácticas imperialistas y neocoloniales perpetradas por las transnacionales y nuestros gobiernos del Norte global. Encerrarnos y aislarnos en nuestras ecoaldeas agroecológicas y permaculturales no nos salvará del desastre. Es necesario encontrar el equilibrio entre resistir al modelo dominador en un formato de denuncia y solidaridad internacionalista, a la vez que empezamos desde ya a crear ese mundo nuevo en el que queremos vivir. A esto los ecosocialismos lo llaman desde hace tiempo prefiguración.

Como dijo Frieder Otto Wolf en una entrevista hecha por Pablo Ruiz de Aretxabaleta, los movimientos sociales ya existen y ya están activos. No hace falta crear muchos otros nuevos, sino más bien adherirse a los que ya están en primera línea enfrentando las múltiples injusticias. Bien sea las asociaciones que luchan por preservar viviendas frente a amenazas de desahucio y que exigen un mayor parque de vivienda pública; o los movimientos ecologistas locales que denuncian a las corporaciones petroleras y ganan casos judiciales contra ellas; o los colectivos que diseñan ciudades más habitables y menos contaminadas; o los grupos feministas que reivindican una economía alternativa; o los colectivos LGBTIQA+ que disputan su lugar en la sociedad sin sufrir discriminación de ningún tipo y apoyan a las compañeras trans (cuyos derechos de autodeterminación de género no se respetan, ya que eluden las obsoletas normas de género binarias).

Para enfrentar el siglo de la Gran Prueba, como lo llama Jorge Riechmann, necesitaremos aglutinar demandas diversas de colectivos que buscan la superación del capitalismo y vivir en una sociedad más libre y solidaria. Podemos tomar inspiración de los esfuerzos del ecologismo social, de la mayor fuerza de los feminismos, las aportaciones del decrecimiento, los ecofeminismos, el movimiento antirracista, por la defensa del territorio, las comunidades neorrurales… Mientras disputamos la narrativa hegemónica de crecimiento económico igual a bienestar social, debemos informar sobre el estado del planeta de una manera honesta y directa. Como dice Flavia Broffoni: "En contextos de crisis importan las historias que narran nuevas historias" (Broffoni, 2021). Es difícil encontrar una narrativa que inspire en tiempos de colapsos, pero necesitaremos apelar a la posibilidad de resistir los golpes mientras se va formando una sociedad más solidaria en la que las personas tendrán más tiempo libre, se verán obligadas a vivir con menos y podrán, aun así, encontrar sentido a la existencia más allá de los bienes materiales. Hay poco que ganar pero todo que perder.

Como anticipa el propio Manifiesto de 1989, "la transformación de las relaciones internacionales será larga" (Antunes y otros, 1991: 58). Ya está siendo demasiado larga porque estamos perdiendo la gran batalla de nuestro siglo: detener la guerra contra la Naturaleza. La humanidad es una fuerza geológica mayor que los volcanes y los terremotos. Hemos dejado atrás definitivamente la era de estabilidad climática que permitió el florecimiento de nuestra civilización y nos adentramos en el terreno desconocido del Antropoceno o, como sería más pertinente llamarlo desde una óptica ecosocialista, el Capitaloceno.

Hace 32 años el Manifiesto alertaba sobre las especies animales que estaban siendo diezmadas, mientras que ahora ya sabemos que estamos en la Sexta Gran Extinción masiva de especies y el Índice Planeta vivo de la organización WWF ya anunció a finales de 2020 que se ha producido un desplome del 68% en las poblaciones de especies de vertebrados como mamíferos, aves, anfibios, reptiles y peces desde 1970 (WWF 2020). Es relevante destacar que este valor es un promedio global, siendo el número mucho más elevado en las regiones subtropicales del continente americano, donde han

disminuido las poblaciones hasta en un 94%. ¿Y esto a qué se debe? ¿Es que en Latinoamérica descuidan la Naturaleza de una manera más bestial? ¿No existen leyes de preservación y conservación? Más bien existen unas industrias extractivistas extremadamente poderosas como la petrolera o el agronegocio que utilizan esos territorios para llevar a cabo sus sueños más perversos de dominación y aniquilación de todas las formas de vida. Este es uno de los tantos ejemplos neocoloniales que se podrían citar.

Por muy desolador que nos parezca el panorama, no queda más que continuar en esta batalla porque, al final, estamos reivindicando algo tan sencillo como el derecho a la vida, de todos y todas, de las múltiples formas vivientes. Hay grados de incertidumbre y no podemos sentenciar un destino final, pero estamos aquí porque es lo moralmente correcto y vale la pena defender aquello que es justo.

Bibliografía

Almazán

, Adrián;

Riechmann

, Jorge, 2020. Contra la doctrina del shock digital. Madrid: Centro de Documentación Crítica.

Antunes

, Carlos;

Juquin

, Pierre;

Kemp

, Penny;

Stengers

, Isabelle;

Telkämper

, Wilfried;

Wolf

, Frieder Otto, 1991. Manifiesto ecosocialista. Madrid: Catarata.

Bardi

, Ugo, 2011. The Limits to Growth Revisited. Florencia: Springer.

Broffoni

, Flavia, 2021. “Definir el concepto, controlar el debate”. Anfibia. Recuperado de: http://revistaanfibia.com/ensayo/ambiente-desarrollo-definir-concepto-controlar-debate/

Casal

Lodeiro

, Manuel, 2021. “La gran pregunta para el día después de la Transición Energética”. De(s)varia materia, 27/04/21. Recuperado el 23/05/21 de http://casdeiro.info/textos/2021/04/27/la-gran-pregunta-para-el-dia-despues-de-la-transicion-energetica/

Cereceda

, Rafael, 2021. “Record heat in northwestern Russia, Siberian wildfire season kicks off early”. Euronews, 17/05/21. Recuperado el 25/05/21 de https://www.euronews.com/2021/05/17/siberian-wildfire-season-kicks-off-early-and-northwestern-russia-is-20-degrees-hotter-than

Climate

Change

, U. N. 2019. “Cut global emissions by 7.6 percent every year for next decade to meet 1.5°C Paris target”- UN Report. Unfccc, 26/11/19. Recuperado el 27/05/21 de https://unfccc.int/news/cut-global-emissions-by-76-percent-every-year-for-next-decade-to-meet-15degc-paris-target-un-report

Commoner

, Barry, 1971. Ciencia y supervivencia. Esplugas de Llobregat: Plaza y Janés.

García

, Ernest, 2021. Ecología e igualdad. Hacia una relectura de la teoría sociológica en un planeta que se ha quedado pequeño. Valencia: Tirant Humanidades.

Global

IGBPChange

, 2015. “Planetary dashboard shows ‘Great Acceleration’ in human activity since 1950”. Global International Geosphere-Biosphere Programme, 15/01/15. Recuperado el 27/05/21 de http://www.igbp.net/news/pressreleases/pressreleases/planetarydashboardshowsgreataccelerationinhumanactivitysince1950

González

Reyes

, Luis. 2021. “El pacto Verde Europeo es eurocéntrico y no nos ofrece un futuro deseable” (entrevista con Alfons Pérez). El Salto Diario, 21/03/21. Recuperado el 28/05/21 de https://www.elsaltodiario.com/ecologia/entrevista-alfons-perez-pacto-lavado-verde-europeo-eurocentrico-no-ofrece-futuro-deseable

Huber

,

Matt T

., 2020. “Una política ecológica para la clase trabajadora”. La Mayoría online. Recuperado el 12/06/21 de https://lamayoria.online/2020/07/05/ecologismo-clase-trabajadora/

Kempf

, Hervé, 2011. Cómo los ricos destruyen el planeta. Madrid: Clave intelectual.

Klein

, Naomi, 2019. On Fire: The Burning Case for a Green New Deal. Bungay: Penguin Random House UK.

Löwy

, Michael, 2012. Ecosocialismo: la alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista. Madrid: Biblioteca Nueva.

OXFAM, 2020. “Combatir la desigualdad de las emisiones de carbono: por qué la justicia climática debe estar en el centro de la recuperación tras la pandemia de COVID-19”. Recuperado de: https://cdn2.hubspot.net/hubfs/426027/Oxfam-Website/oi-informes/cambio-climatico-combatir-desigualdad-emisiones-carbono.pdf

Our World in Data

. n. d. “Pesticide use, 1990 to 2017”. OurWorldinData. Recuperado el 27/05/21 de https://ourworldindata.org/grapher/pesticide-use-tonnes?tab=chart&country=~ESP

Puleo

, Alicia H., 2019. Claves ecofeministas para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales. Madrid: Plaza y Valdés.

Riechmann

, Jorge;

Almazán

Gómez

, Adrián;

Madorrán

Ayerra

, Carmen;

Santiago

Muíño

, Emilio, 2018. Ecosocialismo descalzo. Barcelona: Icaria.

Riechmann

, Jorge, 2012. El socialismo puede llegar solo en bicicleta. Madrid: Catarata.

Mies

, Maria;

Shiva

, Vandana, 1993. Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas. Barcelona: Icaria.

Rockström

, Johan;

Steffen

, Will;

Noone

, Kevin. et al., 2009. “A safe operating space for humanity”. Nature 461, 472–475. https://doi.org/10.1038/461472a

RTVE.ES, 2021. “Se desprende de la Antártida el iceberg más grande del mundo”. RTVE, 19/05/21. Recuperado el 23/05/21 de https://www.rtve.es/noticias/20210519/se-desprende-antartida-iceberg-mas-grande-del-mundo/2091028.shtml

Sengupta

, Somini, 2020. “Protesting climate change, young people take to streets in a global strike”. The New York Times, 21/09/2020. Recuperado el 23/05/21 de https://www.nytimes.com/2019/09/20/climate/global-climate-strike.html

Thiong’o

, Ngugi wa, 2015. Descolonizar la mente. Barcelona: Penguin Random Books.

Turiel

, Antonio, 2020. Petrocalipsis. Crisis energética global y cómo (no) la vamos a solucionar. Madrid: Editorial Alfabeto.

Turiel

, Antonio, 2021. “Algunas preguntas incómodas”. The Oil Crash, 18/05/2021. Recuperado el 23/05/21 de https://crashoil.blogspot.com/2021/05/algunas-preguntas-incomodas.html

World

Bank

, 2014. “Electric power consumption (kWh per capita)”. Worldbank. Recuperado el 27/05/21 de https://data.worldbank.org/indicator/EG.USE.ELEC.KH.PC

WWF, 2020. Informe Planeta Vivo 2020: Revertir la curva de la

pérdida de biodiversidad. Resumen. Almond, R.E.A., Grooten M. y Petersen, T. (eds). WWF, Gland, Suiza.

La crisis ecológica vista como un COROLARIO DE la economía política (o los límites del ecosocialismo)

Ernest Garcia

La forma capitalista de la modernización ha creado la crisis ecológica; y la solución a la misma es otra modernización, no capitalista. Esta es, en esencia, la tesis compartida por los muy variados intentos de abordar las cuestiones de sostenibilidad en base a categorías de la economía política más o menos directamente emparentadas con el marxismo. En el primer Manifiesto ecosocialista europeo se mantenía que la ecología política no considera que el capitalismo sea inevitable (Antunes et al., 1990: 27). Otra declaración programática, hacia el cambio de siglo, insistía en que la base para superar las crisis actuales no era otra que "la generalización de la producción ecológica bajo condiciones socialistas" (Kovel y Löwy, 2001). Un destacable libro reciente (Sempere, 2018) ha insistido en la incompatibilidad entre capitalismo y decrecimiento. Tomas de posición de esta índole, de denuncia del "ecocidio capitalista", son una constante en las propuestas mencionadas.

Muchas de las expresiones del ecosocialismo son simplificaciones chirriantes, que apenas si hacen algo más que repetir que el capitalismo tiene la culpa de la crisis ecológica y que el socialismo se encargará de resolverla, sin ni siquiera confrontar seriamente el desastroso balance ecológico del "socialismo que realmente ha existido". Ha habido, sin embargo, elaboraciones más complejas, creativas y ricas en matices. Solo algunas de ellas se reseñan a continuación.

Hay que hacer mención, inexcusablemente, a André Gorz (1978; 1991; 2012), quien mantuvo que la crisis ecológica hace imposible la reproducción del capitalismo y que la única forma de evitar que

esta incompatibilidad desemboque en un sufrimiento enorme y en una desorganización social catastrófica es la transición (el Éxodo, en su terminología) a un nuevo modelo de relaciones sociales convivenciales, basado en una economía no mercantil, un nuevo modelo alternativo a una sociedad del trabajo asalariado que está desapareciendo y que -insistía- no volverá. En una interpretación original de la tesis del excedente de capacidades humanas, una tesis presente entre otras en las obras de Marcuse (2010) y Bahro (1984), mantuvo que la liberación del tiempo pone en cuestión la centralidad del trabajo-empleo y permite distanciarse de la lógica capitalista, mediante una limitación voluntaria y colectiva de la parte de la vida mantenida dentro de la esfera heterónoma o de las necesidades (el trabajo asalariado y la economía no convivencial) a fin de hacer posible la expansión de la esfera de la autonomía. Se formula así una visión del cambio social en términos del conflicto entre autonomía y heteronomía.

Schnaiberg (1980) mantuvo que la degradación del medio ambiente es el resultado inevitable de un conjunto de procesos interconectados a los que se refirió como la "rueda de molino de la producción". Las empresas se ven empujadas por la competencia a incrementar la producción y los beneficios, haciendo uso para ello de los recursos naturales. Los trabajadores dependen del crecimiento económico para mejorar su situación en cuanto a empleo y salarios. Para no verse desplazados del mercado, los propietarios de las organizaciones económicas han de sustituir trabajo por capital físico. Los gobiernos impulsan la acumulación para favorecer los objetivos de desarrollo nacional, por una parte, y de seguridad social, por otra. El resultado de todos estos procesos convergentes es una necesidad en aumento de extracción de recursos y una generación de residuos igualmente en aumento. Como resultado de las presiones para extraer más valor mercantil de los ecosistemas, se produce desorganización ecológica, la cual retorna sus efectos en forma de conflictividad social y desorganización socioeconómica.

O'Connor (1991) mantuvo que una "segunda contradicción del capitalismo" enfrenta al Estado con el coste creciente del suministro de las condiciones de la producción, sumándose a la primera contradicción, la que existe entre las fuerzas productivas y las

relaciones de producción. Siguiendo a Polanyi, señaló que el funcionamiento de la economía capitalista requiere que se le aseguren desde fuera del mercado determinadas condiciones: (a) una fuerza de trabajo en aceptable estado de salud y con la formación educativa necesaria; (b) determinadas condiciones físicas externas o "condiciones naturales" (relativas al estado de los ecosistemas, al suministro de recursos naturales, etc.); (c) condiciones comunitarias tales como las infraestructuras de transporte y otras, los sistemas de comunicaciones, etc. Suministrar las condiciones de producción tiene un doble efecto: si el coste se descarga sobre las empresas, se frena la acumulación del capital; si se descarga sobre los presupuestos públicos, acelera e intensifica la crisis fiscal del Estado. En consecuencia, concluye, la segunda contradicción adquiere un carácter directamente político.

Hay una rama del ecofeminismo que se reconoce también como ecosocialista. Para la misma, la forma capitalista del patriarcado ha creado la crisis ecológica; y la solución es la abolición del patriarcado (y, por lo tanto, del capitalismo, que no es más que una de sus formas) (ver D'Eaubonne, 2018 [1978] y Salleh, 1997). D'Eaubonne sustituyó la afirmación de Marx, según la cual las relaciones de producción capitalistas socavan las dos fuentes de toda riqueza, la tierra y el trabajador, por esta otra: el patriarcado capitalista socava las dos fuentes de la vida: la tierra y la mujer. Los rasgos particulares de su punto de vista se derivan de esta apreciación fundamental.

Puesto que muchas de las versiones de la economía política del medio ambiente tienen a Marx como referente, la cuestión de si hay o puede haber un marxismo ecológico es relevante en este contexto. Hay una orientación productivista muy fuerte en el marxismo clásico y, en consecuencia, la idea de un marxismo liberado del productivismo es bastante problemática, como puede apreciarse desde los primeros trabajos rigurosos sobre el tema (Altvater, 1994). La cita más habitual remite a un pasaje de El capital en el que se afirma que "la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador" (Marx, 1976 [1867]: 142). Marx estudió la situación de la agricultura, observó que la ciudad capitalista

interrumpe el retorno de nutrientes a la tierra y sostuvo que esto constituye un problema que solo podría solucionarse mediante una correcta aplicación de la ciencia agronómica en un contexto de relaciones económicas no capitalistas. Siguiendo este hilo, hay quien ha creído encontrar una especie de Marx ecologista (del tipo de ecologismo que cree que el desarrollo puede ser sostenible, claro) (Foster, 2004). Sin embargo, el análisis de Marx puede resumirse en una fórmula: ¡Liebig más comunismo! (Garcia, 2018). Y —utilizando la distinción que con mucha ironía introdujo D'Eaubonne— esto está más cerca de ser una oración entusiasta a Santa Industria y a Santa Revolución que una aceptación consecuente de los límites impuestos por la finitud del planeta. Dicho de otra manera: la fórmula marxiana original se parece a su secuela leninista (¡soviets más electrificación!) más de lo que algunos proponentes actuales del ecomarxismo parecen dispuestos a reconocer. La única línea de pensamiento marxista que se ha distanciado consecuentemente del compromiso con el productivismo, desde el joven Kautsky (1884) hasta Harich (1978), no ha salido nunca de la marginalidad.

BIBLIOGRAFÍA

Altvater

, Elmar, 1994. El precio del bienestar: Expolio del medio ambiente y nuevo (des)orden mundial. València: Alfons el Magnànim.

Antunes

, Carlos;

Juquin

, Pierre;

Kemp

, Penny;

Stengers

, Isabelle;

Telkämper

, Wilfried y

Otto Wolf

, Frieder, 1990. “Per una alternativa verda a Europa: Manifest ecosocialista”. En C. Antunes et al: Per una alternativa verda a Europa, València, Publicacions de la Universitat de València, pp, 11-166.

Bahro

, Rudolf, 1984. From red to green. Londres: Verso.

D’Eaubonne

, Françoise, 2018 [1978]. Écologie et féminisme: Révolution ou mutation? París: Libre et Solidaire.

Foster

, John Bellamy, 2004. La ecología de Marx: Materialismo y naturaleza. Barcelona: El Viejo Topo.

Garcia

, Ernest, 2018. “Marxisme ecològic? Translimitació, davallada, funcionalisme i filosofia de la praxi”. L’Espill, nº 57, pp. 5-11.

Gorz

, André, 1978. Écologie et politique. París: Seuil.

— 1991. Capitalisme, socialisme, écologie: orientations, désorientations. París: Galilée.

— 2012 [2007]. “La salida del capitalismo ya empezó”. En A. Gorz, Ecológica, Madrid, Clave Intelectual, pp. 21-34.

Harich

, Wolfgang, 1978. ¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma. Barcelona: Materiales.

Kautsky

, Carlo, 1884. Socialismo e Malthusianismo: l’influenza dell’aumento della popolazione sul progresso della società, Milán: Fratelli Dumolard. [Karl Kautsky, Der Einfluss der Volksvermehrung auf den Fortschritt der Gesellschaft, Viena, Bloch und Hasbach, 1880].

Kovel

, Joel y L

öwy

, Michael, 2001. “An ecosocialist manifesto”. http:// members.optushome.com.au/spainter/Ecosocialist.html.

Marcuse

, Herbert, 2010 [1955]. Eros y civilización. Barcelona, Ariel.

Marx

, Karl, 1976 [1867]. El capital: Crítica de la economía política. Libro primero, volumen 2 (OME-41). Trad. de Manuel Sacristán. Barcelona, Grijalbo.

O’Connor

, James, 1991. “Las condiciones de producción: Por un marxismo ecológico, una introducción teórica”. Ecología Política, nº 1, pp. 113-130

Salleh

, Ariel, 1997. Ecofeminism as politics: Nature, Marx and the postmodern. Londres: Zed Books.

Schnaiberg

, Allan, 1980. The environment: From surplus to scarcity. Oxford: Oxford University Press.

Sempere

, Joaquim, 2018. Las cenizas de Prometeo: Transición energética y socialismo. Barcelona: Pasado y Presente.

Debates en el marxismo ecológico: un primer mapa de la cuestión

11

Facundo Nahuel Martín

Introducción

La tradición marxista, allende su heterogeneidad interna, ha recibido numerosas objeciones por su visión de la naturaleza, el progreso y la técnica. Se la ha acusado de propugnar una visión "productivista" y "prometeica" del desarrollo histórico. El marxismo es a menudo comprendido como determinismo tecnológico, que pensaría el desarrollo de las fuerzas productivas como la variable independiente de la historia. Los avances técnicos, responsables por el incremento en la productividad del trabajo, serían vistos como la fuerza propulsora del progreso histórico. Esta visión ha sido cuestionada por muchas razones. Primero, este determinismo tecnológico es la base de una visión necesarista, lineal y preordenada de la historia, afín a las filosofías historicistas de los siglos XVIII y XIX, solo que de bases materialistas. El historicismo no deja márgenes para la apertura, la contingencia, el azar y el cambio no previsto. Segundo, se trata de una concepción fuertemente eurocéntrica, vinculada a visiones del progreso que han acompañado a proyectos de expansión colonial y subordinación del otro cultural. Finalmente, el "prometeísmo" del marxismo tradicional sería contrario al cuidado de los bienes comunes y el medio ambiente, reduciendo a la naturaleza a mero objeto de proyecciones y manipulaciones antropocéntricas. La idea misma del comunismo, proyectada a veces como una sociedad post-escasez

tecnológicamente avanzada, sería más una peligrosa ilusión ecocida que un proyecto social superador del capitalismo.

Estos desafíos, comparables con otros cuestionamientos democráticos, feministas, decoloniales, etc., ponen en entredicho el carácter emancipatorio de los proyectos políticos inspirados en el marxismo, antes que su viabilidad. La idea del comunismo, al parecer, sería una fantasía decimonónica, propia de una humanidad que no se había encontrado aún con los límites ecológicos de la expansión civilizatoria o no había sufrido los reveses catastróficos del dominio tecnológico de la naturaleza. Las clases dominantes del centro global, al menos, pudieron durante algún tiempo confiar en la unidad inmediata entre progreso técnico y progreso social, en la infinitud de los recursos naturales y en el carácter intrínsecamente liberador de la tecnología moderna. La crisis ecológica en curso exige, parece, revisitar los idearios emancipatorios de la tradición, discutiendo presupuestos agotados sobre la relación sociedad-naturaleza.

Con todo, el productivismo del marxismo tradicional ha sido debatido y cuestionado desde muy temprano en las teorías críticas y también dentro del propio marxismo. Tal es el caso, por ejemplo, de la denuncia contra la "racionalidad instrumental" en la primera Escuela de Frankfurt. Las articulaciones marxistas-ecologistas más sistemáticas empezaron a desarrollarse en los años 1970, en diálogo con los movimientos ambientalistas y la nueva sensibilidad política de las izquierdas posteriores a la década de 1960. Una primera generación de ecosocialistas, con exponentes como Michael Löwy o James O'Connor, hizo trabajos pioneros en este campo. Para esta generación, las preocupaciones ecológicas eran en gran medida ajenas al propio Marx, y no solamente a la tradición posterior. El ecosocialismo, entonces, aparecía como una doctrina nueva, superadora del socialismo realmente existente y su marxismo positivista, pero también de los ecologismos que no cuestionan al capitalismo.

Hacia el cambio de siglo apareció una segunda generación de ecomarxistas, muñida con nuevas herramientas exegéticas, que se dedicó a reconstruir la profundidad de las preocupaciones ecológicas presentes en los trabajos de Marx y Engels. Los

fundadores de la tradición marxista son, para esta segunda generación, pensadores clave para la crítica ecológica del capitalismo. El Marx maduro, por ejemplo, estudió significativamente la degradación ambiental producida por la agricultura capitalista inglesa en el siglo XIX. El materialismo de Marx y Engels sería, en términos metodológicos, la piedra basal de un análisis del capitalismo en clave ecológica.

América Latina, por su parte, es un territorio de importantes conflictos ambientales. La inserción de la región en el mercado mundial condiciona el carácter "extractivo" de las economías del subcontinente, casi sin excepción basadas en la explotación de recursos naturales para la exportación a países del centro. Incluso los gobiernos latinoamericanos más progresistas han promovido agendas neodesarrollistas que fomentan la degradación la naturaleza. Las consecuencias de esas políticas extractivas son, por lo general, sufridas ante todo por los pueblos originarios, el campesinado y los sectores populares urbanos empobrecidos, en un proceso donde se combinan prácticas neocoloniales y neoextractivas. Sin embargo, los debates del eco-marxismo permanecen poco conocidos entre nosotros/as, excepción hecha de algunos aportes de peso, como los de Maristella Svampa o Renán Vega Cantor. Las y los marxistas no siempre hemos sabido actualizar y articular nuestra teoría para ponerla en diálogo con los procesos de resistencia y organización popular ecologista. Bien desarrollada, una perspectiva eco-marxista podría tener gran tracción política en el subcontinente, desafiando al neodesarrollismo desde demandas difíciles de metabolizar en términos sistémicos. Para eso serán necesarios ejercicios de traducción teórico-política aún pendientes. El eco-marxismo es todavía, en buena medida, una teoría producida de modo predominante en el centro global. Este artículo intenta ofrecer un somero mapa de la discusión eco-marxista contemporánea, con la esperanza de dar inicio a esa labor de articulación y creación situada, que deberá producir un eco-marxismo más atento a las dinámicas de conflicto y especificidades regionales, siempre leídas con mirada internacionalista.

La ruptura metabólica entre sociedad y naturaleza

Las dos figuras más conocidas de la segunda generación de eco-marxistas son Paul Burkett y John Bellamy Foster, nucleados en la revista Monthly Review. El libro La ecología de Marx, del segundo, publicado en inglés en el año 2000 (y en español en 2004), se ha convertido en una referencia fundamental del eco-marxismo. Bellamy Foster inscribe a Marx en una larga tradición materialista cuyo origen se remonta a la filosofía atomista de Epicuro (a quien, recordemos, Marx dedicó su tesis doctoral). En sus escritos de madurez, Marx presta atención especial a dos grandes figuras de las ciencias naturales: Charles Darwin y Justus von Liebig. A lo largo de sus debates con Malthus y Ricardo, también, Marx despliega análisis de orientación ecologista-materialista.

El químico alemán Von Liebig, al que Marx leyó detenidamente mientras escribía El capital en la década de 1860, mostró cómo la separación campo-ciudad y la agricultura intensiva capitalista estaban arruinando la fertilidad del suelo en Inglaterra. Al concentrarse la población en las ciudades, los nutrientes extraídos de la tierra mediante la agricultura intensiva no volvían a los campos, degradando progresivamente el suelo. Mientras tanto, los desechos animales y humanos contaminaban las capitales industriales, especialmente en los barrios obreros. Este quiebre en el ciclo de los nutrientes provocaba constantes reducciones en el rendimiento agrícola, configurando una forma de “robo” de la naturaleza. La agricultura capitalista solo superaría estas dificultades apelando a la explotación de nuevas fronteras ecológicas, con la masiva importación de guano de las costas peruanas, primero, y la introducción de fertilizantes sintéticos, después.

John Bellamy Foster sostiene que el trabajo es el punto de intercambio metabólico entre la sociedad y la naturaleza. La sociedad, entonces, no está compuesta solo por interacciones discursivas o simbólicas, sino también por la movilización de materia y energía de su entorno natural. Al extraer nutrientes del suelo sin retornarlos a él, ese intercambio constante se interrumpe,

produciendo una ruptura metabólica que compromete la reproducción de la vida social y natural. El análisis metabólico supera los modelos solo-sociales de explicación de lo social. Estos modelos son insuficientes, ya que la sociedad carece de autonomía con respecto a la naturaleza. En cambio, la vida social debe mantener un permanente intercambio metabólico con el mundo natural del que, en el límite, forma parte.

El Antropoceno como serie de rupturas metabólicas

John Bellamy Foster inauguró una corriente eco-marxista que podemos llamar escuela de la ruptura metabólica. Un análisis metabólico busca dar cuenta de las interacciones complejas, no lineales y llenas de consecuencias imprevistas entre procesos sociales y naturales. El trabajo humano, en esta reformulación del materialismo histórico, media en el intercambio metabólico entre sociedad y naturaleza. Ese intercambio puede interrumpirse cuando las actividades sociales inciden en las dinámicas de la naturaleza de maneras dañinas o disruptivas.

En el año 2002, el premio Nobel de Química Paul Crutzen propuso en la revista Nature que estaríamos en una nueva fase en la historia geológica de nuestro planeta: el Antropoceno. Según Crutzen, las transformaciones ambientales acumulativas generadas por la actividad industrial expandida a todo el planeta poseerían una envergadura suficiente para permitirnos hablar de que ingresamos en un nuevo periodo geológico, marcado por los cambios de origen antrópico. Para 2016, el Anthropocene Working Group (AWG) avanzó en formalizar el concepto de Antropoceno como posible época geológica, profundizando la discusión previa otras ciencias de la Tierra.

Es necesario diferenciar dos niveles en el debate sobre el Antropoceno. El primero se refiere a una discusión precisa en el campo de la estratigrafía. La definición del Antropoceno como época geológica, hoy en proceso de formalización por el AWG en la Comisión Internacional de Estratigrafía, se relaciona con la

presencia de ciertos marcadores de la actividad humana en los sedimentos y otros niveles. Todavía no hay una definición formal precisa sobre el Antropoceno como época geológica estructurada a partir de marcadores estratigráficos. En segundo lugar, el concepto remite a un periodo donde los/ las humanas tenemos influencia decisiva en el estado, la dinámica y el futuro del sistema de la Tierra. En este sentido más amplio, el concepto de Antropoceno es usado en ciencias naturales y sociales, pero también en la opinión pública, para designar un momento donde el impacto ambiental de la actividad humana adquiere dimensiones planetarias.

La escuela de la "ruptura metabólica", por lo general, se ha apropiado de manera activa y original del concepto de Antropoceno. Esta corriente de pensamiento busca, a contrapelo del sesgo "culturalista" predominante en la mayor parte del marxismo occidental, tender puentes con las ciencias naturales, aliadas teóricas fundamentales para enfrentar a los negacionistas del cambio climático y poner de manifiesto la destrucción ambiental producida por el capitalismo. Las disrupciones planetarias generadas por la concentración de gases de efecto invernadero, la contaminación por nitrógeno (producto de los fertilizantes artificiales modernos), la generalizada extinción de especies, etc., son masivas rupturas metabólicas producidas por la expansión capitalista. El fin de las condiciones climáticas del Holoceno, un hecho ampliamente constatado por la comunidad científica, expresaría un salto cualitativo en la contradicción entre el desarrollo capitalista y los ritmos planetarios. El gran crecimiento económico mundial iniciado con la posguerra marcaría una aceleración catastrófica ("Gran Aceleración"), un punto de inflexión, en la contradicción entre la dinámica infinitamente expansiva de la acumulación, y la finitud de los procesos ambientales.

Enfrentando el Antropoceno

El libro de Ian Angus Facing the Anthropocene (2016) es tal vez

uno de los intentos más sistemáticos por recopilar el conocimiento actualizado en las ciencias de la Tierra y articularlo con una teoría marxista del capitalismo fósil. El trabajo tiene dos partes, dedicadas respectivamente a cada uno de estos objetivos. Representa en sí mismo un erudito esfuerzo por reunir "dos culturas" (el marxismo, más ampliamente las ciencias sociales, y las ciencias naturales). También pretende debatir algunas recepciones críticas del concepto de Antropoceno en las ciencias sociales, donde existen diversas objeciones (marxistas, feministas, postcoloniales) a la categoría de ánthropos. El "ser humano", después de todo, no mienta una unidad homogénea en términos de poder, recursos y por ende responsabilidades por el desastre ecológico. Según Angus, en las ciencias de la Tierra se ha comprendido siempre que los "factores antrópicos" que inciden en el cambio climático y otras disrupciones planetarias no remiten a toda la humanidad de manera indiferenciada.

Otro aporte importante de Angus es que nos advierte contra los peligros de identificar el Antropoceno con un "periodo histórico" en sentido lato, como podrían ser el barroco o el neoliberalismo. Según el autor, hay una confusión categorial en muchas de las respuestas al Antropoceno (Chthulhuceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, etc.). Estas respuestas disputan la definición de "nuestra época", sin referencia al debate específico en términos geológicos. Angus explica que época, en geología, es un concepto técnico en una estratificación temporal jerárquica (compuesta de eras, períodos, etc.). Las épocas son los intervalos de más corta duración en esa estratificación. El Holoceno, iniciado hace 10 o 12 mil años, es la última época geológica del planeta. Aproximadamente a mediados del siglo pasado (las explosiones nucleares en la superficie terrestre marcarían el punto de inflexión), las condiciones del Holoceno empezaron a deteriorarse aceleradamente. El Antropoceno es la denominación propuesta para las condiciones de salida del Holoceno. Sería un error categorial decir, por ejemplo, que vivimos en el Capitaloceno, antes lo hicimos en el Feudaloceno y, previamente, en el cazador-recolector-ceno. Una época, en geología, no es lo mismo que un periodo histórico en sentido lato. Sin embargo, siempre según Angus, muchas de las intervenciones en el Antropoceno desconocen esta diferencia categorial.

Angus provee un análisis metabólico del Antropoceno, similar al que intentan Bellamy Foster, York y Clark en el libro The Ecological Rift (2010). Si el estudio de las ciencias de la Tierra es fundamental para comprender la crisis biofísica en la que nos encontramos, el análisis metabólico sería clave para entender las causas socio-ecológicas de esa crisis. El Antropoceno tiene, para Angus, orígenes sociales y económicos vinculados con la dinámica expansiva del capitalismo, con su lógica compulsiva de valorización aumentada. El crecimiento constante no es una "ideología" propugnada por gobiernos ciegos al medio ambiente o por malos hábitos de consumo. Es, por el contrario, una necesidad social-objetiva impuesta a las sociedades por la dinámica del capitalismo. Ni la naturaleza humana, ni las ideologías de la Modernidad o la Ilustración, son las causas del cambio climático y otras fracturas metabólicas. La lógica del capital, con su dinámica de reproducción ampliada incesante, lo es.

El Capitaloceno y la escuela de la ecología-mundo

La idea de Antropoceno, sin embargo, ha sido ampliamente cuestionada en las teorías críticas. En el campo del eco-marxismo, Jason W. Moore ha formulado objeciones importantes al respecto. Este autor diferencia el Antropoceno geológico del Antropoceno "popular", difundido masivamente en los medios de comunicación del centro global, pero también entre las humanidades y ciencias sociales. Según Moore, las "narrativas" sobre el Antropoceno parten de supuestos dualistas, que separan sociedad y naturaleza como entidades escindidas y contrapuestas. La sociedad, se nos dice, habría llegado a extraer más de la cuenta de la naturaleza, en un proceso de intercambio que se extralimita. Moore, buscando eliminar todo resto de oposición conceptual entre sociedad y naturaleza, también critica el concepto de ruptura metabólica de John Bellamy Foster. Para que sea posible una ruptura entre lo social y lo natural es necesario, después de todo, poder distinguir entre ambas en primer lugar.

En reemplazo del concepto de Antropoceno, Moore desarrolla la noción de Capitaloceno, propuesta originariamente por Andreas Malm, que sin embargo no comparte la teoría desarrollada por Moore. El Capitaloceno, según Moore, no empezó a fines del siglo XVIII con la máquina de vapor de Watt, ni a mediados del siglo XX con la gran aceleración económica de posguerra. Empezó en el "largo siglo XVI", con una serie de transformaciones cualitativas en el manejo del ambiente por la sociedad europea y su expansión colonial atlántica. Moore combina la teoría marxista del valor con las ideas de Donna Haraway y Bruno Latour sobre la co-producción de naturalezas y culturas, en una síntesis que se puede llamar escuela de la ecología-mundo.

La concepción de la Sociedad y la Naturaleza con mayúscula, como dos realidades separadas, con historias propias independientes, es para Moore producto del "dualismo cartesiano" que comenzó con el Capitaloceno. Toda forma histórica, incluida la capitalista, se produce en la red o la trama de la vida[12], organizándose a través de la naturaleza. Las civilizaciones son entidades "híbridas", donde sociedad y naturaleza se co-producen a partir de una unidad originaria, que Moore llama oikeios. El capitalismo, sin embargo, produce la "falsedad económicamente útil" de dos entidades contrapuestas, donde la naturaleza es reducida a objeto de apropiación.

La separación entre sociedad y naturaleza en el Capitaloceno se vincula con la dinámica de la acumulación. El capital tiene la necesidad de apropiarse, en cada gran fase histórica, de los "regalos gratuitos" de la naturaleza. La acumulación mediante explotación del trabajo llega a crisis periódicas generadas de modo inmanente (caída de la tasa de ganancia, etc.), de las que sale cuando logra apropiarse de trabajo, energía y recursos sin compensación económica. Por eso el capitalismo siempre implica praxis de frontera, que reducen a una parte de la red de la vida a la condición de naturaleza separada y materia de apropiación no valorizada.

La "naturaleza barata" incluye también actividades realizadas por seres humanos, que no son reconocidas como trabajo y por ende se ven desvalorizadas. El trabajo doméstico realizado mayormente por mujeres, el trabajo racializado de los pueblos colonizados, realizado

en condiciones de sobreexplotación y a veces de esclavitud, son excluidos del ámbito del trabajo creador de valor, al igual que el gasto de energía de los animales no humanos y la disposición de recursos del ambiente. La frontera entre trabajo creador de valor y actividades desvalorizadas se asocia entonces a la escisión sociedad-naturaleza, plagada de connotaciones patriarcales y racistas.

Moore produce una amplia síntesis eco-marxista que reúne temáticas decoloniales y feministas. Su teoría de la naturaleza barata cuestiona la "ley del valor" capitalista, que pone a una parte de la red de la vida como frontera de apropiación desvalorizada. La historia económica del capitalismo, entonces, está ligada a una historia mayor donde se combinan la degradación de la naturaleza (por la apropiación de energía y recursos sin compensación) con la compensación de "otros" periféricos y feminizados, tratados por la civilización como mera naturaleza disponible para ser apropiada. La superación del capitalismo, para Moore, implica no solo redistribuir riquezas, sino redefinir la ontología de nuestro mundo, construyendo una forma de arreglo socio-natural postdualista.

Capital fósil

Andreas Malm publicó estos últimos años dos libros importantes: Fossil Capital (2015) y The Progress of this Storm (2019). En el primero, Malm reconstruye el desarrollo de la economía basada en combustibles fósiles desde el punto de vista de la lucha de clases. Según el autor, existe una afinidad entre los combustibles fósiles y la acumulación de capital, que han llegado a "soldarse" mutuamente. La adopción del motor de Watt en la industria textil inglesa a comienzos del siglo XIX, que fue el primer jalón de la "carbonización" general de la economía capitalista, no responde a ventajas técnicas neutrales del motor a vapor, ni tampoco a que abaratara los costos. Cuando se difundió el motor a vapor en la industria inglesa, de hecho, resultaba más barato seguir utilizando molinos de agua. La predilección de los capitalistas por el motor a vapor tuvo que ver con la adecuación entre las demandas materiales

de la acumulación y el “perfil energético” del carbón. Los molinos de agua exigían una enorme dispersión geográfica de las industrias, lo que incrementaba el impacto político de las huelgas y la organización obrera. Al concentrarse en las ciudades, los burgueses disponían de un mayor ejército de reserva con el que reemplazar huelguistas, abaratar costos laborales, etc. La disciplina laboral, antes que la eficiencia técnica inherente, fue un motivo de la difusión del motor a vapor.

La segunda motivación histórica del pasaje a la economía fósil se relaciona con las propiedades físicas del carbón (y luego del petróleo). El agua y el aire son fuentes de energía en constante flujo, sometidas a variaciones ambientales y que a veces exigen coordinación entre distintos propietarios privados. Malm las llama flowing commons, “bienes comunes de flujo”. El curso de un río no se puede extraer, transportar y almacenar. Está sometido a variaciones de caudal no controlables, dados por ciclos naturales ajenos a las temporalidades abstractas-homogéneas de la valorización. Y es inherentemente social: varias unidades productivas deben compartir el agua río arriba y río abajo, lo que fuerza a constantes negociaciones “socializantes” entre ellas.

El capital, por su dinámica social, no soporta los bienes comunes de flujo. Necesita producir, en la materialidad de los talleres, una temporalidad abstracta-homogénea, dada por los ciclos de la valorización. Esa dinámica no soporta interrupciones por la dinámica natural (sequías, etc.). La producción material capitalista necesitó darse una fuente energética acorde a su temporalidad y espacialidad abstractas, homogéneas e indiferentes a las peculiaridades variables y contextuales del clima y el suelo. En las propiedades físicas del carbón, almacenable y transportable, encontró una forma energética adecuada a sus necesidades de reproducción abstracta.

Lo anterior significa, contra el marxismo tradicional, que las fuerzas productivas no pueden considerarse como la variable independiente de la historia. Esa tesis, defendida por ejemplo por el marxista analítico Gerald Cohen, implica que el progreso técnico sería neutral. Cuando una nueva tecnología reemplaza a la anterior, lo haría por la superioridad de sus propiedades intrínsecas no

contextuales, independientes de las relaciones de poder entre personas. Las tecnologías serían entonces mera "naturaleza revelada" a partir de cálculos de eficiencia, careciendo de un componente social. Para Malm, en cambio, la selectividad tecnológica y energética de una sociedad viene dada por sus relaciones sociales, en particular, por las formas como seres humanos dominan a otros/as humanos a través de cosas.

Los combustibles fósiles, en particular, tienen una relación especial con la dinámica del capitalismo. A diferencia de los flowing commons, los combustibles fósiles son ampliamente transportables y almacenables. Favorecen entonces la producción de una lógica espacio-temporal abstracta, gobernada por el dinamismo del capital, con su movimiento de valor que pone valor con indiferencia de los ciclos naturales.

El materialismo histórico, para Malm, es una teoría de cómo el poder se fija en cosas. Los artefactos, las fuerzas productivas, son entonces realidades combinadas donde se mezclan relaciones de poder y propiedades naturales de las cosas. Ambas dimensiones permanecen analíticamente diferenciadas, por más que se reúnan en los fenómenos. La interacción del CO2 con la luz solar no es una propiedad social del gas, porque no depende de la interacción humana. La liberación de CO2 a la atmósfera, y el consecuente calentamiento global, sí depende de formas de interacción sociales mediadas por el pensamiento abstracto y el lenguaje (formas cuyo dinamismo no se deriva de las propiedades físicas de los cuerpos humanos, solo se enmarca en ellas). El calentamiento global no es "obra de la humanidad" como unidad abstracta, sino de algunos humanos, que dominan a otros/as mediante la subsunción de porciones de la naturaleza. El cambio climático y otras disrupciones ecológicas, podemos decir, son a su modo realidades "híbridas", donde naturaleza y sociedad se mezclan. Sin embargo, esta mezcla fenoménica no anula la necesidad de mantener a la sociedad y la naturaleza como categorías diferentes.

Materialismo histórico e híbridos socio-naturales

Malm ha cuestionado el empleo de la categoría de Antropoceno y fue, de hecho, el primero en sugerir el término alternativo Capitaloceno. Sin embargo, es un duro crítico del monismo socio-natural de Jason W. Moore. La sociedad y la naturaleza no están, para Malm, compuestas de entidades radicalmente diferentes. La sociedad, al fin, se compone de cuerpos humanos y no humanos organizados de diferentes maneras. Pero la dinámica de organización de esos cuerpos no puede derivarse sin más de sus propiedades físicas, sino que posee un dinamismo propio. Así, realidades sociales como los Estados, la ley del valor o las ideologías son irreductibles a las propiedades físicas de los cuerpos que componen lo social. Se trata de propiedades emergentes surgidas de las peculiares formas de organización e interacción de los cuerpos en la sociedad. Esas propiedades carecen de autonomía ontológica (pertenecen a la misma sustancia que el resto de la naturaleza) pero son, a la vez, irreductibles, en el sentido de que tienen un movimiento específico con lógicas propias. Si los componentes de la sociedad son en su conjunto parte de la naturaleza, las propiedades emergentes de esos componentes son irreductibles, lo que justifica un lenguaje moderadamente dualista en el que es todavía posible hablar de interacciones entre lo social y lo natural.

Malm, siguiendo al antropólogo Alf Hornborg, da una interpretación marxista de las realidades "híbridas" en las que se combinan sociedad y naturaleza. Esta interpretación implica un debate con Bruno Latour y su "hibridismo", así como con el monismo de Jason W. Moore. Recordemos que para Latour, como para Moore, la división sociedad-naturaleza responde a los dualismos cartesianos de la constitución moderna del mundo.

Malm defiende lo que podríamos llamar un hibridismo acotado, que rediscute la distinción entre técnica y política más que entre sociedad y naturaleza. La mayoría de las cosas con las que interactuamos o que inciden en nuestras vidas son combinaciones de sociedad y naturaleza en las que están delegadas propiedades agenciales de la conducta humana. En la fabricación de una llave, por ejemplo, delegamos una serie de interacciones sociales donde se

mezclan la propiedad privada, las formas de reproducción social, los ideales sociales sobre la intimidad, etc., articulándose con las propiedades físicas de los metales y otros materiales. De modo similar, una autopista con puentes bajos, por la que no pasa un transporte colectivo, está construida para ser usada solamente por los ricos, sin necesidad de que leyes o normas explícitas estipulen algo así. Los objetos materiales tienen, entonces, una incidencia decisiva en la constitución de la vida social, sin que por eso la distinción analítica entre lo social y lo natural pierda significación o importancia.

A modo de cierre

En este artículo intenté construir un mapa de las discusiones eco-marxistas contemporáneas. Como sostuve, hay dos grandes corrientes en debate, una nucleada en torno a la idea ruptura metabólica y otra nucleada en torno a la idea ecología-mundo. La escuela de la ruptura metabólica mantiene una distinción analítica entre sociedad y naturaleza, poniendo al trabajo humano como mediador entre ambas. Esta corriente permanece más cerca de las orientaciones filosóficas de la Ilustración, con su vocación por desantropomorfizar la comprensión de la naturaleza externa. Por lo general, esta corriente (a excepción de Malm), ha mantenido una relación más dialógica con el concepto de Antropoceno acuñado en las ciencias de la Tierra, leyendo la actual disrupción planetaria como un salto de escala en los quiebres del metabolismo sociedad-naturaleza producidos por el capitalismo.

La corriente de la ecología-mundo, en cambio, cuestiona tanto a la narrativa del Antropoceno como a la idea misma de ruptura metabólica, viéndolas como concepciones dualistas “cartesianas”, que no rompen categorialmente con la dinámica del capital y su marco cultural-ideológico. Para Moore y su escuela, en línea con teorías como las de Donna Haraway o Bruno Latour, no se puede distinguir la sociedad de la naturaleza. Ambas se co-producen en una unidad originaria, y solo el capitalismo las separa en función de

una estrategia global de acumulación.

El debate entre estas corrientes acarrea desde cuestiones filosóficas (la ontología de la sociedad y la naturaleza, la manera de procesar la modernidad y su crisis, etc.) hasta empíricas (haciendo énfasis ya en los cambios ecológicos producidos con el comercio atlántico en el siglo XVI, ya en la introducción de la máquina de vapor en el siglo XIX, ya en la gran aceleración económica desde 1950). Ambas corrientes, a la vez, prestan atención a las formas de imperialismo ecológico que estructuran flujos desiguales de energía y materiales en sentido Sur-Norte. La escuela de la ecología-mundo ve estos flujos como producto de las prácticas de frontera antropocéntricas y cartesianas del capitalismo. La escuela de la ruptura metabólica las lee como una serie de saltos sucesivos en el quiebre (ecológicamente desplazado una y otra vez) entre sociedad y naturaleza.

Finalmente, en la reconstrucción dejé de lado algunas importantes contribuciones latinoamericanas a estos debates, como los estudios de Maristella Svampa sobre el Antropoceno o de Renán Vega Cantor sobre el Capitaloceno. Futuros trabajos deberán promover una apropiación latinoamericana (y a la vez internacionalista) de las importantes contribuciones del eco-marxismo en las últimas décadas.

Mientras tanto, intenté mostrar que la identificación del marxismo con una forma de productivismo “prometeico” (un significante que requiere mayores investigaciones) y ecocida está, por lo menos, desactualizada en relación a frondosas investigaciones recientes (y no tan recientes) en el seno de la tradición.

Crisis ecológica y estrategia socialista

Irene Gómez-Olano

Si 2019 fue el año en el que las reivindicaciones ecologistas pudieron llegar lo más lejos de lo que fue posible en lo que llevamos de siglo XXI, ya que movilizaron a activistas cada vez más jóvenes y se convirtieron en un fenómeno masivo, 2020 y 2021 han sido los años en que la urgencia de estas movilizaciones se ha hecho más patente y global que nunca.

La actual situación de pandemia, lejos de suponer un parón en las reflexiones ecologistas a favor de otras aparentemente más urgentes como las sanitarias o las económicas, supone una actualización de ellas, y debería hacernos reflexionar sobre la emergencia ante la que nos encontramos. En primer lugar, porque tal y como señalan numerosos investigadores como el biólogo estadounidense Rob Wallace o el activista y periodista sueco Andreas Malm, la pandemia de coronavirus tiene entre sus causas los procesos ecocidas que la especie humana ha puesto en marcha sin pretenderlo. Uno de estos procesos es la pérdida de biodiversidad, que favorece la transmisión zoonótica de patógenos que normalmente no podrían llegar a afectar a los seres humanos (Malm, 2020). Esta es una de las causas que se barajan como más probables de la pandemia de coronavirus desde su comienzo en diciembre de 2019, pero las macrogranjas son otra bomba de relojería para la transmisión de patógenos, y Wallace señala que es cuestión de tiempo que se produzca otra transmisión a seres humanos (Wallace, 2020).

En segundo lugar, porque, como también señala Malm, atajar la pandemia resolviendo solo sus signos más evidentes supone no ir a la raíz del problema, y mucho menos evitar que episodios así se produzcan de nuevo. Resolver la situación sanitaria y económica de

forma solvente supone volver a poner en el punto de mira las dinámicas ecodestructivas que el capital ha puesto en marcha.

El Manifiesto ecosocialista entronca con una tradición de textos que han tratado la "cuestión ecológica" (que no es solo ecológica, porque es social, económica, sanitaria…) tratando de darle una salida por la izquierda a la catástrofe a que nos enfrentamos. En este sentido, se opone a una posible solución "ecofascista" según la cual la crisis ecosocial podría servir de excusa para acusar las desigualdades sociales hasta el extremo con tal de mantener el beneficio económico de unos pocos. El Manifiesto señalaba ya en 1989 que esta salida no podía darse en el seno del sistema capitalista, y que era urgente un cambio de sistema económico que abandonase la creencia irracional en el crecimiento perpetuo por uno que apueste por convivir las bases materiales que necesita para existir, sin socavarlas como hace el capitalismo con la vida humana, la salud y la naturaleza.

Unos años antes, en 1972, el informe que encargó el Club de Roma al MIT y que tuvo por nombre Los límites del crecimiento inauguraba esta reflexión también en el corazón de las administraciones gubernamentales del capitalismo imperialista, que no podían permanecer ajenas eternamente a la crisis que se venía. El informe ponía el foco de crítica en el mantra capitalista del crecimiento ilimitado y según sus previsiones, que se han ido cumpliendo con escabrosa exactitud, los años 1970 y 80 serían aquellos en que todavía podían cambiarse lo suficientemente las cosas como para ofrecer una alternativa a la barbarie ecocida capitalista (Meadows y Meadows, 1972).

El impacto del informe no solo no fue suficiente para transformar el modelo económico de Estados Unidos (donde se escribió) ni de ningún otro país, sino que las dinámicas de crecimiento económico han conocido su máximo esplendor desde entonces, coincidiendo con la apuesta capitalista de construir Estados del bienestar a base de hipotecar numerosas vidas humanas en el presente y el futuro de nuestra especie por entero. Se impuso así una dinámica de Business As Usual, esto es, actuar como si nada pasara y hacer oídos sordos al grito de las voces más críticas. El momento en el que se escribe el Manifiesto, en el contexto de la caída del Muro de Berlín, supone el

principio del fin de esa “esperanza” en que podía producirse un cambio rápido de sistema dada la emergencia planetaria que supone la crisis ecosocial.

La mayor parte de pensadores ecologistas acabaron abrazando posturas de capitalismo verde, que se analizarán más adelante. Desde el eurocomunismo hasta el Green New Deal encontramos posturas que no terminan de proponer un cambio de sistema económico y que, por tanto, pese a la enorme dificultad que representaría implantar su programa hasta el final por las resistencias que encuentra este ante las dinámicas del capital, no serían en absoluto una solución definitiva.

Pero otros pensadores y activistas, como señala Malm, tras la caída del Muro y el fin de la esperanza que depositaban en el comunismo habrían caído en posturas anarquistas o cercanas al anarquismo que han impregnado desde entonces gran parte de los movimientos sociales, pero donde ya estaban en alguna medida presentes. Tratando de alejarse de un totalitarismo estalinista, estas propuestas buscarían alternativas en el seno del autonomismo[13]. Esta deriva tiene también que ver con la asociación que se establece entre las organizaciones políticas y la burocratización de la lucha obrera y otros movimientos sociales que, como veremos más adelante, ha sido un factor determinante para que en estos movimientos se instalen lógicas contrarias a la organización.

El año 1989 fue el principio del fin del optimismo ecologista, pero la reflexión en torno a cómo enfrentar la crisis ecológica no había hecho más que empezar. Las publicaciones e investigaciones en torno a los problemas ecológicos se han multiplicado desde entonces. Pero, lamentablemente, esto se ha dado a la par del desarrollo de los planteamientos del capitalismo verde y el greenwashing de empresas y gobiernos. El greenwashing o “lavado verde de imagen” es una táctica para aparentar que se están dando cambios lo suficientemente profundos para afrontar la crisis pese a que no se toca un pelo de los beneficios privados ni de las dinámicas destructivas del capital; lo cual impide de facto cualquier avance.

En este texto se tratará de argumentar a favor de un posicionamiento frente a la crisis que parta del marxismo

revolucionario. No porque se crea que en Marx podemos encontrar un pensamiento ecológico lo bastante profundo como para enarbolar sus obras como única herramienta posible para enfrentar el colapso ecosocial, sino considerando que es la estrategia de los marxistas de la toma del poder y la hegemonía obrera la única capaz de aplastar al capitalismo. Y la única perspectiva ganadora a la hora de enfrentarse a él es la que tiene por objetivo aplastarlo[14].

¿Por qué hablar de estrategia?

Los retos a los que nos enfrenta la crisis ecosocial son tales que suponen repensar nuestras sociedades por entero y a nosotros mismos en ellas. Por señalar alguno de los temas más complicados de los que tenemos que hacernos cargo, está la cuestión de crecer o decrecer. Como señala Juan Bordera, el reto del decrecentismo es mostrar que puede convencer a la mayoría (Bordera, 2021). Recogiendo las reflexiones de Jorge Riechmann, Bordera señala que "lo ecológicamente necesario es políticamente imposible. ¿Cómo hacemos deseable lo que parece imposible, pero es manifiestamente inevitable? Ése es el debate clave" (Bordera, 2021). Lo que se trata en este texto no es de desdeñar los términos de este debate, pero sí pasar de la reflexión teórica del decrecimiento, y empezar a pensar en cómo intervenimos en la realidad con ese programa.

Lo cierto es que la clase trabajadora en los países industrializados y ricos es, en resumidas cuentas, mucho más contaminante que la mayor parte de la población en los países del Sur global. Pero esto no es solo fruto de una ideología neoliberal que imponga sobre la población aspiraciones pequeñoburguesas de crecimiento mediante el consumo, sino que la propia estructura económica del capital impulsa al consumo de productos contaminantes y aleja la posibilidad de elegir otra forma de consumir a gran parte de la población. Desde el punto de vista de la producción, la mayor parte de la gente tampoco elige si quiere trabajar para una petrolera, un banco o cualquier otra industria inmoral o contaminante. La cuestión de transformar el deseo es importante, pero la cuestión

crucial es pensar en cómo intervenimos en las luchas existentes y con qué estrategia impulsamos otras nuevas sabiendo que el consumo neto global debe disminuir y que para ello el consumo en el Norte global debe hacerlo en una medida mucho mayor. Atribuir la catástrofe ecológica a una cada vez más empobrecida clase trabajadora no solo es ilusorio (pues no es como si esta pudiera encontrar de forma accesible formas de ocio o esparcimiento fuera de los circuitos de consumo) sino que nos sigue situando en una discusión abstracta.

La dicotomía entre lo posible, pero insuficiente y lo necesario, pero imposible es la misma que existe entre las diversas formas de capitalismo verde y el ecosocialismo descalzo que defiende, entre otros, Jorge Riechmann (Riechmann, Almazán, Madorrán y Santiago Muíño, 2018), que ve que las rápidas y profundas transformaciones socioeconómicas que tendrían que estar teniendo lugar no se producen. Pero ningún sistema económico dura para siempre. La pregunta no es si el capitalismo logrará ser superado, sino cuándo. Además, el hecho de que ya no puedan evitarse parte de las peores consecuencias de la crisis climática no puede hacernos pensar un segundo que podamos darnos el lujo de rendirnos. Porque la crisis no va a ser –y no está siendo ya– rápida e indolora, sino larga (en relación con la duración de la vida humana) y agónica[15]. No nos queda otra que tratar de trascender la desesperanza generalizada de la izquierda (que desconfía en avanzar hacia cualquier forma de socialismo), fruto de lo lejana que nos queda ya cualquier revolución socialista medianamente triunfante, y empezar a pensar estratégicamente cómo vamos a intervenir en el mundo.

De qué hablamos cuando hablamos de ‘reformismo’

El caso del Green New Deal (GND) o Pacto Verde es el caso paradigmático de cómo posturas de izquierda terminan en proyectos reformistas (o más bien neorreformistas, como explicaré); esto es, aquellos que pretenden transformar la realidad desde las instituciones burguesas existentes. El GND en sus versiones más de

izquierda sería un modelo transitorio que serviría de puente hacia un sistema que pudiera hacer frente realmente a la crisis sistémica[16]. En este sentido, el GND nos haría ganar tiempo, pero ¿tiempo para qué y a costa de qué, y de quienes? Como defenderé, este tipo de opciones reformistas lo único que terminan haciendo es reforzar el sistema vigente y descentrarnos el debate hacia falsas soluciones o soluciones incompletas.

En el espectro de planteamientos que pretenden dar solución a la crisis ecosocial encontramos también la plétora de nuevos enfoques de la economía, como la economía ecológica, economía circular o economía feminista. Se trata de enfoques que, dentro de una disciplina anclada a modelos obsoletos como es la economía neoclásica, incapaz de evolucionar en muchos de los entornos en que se desarrolla, tratan de repensar la disciplina en torno a modos de concebir al ser humano y sus relaciones más realistas. Para evitar que estos enfoques, que sí apuntan al después del capitalismo, caigan en saco roto y terminen sirviendo para legitimar opciones reformistas, deben ser construidos desde una mirada estratégica que se centre no solo en lo deseable, sino también en lo posible y en los pasos intermedios para lograr eso posible[17].

Pensar estratégicamente la política supone —o para mí supuso, al menos— una vuelta casi al principio. Porque se trata de valorar las opciones políticas teniendo en cuenta no solo el objetivo al que estas apuntan, sino el tipo de políticas que pueden o acaban legitimando. Este capítulo pretende ser una humilde reflexión estratégica para abordar la crisis ecológica y social a la que nos enfrentamos.

Me he referido como “reformista” a toda estrategia que aboga por buscar soluciones de izquierda dentro de los límites del capitalismo, pero en rigor se trató de un término referido a la socialdemocracia europea a finales del siglo XIX y principios del XX. Rosa Luxemburg fue la gran crítica del reformismo y en su célebre libro Reforma o revolución debatió contra el político Eduard Bernstein sobre la posibilidad de llegar al socialismo erosionando sus instituciones y órganos de poder desde dentro en lugar de apostando activamente por una revolución que tratase de derrocarlo (Luxemburg, 2015). Luxemburg señalaba que “erosionar” el capitalismo introduciendo

revolucionarios en sus órganos de gestión no era posible, porque pronto este subsumiría las demandas de los socialistas dentro de su seno, aplicando como mucho pequeñas medidas de contención que solo servirían para prolongar la vida del sistema. Con el tiempo se vio que el diagnóstico de Luxemburg era correcto, y la socialdemocracia quedó como un ala izquierda de la política de los parlamentos europeos, sin peso real para propiciar ni dirigir revoluciones. En momentos críticos, como en 1914, jugaron un papel abiertamente reaccionario (aprobando en Alemania los créditos de guerra para entrar en la Primera Guerra Mundial y condenar a una gran parte de la clase trabajadora europea a participar de una guerra burguesa y ajena a sus intereses de clase).

Cuando pensamos hoy en la separación entre reformistas y revolucionarios, las diferencias no siempre son tan claras. En primer lugar, es más correcto denominar a partidos como Podemos en el Estado español o Syriza en Grecia "neorreformistas" en el sentido en que ni siquiera hablan de llegar al socialismo erosionando el sistema, sino de alcanzar una democracia más real que la que se hallaba anquilosada por varias décadas de neoliberalismo seguido de crisis continuas del capital. Otras formaciones tienen posturas más propiamente reformistas, como los partidos comunistas europeos; y otras oscilan entre posturas revolucionarias y posturas reformistas, aduciendo que ya no importa tanto tal distinción.

Pero seguir distinguiendo entre posturas reformistas y revolucionarias sigue teniendo sentido, tal y como hemos podido ver en los últimos años de lucha de clases y en la emergencia de nuevas formaciones políticas de izquierda como Podemos o Syriza. Mientras que, aparentemente, apoyar a estas formaciones de izquierda nos acerca a conseguir pequeñas victorias sociales como la implantación de medidas feministas y ecologistas, no solo estas son más que limitadas, sino que, además, los partidos reformistas desactivan y cooptan (no siempre de forma explícita) a los movimientos sociales que los auparon al poder. El ejemplo paradigmático fue el 8M de 2019 en el Estado español, en el cual las burocracias sindicales, las representantes de partidos del régimen o reaccionarios (PSOE, Partido Feminista) y los sectores afines a Podemos pedían abandonar la huelga feminista a favor de institucionalizar las demandas del feminismo.

Pero este fenómeno no es nuevo. Tal y como señalan Emilio Albamonte y Matías Maiello, la cooptación y burocratización de los movimientos sociales se remonta la historia del movimiento obrero del último siglo:

De conjunto la burocracia es la pieza clave en el fenómeno de estatización de los sindicatos, los cuales, por su peso estructural desde el punto de vista de la relación salarial y la producción capitalista, son fundamentales en aquel proceso de "organización" del consenso. Con sus particularidades, este fenómeno se extendió a otros tipos de organizaciones y movimientos durante la segunda mitad del siglo XX; por ejemplo, al interior del movimiento estudiantil (amplificado por el desarrollo de las universidades de masas), o de los movimientos por los derechos civiles luego que tuvieron su gran auge en las décadas de 1950 y 1960, o a los llamados "movimientos sociales" (Albamonte y Maiello, 2017: 533).

En el fondo, de lo que se trata es de la modificación de la estructura política que señalaba Gramsci, que acerca a la sociedad civil al poder político[18]. Y tal y como escribía Trotsky, se produce una estatización de las organizaciones obreras[19] que es la misma que se termina produciendo en el seno de otros movimientos sociales.

Precisamente contra esta cooptación y burocratización se tiene que erigir un ecologismo revolucionario, que no pacte con programas ni organizaciones reformistas o neorreformistas y que sea capaz de poner en pie la única alternativa política que puede poner algo de freno a la catástrofe ambiental a la que nos dirigimos. Organizada desde abajo por la clase trabajadora y los sectores populares, que son tanto los únicos que pueden tener en sus manos las herramientas para instaurar una economía planificada del alcance necesario, por su posición estratégica, como los que tienen verdadero interés para que ello ocurra.

Tal y como señala Andreas Malm, el reformismo no es una opción viable ni deseable para gestionar las crisis ecológicas porque no lo ha sido para gestionar ninguna crisis. La socialdemocracia solo es

buena gestora de los tiempos de paz y bonanza del capitalismo, porque reparte beneficios sociales a quienes normalmente carecen de ellos cuando gobiernan opciones más conservadoras. Esa misma socialdemocracia fracasa sistemáticamente en el momento en el que hay cualquier tipo de crisis porque es incapaz de pasar por encima de la propiedad privada para evitar la miseria colectiva. Además, tal y como señala el filósofo estadounidense Michael Sandel, es en los momentos de crisis cuando las clases populares se ven más abandonadas por la izquierda y abrazan opciones populistas y reaccionarias, que prometen distribuir los recursos en base a una distinción entre "los de aquí" y los demás y culpan de la miseria a sectores como la población migrante, las mujeres o el colectivo LGTBI (Sandel, 2020).

La pandemia de coronavirus de 2020 en adelante está siendo un buen ejemplo de cómo todos los gobiernos capitalistas se han visto obligados a tomar medidas muy similares que rara vez iban a favor de la clase trabajadora. Las medidas han sido restrictivas y de aislamiento, favoreciendo una digitalización de las relaciones sociales y de la vida, que no solo es contraria al espíritu de comunidad que nos haría falta en una crisis semejante, sino que también va en contra de situarnos en una senda de menor dependencia de la energía fósil (Almazán y Riechmann, 2020). También se ha visto a nivel internacional cómo la mayoría trabajadora se veía expuesta al contagio en los centros de trabajo, al hacinamiento en sus hogares, a las aglomeraciones en el transporte público, al empeoramiento del sistema sanitario y del educativo y a la desaparición de casi todas las formas de ocio, llevando a la población a una situación donde, como rezaba una pintada en el centro de París, en dehors du travail, tout sera interdit[20].

La crisis climática no supone una excepción a las crisis recurrentes del capital en este punto. No hay una salida posible a la crisis ecosocial si no rompemos con el sistema que la produce[21], porque no ha sido hasta la llegada del capitalismo, financiada por un "chute" de combustibles fósiles almacenados durante millones de años, cuando nuestra especie ha podido poner en riesgo la posibilidad de su propia supervivencia a corto plazo; así como la de otras especies que están siendo víctimas de la Sexta Gran Extinción en curso.

Con este panorama, no podemos seguir aplazando el programa del socialismo, ni aliándonos con opciones políticas que solo van a hacernos perder un tiempo que es valiosísimo. Urge una salida revolucionaria del capitalismo, a nivel internacional, que encuentre el máximo número de aliados posible fuera de las clases dominantes, que ponga en el centro de la discusión la cuestión climática y energética y que se salde con el menor coste humano del que seamos capaces. Ha de ser un proyecto, además, que entienda que cualquier embestida que enfrentemos contra el capital recibirá una respuesta violenta por parte de los Estados y de los propietarios, principales interesados en que nada cambie.

¿Revolución para qué?

Una visión mainstream de la crisis ecosocial es la que insiste en convencernos de que el objetivo del ecologismo debe ser que la especie humana sobreviva. Pero lo que plantea un programa de izquierda consecuente también con la justicia social no es un mero supervivencialismo, donde los seres humanos sobrevivamos a cualquier costa, sino la construcción de un mundo que pueda y merezca la pena ser vivido y no solo salvaguardar la vida a cualquier precio, tal y como señala Adrián Almazán (Riechmann, Almazán, Madorrán y Santiago Muíño, 2018: 191). Frente a esta visión, debemos seguir apostando por vías de emancipación y formas de vida que se orienten a la felicidad.

La filósofa Marina Garcés habla de “nueva Ilustración radical” para referirse al cambio de pensamiento que tendríamos que realizar para salir de la condición póstuma en que se halla sumida la sensibilidad académica en torno a la cuestión (Garcés, 2017). Nadie estaría dispuesto a pelear por una revolución que tuviera como objetivo alcanzar una existencia miserable, pero llevadera. Esa nueva Ilustración radical, señala Garcés, recupera un espíritu de crítica radical a la par que ofrece ese momento de “iluminación”, un momento positivo de emancipación.

Pensar el reto de la crisis ecosocial con la intención de alcanzar

algún tipo de victoria sobre la barbarie y tomándonos en serio que se sigue tratando de luchar por un mundo donde más de siete mil millones de seres humanos tengan acceso a una vida buena supone replantearlo casi todo desde el principio. Para mí supuso volver sobre cada informe, libro, texto o autora que tuviera en consideración nuestras dinámicas ecocidas y empezar a valorar su propuesta en términos de deseabilidad y viabilidad, pero sin perder la radicalidad política que nos hace falta para no caer en falsas soluciones. Por eso, las propuestas de capitalismo verde en sus diversas variantes cayeron por su propio peso. También todos los enfoques estratégicos que tendían a una alianza indefinida con empresas o gobiernos capitalistas, como si de ellos fuera a poder extraerse algo más que un continuo lavado de cara.

En este sentido, aplastar el capitalismo es la única vía a través de la cual podemos tener alguna oportunidad. Un programa que ponga el foco en el decrecimiento global material (que conllevará, necesariamente, que en muchos sentidos parte de la población más pobre del planeta vea crecer sus insumos energéticos a la par que para la otra estos decrecen) no puede aliarse con opciones del mal menor ni perder la radicalidad política que requiere la situación de actual crisis.

Se trata de abandonar cierta ingenuidad, presente en las apuestas por gobiernos neorreformistas que solo logran darle continuidad al capitalismo, volviéndolo “más humano” y fracasando a menudo en ese poco ambicioso objetivo. A mucha gente sorprendió aquella frase de Pablo Iglesias en el programa Salvados: “No es lo mismo estar en el gobierno que estar en el poder”; pero se trata de algo que los y las revolucionarias llevaban señalando más de un siglo. No basta con mover ficha y tomar posiciones en los gobiernos capitalistas, sino que se trata de romper el tablero de juego.

Interseccionalidad. Una mirada desde la estrategia socialista

El capitalismo, como se ha señalado ya, no solo devasta los ecosistemas de los que depende y socava las bases materiales para su propia reproducción: también explota a la clase trabajadora y se nutre de las diversas opresiones sociales, muchas preexistentes al propio capitalismo.

Los principales beneficiados de que existan el heteropatriarcado, el racismo y la desigualdad social en un sentido amplio son los mismos que se ven beneficiados por la continuidad de los mecanismos del capital, porque este se nutre de todos los anteriores para reproducirse y es solo en cotas muy limitadas que permite la mejora de las condiciones de vida de las mayorías explotadas y oprimidas (Martínez y Burgueño, 2019); y siempre a costa de otras o de las propias bases materiales de nuestra existencia futura.

Desde la izquierda se han popularizado en los últimos años posiciones que, aprovechando como excusa la centralidad estratégica de los métodos de lucha de la clase trabajadora como herramienta para combatir al capital, los han contrapuesto a cualquier lucha supuestamente no relacionada con la lucha obrera, tachándola de identitaria. Este es el caso del estalinismo reaccionario de posturas como las del Frente Obrero o de tuiteros conocidos como Jon Illescas. Para ellos, y siguiendo los argumentos de Daniel Bernabé, la lucha por los derechos de las mujeres, de las disidencias sexuales o de género, las personas migrantes, las racializadas y el propio ecologismo serían fruto del individualismo burgués y contrapuestas a la lucha de la clase trabajadora real (Bernabé, 2018). Este argumento no solo ignora la propia tradición marxista que trata de reivindicar (pues no hay más que leer El origen del Estado, la propiedad privada y la familia de Engels, o las diversas obras de Clara Zetkin, Aleksandra Kollontái o Rosa Luxemburg, para darse cuenta de que las reivindicaciones por los derechos de las mujeres, por poner un ejemplo, estaban en el inicio ya del pensamiento marxista y revolucionario) sino que además presenta una visión de la clase trabajadora como un todo unitario, con unos intereses que solo son los laborales. Como si dentro de la clase trabajadora no hubiera mujeres (en muchas ocasiones, ocupando las posiciones más precarias), personas LGTBI, personas migrantes o racializadas, y la vida y salud de todas ellas no dependiera de que no se sigan socavando las bases materiales de la

vida por el efecto ecodestructivo del capital. Sus intereses como clase trabajadora no son, en este sentido, distintos a sus intereses como “identidades”.

Además, tampoco basta con hacer una revolución socialista para que, de pronto, todas las desigualdades desaparezcan. No hay que hacer política-ficción para mostrarlo. El caso del Estado obrero degenerado soviético nos ofrece un ejemplo de lo que ocurre cuando cobran relevancia posiciones reaccionarias sobre las revolucionarias. Tras ser uno de los primeros países del mundo en legalizar el divorcio y plantear numerosos planes sociales en la línea de terminar con el opresivo modelo de familia tradicional, la URSS retrocedió en derechos en ocasiones hasta tiempos del zarismo en cuestión de pocos años. Tampoco la URSS logró ser un ejemplo de gestión sostenible de los recursos naturales. Esto, lejos de hacernos pensar que no existe ninguna esperanza, debe hacernos reflexionar sobre qué tipo de estrategia necesitamos para que los cambios que pretendemos impulsar sean todo lo profundos que hace falta.

Por otro lado, el otro polo de la discusión suele situarse en esas mismas posturas “identitarias” que los anteriores mencionados critican. Habitualmente se hace una especie de muñeco de paja con este tipo de posiciones. Se las llama “posmodernas”, “identitarias” o “interseccionales” o simplemente queer, mezclando varios tipos de posicionamientos, grupos y teorías. Aquí no se hará una distinción exhaustiva, pero sí se tratará de aclarar un poco a qué nos referimos con “interseccionalidad” y cuál es el posicionamiento que nos atañe; esto es, el estratégico de su planteamiento.

Interseccionalidad es un término que no aparece definido hasta 1989 por Kimberle Crenshaw en Estados Unidos, pero se trataba ya de una palabra utilizada por el feminismo negro para señalar que las feministas blancas del momento tenían posicionamientos racistas y no consideraban la cuestión racial como un eje de la discusión importante en los debates sobre la lucha de las mujeres.

Este es un tópico que veremos a menudo en la historia de los movimientos sociales: los obreros no son ecologistas, los obreros son racistas o machistas, las feministas son antiobreristas, las feministas son antiderechos LGTBI, los gays son antifeministas… Se trata de simplificaciones que ponen de relieve las contradicciones,

por un lado, entre los diversos movimientos de emancipación social y, por otro lado, entre ellos y el propio capital, que tratará de utilizarlos, cooptarlos, burocratizarlos y mercantilizarlos todo lo que sea capaz. Lo cierto es que las diversas luchas a favor de los derechos sociales pueden excluir —y excluyen de facto a menudo— otras, por considerarlas menos importantes; pero esto ocurre cuando se carece de una perspectiva revolucionaria y de superación real del sistema. Un ecologismo revolucionario como el que habría que construir debería trascender estas discusiones integrando las diversas necesidades de los grupos oprimidos, entendiendo que es el mismo sistema que destruye las condiciones de habitabilidad de la Tierra el principal beneficiado de que exista la explotación y la opresión.

El enfoque interseccional trata de integrar todas las luchas sociales (aunque por su desconfianza frente a los sindicatos burocráticos y por su rechazo a las posiciones reaccionarias anteriormente mencionadas no siempre se habla de la propia lucha de clases) en forma de suma, para resistir de conjunto ante el sistema capitalista[22]. El problema es que, a menudo, su discurso se centra en esa resistencia, y no en pasar a la acción contra el capitalismo, porque en primer lugar este se considera uno más de los "sistemas" que atraviesan las problemáticas humanas. Tal y como señala Marina Garcés se trata de cierta mentalidad póstuma (y no solo posmoderna) en el sentido en que da por sentado que la lucha activa contra el sistema carece ya de potencialidad:

La política como acción de rescate ciudadano se pone por delante de la política como proyecto colectivo basado en el cambio social. Incluso en los movimientos sociales y en el pensamiento crítico actual hablamos mucho de 'cuidados'. Cuidarnos es la nueva revolución. Quizá este es hoy uno de los temas clave que van desde el feminismo hasta la acción barrial o la autodefensa local. Pero estos cuidados de los que tanto hablando quizá empiezan a parecerse demasiado a los cuidados paliativos (Garcés, 2017: 25-26).

El enfoque interseccional, que es propio del activismo de los movimientos sociales, tiende a considerar que las reivindicaciones de los diferentes grupos sociales están en permanente lucha, y que como cada realidad es intraducible no podemos opinar sobre cómo luchar en conjunto si eso atañe al método de lucha de un grupo diferente al nuestro (esto es, no se puede cuestionar si determinada táctica de un grupo de activistas antirracistas ha sido o no útil porque lo hacemos desde nuestra blanquitud, por ejemplo), invalidando a menudo la posibilidad real de debate político. Esto, unido a que no se considera que la clase trabajadora tenga una posición de fuerza privilegiada a la hora de impulsar el cambio social, hace que el enfoque interseccional por sí solo no sea revolucionario; pues no busca destruir el Estado, sino resistir a él; y las herramientas para conseguir esta resistencia son utilizadas a menudo de forma acrítica.

Se trata, pues, no de hacer un ranking de opresiones donde la explotación de clase ocupa el primer puesto, sino de darle primacía estratégica a aquellas formas de lucha que precisamente puedan aunar a todas las oprimidas del mundo, que son las de aquellos y aquellas que ocupan posiciones productivas en nuestro sistema ecocida: refinerías, centrales logísticas, servicios públicos, transportes, etcétera. Precisamente son estos sectores los que mayor relación tienen con la crisis ecológica y desde los cuales se podrían repensar las sociedades en términos energéticos. Esto es a lo que Gramsci denomina hegemonía, y no solo a un proceso discursivo e intelectual tal y como señala el investigador Juan dal Maso (Dal Maso, 2016).

El ecologismo se ha vinculado con otros movimientos emancipatorios desde su origen. En relación con la cuestión de la mujer, desde los años 1970 existen diversas corrientes ecofeministas, que señalan que la opresión que sufren las mujeres y la extralimitación ecológica son las dos caras de una misma moneda. La moneda es la de la necesidad de control del patriarcado ecocida, que mediante sus métodos de control de la otredad ejerce una violencia sistémica contra ella. Este es el punto de partida de teóricas ecofeministas como María Mies y Vandana Shiva. En el Estado español, autoras como Alicia Puleo y Yayo Herrero han señalado que el ecofeminismo ha de darse entendiendo que las

lógicas de este patriarcado ecodestructivo corresponden a las del capitalismo.

Lo que señala la estrategia revolucionaria que se defiende aquí es que la estrategia ha de ser de confrontación con el Estado y de hegemonía obrera. Solo así se puede evitar la cooptación por parte de formaciones reformistas y de burocracias activistas, a la par que se responde de forma solvente a la crisis ecosocial; esto es, con una verdadera ruptura sin medias tintas con el capitalismo.

En lo más concreto, esto se traduce en dejar de considerar que las reivindicaciones de los obreros y los del ecologismo están enfrentadas como si no fuese la clase trabajadora la que carga (y cargará) la inmensa mayor parte de la crisis sobre sus hombros si el sistema no cambia radicalmente. Frente a los intentos del capitalismo neoliberal por tratar de convertir las luchas en algo inoperante e inofensivo, una verdadera unión estratégica es necesaria.

El ejemplo de Total (entre otros)

Existen ejemplos de cómo se cristaliza la estrategia que se ha defendido aquí (marxismo revolucionario y hegemonía obrera para enfrentar al capitalismo). Así, pongamos por caso, el primer 8 de marzo, que fue el pistoletazo de salida de la revolución de febrero en Rusia, es un buen ejemplo de cómo la lucha por los derechos de la mujer no ha sido nunca una lucha desconectada de la lucha obrera.

En relación con las cuestiones ambientales, existen ejemplos que muestran cuál podría ser el camino para el ecologismo revolucionario. Desde la fábrica recuperada en Zanon y la unión entre obreros ceramistas y el pueblo mapuche en Neuquén (Argentina) hasta la lucha en la refinería de Grandpuits (Francia) encontramos ejemplos que nos permiten aventurar cuál sería el camino que seguir por los ecologistas para llevar a cabo esta estrategia. Si bien en ningún caso contamos con una gran victoria

(en el sentido de que una gran huelga general haya logrado reconvertir un sector o empresa por entero y empezar a paliar los efectos de la crisis ecológica), sí encontramos luchas que deben servir de ejemplo. Otro sería la empresa armamentística de Lucas Aerospace, en la que se dio una importante movilización en los años 1970. El objetivo de este apartado es desarrollar un poco la historia de estas luchas para obtener enseñanzas que hoy nos puedan resultar útiles.

Quizá la lucha más reciente es la que se desarrolla desde el año 2020 en la refinería francesa de Total en Grandpuits, localidad cercana a París. Tal y como ha señalado el filósofo francés Alain Deneault, Total es una multinacional orientada al negocio de los hidrocarburos que no solo resulta responsable de una cantidad ingente de emisiones de gases de efecto invernadero a la atmósfera, sino que también es profundamente imperialista en sus actividades, explotando recursos fósiles en países africanos que suponen el desplazamiento forzoso de la población local (Deneault, 2017).

A finales de 2020, Total anunció que había desarrollado un plan de reconversión ecológica por el que centraría en adelante su negocio en los biocombustibles y cerraría plantas, despidiendo a los trabajadores de ellas. Todo eso con el pretexto de ajustarse a la necesidad de dejar de emitir gases de efecto invernadero. Pronto, los trabajadores de la planta afectada de Grandpuits, en relación con asociaciones ecologistas, desvelaron que los verdaderos planes de la empresa eran los de hacer un lavado de cara verde (greenwashing) a la par que se abrían a nuevos nichos de negocio aún más contaminantes si cabe.

Como señaló uno de sus trabajadores y sindicalista de la CGT, una empresa que es de las principales responsables de las emisiones en un país rico e imperialista como Francia no podía ser la responsable en liderar la transición energética[23]. La clave del conflicto fue que los trabajadores se situaron a favor de una reconversión ecológica de las actividades de la refinería, pero lo que señalaban era la contradicción de que fuese la propia empresa la que pudiera llevar a cabo esta reconversión, y no los propios obreros petroleros poniendo la fábrica al servicio de la transición energética.

Aunque es un conflicto en curso, pues las primeras huelgas

comenzaron en enero de 2021, tiene varios elementos de interés para nuestra argumentación. En primer lugar, se estableció desde el primer momento una alianza con agrupaciones ecologistas que, de otra forma, nunca habrían entrado en el conflicto sindical de unos petroleros (más bien al contrario, podrían haber estado a favor del cierre de la refinería sin más debate). En segundo lugar, las victorias que han conseguido desde entonces se han dado en colaboración entre las huelgas y movilizaciones de los trabajadores (que han paralizado el cierre) y los informes técnicos de las asociaciones (que han sacado a la luz los verdaderos planes de Total, que incluían seguir expoliando de la misma manera el territorio y extrayendo recursos fósiles, pero abriéndose camino a nuevas formas de extracción de energía contaminante)[24]. En tercer lugar, la lucha se desenvuelve en un país del Norte global como el nuestro, lo cual nos da una pista de por dónde podrían ir los tiros si quisiéramos intervenir con una perspectiva revolucionaria a la par que ecologista en las diversas luchas, como el cierre de minas, los conflictos sindicales en las fábricas automovilísticas o el más conocido cierre de la planta de Airbus en Puerto Real. También nos muestra que la clase trabajadora tiene capacidad para integrar diversas luchas que trascienden lo sindical y concreto, como lo hace patente el hecho de que en la fábrica se hayan establecido comités de mujeres y que la voz mayoritaria del sindicato apueste por una expropiación de la fábrica bajo control de los trabajadores y trabajadoras.

Otro ejemplo es el de Zanon, que en 2009 se convirtió oficialmente en una fábrica expropiada por la Legislatura de la provincia argentina de Neuquén. La fábrica, que había sido construida en los años 1970 en terreno y con subvenciones públicas, comenzó su lucha en 1996, cuando los trabajadores realizaron un paro para exigir la readmisión de un compañero despedido. Tras la muerte de un trabajador en el año 2000 comenzó una huelga y una de sus figuras visibles, Raúl Godoy, fue elegido secretario general del Sindicato de Obreros y Empleados Ceramistas del Neuquén (SOECN). Ello permitió a los trabajadores tener una posición de fuerza cuando, en 2001, la empresa anunció el cierre de la planta y el despido de 380 trabajadores. Tras 34 días de paro y una represión policial que se saldó con detenciones, se llamó a un paro nacional que sirvió para constituir una coordinadora entre los

diversos sectores de trabajadores en lucha y otros movimientos como el estudiantil de la zona.

Tal y como cuenta el propio Raúl Godoy, gracias a la alianza establecida entre estos sectores y los conocimientos técnicos de los universitarios, la fábrica volvió a encender cuatro de sus hornos en marzo de 2002, pero ya sin patrones al frente de su funcionamiento (Godoy, 2017). Además, los ceramistas establecieron una alianza estratégica con el pueblo mapuche, quien habían visto su tierra expoliada por los anteriores propietarios de la empresa dado que era la fuente de la arcilla que se utilizaba en la fábrica. Los trabajadores hicieron tratos justos con los mapuches quienes, además, ayudaron en la defensa de la fábrica en los diversos intentos por parte de las administraciones públicas de desmantelarla, incluso por la fuerza de las armas.

La unión de la comunidad que generó la lucha por la fábrica ayudó al resto de movimientos también. En la zona se construyó un nuevo centro de salud, se crearon nuevos puestos de trabajo (entre ellos en una fábrica de cajas) para desempleados de la zona y se recibió el apoyo de artistas y activistas de todas partes. En 2011, Raúl Godoy pasó a ocupar un cargo legislativo en la provincia del Neuquén, lo que permitió estar en mejores condiciones para apoyar luchas posteriores en la zona.

Del ejemplo de Zanon cabe sacar dos enseñanzas interesantes: en primer lugar, que la universidad puede tener un papel importante en los procesos sociales de transformación del mundo en tanto en ella se albergan importantes conocimientos que pueden y deben ser esenciales en proyectos como minimizar los impactos negativos de la crisis ecosocial. Los ceramistas, que eran los que controlaban las máquinas, encontraron muy útil el conocimiento técnico de los ingenieros universitarios para poder volver a poner en marcha los hornos, y de la misma manera la universidad debería tener un papel para ayudar, facilitar y aconsejar a esos trabajadores en lucha que pretendan poner en pie proyectos que puedan dar respuesta a las necesidades reales de nuestras sociedades ante la crisis. No bastaría, por ejemplo, con que Total fuera expropiada bajo control obrero y siguiera su producción de energía contaminante; si lo que se quiere es que una refinería como Total pueda tener un impacto positivo a

nivel energético, eso requiere del asesoramiento y la ayuda de colectivos ecologistas, ingenieros e intelectuales que hayan pensado esta cuestión ya antes.

En segundo lugar, Zanon muestra cómo sectores en lucha que, en principio, no tendrían relación o comunicación entre sí, pueden establecerla. Es el caso de la lucha por el territorio del pueblo mapuche y la lucha laboral de los ceramistas. Además, la colaboración entre estos dos sectores mostró también cómo la explotación laboral y el beneficio capitalista bebe del expolio de los recursos naturales; de la misma manera que el mayor impacto de las actividades de Total recae sobre territorio centroafricano, y no europeo.

Por último, señalo la lucha de la compañía aeronáutica Lucas Aerospace en los años 1970 como tercer ejemplo relevante. En un momento de experimentación con el neoliberalismo, con la excusa de la racionalización del libre mercado, Reino Unido vivió un auge en la lucha de clases como forma de combatir el cierre de fábricas y las pérdidas masivas de empleo. La lucha llegó a los trabajadores de la aeronáutica Lucas, que se dedicaba a la fabricación de maquinaria de guerra. Para evitar despidos, los trabajadores crearon un plan alternativo al de la empresa, basado en crear productos pacíficos y con el criterio de utilidad social. Los trabajadores se servían de sus lazos con otros sectores y de donaciones para evaluar qué necesidades podían ser satisfechas con sus habilidades y herramientas y crear nuevos productos, como motores de hidrógeno o aparatos renales portátiles. Una de las premisas principales es que la gestión de la fábrica tenía que ser democrática y entre todos los trabajadores a todas las escalas. Este fue el motivo de que desarrollaran, incluso, tecnología pensada para minimizar el riesgo para la seguridad en el trabajo.

Los planes pretendían ponerse en marcha mediante huelgas y la creación de un movimiento amplio de trabajadores, intelectuales y activistas que pudieran hacer realidad lo que se conoció como el “Plan Lucas”. Aunque los obreros fueron finalmente despedidos, el Plan Lucas recibieron una gran aceptación política debido a su idea de democratizar radicalmente la producción conforme a las verdaderas necesidades sociales, involucrando a trabajadores y

usuarios en los procesos de decisión y sirviendo para transformar la sociedad de su conjunto, y no solo las condiciones en los centros de trabajo.

De este ejemplo, como del de Zanon, no solo podemos extraer la necesidad de intervenir en la lucha obrera conforme al criterio de que lo que se produzca ha de tener utilidad social; sino que también, y al estilo de los soviets, debemos recordar que la reordenación de la producción es y debe seguir siendo para un ecologismo revolucionario algo en unión con la transformación social.

BIBLIOGRAFÍA

Agenjo

Calderón

, Astrid, 2021. Economía política feminista. Sostenibilidad de la vida y economía mundial. Madrid: Catarata.

Albamonte

, Emilio y

Maiello

, Matías, 2017. Estrategia socialista y arte militar. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Almazán

, Adrián y

Riechmann

, Jorge, 2020. Contra la doctrina del shock digital. Madrid: Centro de documentación crítica.

Bernabé

, Daniel, 2018. La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora. Madrid: Akal.

Bordera

, Juan, 2021. “El decrecimiento y el siglo de los límites”. [online] ElDiario.es. Disponible en: https://www.eldiario.es/ultima-llamada/decrecimiento-siglo-limites_132_8187813.html [Último acceso 17 de julio de 2021] .

Dal Maso

, Juan, 2016. El marxismo de Gramsci. Notas de lectura sobre los Cuadernos de la cárcel. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Deneault

, Alain, 2017. De quoi Total est-elle la somme? Multinationales et perversion du droit. Rue de l’Échiquier: Écosociété.

Garcés

, Marina, 2017. Nueva ilustración radical. Barcelona: Anagrama.

Godoy

, Raúl, 2018. Zanon. Fábrica militante sin patrones: el rol de los trotskistas. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Gramsci

, Antonio, 2000. Cuadernos de la cárcel, México D.F.: Era

Luxemburg

, Rosa, 2015. Reforma o revolución. Madrid: Akal.

Malm

, Andreas, 2020. El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social. Madrid: errata naturae.

Martínez

, Josefina, 2021. "Ni posmos ni rojipardos", ctxt, 1 de agosto de 2021 https://ctxt.es/es/20210801/Firmas/36934/estibadores-black-lives-matter-clase-obrera-identidad.htm [consultado el 20 de agosto de 2021] .

Martínez

, Josefina y

Luz

Burgueño

, Cynthia, 2019. Patriarcado y capitalismo. Feminismo, clase y diversidad. Madrid: Akal.

Meadows

, Donella y

Meadows

, Dennis, 1972. Los límites del crecimiento. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica

Mies

, Maria y

Shiva

, Vandana, 2016. Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas. Madrid: Icaria.

Puleo

, Alicia, 2019. Claves ecofeministas. Madrid: Plaza y Valdés.

Raworth

, Kate, 2018. Economía Rosquilla. 7 maneras de pensar la economía del siglo XXI, Barcelona: Espasa.

González Reyes

, Luis, 2021. "Estrategias decrecentistas" – Viento Sur [online] Disponible en: https://vientosur.info/estrategias-decrecentistas/ [consultado a 21 de agosto de 2021]

Riechmann

, Jorge;

Almazán

Gómez

, Adrián;

Madorrán

Ayerra

, Carmen y Santiago

Muíño

, Emilio, 2018. Ecosocialismo descalzo. Tentativas. Barcelona; Icaria.

Riechmann

, Jorge, 2019. Otro fin del mundo es posible, decían los compañeros. Sobre transiciones ecosociales, colapsos y la imposibilidad de lo necesario. Barcelona: mra ediciones.

Riechmann

, Jorge y

Fernández

Buey

, Francisco (eds.), 1997. Trabajar sin destruir: trabajadores, sindicatos y ecologismo. Madrid: HOAC.

Sandel

, Michael, 2020. La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común? Madrid: Debate.

Tejero

, Héctor y

Santiago

Muíño

, Emilio, 2019. ¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal, Madrid: Capitán Swing.

Trotsky

, León, 2010. Los sindicatos y las tareas de los revolucionarios, Buenos Aires: Ediciones IPS

Vicedo-Cabrera

, A. M.,

Scovronick

, N.,

Sera

, F. et al. "The burden of heat-related mortality attributable to recent human-induced climate change". Nat. Clim. Change 11,492–500 (2021). Disponible en: https://doi.org/10.1038/s41558-021-01058-x [consultado a 1 de agosto de 2021]

Wallace

, Robert, 2020. Grandes granjas, grandes gripes. Agroindustria y enfermedades infecciosas. Madrid: Capitán Swing.

Wright

, Erik Olin, 2020. Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI. Madrid: Akal.

Declaración ecosocialista de Belem (2009)

25

Ian Angus, Joel Kovel y Michael Löwy

El mundo está sufriendo de fiebre debido al cambio climático, y la enfermedad es el modelo de desarrollo capitalista.

Evo Morales,

presidente de Bolivia, septiembre de 2007

La elección de la humanidad

La humanidad se enfrenta hoy a una dura opción: ecosocialismo o barbarie.

No necesitamos más pruebas de la barbarie del capitalismo, el sistema parasitario que explota a la humanidad y a la naturaleza por igual. Su único motor es el imperativo del beneficio y, por tanto, la necesidad de constante crecimiento. Crea de forma derrochadora productos innecesarios, malgastando los recursos limitados del medio ambiente y devolviéndole al mismo tan solo toxinas y contaminantes. Bajo el capitalismo, la única medida de éxito es cuánto más se vende cada día, cada semana, cada año — implicando la creación de enormes cantidades de productos que son directamente perjudiciales para los seres humanos y la naturaleza, mercancías que no pueden ser producidas sin la propagación de enfermedades, la destrucción de los bosques que producen el

oxígeno que respiramos, la demolición de los ecosistemas y el tratamiento de nuestra agua, aire y suelo como las cloacas para la eliminación de residuos industriales—.

La necesidad capitalista de crecimiento existe en todos los niveles, desde la empresa individual al sistema en su conjunto. El hambre insaciable de las corporaciones se ve facilitada por la expansión imperialista en busca del acceso cada vez mayor a los recursos naturales, la mano de obra barata y nuevos mercados. El capitalismo ha sido siempre ecológicamente destructivo, pero en nuestro tiempo las agresiones a la Tierra se han acelerado. El cambio cuantitativo está dando paso a la transformación cualitativa, conduciendo al mundo a un punto de inflexión, al borde del desastre. Un creciente cuerpo de investigación científica ha identificado muchas formas en que los pequeños aumentos de temperatura podrían desencadenar efectos irreversibles y galopantes —como el rápido deshielo de la placa de hielo de Groenlandia o la liberación de metano enterrado en el permafrost y debajo de los océanos— que harían inevitable el cambio climático catastrófico.

Si no se detiene, el calentamiento global tendrá efectos devastadores en las personas, los animales y las plantas. El rendimiento de las cosechas se reducirá drásticamente, lo que producirá una hambruna a gran escala. Cientos de millones de personas serán desplazados por sequías en algunas áreas y por el aumento de los niveles de los océanos en otras. El tiempo caótico e impredecible se convertirá en la norma. El aire, el agua y el suelo serán envenenados. Las epidemias de malaria, cólera e incluso enfermedades más letales golpearán a los miembros más pobres y vulnerables de cada sociedad.

El impacto de la crisis ecológica se siente de forma más severa por aquellos cuyas vidas han sido ya devastadas por el imperialismo en Asia, África y América Latina, siendo los pueblos indígenas de todo el mundo especialmente vulnerables. La destrucción del medio ambiente y el cambio climático constituyen un acto de agresión de los ricos contra los pobres.

La devastación ecológica, resultante de la insaciable necesidad de aumentar los beneficios, no es un rasgo accidental del capitalismo:

está inscrito en el ADN del sistema y no puede ser reformada. La producción orientada al lucro solo considera un horizonte de corto plazo en sus decisiones de inversión, y no puede tener en cuenta la salud a largo plazo y la estabilidad del medio ambiente. La expansión económica infinita es incompatible con los ecosistemas frágiles y finitos, pero el sistema económico capitalista no puede tolerar los límites al crecimiento; su constante necesidad de expandirse subvertirá cualquier límite que pudiera imponerse en nombre del "desarrollo sostenible". Por lo tanto, el sistema capitalista intrínsecamente inestable no puede regular su propia actividad, y mucho menos superar la crisis provocada por su crecimiento caótico y parasitario, porque para hacerlo sería necesario establecer límites a la acumulación —una opción inaceptable para un sistema basado en la norma: ¡Crecer o Morir!—.

Si el capitalismo sigue siendo el orden social dominante, lo mejor que podemos esperar son insoportables condiciones climáticas, la intensificación de la crisis social y la propagación de las más bárbaras formas de lucha de clases, como la lucha de las potencias imperialistas entre sí y contra todo el Sur por el control continuado de los decrecientes recursos del mundo.

En el peor de los casos, la vida humana puede que no sobreviva.

Estrategias capitalistas para el cambio

No hay una ausencia de estrategias propuestas para combatir la ruina ecológica, incluyendo la crisis del calentamiento global que se cierne como resultado del excesivo aumento del dióxido de carbono atmosférico. La gran mayoría de estas estrategias tienen una característica común: están diseñados por y en nombre del sistema mundial dominante, el capitalismo.

No es de extrañar que el sistema mundial dominante que es responsable de la crisis ecológica también establezca los términos del debate sobre la misma, ya que el capital domina los medios de producción del conocimiento, tanto como los que producen el

dióxido de carbono atmosférico. En consecuencia, sus políticos, burócratas, economistas y profesores generan un sinfín de propuestas, todas las variaciones posibles sobre la cuestión de que el daño ecológico global puede ser reparado sin la interrupción de los mecanismos del mercado y del sistema de acumulación que dominan la economía mundial.

Pero una persona no puede servir a dos señores —la integridad de la Tierra y la rentabilidad del capitalismo—. Uno debe ser abandonado, y la historia deja pocas dudas sobre la lealtad de la inmensa mayoría de los que diseñan las políticas. Hay muchos motivos, por lo tanto, para dudar radicalmente de la capacidad de las medidas establecidas para frenar el deslizamiento a la catástrofe ecológica.

Y de hecho, más allá de un barniz cosmético, las reformas en los últimos treinta y cinco años han sido un fracaso monstruoso. Se producen mejoras aisladas por supuesto, pero son inevitablemente arrolladas y barridas por la implacable expansión del sistema y el carácter caótico de su producción.

Un ejemplo demuestra el fracaso: en los cuatro primeros años del siglo XXI, las emisiones mundiales de carbono fueron casi tres veces mayores por año que en los de la década de 1990, a pesar de la adopción del Protocolo de Kyoto en 1997.

Kyoto cuenta con dos dispositivos: el sistema Cap and Trade (Tope y Trueque) de comercio de créditos de contaminación para lograr la reducción de determinadas emisiones, y proyectos en el Sur –los denominados “Mecanismos de Desarrollo Limpio”– para compensar las emisiones en los países altamente industrializados. Todos estos instrumentos se basan en mecanismos de mercado, lo que significa, en primer lugar, que el dióxido de carbono atmosférico se convierte en una mercancía bajo el control de los mismos intereses que crearon el calentamiento global. Los contaminadores no están obligados a reducir sus emisiones de carbono, sino que se les permite usar su poder sobre el dinero para controlar el mercado de carbono para sus propios fines, que incluyen la exploración devastadora en busca de más combustibles basados en el carbono. Tampoco hay un límite a la cantidad de créditos de emisión que pueden ser emitidas por los gobiernos que cumplen.

Dado que la verificación y evaluación de los resultados son imposibles, el régimen de Kyoto no solo es incapaz de controlar las emisiones, sino que también ofrece amplias oportunidades para la evasión y el fraude de todo tipo. Incluso el Wall Street Journal señaló en marzo de 2007 que el comercio de emisiones "enriquecerá a algunas corporaciones muy grandes, pero no es posible creer ni por un minuto que esta charada hará mucho contra el calentamiento global".

El clima de las reuniones de Bali en 2007 abrió el camino para incluso mayores abusos en el futuro. Bali evitó cualquier mención de los objetivos para la drástica reducción de carbono presentada por la mejor ciencia del clima (90% en 2050); dejó los pueblos del Sur a merced del capital, dando la jurisdicción sobre el proceso al Banco Mundial; y haciendo la compensación de la contaminación de carbono aún más fácil.

Con el fin de afirmar y sostener nuestro futuro humano, se necesita una transformación revolucionaria, donde todas las luchas particulares tomen parte en una lucha mayor contra el propio capital. Esta lucha más amplia no puede ser meramente negativa y anticapitalista. Debe anunciar y construir un tipo diferente de sociedad, y ésa es el ecosocialismo.

La alternativa ecosocialista

El movimiento ecosocialista tiene como objetivo detener y revertir el desastroso proceso de calentamiento global en particular y el ecocidio capitalista en general, y construir una alternativa radical a la práctica y el sistema capitalista. El ecosocialismo se basa en una economía basada en los valores no monetarios de la justicia social y el equilibrio ecológico. Critica tanto "la ecología de mercado" como el socialismo productivista, que ignoraba el equilibrio de la Tierra y sus límites. Redefine la ruta y el objetivo del socialismo dentro de un marco ecológico y democrático.

El ecosocialismo implica una transformación social revolucionaria,

que conllevará la limitación del crecimiento y la transformación de las necesidades por un profundo desplazamiento de los criterios económicos cuantitativos a los cualitativos, el énfasis en el valor de uso en lugar del valor de cambio.

Estos objetivos exigen la adopción de decisiones democráticas en la esfera económica, permitiendo a la sociedad definir colectivamente sus metas de inversión y producción, y la colectivización de los medios de producción. Solo la toma de decisiones colectiva y la propiedad de la producción puede ofrecer la perspectiva de más largo plazo que es necesaria para el equilibrio y la sostenibilidad de nuestros sistemas naturales y sociales.

El rechazo del productivismo y el abandono de los criterios cuantitativos por los cualitativos implican un replanteamiento de la naturaleza y los objetivos de la producción y la actividad económica en general. Las actividades esenciales creativas, no productivas y reproductivas, tales como el trabajo doméstico, la crianza de los hijos, la atención, la educación de niños y adultos y las artes serán valores clave en una economía ecosocialista.

La limpieza del aire, el agua y el suelo fértil, así como el acceso universal a alimentos libres de agrotóxicos y a las fuentes de energía no contaminantes y renovables, son derechos humanos y naturales básicos defendidos por el ecosocialismo. Lejos de ser "despótico", el diseño colectivo de las políticas en los ámbitos local, regional, nacional e internacional contribuye al ejercicio social de la libertad y la responsabilidad comunal. Esta libertad de decisión constituye una liberación de las leyes económicas alienantes del sistema capitalista orientado al crecimiento.

Para evitar el calentamiento global y otros peligros que amenazan la supervivencia humana y ecológica, sectores enteros de la industria y la agricultura deben ser suprimidos, reducidos o reestructurados y otros deben ser desarrollados, asegurando al mismo tiempo el pleno empleo para todos. Una transformación tan radical es imposible sin el control colectivo de los medios de producción y la planificación democrática de la producción y el intercambio. Las decisiones democráticas sobre la inversión y el desarrollo tecnológico deben sustituir el control de las empresas capitalistas, los inversores y los bancos, con el fin de servir al

horizonte a largo plazo de la sociedad y el bien común de la naturaleza.

Los elementos más oprimidos de la sociedad humana, los pobres y los pueblos indígenas, deben participar plenamente en la revolución ecosocialista, con el fin de revitalizar las tradiciones ecológicamente sostenibles y dar voz a aquellos a quienes el sistema capitalista no puede oír. Debido a que los pueblos del Sur global y los pobres en general son las primeras víctimas de la destrucción capitalista, sus luchas y demandas ayudarán a definir los contornos de la sociedad ecológica y económicamente sostenible en construcción. Del mismo modo, la igualdad de género es parte integrante del ecosocialismo, y los movimientos de mujeres han sido uno de los más activos opositores de la opresión capitalista. Otros posibles agentes del cambio revolucionario ecosocialista existen en todas las sociedades.

Un proceso como este no puede empezar sin una transformación revolucionaria de las estructuras sociales y políticas basadas en el apoyo activo, por la mayoría de la población, de un programa ecosocialista. La lucha de la mano de obra —los trabajadores, los agricultores, los campesinos sin tierra y los desempleados— por la justicia social es inseparable de la lucha por la justicia ambiental. El capitalismo, la explotación social y ecológica y la contaminación, es el enemigo de la naturaleza y de la mano de obra por igual.

El ecosocialismo propone cambios radicales en:

El sistema energético, mediante la sustitución de los combustibles basados en el carbono y los biocombustibles por fuentes de energía limpia bajo el control de la comunidad: la eólica, geotérmica, marina, y sobre todo, la energía solar.

El sistema de transporte, reduciendo drásticamente el uso de camiones y automóviles, sustituyéndolos con un sistema eficaz y gratuito de transporte público.

Los patrones actuales de producción, el consumo y la construcción, que se basan en los residuos, la obsolescencia incorporada, la competencia y la contaminación, por la producción de bienes

duraderos y reciclables y el desarrollo de la arquitectura verde.

La producción y distribución de alimentos, por la defensa de la soberanía alimentaria local en la medida de lo posible, la eliminación de la agroindustria contaminante, la creación de agro-ecosistemas sostenibles y trabajar activamente para renovar la fertilidad del suelo.

Teorizar y trabajar hacia el logro del objetivo del socialismo verde no significa que no debamos luchar también por reformas concretas y urgentes en este momento. Sin ningún tipo de ilusiones acerca del "capitalismo limpio", debemos trabajar para imponer a los poderes —gobiernos, empresas, instituciones internacionales— algunos cambios inmediatos elementales pero esenciales:

Drástica reducción de la generación y la emisión de gases de efecto invernadero;

Desarrollo de fuentes de energía limpia;

Disposición de un amplio sistema de transporte público gratuito;

Sustitución progresiva de los camiones por trenes;

Creación de programas de limpieza de la contaminación;

Eliminación de la energía nuclear y el gasto militar.

Estas demandas y otras similares están en el corazón de la agenda del movimiento por la Justicia Global y los Foros Sociales Mundiales, que han promovido, desde Seattle en 1999, la convergencia de los movimientos sociales y medioambientales en una lucha común contra el sistema capitalista.

La devastación del medio ambiente no se detendrá en las salas de conferencias y las negociaciones de los tratados: solo la acción de

masas puede marcar la diferencia. Los trabajadores urbanos y rurales, los pueblos del Sur global y los pueblos indígenas de todo el mundo están a la vanguardia de esta lucha contra la injusticia social y medioambiental, combatiendo contra las multinacionales explotadoras y contaminantes, los agronegocios tóxicos y privadores de derechos, las semillas invasoras genéticamente modificadas, los biocombustibles que solo agravarán la actual crisis alimentaria. Debemos alentar estos movimientos socio-ambientales y fomentar la solidaridad entre las movilizaciones ecológicas y anticapitalistas en el Norte y el Sur.

Esta Declaración ecosocialista es un llamamiento a la acción. Las atrincheradas clases dirigentes son poderosas, pero el sistema capitalista se revela cada día más ideológica y financieramente en bancarrota, incapaz de superar las crisis económicas, ecológicas, sociales, alimentarias y de otro tipo que engendra. Y las fuerzas de la oposición radical están vivas y vitales. En todos los niveles, local, regional e internacional, estamos luchando para crear un sistema alternativo basado en la justicia social y ecológica.

Ecosocialismo y/o decrecimiento

26

MICHAEL Löwy

El ecosocialismo y el movimiento por el decrecimiento figuran entre las corrientes más importantes de la izquierda ecologista. Los ecosocialistas admiten que es necesario cierto grado de decrecimiento de la producción y el consumo a fin de evitar el colapso medioambiental. No obstante, mantienen una actitud crítica hacia las teorías del decrecimiento porque: a) el concepto de decrecimiento es insuficiente para definir un programa alternativo; b) no aclara si el decrecimiento puede lograrse en el marco del capitalismo o no; c) no distingue entre actividades que es preciso reducir y las que hace falta desarrollar.

Es importante tener en cuenta que la corriente decrecentista, que es particularmente influyente en Francia, no es homogénea: inspirada por críticos de la sociedad de consumo —Henri Lefebvre, Guy Debord, Jean Baudrillard— y del sistema técnico —Jacques Ellul—, comprende diferentes perspectivas políticas. Existen por lo menos dos polos bastante distantes, por no decir opuestos: por un lado, críticos de la cultura occidental tentados por el relativismo cultural (Serge Latouche) y, por otro, ecologistas de izquierda universalistas (Vincent Cheynet, Paul Michael).

Serge Latouche, conocido en todo el mundo, es uno de los teóricos del decrecimiento franceses más controvertidos. Claro que algunos de sus argumentos son legítimos: desmitificación del desarrollo sostenible, crítica de la religión del crecimiento y el progreso, llamamiento a una revolución cultural. Sin embargo, su rechazo global del humanismo occidental, de la Ilustración y de la democracia representativa, así como su alabanza sin remilgos de la

Edad de Piedra, resultan elementos claramente criticables. Pero esto no es todo. Su crítica de las propuestas de desarrollo ecosocialistas para países del Sur global —más agua limpia, escuelas y hospitales — por considerarlas "etnocéntricas", "ocidentalizantes" y "destructivas de los modos de vida locales" se hace bastante insufrible. Sin olvidar que su argumento de que no hace falta hablar del capitalismo, puesto que esta crítica "ya ha sido realizada, y bien, por Marx", no es serio: es como decir que no hace falta denunciar la destrucción productivista del planeta porque esto ya se ha hecho, y bien, por André Gorz (o Rachel Carson).

Más cerca de la izquierda se halla la corriente universalista, representada en Francia por el periódico La Décroissance, por mucho que se pueda criticar el republicanismo francés de algunos de sus teóricos (Vincent Cheynet, Paul Ariès). A diferencia del primero, este segundo polo del movimiento decrecentista tiene muchos puntos de convergencia —a pesar de las polémicas ocasionales— con los movimientos por la justicia global (ATTAC), los ecosocialistas y los partidos de la izquierda radical: ampliación de la gratuidad [bienes, servicios o instalaciones que se ofrecen gratuitamente], la preponderancia del valor de uso sobre el valor de cambio, la reducción de la jornada de trabajo, la lucha contra las desigualdades sociales, el desarrollo de actividades no mercantiles, la reorganización de la producción de acuerdo con las necesidades sociales y la protección del medio ambiente.

Muchos teóricos del decrecimiento parecen creer que la única alternativa al productivismo pasa por detener todo crecimiento, o sustituirlo por un crecimiento negativo, es decir, mermar drásticamente el excesivo nivel de consumo por parte de la población reduciendo a la mitad el gasto energético, renunciando a las viviendas unifamiliares, a la calefacción central, a las lavadoras, etc. Puesto que estas medidas de austeridad draconiana y otras similares pueden resultar bastante impopulares, algunos de ellos — incluyendo a un autor tan importante como Hans Jonas en su obra El principio de responsabilidad— juegan con la idea de una especie de "dictadura ecológica".

Frente a esta visión pesimista, los socialistas optimistas creen que el progreso técnico y el uso de fuentes de energía renovables

permitirán un crecimiento ilimitado y una sociedad de la abundancia, en la que cada persona pueda recibir según sus necesidades.

Creo que estas dos escuelas comparten una concepción puramente cuantitativa del crecimiento —positivo o negativo—, o del desarrollo de las fuerzas productivas. Hay una tercera posición, que me parece más apropiada: una transformación cualitativa del desarrollo. Esto supone poner fin al monstruoso despilfarro de recursos, propio del capitalismo, basado en la producción a gran escala de productos inútiles y/o dañinos: la industria de armamentos es un buen ejemplo, pero gran parte de los bienes producidos en el capitalismo, con su obsolescencia intrínseca, no tienen otra utilidad que generar beneficios para las grandes empresas.

El problema no es el consumo excesivo en abstracto, sino el tipo de consumo que prevalece, basado como está en la adquisición ostensiva, los desperdicios masivos, la alienación mercantil, la acumulación obsesiva de bienes y la compra compulsiva de supuestas novedades impuestas por la moda. Una sociedad de nuevo tipo orientaría la producción a la satisfacción de las verdaderas necesidades, empezando por las que podrían calificarse de bíblicas —agua, alimentos, ropa, viviendas—, pero incluyendo asimismo los servicios básicos: salud, educación, transporte, cultura.

¿Cómo distinguir lo auténtico de las necesidades artificiales, ficticias (creadas artificialmente) e improvisadas? Estas últimas se inducen a través de la manipulación mental, es decir, la publicidad. El sistema publicitario ha invadido todas las esferas de la vida humana en las sociedades capitalistas modernas: no solo los alimentos y la ropa, sino también el deporte, la cultura, la religión y la política se configuran de conformidad con sus reglas. Ha invadido nuestras calles, buzones, pantallas de televisión, periódicos y paisajes de una manera permanente, agresiva e insidiosa, y contribuye decisivamente a la creación de hábitos de consumo ostensivo y compulsivo. Además, malgasta cantidades enormes de petróleo, electricidad, tiempo de trabajo, papel, productos químicos y otras materias primas —todo ello pagado por los consumidores— en un sector productivo que no solo es inútil desde un punto de

vista humano, sino que está directamente en contradicción con las necesidades sociales reales.

Mientras que la publicidad es una dimensión indispensable de la economía de mercado capitalista, no tendría razón de ser en una sociedad de transición al socialismo, donde sería reemplazada por la información sobre bienes y servicios facilitada por asociaciones de consumidores/as. El criterio para diferenciar una necesidad genuina de otra artificial es su persistencia tras la supresión de la publicidad (¡Coca-Cola!). Por supuesto, durante algunos años persistirían los viejos hábitos de consumo, y nadie tiene derecho a decir a la gente cuáles son sus necesidades. El cambio de los patrones de consumo es un proceso histórico, así como un reto educacional.

Algunas mercancías, como el automóvil individual, plantean problemas más complejos. Los vehículos privados constituyen un estorbo público, matan y mutilan a cientos de miles de personas todos los años en el mundo entero, contaminan la atmósfera en las grandes ciudades con consecuencias funestas para la salud de niñas y niños y de las personas mayores y contribuyen significativamente al cambio climático. Sin embargo, responden a una necesidad real al transportar a las personas a su lugar de trabajo, a su casa o a sus espacios de ocio. Experiencias locales en algunas ciudades europeas que tienen administraciones con sensibilidad ecológica demuestran que es posible limitar progresivamente, con la aprobación de la mayoría de la población, la proporción de vehículos individuales en circulación a favor de los autobuses y tranvías.

En un proceso de transición al ecosocialismo, donde el transporte público, de superficie o subterráneo, se extendería ampliamente y sería gratuito para las usuarias y usuarios, y donde peatones y ciclistas contarían con calzadas protegidas, el coche particular desempeñaría un papel mucho menos importante que en la sociedad burguesa, en la que se ha convertido en una mercancía fetiche, promovida por una publicidad insistente y agresiva, en un símbolo de prestigio y un signo de identidad. En EE UU, el permiso de conducir constituye el documento de identidad reconocido y el centro de la vida personal, social o erótica. Será mucho más fácil, en la transición a una nueva sociedad, reducir drásticamente el

transporte de mercancías por carretera —causante de terribles accidentes y altos niveles de contaminación— y sustituirlo por el ferrocarril, o por lo que en Francia se llama ferroutage (camiones transportados por trenes de una ciudad a otra): tan solo la lógica absurda de la competitividad capitalista explica el peligroso crecimiento del transporte por carretera.

Sí, responderán los pesimistas, pero las personas tienen aspiraciones y deseos infinitos, que hay que controlar, comprobar, contener y, si es preciso, reprimir, y puede que esto requiera ciertas limitaciones de la democracia. Ahora bien, el ecosocialismo se basa en una apuesta, que ya fue la de Marx: el predominio, en una sociedad sin clases y liberada de la alienación capitalista, del ser sobre el tener, es decir, del tiempo libre para la realización personal mediante actividades culturales, deportivas, lúdicas, científicas, eróticas, artísticas y políticas, por encima del deseo de posesión infinita de productos.

La compra compulsiva bien inducida por el fetichismo de las mercancías inherente al sistema capitalista, por la ideología dominante y por la publicidad: nada demuestra que forme parte de una eterna naturaleza humana, como pretende que creamos el discurso reaccionario. Ya lo señaló Ernest Mandel: “La continua acumulación de más y más bienes (con menguante utilidad marginal) no constituye de ningún modo un rasgo universal o siquiera predominante del comportamiento humano. El desarrollo de talentos e inclinaciones como un fin en sí mismas; la protección de la salud y de la vida; el cuidado de niños y niñas; el desarrollo de relaciones sociales enriquecedoras… todas estas se convierten en motivaciones importantes una vez se han satisfecho las necesidades materiales básicas”.

Esto no significa que no vayan a surgir conflictos, especialmente durante el proceso de transición, entre las exigencias de la protección medioambiental y las necesidades sociales, entre los imperativos ecológicos y la necesidad de desarrollar las infraestructuras básicas, particularmente en los países pobres, entre los hábitos de consumo populares y la escasez de recursos. Estas contradicciones son inevitables: resolverlas será la misión de la planificación democrática, con una perspectiva ecosocialista,

liberada de los imperativos del capital y de la generación de beneficios, mediante un debate pluralista y abierto previo a la toma de decisiones por la propia sociedad. Esta democracia de base y participativa es la única manera, no de evitar equivocaciones, sino de permitir la autocorrección colectiva por parte de la sociedad de sus propios errores.

¿Cuáles podrían ser las relaciones entre el ecosocialismo y el movimiento decrecentista? ¿Puede haber una alianza, a pesar de los desacuerdos, en torno a objetivos comunes? En un libro publicado hace algunos años, La décroissance est-elle souhaitable? (¿Es deseable el decrecimiento?), el ecologista francés Stéphane Lavignotte propone dicha alianza. Reconoce que existen muchas cuestiones controvertidas entre ambos puntos de vista. ¿Habría que destacar las relaciones entre clases sociales y la lucha contra las desigualdades o bien la denuncia del crecimiento ilimitado de las fuerzas productivas? ¿Qué es más importante, las iniciativas individuales, las experiencias locales, la sencillez voluntaria, o bien el cambio del aparato productivo y la megamáquina capitalista?

Lavignotte se niega a escoger y propone asociar estas dos prácticas complementarias. El reto consiste, afirma, en combinar la lucha por el interés de clase ecológico de la mayoría, es decir, de quienes no poseen capital, con la política de minorías activas a favor de una transformación cultural radical. En otras palabras, establecer, sin ocultar los desacuerdos inevitables, un “compromiso político” de quienes han comprendido que la supervivencia de la vida en el planeta, y de la humanidad en particular, está en contradicción con el capitalismo y el productivismo y buscan por tanto la manera de salir de este sistema destructivo e inhumano.

Como ecosocialista y miembro de la Cuarta Internacional, comparto este punto de vista. La confluencia de todas las variantes de la ecología anticapitalista constituye un importante paso en el cumplimiento de la tarea urgente y necesaria de detener la dinámica suicida de la civilización actual, antes de que sea demasiado tarde…

Ecosocialismo o decrecimiento: un falso dilema

27

Giacomo D'Alisa

Ecosocialistas y decrecentistas necesitan inventariar las muchas coincidencias de sus puntos de vista para potenciar la efectividad de su lucha compartida por un mundo ecológicamente sano y socialmente justo, libre del legado patriarcal, racial y colonial.

En un artículo reciente titulado "Ecosocialismo y/o decrecimiento"[28], Michael Löwy plantea si la izquierda ecologista debe enarbolar la bandera ecosocialista o la decrecentista; una discusión que no es totalmente nueva. Löwy es un académico marxista franco-brasileño y destacado ecosocialista. Junto con Joel Kovel, un científico social y psiquiatra estadounidense, escribió en 2001 el Manifiesto ecosocialista[29], un documento fundacional para varias organizaciones políticas en todo el mundo. Así, emprender un debate con Löwy no es un mero capricho académico, sino una demanda que plantean muchas personas políticamente activas de la izquierda ecologista.

Recientemente, miembros de un grupo ecosocialista que milita en Catalunya en Comù, que forma parte de Unidas Podemos (que a su vez está integrado en la coalición de centro-izquierda que gobierna en España), me invitó a debatir sobre el fin del paradigma del crecimiento económico. Esto indica que en el ecosocialismo hay interés por la visión y las propuestas del decrecimiento. Por otro lado, en las conversaciones, conferencias y debates en que he participado he visto asimismo que los proyectos ecosocialistas intrigan e inspiran a muchas y muchos decrecentistas. En efecto, personas de ambas corrientes sienten que constituyen movimientos hermanos. La siguiente reflexión es una primera y humilde

contribución al acercamiento de los dos.

En el artículo citado, Löwy propugna una alianza entre ecosocialistas y decrecentistas, y no puedo sino coincidir con esta conclusión. Sin embargo, antes de justificar esta apuesta estratégica, siente la necesidad de argumentar por qué el decrecimiento se queda corto como visión política. Circunscribe su evaluación crítica a tres cuestiones. En primer lugar, Löwy mantiene que el decrecimiento como concepto es insuficiente para expresar claramente un programa alternativo. En segundo lugar, el decrecentismo y sus discursos no son explícitamente anticapitalistas. Finalmente, para él, los y las decrecentistas no son capaces de distinguir entre aquellas cosas que es preciso reducir y aquellas que pueden seguir desarrollándose.

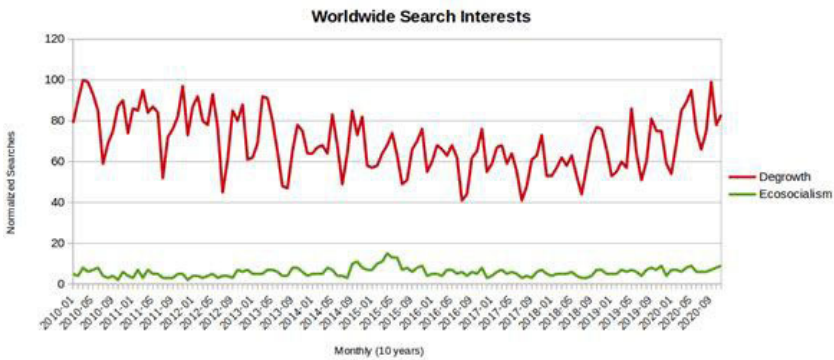
En cuanto a la primera crítica, Löwy sostiene que la palabra decrecimiento no es convincente; no transmite el proyecto progresista y emancipatorio de la necesaria transformación social; esta observación recuerda a mucha gente un antiguo debate irresuelto. Una discusión que Löwy debería conocer, al igual que quienes han seguido el debate sobre el decrecimiento de la última década. Una crítica sofisticada ha recurrido al estudio del lingüista cognitivo y filósofo estadounidense George Lakoff sobre el framing o enmarcado cognitivo. Kate Raworth, por ejemplo, propuso a quienes defienden el decrecimiento que aprendan de Lakoff que nadie puede ganar una lucha o elección política si se limita a utilizar el marco mental (frame) de su oponente; y el decrecimiento encierra en sí mismo su visión antagónica: el crecimiento. Economistas ecologistas han esgrimido el mismo argumento de una manera más articulada, viniendo a decir que por este motivo el concepto del decrecimiento resulta contraproducente.

Por el contrario, mi compañero intelectual Giorgos Kallis formuló en 2015 nueve razones claras por las que considera que decrecimiento es una palabra persuasiva.[30] Quisiera complementar su argumentación con una más. Observando las tendencias de búsqueda en Google (véase gráfico 1), a lo largo de diez años, el decrecimiento se mantiene constantemente en niveles más altos de atención en todo el mundo que el ecosocialismo. Tal vez el ecosocialismo puede resultar más claro a simple vista. Sin embargo,

esto no significa que vaya a convencer de inmediato a la gente. En efecto, el concepto de ecosocialismo también tiene problemas similares, y tal vez peores, de framing, dada la aversión postsoviética al socialismo, pero esto no puede significar que debamos abandonar el término. El reciente aumento de popularidad en EE UU del concepto socialismo democrático sugiere que es posible superar la asociación negativa de un término.

GRÁFICO 1

Tendencias de búsqueda en Google de decrecimiento y ecosocialismo



Fuente: Elaboración del autor.

El ecosocialismo, al igual que el decrecentismo, deben seguir explicando el contenido efectivo de su aspiración política: la etiqueta no basta para explicarlo todo. Nuestra misión no está cumplida; es cierto que en algunos contextos el ecosocialismo será un mensaje más directo, pero en otros el decrecimiento puede resultar más convincente. Para la izquierda ecologista, más marcos mentales podrían ser más efectivos que solo uno; utilizar el más apropiado en según qué contextos y geografías es muy probablemente la mejor estrategia.

Nótese que estos diferentes marcos comparten argumentos básicos y estrategias, así que retomaré ahora la segunda crítica de Löwy, la supuesta discrepancia entre ecosocialistas y decrecentistas en torno al capitalismo. Según Löwy, la corriente decrecentista no es suficiente o explícitamente anticapitalista. No puedo negar que no todos los decrecentistas se autocalifican de anticapitalistas y que, para algunos de ellos, declararlo no es una prioridad. Sin embargo, como ya aclaró Kallis, el decrecentismo académico basa cada vez más su investigación y su política en una crítica de las fuerzas y relaciones del capital. Además, Dennis y Schmelzer han demostrado que buena parte de la corriente decrecentista comparte la idea de que la sociedad del decrecimiento es incompatible con el capitalismo[31]. Y Stefania Barca ha explicado cómo la articulación "del decrecimiento y la política sindical a favor de una conciencia de clase ecologista" es la vía para avanzar hacia una sociedad ecosocialista del decrecimiento[32].

Quisiera añadir a estos argumentos una observación. En su Manifiesto ecosocialista de 2001, Löwy y Kovel afirmaron que para resolver el problema ecológico es preciso fijar límites a la acumulación. Después aclaran que esto no es posible mientras siga reinando el capitalismo en el mundo. En efecto, como afirman ellos y otros ecosocialistas destacados, el capitalismo necesita crecer o de lo contrario muere. Este lema efectivo es probablemente la proclama anticapitalista más explícita que aparece en el Manifiesto ecosocialista, y puedo afirmar que la mayoría de decrecentistas firmarían esta declaración sin pensarlo dos veces, más todavía en tiempos de pandemia, cuando el sistema capitalista existente parece profesar el lema: ¡nosotros (los capitalistas) crecemos y vosotros morís! En efecto, resulta cada vez más evidente que la desigualdad aumenta vertiginosamente durante este periodo. Si estas observaciones son exactas, entonces decrecentistas y ecosocialistas están más de acuerdo que en desacuerdo y, junto con muchas otras personas de la izquierda ecologista, comparten el mismo sentido común: un sistema ecológico y social sano más allá de la pandemia es incompatible con el capitalismo.

La última crítica de Löwy es que el decrecentismo es incapaz de diferenciar entre las características cuantitativas y cualitativas del crecimiento. A simple vista, esto se asemeja a una reanudación del

vivo debate de la década de 1980 sobre la diferencia entre crecimiento y desarrollo. Sin embargo, estoy seguro de que Löwy y otros ecosocialistas son muy conscientes de la evaluación crítica que muchos pensadores latinoamericanos han efectuado del desarrollo y su legado colonial. Así que interpretaré esta crítica en términos más generales: resulta esencial ser selectivos con respecto al crecimiento y aclarar qué sectores necesitan crecer y cuáles tienen que decrecer o incluso desaparecer.

Nada nuevo bajo el sol, podríamos decir. Peter Victor habló en 2012, cuando estaba desarrollando hipótesis de crecimiento cero para hacer frente al cambio climático, de una situación de crecimiento selectivo y mostró sus efectos modestos y a corto plazo en la mitigación del cambio climático. Serge Latouche, en su libro de 2009 Farewell to growth (Adiós al crecimiento), defendió que la decisión en materia de decrecimiento selectivo no puede dejarse en manos de las fuerzas del mercado. Y Kallis ha explicado que el crecimiento es un proceso complejo e integrado y que por tanto es un error pensar en términos de qué tiene que aumentar y qué tiene que menguar.

Es un error equiparar decrecimiento a mengua o reducción (como ha expuesto Timothée Parrique extensamente)[33] y pensar que las que se consideran cosas buenas (hospitales, energía renovable, bicicletas, etc.) necesitan aumentar sin límites, como manda el imaginario de crecimiento. Quienes perpetúan esta lógica, como parece hacer Löwy, se sitúan en el campo del crecimiento. De este modo, Löwy ha hecho caso omiso de su propia sugerencia de prestar más atención a la transformación cualitativa.

En una sociedad ecosocialista, orientar la producción hacia la creación de más hospitales y el aumento del transporte público, como sugiere Löwy, no supone superar la lógica del crecimiento y sus condiciones. Una sociedad de decrecimiento, con un estilo de vida más sano y cuidados más ecológicos, probablemente no necesitaría tantos hospitales más. En efecto, como han mostrado Luzzati y sus colaboradores, el aumento del ingreso per cápita se correlaciona significativamente con el incremento de la morbilidad y la mortalidad por cáncer[34]. En una sociedad de decrecimiento, la gente volaría mucho menos, y esto podría contribuir a reducir la

velocidad de los contagios pandémicos. Los sistemas agroecológicos invadirán menos hábitats; estos dos cambios cualitativos de la actividad social podrían implicar una menor necesidad de aumentar el número de unidades de cuidados intensivos.

Por otro lado, el aumento continuo de cosas buenas, como bicicletas, en una ciudad no es del todo positivo: como sucede en Amsterdam, donde el público viandante se queja de la falta de espacio debido al enorme número de bicicletas que circulan en la vía pública; o en China, donde se han desechado miles de bicicletas porque la perspectiva de una proliferación de sistemas para compartir bicicletas en las ciudades resultaba social y ecológicamente problemática y el alcalde ha decidido frenar este aumento y regular dichos sistemas. En suma, la idea de un (de)crecimiento selectivo no ayuda a desaprender la lógica del crecimiento que todavía persiste en buena parte de la izquierda ecologista. Lo que hace falta, en efecto, es un cambio cualitativo de nuestra mentalidad, nuestra lógica y nuestros actos performativos.

La distancia entre ecosocialistas y decrecentistas no es tan grande como parece indicar el artículo de Löwy. Ambas visiones avanzan por el mismo camino, aprendiendo una de otra sobre la marcha. Discutir sobre tesis o políticas que vayan proponiendo unas u otros ayudará a mejorar y clarificar sus visiones y hacer que sean menos cuestionables a los ojos de la gente escéptica o indiferente. Un diálogo serio nos ayudará a que nuestros argumentos y nuestras prácticas se vean como algo de sentido común. La izquierda ecosocialista no tiene que decidir cuál es el discurso mejor y más completo entre el ecosocialismo y el decrecimiento. Estas visiones, en efecto, como he tratado de explicar en este artículo, comparten argumentos básicos, y ambas contribuyen a crear un discurso persuasivo e idear actos performativos.

Por el contrario, crear un falso dilema no resulta muy útil para nuestras luchas cotidianas. En 2015, junto con otros colegas, propuse explorar la coincidencia de seis diferentes marcos (decrecimiento; organizaciones del movimiento de comunidades sostenibles; territorialismo; bienes comunes; resiliencia social y acciones sociales directas) para relanzar iniciativas más robustas y amplias contra la continua expansión del capitalismo y las

injusticias ambientales. Concluimos que insistir en la coincidencia más que en la matización debería motivar a la gente que promueve estos enfoques si el propósito general es relanzar efectivamente alternativas al capitalismo más robustas y menos aleatorias. En otras palabras, llamamos a centrarnos en la consolidación de todo lo que tienen en común todos estos enfoques, no en aquello en lo que divergen. Esta sugerencia es igualmente válida para ecosocialistas y decrecentistas.

Sin duda resulta crucial que tanto ecosocialistas como decrecentistas sigan afinando sus discursos, prácticas y políticas para avanzar hacia un mundo ecológicamente sano y socialmente justo, libre de todo legado patriarcal, racial y colonial. Sin embargo, igual de importante es dilucidar las coincidencias de sus puntos de vista para mejorar la efectividad de su lucha compartida en varios niveles.

Decrecimiento: socialismo sin crecimiento

35

Timothée Parrique y Giorgos Kallis

Parece que la gente comprende el concepto abstracto de ilimitado, pero resulta más difícil entender que este concepto no debe aplicarse al crecimiento. Incluso los socialistas deben desechar la idea de que la cantidad puede mejorar, cuando solo cuenta la calidad.

Notables (eco)socialistas han criticado recientemente la idea del decrecimiento. Aquí queremos explicar por qué esta crítica está fuera de lugar. El crecimiento es un problema asociado al capitalismo. Un ecosocialismo sostenible debería rechazar toda asociación con la ideología y la terminología del crecimiento. Las y los socialistas del siglo XXI deberían empezar a pensar en cómo podemos proyectar sociedades que prosperen sin crecimiento. Nos guste o no, el crecimiento está condenado a finalizar, la cuestión es cómo y si esto ocurrirá pronto o demasiado tarde para evitar catástrofes planetarias.

Toda forma de crecimiento ilimitado es ecológicamente insostenible

La típica respuesta socialista al decrecimiento es que el problema es el capitalismo, y el crecimiento capitalista, no el crecimiento económico. Pero ahí está el meollo del asunto: ningún crecimiento económico puede ser sostenible. Un incremento del nivel de vida

material requerirá, claro está, más materiales. Esto es independiente de si la economía en cuestión es capitalista, socialista, anarquista o primitiva. El aumento del nivel de vida material requiere el aumento de la extracción de materiales y de la emisión de contaminación (el aumento del nivel de vida en general, no; explicamos esto más abajo). Resultado: hoy por hoy —y muy probablemente también mañana—, el crecimiento económico está estrechamente asociado al uso de energía y materiales a escala global, que es la única que muestra el cuadro completo de una economía globalizada.

El destacado teórico marxista David Harvey califica la idea del crecimiento compuesto de locura de la razón económica y la más letal de las contradicciones del capitalismo (lo cual hace que nos preguntemos por qué querrían los socialistas dedicar su tiempo a tratar de preservar esta locura). Para calibrar esta sinrazón, hagamos el siguiente cálculo. Un modesto crecimiento del 3% anual supone doblar la economía cada 24 años, habiéndose multiplicado por diez al final del siglo y creciendo luego rápidamente hasta una magnitud infinita. Sustituyamos economía por cualquiera otra cosa (energía, agua, bicicletas, masajes). La idea del infinito es pura locura, y punto. Es la generalización de la lógica de los capitalistas individuales que esperan embolsarse su ganancia del 3 o 5% todos los años, llueva o luzca el sol. Pero no es algo que una sociedad pueda sostener durante mucho tiempo.

Hay socialistas que sueñan con un comunismo de lujo totalmente automatizado, en que las nuevas tecnologías permitirían desacoplar absolutamente la producción económica del medio ambiente[36]. De momento, esto no ha ocurrido ni por remota aproximación[37], y hay fundadas dudas sobre si el futuro encierra perspectivas mejores[38]. Nos guste o no, las economías también tienen que obedecer a las leyes de la física. Por ejemplo, la termodinámica nos dice que la energía no puede crearse ni destruirse, sino únicamente transformarse, y que su calidad evoluciona inexorablemente hacia un estado menos utilizable o útil. Esto significa que no existe ninguna tecnología milagrosa que permita incrementar de modo inmaterial el nivel de vida material: la economía está incrustada hasta el fondo en la ecología.

Por supuesto, ciertas actividades son menos intensivas en recursos naturales que otras, de manera que estas podrían crecer durante un periodo más largo sin menoscabar la biosfera. Por ejemplo, los combustibles fósiles son más disruptivos que la energía solar, pero esto no significa que la energía solar abra la puerta a un crecimiento ilimitado. Una mejora de la organización de la producción y nuevas tecnologías pueden incrementar la productividad y facilitar un desacoplamiento relativo con menos recursos usados por producto, como por ejemplo paneles solares más eficientes. Sin embargo, si aumenta la cantidad de paneles solares de forma ilimitada a una tasa compuesta, llegará un día en que comenzará a presionar sobre la disponibilidad de recursos o producir daños ecológicos. En otras palabras, nada material puede ser infinito, independientemente de si la economía es capitalista, socialista o ni una cosa ni otra.

Además, una cosa es descarbonizar un sistema energético del tamaño actual a base de energías renovables, o una quinta parte del mismo (hay estudios que demuestran que es viable una reducción del consumo de energía con medidas de suficiencia y eficiencia disponibles), y otra muy distinta descarbonizar un sistema que tendrá un tamaño diez veces superior a finales de siglo (recordemos: un 3% de crecimiento anual).

Nuestra propuesta: la planificación socialista democrática debería tener en cuenta la necesidad imperiosa de utilizar energía y materiales en el sentido del decrecimiento. Esto no es un gran problema, pues como explicaremos más adelante, muchas de las actividades que hoy consumen mucha energía y muchos materiales no se requerirán en el socialismo. Hay demasiadas actividades superfluas en el capitalismo, que no obedecen a nada más que la necesidad de los capitalistas de extraer plusvalía y generar ganancias. El objetivo debería ser el socialismo sin crecimiento[39], un socialismo sostenible: un sistema económico dedicado a satisfacer las necesidades de la población sin aferrarse a las ideas capitalistas de constante expansión y, por supuesto, sin exceder los límites del planeta.

El crecimiento requiere acumulación, y esta comporta explotación

Hay un problema añadido. Del mismo modo que el crecimiento económico choca con los límites ecológicos, también lo hace con límites sociales. Los capitalistas extraen beneficios explotando el trabajo asalariado (plusvalía en términos marxistas) y explotando asimismo el trabajo no remunerado de todo un grupo de personas, sobre todo mujeres dedicadas a los cuidados no remunerados y a las labores domésticas, que aseguran la reproducción socionatural de la fuerza de trabajo a título gratuito. El capital también aprovecha los dones gratuitos de la naturaleza (gratuitos tan solo desde su punto de vista), que junto con los cuidados y el trabajo doméstico no remunerados mantienen bajo el precio de los medios de producción y de la mano de obra, permitiendo así al capital exprimir plusvalía. En efecto, el crecimiento económico bajo el capitalismo se produce a menudo a expensas del tejido social, pues se basa en la explotación sistemática y la reducción de costes.

Al no atender a los factores de reproducción, como el descanso, el afecto, el cuidado, la seguridad y el sustento, la producción puede conducir fácilmente a su agotamiento[40]. Por ejemplo, un empleo a jornada completa deja poco tiempo para desempeñar actividades no remuneradas como las que son esenciales para la reproducción social. Al aumentar la producción, se tensará la capacidad de la sociedad de reproducir su sustento. De seguir así, esta acumulación a través del deterioro social acabará erosionando factores de reproducción que son cruciales para todas las formas de producción. Como una serpiente que se muerde la cola, el crecimiento económico está limitado porque se basa inevitablemente en la explotación insostenible del trabajo reproductivo y de los ecosistemas.

Si el socialismo implica el fin de la explotación, también supone el fin de la acumulación infinita (una vez más: esto es socialismo sin crecimiento). Una verdadera economía socialista no explotaría el trabajo o los recursos de otras economías, compartiría equitativamente los trabajos de cuidados, haría rotar las tareas

desagradables y compensaría debidamente a las trabajadoras de cuidados por su labor reproductiva. Cuando nadie, sean humanos o no humanos, esté explotado, la economía producirá simplemente los bienes y servicios que necesita la sociedad, utilizando todo aumento de la productividad para ampliar el tiempo libre.

Hay socialistas que tratan en este punto de cuadrar el círculo cuando alegan que el socialismo sería capaz tanto de poner fin a la explotación como de hacer crecer la economía tanto o más que el capitalismo. Lo sentimos, pero esto es pura fantasía. Si la producción socialista remunera el tiempo de trabajo real de productoras y productores y el tiempo real que necesitan los ecosistemas para regenerarse y recuperarse, o si el tiempo de trabajo humano ha de sustituir los dones gratuitos de la naturaleza, que quedarán sin explotar, entonces habrá menos excedentes, y menos excedentes solo puede significar menos crecimiento de la producción. Un socialismo genuino también será democrático, nos gustaría pensar. La verdadera democracia desacelera las cosas (quienes participan en las asambleas de sus cooperativas locales saben de qué hablamos). Una vez más, pensar que toda esta desaceleración comportará una aceleración de la producción es de verdad confundir los deseos con la realidad.

Los valores de uso no crecen

La buena noticia es que podemos tener prosperidad sin crecimiento. De hecho, se ha demostrado empíricamente que los principales indicadores del nivel de vida, inclusive el bienestar, la salud y la educación, dejan de crecer al alcanzar la producción cierto umbral, que algunas personas denominan punto de inflexión del bienestar[41]. Por ejemplo, Portugal tiene índices sociales significativamente mejores que EE UU con un PIB per cápita un 65% más bajo. Esto se debe a que el bienestar depende de la satisfacción de los valores de uso reales, que expresa necesidades humanas y no la acumulación infinita de dinero.

Las y los socialistas lo saben muy bien: el PIB no es una medida de

valores de uso, sino de valores de cambio. Este indicador no distingue entre actividades deseables e indeseables. Por encima de todo, no tiene en cuenta todo lo que no es monetario (incluida la naturaleza del trabajo no remunerado), desprecia el valor del bienestar intangible y hace abstracción de la desigualdad. Lo que mide el PIB es el bienestar del capitalismo, no de la gente.

Desde luego, en el socialismo tendrán que incrementarse ciertos bienes y servicios útiles, pero no hablemos de crecimiento cuando nos refiramos a cuestiones como la salud, la movilidad o la educación. Estos no son objetivos cuantitativos, sino cualitativos. Puede que niñas y niños precisen una educación politécnica más libre y holística, lo que requiere un número finito de edificios escolares, docentes y lápices. Puede que las y los pacientes necesiten más contacto humano y más cuidados por parte del personal sanitario; lo que necesitan no es un crecimiento infinito de los cuidados, sino justo los suficientes para sentirse mejor. Las personas que no tengan bicicleta necesitarán una, pero no un crecimiento anual del 3% de la producción de bicicletas año tras año.

La cuestión es que los valores de uso no crecen a una tasa compuesta. Las necesidades humanas fundamentales, como la subsistencia, la protección, la libertad o la identidad, pueden interpretarse como umbrales de suficiencia: suficientes alimentos para gozar de buena salud, suficiente espacio habitacional para sentirse a gusto, suficientes medios de movilidad para sentirse libres, etc. El cuento del consumo interminable para satisfacer necesidades interminables es un discurso capitalista, creado justamente para legitimar la acumulación por parte de la élite. Y este es el argumento central del decrecimiento: los niveles de vida pueden mejorar sin crecimiento, mediante la redistribución y la compartición de la riqueza, la renuncia a deseos artificiales y bienes superfluos y a la apropiación de nuestro tiempo dedicado a la generación de beneficios, y mediante la sustitución de la valoración de bienes materiales por la valoración de relaciones. Ya hay cosas suficientes para que cada persona obtenga su parte digna: si el pastel no puede crecer, es hora de compartirlo más equitativamente.

Conclusiones: el decrecimiento es tan anticapitalista como lo que más

La ideología del crecimiento se ha convertido en el puntal del capitalismo moderno y no entendemos por qué hay socialistas reacios a sumarse al combate contra un fenómeno que es socialmente divisivo y ecológicamente insostenible. Un socialismo sin crecimiento, pero con bienestar. Socialismo y decrecimiento son dos de los conceptos más potentes que tenemos para criticar el capitalismo e iluminar el futuro.

No tengamos miedo de hablar del poscapitalismo. Ciertos comentaristas marxistas han acusado al decrecimiento de no cuestionar nunca explícitamente el capitalismo. Leigh Phillipps, en su libro de 2015 Austerity Ecology & the Collapse-porn Addicts, califica el decrecimiento de "minicapitalismo estacionario"[42]. El decrecimiento no es capitalismo en miniatura, con empresas diminutas, instrumentos financieros especulativos diminutos y tratados de libre comercio diminutos. No es austeridad dentro del capitalismo. Es un sistema alternativo de abastecimiento: no simplemente más pequeño y más lento, sino diferente.

Cabe preguntarse ¿por qué centrarse en el crecimiento y no simplemente en el capitalismo? Bueno, comparemos la frecuencia con que aparecen las expresiones crecimiento económico y acumulación de capital en las noticias. Como ha explicado muy bien el historiador Gareth Dale, el crecimiento económico es la ideología que ha convertido el interés específico del capital por crecer (por las ganancias y por mantener la paz social) en un objetivo social generalizado, asimilado por la población. No es una ideología que vaya a desaparecer renunciando a combatirla o embelleciéndola con bonitos adjetivos. El hecho de que esta ideología haya sobrevivido incluso al fin del capitalismo (o al menos a cierto tipo de capitalismo) en los antiguos regímenes socialistas debería darnos que pensar. Las y los socialistas que defienden el crecimiento también deberían pensarlo dos veces si están vistiendo de rojo y verde el capital, cambiando el vestido de los sueños que el capitalismo vende como sueños socialistas.

El crecimiento es hijo del capitalismo, pero el crío ha crecido y ahora es el cabeza de familia. El interés del capitalismo en acumular viene facilitado y legitimado por el crecimiento, y en nombre del mismo. La crítica del crecimiento es la crítica más fundamental del capitalismo, que no solo critica los medios que utiliza el capitalismo, sino los mismos fines que vende. De ahí que el decrecimiento y el (eco)socialismo sean aliados naturales, no adversarios.

Revolucionar y ecologizar las fuerzas productivas.Una crítica ecologista del paradigma económico marxista

43

Joaquim Sempere

Hay muchas razones para pensar que el posible hundimiento del capitalismo, al menos tal como lo hemos conocido hasta ahora, llegará antes por el choque con los límites naturales del planeta que por el desenlace de las luchas de clases, si bien estas no desaparecerán, sino que se librarán cada vez más en torno a los conflictos ecológicos. Gracias a las contribuciones de Wolfgang Harich (1975), Manuel Sacristán (1984) y Michael Löwy (2003, 2006 y 2020), entre otros, y en particular de John Bellamy Foster (2004), conocemos hoy la existencia en la obra de Marx y Engels de una consciencia ecológica que impide oponer Marx y ecología. Pero esto no contradice la constatación de que el corpus teórico marxista no ha hecho suyo el paradigma de interpretación ecológico: pese a aceptar la noción de metabolismo, Marx no llevó hasta sus últimas consecuencias el reconocimiento de sus interacciones con los entornos naturales en que se mueve siempre la vida, incluida la vida humana. Las sociedades humanas evolucionan, sin duda, pero modifican el medio y lo pueden alterar tanto que ya no pueda seguir siendo soporte de la vida en su forma habitual: entonces la evolución deja de funcionar como había funcionado antes y se detiene o se adapta, si puede, al nuevo entorno ecológico. Este será el punto de vista desde el cual abordaré mi revisión crítica del marxismo como teoría y de algunas de sus conclusiones políticas.

Límites de la ecología de Marx

Con el uso de la noción de metabolismo (Stoffwechsel) —y no en escritos inéditos o marginales, sino en el propio Capital— Marx mostró tener una visión potencialmente ecológica de la economía, que se echa de ver también en su consideración de los trabajadores en términos biológicos, muy alejada de la de los economistas clásicos, que trataban el trabajo como simple mercancía (cf. El capital, libro I, cap. 8), así como en su explicación de la fractura metabólica en la agricultura capitalista. Pero ni Marx ni Engels desarrollaron mucho más allá sus intuiciones protoecologistas. Sus discípulos tampoco, pese a las valiosas contribuciones de autores como Kautsky y Bujarin. En consecuencia, el "marxismo operativo" asumió la ecología de manera superficial, en el mejor de los casos.

Hay tres razones poderosas por las que Marx y Engels no podían ir mucho más lejos. La primera es que en los años de su madurez, la población mundial era del orden de unos 1.500 millones de personas, cinco veces menos que la de hoy. El mundo era todavía un "mundo vacío", y la huella ecológica estaba lejos de la translimitación actual. La segunda razón es que la industria utilizaba muy pocos minerales metálicos, y lo hacía en cantidades muy modestas. Hoy los progresos científicos nos permiten conocer y utilizar prácticamente todos los elementos de la tabla periódica. En circunstancias semejantes habría sido una proeza haber concebido la idea de límites absolutos de los recursos naturales; y haber previsto que la especie humana se convertiría en un agente geológico y meteorológico capaz de transformar la naturaleza hasta el punto de provocar desastres a escala mundial.

La tercera razón es no haber comprendido que la finitud de las reservas de combustibles fósiles, que iban a convertirse en la base energética del desarrollo industrial de su época, impondrá un límite temporal a la economía dependiente de ellos, y que su agotamiento supondría un desafío fundamental para la continuidad de esa economía. Esta matriz energética, además, se componía de stocks del subsuelo, de modo que su agotamiento obligaría en el futuro a regresar a las energías de flujo del pasado —radiación solar, leña, viento, energía muscular animal y humana, etc.—, aunque a un nivel más elevado, lo que dejaba abiertos muchos interrogantes

sobre las relaciones entre sistema económico y medio ambiente.

Hoy sabemos que la humanidad está cerca de los límites absolutos del planeta. Por ende, no basta con considerar que la actividad humana afecta a un único sistema, o algunos, de manera que se puedan corregir los deterioros de las fuentes de vida para que sigan proporcionando riqueza. Hay que aceptar que puede infligir al Ecosistema Global o Biosfera daños irreparables. Kenneth E. Boulding expresó esta idea con la imagen de la "economía del cow boy". Esta economía es la que hoy prevalece: no hace falta ocuparse de los daños infligidos al medio natural porque cuando un territorio queda agotado, siempre hay otro un poco más lejos que podrá ser explotado. La alternativa, según este autor, en una "economía de la nave espacial Tierra", en la que el marco geofísico en que tiene lugar la aventura humana es una unidad o totalidad cerrada (salvo respecto de la energía, que procede del Sol) que hay que contemplar como una reserva limitada de recursos que deben ser constantemente reciclados para proporcionar alimentos, agua y servicios varios a los astronautas que somos los seres humanos. En semejante visión el principio ecológico es el que prevalece.

La noción marxista de fuerzas productivas

El pronóstico según el cual el capitalismo llegaría a su fin debido a luchas de clases como expresión del conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción o propiedad hoy no es fácilmente aceptable por dos razones. La primera es que los grupos humanos oprimidos por el sistema —y por eso mismo llamados a luchar contra él— están fragmentados, circunstancia que les dificulta erigirse en sujeto colectivo de la lucha por un cambio. Imperialismo y desarrollo desigual han dado lugar a diferencias enormes entre las clases populares de los países ricos y las de los países pobres, de modo que las agregaciones nacionales suelen tener más fuerza que la unidad de clase por encima de las fronteras. La segunda razón es que las fuerzas productivas heredadas del industrialismo han aportado innovaciones de valor indiscutible —en

particular el conocimiento científico—, pero también desarrollos técnicos mal orientados y no adaptados a un buen metabolismo con la naturaleza. Los problemas más graves derivan del uso de recursos materiales y energéticos de la corteza terrestre. Esos problemas pueden clasificarse en dos grandes categorías:

1. Las energías de flujo (leña, radiación solar, viento, corrientes de agua, etc.) se substituyeron por combustibles fósiles (más tarde se les añadió el uranio), que son energías de stock, dotados de gran versatilidad y densidad energética. Gracias a su calidad y volumen, esas energías hicieron posible un crecimiento exponencial de la población, con una elevada esperanza de vida, y una civilización material que aportó una abundancia sin precedentes de bienes y servicios. El problema de estas fuentes de energía es que su quema causa el calentamiento de la atmósfera y el cambio climático, cargado de graves amenazas para la humanidad; y que están condenadas a agotarse —según cálculos solventes, durante la segunda mitad del siglo XXI (Riba, 2011)—. Tendrán que ser reemplazadas por fuentes renovables de energía, las únicas disponibles (si se excluye el uranio por sus peligros), las cuales proporcionan energías de flujo. Estas fuentes no proporcionan tanta potencia como las fósiles, ni cabe esperar que aporten las ingentes cantidades de energía usada actualmente por la especie humana, ni, por consiguiente, sostengan una economía de dimensiones parecidas a las de la economía actual.

2. En lo que respecta a los materiales, las fuerzas productivas industriales han substituido las materias primas preindustriales —que eran sobre todo bióticas (madera, fibras vegetales o animales, pieles, hueso, cuerno…) y por ende renovables— por otras de origen mineral, abióticas y no renovables. Antes se habían empleado minerales (barro, piedra, arena, minerales metálicos…), pero se trataba de materiales que retornaban al medio natural sin contaminarlo peligrosamente, y que se usaban en cantidades pequeñas. Actualmente se usan todos los elementos de la tabla periódica en distintas industrias, mucho más desarrolladas tecnológicamente, y en grandes cantidades, de modo que la enorme demanda industrial de estos minerales supone una amenaza de agotamiento de las reservas del subsuelo del planeta. Además, la extracción y el uso de estos materiales consumen muchísima

energía y producen a menudo peligrosas contaminaciones.

Hay que transformar radicalmente las fuerzas productivas

Debe añadirse algo acerca de las energías de flujo. Antes de la era industrial, no se requerían demasiados medios técnicos para captarlas. Bastaban ciertos instrumentos o máquinas: hachas y sierras para la leña, molinos de viento o de agua, velas para navegar, etc. En cambio las energías renovables modernas —eólica, fotovoltaica, solar térmica y termoeléctrica, geotermia, energía de las olas y las mareas, etc.— requieren una metalurgia compleja y otros procesos industriales (células fotoeléctricas, electrólisis, baterías, pilas de hidrógeno…) que necesitan metales y otros minerales. Con las energías renovables modernas la demanda de minerales metálicos experimenta un gran auge, sobre todo porque con el control de la electricidad, esta forma de energía se ha generalizado para numerosos usos, en los que es absolutamente insustituible. La electricidad requiere aparatos sofisticados que consumen, en su producción y funcionamiento, grandes cantidades de metales, algunos de los cuales son escasos. Además, el uso de las nuevas técnicas se ha puesto al alcance de toda la población, y cada vez en un mayor número de países. Por esto la demanda de los minerales necesarios para satisfacer estas necesidades no cesa de aumentar y se acerca a los límites últimos de las reservas minerales de la corteza terrestre, al menos en el caso de ciertos metales escasos y a la vez estratégicos.

Por todas estas razones, las fuerzas productivas existentes no pueden constituir un fundamento viable, sino que tienen que ser revolucionadas para que resulten ecológicamente sostenibles. Como ha dicho Michael Löwy, para salir del capitalismo y construir un ecosocialismo, “la apropiación colectiva es necesaria, pero habría que transformar también radicalmente las propias fuerzas productivas” (Löwy, 2020). Dada la importancia que la noción de producción tiene en este esquema, hace falta revisarla a la luz de lo

que hoy sabemos de ecología.

Clasificación de las fuerzas productivas

Para Adam Smith y los otros economistas clásicos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, había tres factores de producción: tierra, capital y trabajo. Marx, a la vez que aceptaba ese esquema, asumió la observación de William Petty según la cual, a propósito del valor, "la tierra es la madre y el trabajo el padre", y dio importancia al metabolismo socionatural. El capital sería resultado acumulado de la producción de valor ("trabajo acumulado"), y por tanto un factor ontológicamente derivado de los otros dos. Marx dio una importancia crucial al trabajo como acción específica del ser humano en su interacción con el mundo físico y con los otros seres humanos. Con el trabajo el ser humano no solo trasforma el mundo exterior, sino que se transforma también a sí mismo, haciendo emerger capacidades, necesidades y aspiraciones nuevas. Pero no explicó qué significa el trabajo humano —ni tampoco la tierra— desde el punto de vista biofísico, pese a reconocer la importancia del metabolismo (dejo aquí de lado la distinción crucial que Marx introdujo entre "trabajo" y "fuerza de trabajo"). Como otros pensadores criticados por la economía ecológica, olvidó o subestimó los flujos físicos a favor de los monetarios.

En cierta manera, se puede aceptar, con Kenneth E. Boulding, que tierra, capital y trabajo son antes factores distributivos que productivos. Aluden a los tipos de ingreso característicos de las economías modernas: renta (de la tierra), beneficio (del capital) y salario (del trabajo). Esta constatación no quita valor a la fórmula trinitaria, porque en la actividad económica los distintos protagonistas concurren con aquello que están en condiciones de aportar, y esto tiene efectos económicos evidentes. Se puede añadir que los mencionados factores aluden también a la distribución social del poder: el capital da a quien lo controla un poder sobre quien no tiene ningún medio de vida y se ve obligado a trabajar al servicio de un capitalista a cambio de un salario. La observación de

Boulding, además, subestima el papel del trabajo ignorando su significación antropológica profunda.

Los factores biogeoquímicos de la producción económica

En cualquier caso, el proceso productivo propiamente dicho se conceptualiza mejor, desde el punto de vista biofísico, con otras categorías. Podemos catalogarlas en ocho factores: 1) trabajo, 2) conocimiento, 3) materiales, 4) energía, 5) herramientas, 6) espacio, 7) tiempo y 8) residuos. El actor de un proceso económico, el trabajador (y/o quien le emplea), concibe mentalmente un proyecto; aplica un conocimiento, tanto del objetivo buscado como de los medios para llevarlo a la práctica; se dota de materiales y de energía de baja entropía que obtiene del medio ambiente; combina estos elementos con la ayuda de herramientas; los procesos implicados requieren espacio y tiempo; y finalmente se emiten partes sobrantes de materiales y energía en forma de residuos, que van a parar al medio ambiente. Este esquema —inspirado en Boulding (1992: 51-57) con algunos cambios— permite describir de manera más transparente las actividades económicas en el marco del entorno biogeoquímico en que tiene lugar el metabolismo socionatural: los materiales, la energía y el espacio provienen del medio natural, al que van a parar los residuos. Este inventario de factores revela así de manera clara que no hay producción al margen del medio ambiente natural.

Interesa también tener en cuenta los conceptos de flujo y fondo (o bienes-fondo). Materiales, energía, productos y residuos circulan: son flujos. Pero en toda producción —como subrayó Georgescu-Roegen (1986: 255-257)— hay elementos estables, los bienes-fondo, que se mantienen inalterables, como las máquinas, los locales, etc., aunque con el tiempo también se degradan convirtiéndose ellos mismos en residuos, y han de ser reemplazados. Para la continuidad de toda producción hay que proteger la capacidad de los bienes-fondo para posibilitar reiteradamente los procesos de producción y

reproducción sin los cuales la vida se interrumpiría.

Producción económica comporta destrucción ecológica

Cuando se habla de producción material se supone la existencia previa de una materia, sometida a una transformación que le da una forma que antes no tenía. Pero no se advierte que toda producción material comporta una destrucción. Al interactuar con el medio natural —obteniendo de él recursos materiales y energía y devolviéndole residuos— los seres humanos alteran ese medio, lo socavan, lo contaminan, lo destruyen. En los ecosistemas naturales las alteraciones provocadas por el juego entre los organismos vegetales y animales y su entorno abiótico se compensan de manera espontánea, manteniéndose la capacidad de dicho entorno para reproducir la vida una y otra vez —salvo cuando se producen mutaciones cualitativas, a veces cataclísmicas, que reorganizan el ecosistema sobre nuevas bases—. En cambio, cuando la acción humana es la que actúa sobre el medio, hacen falta intervenciones conscientes y deliberadas para compensar las destrucciones y corregir constantemente las alteraciones infligidas al medio que puedan interrumpir su capacidad de proporcionar bienes y servicios a las comunidades humanas.

Esto ya lo habían descubierto los primeros agricultores y ganaderos hace milenios: sabían que después de la cosecha era preciso restituir a la tierra cultivada los nutrientes extraídos añadiendo estiércol u otros fertilizantes. Sabían que debían luchar contra la erosión de los suelos. Sabían que solo podían obtener madera del bosque por debajo de su tasa de regeneración. Se autoimponían vedas en la pesca para permitir a las poblaciones de peces recuperarse. Sabían, en suma, que el ser humano es un intruso que no puede sobrevivir ni vivir sin causar algún tipo de heridas a la naturaleza prístina. Pero, como en todos los asuntos humanos, el saber no se aplica siempre de manera consecuente ni menos aún infalible. La ignorancia, la imprevisión, la ambición excesiva o el error de

cálculo han conducido a muchas sociedades humanas a destruir su base ecológica de subsistencia y a desaparecer. La consciencia de la destrucción inherente a la producción, pues, ha estado presente a lo largo de la historia, pero siempre coexistiendo con la amenaza de una ambición excesiva que ha conducido, en no pocas ocasiones, a dejar de aprovechar con prudencia el medio natural.

En el curso de la era moderna tuvieron lugar dos fenómenos que lo cambiaron todo: una explosión demográfica acompañada del saqueo de la biosfera y la fractura metabólica que supuso la dependencia creciente de la especie humana de los recursos minerales de la corteza terrestre.

Explosión demográfica y saqueo de la biosfera

La población mundial, que había crecido lentamente desde los 2 millones de habitantes estimados del Paleolítico hasta los 900 millones en el año 1800, se multiplicó por ocho entre el 1800 y el 2000, alcanzando los 7.500 millones. Este salto imprimió al medio ambiente una huella ecológica muy superior a la de cualquier época anterior, incrementada por unas innovaciones técnicas más agresivas con el medio natural. En un par de siglos se produjo un gran saqueo de la biosfera (Ponting, 1992: 221-241). Se liquidaron cantidades inmensas de organismos vivientes, haciendo retroceder la biodiversidad y poniendo las bases de la Sexta Gran Extinción de especies vivas actualmente en curso y provocada por Homo sapiens. La especie humana disputó con un éxito aplastante el espacio vital de la Tierra a todas las restantes especies. Se pasó de un mundo vacío a un mundo lleno de pobladores humanos (Herman, Daly).

Fractura metabólica y dependencia de la corteza terrestre

El segundo fenómeno fue una fractura metabólica: hasta la revolución industrial la especie humana había vivido, como los otros animales, de los bienes y recursos proporcionados por la fotosíntesis y había usado las energías libres proporcionadas por la naturaleza (radiación solar, viento, etc.). Con la revolución industrial se empiezan a quemar combustibles fósiles, primero carbón, luego petróleo y gas fósil disponibles en el subsuelo de la Tierra. La humanidad abandonó unas energías de flujo, renovables, por otras de stock, no renovables (Tanuro, 2007). Pero, además, las innovaciones científicas y técnicas permiten conocer, descubrir y poner en valor muchos recursos minerales, sobre todo metálicos, antes ignorados. Empieza entonces una carrera para extraer los recursos minerales del subsuelo del planeta. A comienzos del presente milenio la industria utiliza prácticamente todos los elementos químicos de la tabla periódica.

La magnitud de la explotación de los recursos no renovables de la corteza terrestre se echa de ver en las siguientes cifras. La biomasa extraída por las actividades agrícolas, forestales, ganaderas y pesqueras en 1995, expresada en miles de millones de toneladas, ascendía a 10,6, descontando las pérdidas. Por su parte, las rocas y minerales extraídos ascendían el mismo año a 32, descontando los residuos (gangas y estériles) (Naredo, 2007: 52, cuadro 1.1). En otras palabras: la humanidad actual extrae del medio natural tres veces más cantidad —en peso— de recursos abióticos del subsuelo que de recursos bióticos producidos por la fotosíntesis.

Tanto los combustibles fósiles —y el uranio— como los minerales metálicos y no metálicos son recursos no renovables, presentes en cantidades limitadas en la corteza terrestre. Si añadimos los fertilizantes de origen también mineral usados en la agricultura moderna, resulta que las sociedades humanas han dado un salto de gran transcendencia: han pasado de depender de recursos renovables y procedentes de la fotosíntesis a depender de recursos no renovables del subsuelo. Este cambio ha permitido intensificar la producción, obteniendo cantidades muy superiores de bienes (entre ellos más alimentos y medicamentos que incrementan la población humana y su esperanza de vida), proporcionando utilidades y comodidades nunca vistas. Pero intensificar la producción en el marco de un sistema socioeconómico expansivo como es el

capitalismo ha supuesto intensificar también la destrucción. Las mejoras en el transporte han permitido no depender de los recursos cercanos y llegar hasta el último rincón del mundo para proveerse de lo necesario. La capacidad para no depender de los ecosistemas de proximidad alimenta la ilusión de que al ser humano todo le resulta posible, y que no hace falta reparar los daños infligidos al medio. A partir de ahí, el delirio antropocéntrico de dominación ilimitada ha desencadenado una carrera hacia una destrucción creciente de todas las condiciones de vida que no ha dejado de acelerarse.

Redefinir la noción de producción

En este contexto resulta obligado redefinir la noción de producción en la línea propuesta, asociando producción económica con deterioro ecológico (Naredo y Valero, 1999) y proponiendo la tarea previa de minimizar la destrucción y la tarea ulterior de aplicar la regeneración, restauración o reposición como complemento necesario de la producción, a fin de hacer posible una economía sostenible en el tiempo. Hoy se percibe mejor que nunca que nuestros éxitos productivos son indisociables de los "efectos colaterales" destructivos que supone la sobreexplotación de la biosfera y la explotación irreversible de la corteza terrestre bajo el impulso al crecimiento incesante del sistema capitalista. La destrucción asociada a la actual abundancia ha llegado tan lejos que pone en peligro la reproducción mínima necesaria para sostener para toda la población una vida que merezca el calificativo de humana.

¿Qué cabe decir del sistema agroalimentario? Desde sus inicios la agricultura requirió alterar los ecosistemas preexistentes —sobre todo deforestando con el fuego— y reconstruir unos ecosistemas simplificados (agroecosistemas) destinados a asegurar alimentos y otros productos vegetales que han resultado (con excepciones) ecológicamente viables, aunque a menudo empobrecidos desde distintos puntos de vista. Lo mismo puede decirse de la ganadería,

la pesca y el aprovechamiento forestal. A lo largo de la historia muchas comunidades agrícolas han sido conscientes de la necesidad de restauración permanente de la fertilidad de la tierra y han hallado fórmulas perdurables. Actualmente la recuperación ecologista de esta consciencia pone en entredicho las prácticas insostenibles de la agricultura llamada industrial aplicadas desde hace un par de siglos. Se está investigando y ofreciendo alternativas, pero no hay alternativa real sin una agricultura ecológica que no dependa de la energía del petróleo ni de otras aportaciones no renovables de la corteza terrestre. Las modalidades más artificializadas de agricultura moderna (cultivo sin tierra, agricultura vertical, etc.) solo serán prácticas regenerativas viables si pueden prescindir de insumos no renovables.

Por otra parte, en un "mundo lleno" como el actual en el que habrá que renunciar a gran parte del transporte mecánico, deberá garantizarse que la provisión de alimentos sea suficiente y esté al alcance de todos, lo cual implica la máxima proximidad posible entre producción agroalimentaria y consumo, solo viable con una redistribución espacial de las poblaciones humanas: un regreso a la tierra de millones de personas, un éxodo urbano hacia territorios rurales y ciudades medias y pequeñas más próximas a las fuentes de alimentos.

Para numerosas corrientes del pensamiento moderno agricultura, ganadería y pesca se han visto como sectores "tradicionales", incapaces de modernizarse y contribuir significativamente al crecimiento económico por su menor capacidad para introducir aumentos de productividad. Se ha considerado a los campesinos poco menos que una rémora del pasado. Hay que superar esta visión: hay que restituir al sector agroalimentario y a sus protagonistas la importancia vital que tienen. La crisis a la que nos encaminamos los colocará en el lugar que les corresponde: un lugar central en la sociedad.

Las graves incógnitas del saqueo de la corteza mineral de la Tierra

Si persisten las tasas actuales de extracción y reciclado, se llegará a un punto en que los minerales aprovechables de la Tierra no bastarán para unas demandas industriales que no cesan de aumentar. Habrá que adaptarse a cantidades inferiores. El metabolismo industrial solo podría imitar los procesos circulares de la biosfera si la energía usada por el ser humano fuese toda ella renovable y se reciclara el 100% de los materiales, lo cual es imposible. Es oportuno recordarlo cuando los voceros del capitalismo verde ofrecen el paso a una "economía circular" como una solución milagrosa a nuestro alcance.

El agotamiento de los combustibles fósiles y el uranio, previsto para la segunda mitad del siglo XXI, privará a la humanidad de las fuentes energéticas que han alimentado —hasta en un 85%— toda la civilización industrial. Habrá que encontrar fuentes alternativas de energía, que no podrán ser más que las renovables. Pero captar las energías renovables exige espacio y materiales, y las reservas de los metales necesarios para hacer funcionar las infraestructuras de captación no bastan para obtener la cantidad desmesurada de energía que usa la actual sociedad industrial (García Olivares, Turiel et al., 2012). Será preciso reducir drásticamente el uso de energía y, por tanto, de recursos materiales y artefactos. Teniendo en cuenta el volumen de la población mundial y la cantidad y calidad de sus demandas, esta situación planteará retos de muy difícil solución. El drama que amenaza el inmediato futuro radica en haber construido una civilización material sumamente rica, compleja y energívora gracias a una abundancia de energía de stock de elevada densidad que se habrá agotado en el curso de pocos decenios.

El cambio climático puede parecer una amenaza más peligrosa que la perspectiva de un declive energético. Pero ello equivale a ignorar el papel estratégico que desempeña la energía en todas las actividades humanas; y a ignorar también que la emergencia climática solo puede enfrentarse eficazmente suprimiendo la quema de combustibles fósiles. McGlade y Ekins estiman que la quema entre 2010 y 2050 de todas las reservas fósiles conocidas triplicaría las emisiones de CO_2 que mantendrían la temperatura del planeta

por debajo de los 2 ºC, y para evitarlo proponen abstenerse de extraer del subsuelo 1/3 del petróleo, 1/2 del gas y 4/5 del carbón (Van der Ploeg y Rezai, 2017). Pero en ambos casos —tanto si se adopta esta medida de autocontención como si se queman de manera irresponsable todos los combustibles fósiles a nuestro alcance— el problema del suministro de energía sería el mismo. En los dos supuestos la especie humana se encaminaría —con ritmos y efectos diferentes— hacia una dependencia decreciente de los combustibles fósiles y hacia una transición obligada (felizmente obligada) hacia un modelo energético renovable. La necesidad de adaptarse a un modelo energético renovable, dependiente de energías de flujo de densidad menor, no garantizará que se pueda mantener sin cambios importantes la actual civilización material a la que la gente se ha acostumbrado, lo cual impondrá un decrecimiento que puede resultar traumático, a menos que tenga lugar en un marco social completamente nuevo, ecosocialista.

Las estimaciones sobre disponibilidad de los materiales de la corteza terrestre indican que, si siguen los actuales ritmos de extracción, se agotarán los metales y otros materiales estratégicos en períodos que oscilan entre los 40 y los 100 años (Pitron, 2019: 192). Esto augura un futuro en que ha humanidad tendrá que hacer funcionar su sistema productivo con un acervo de recursos que no solo será limitado, sino obligadamente decreciente a partir de un punto determinado, ya que el reciclado no es posible con rendimientos del 100%, de modo que el sistema productivo deberá adaptarse a una cantidad menguante de materiales de la Tierra. Actualmente las cantidades de metales reciclados quedan lejos de las extraídas del subsuelo. El porcentaje de metal reciclado que se destina a la demanda final es para el aluminio del 34-36%, para el cobalto del 32%, para el cobre del 20-37%, para el níquel del 29-41% y para el litio de menos del 1% (World Bank, 2020 [cifras de UNEP 2011]). Si prosiguen las actuales tasas de extracción y reciclado, pues, llegará un momento en que los metales disponibles no bastarán para satisfacer las demandas de unos usos industriales en expansión permanente. Será preciso adaptarse a una dotación menor. Como vio lúcidamente Georgescu-Roegen hace medio siglo, el principal obstáculo a la continuidad del industrialismo es más de materiales que de energía (cf. Naredo, 2017: 75-76).

La finitud de la corteza terrestre, pues, pone un límite a los minerales aprovechables, incluyendo en este límite la cantidad de metales necesaria para un modelo energético 100% renovable y para la digitalización que requeriría dicho modelo con las actuales tecnologías de captación y control digital y con los actuales niveles de uso energético. El actual uso masivo de recursos minerales no renovables es el caso más flagrante de destrucción asociada a la producción porque su extracción es irreversible e irrepetible y la degradación entrópica asociada a su utilización reduce irremediablemente su disponibilidad futura. De cara al porvenir, será inevitable adoptar formas de existencia humana sobre una base material más reducida. ¿Será viable entonces la vida humana? ¿Y la civilización?

No hay respuestas concluyentes a tales interrogantes. La probabilidad de un estado de guerra prolongado por recursos crecientemente escasos es muy alta porque los países más ricos y poderosos tendrán la tentación de acaparar todo lo que puedan a cualquier precio. Pero incluso sin catástrofes bélicas el declive energético —y por tanto también de materiales— traerá consigo regresiones, colapsos y retrocesos en los niveles de complejidad y de civilización imposibles de pronosticar. También cabe imaginar que una pequeña parte de la humanidad pueda llegar a dominar una cantidad suficiente de fuentes de recursos del subsuelo para erigirse (al menos durante un tiempo, antes de agotar su propia base material) en potencia dominante sobre el resto de la humanidad. El desigual reparto de recursos del planeta permite imaginar escenarios de futuro muy variados, incluidas las distopías más devastadoras.

Paradójicamente, puede ocurrir que la finitud de los recursos de la Tierra sea el obstáculo insuperable que logre detener la carrera hacia el abismo. Así como la escasez de metales imposibilita construir una infraestructura de energías renovables que pueda suministrar a la humanidad las cantidades de energía usadas hoy, también hará imposible el despliegue previsto de las redes de comunicación y la digitalización que promueven y celebran los heraldos de dicho progreso. Los sistemas informáticos —incluso antes del despliegue del 5G— utilizan ya cantidades de energía comparables a las utilizadas por toda la aviación civil mundial, y

tienen necesidades en metales escasos que alcanzarán pronto sus límites. El sistema mundial de transporte topará con límites semejantes si se pretende mantener la flota actual de vehículos pero reconvertida a energías renovables: “Transformar la actual flota de vehículos con motor de combustión (990 millones de automóviles, 130 millones de camionetas, 56 millones de camiones y 670 millones de motos) en una flota de vehículos eléctricos requeriría el 33% del litio, el 48% del níquel y el 59% del platino existentes en la corteza terrestre. Esto sería técnicamente factible, pero aun en este caso, podría provocar un aumento enorme de los precios de estos metales y bloquear la demanda de los mismos para otros usos industriales” (Bellver, 2019).

En un horizonte de penuria, la ciencia puede ofrecer innovaciones útiles. La “ciencia de los materiales”, por ejemplo, puede obtener substancias artificiales con las que lograr ciertos servicios con cantidades muy inferiores de masa, como el grafeno, que se fabrica con un elemento muy abundante en la naturaleza: el carbono. La investigación deberá orientarse a la mejora de la eficiencia en energía y materiales. Constituirá sin duda una parte importante de la necesaria transformación de las fuerzas productivas hacia un metabolismo mejorado y simplificado en el seno de una economía humanista sin crecimiento.

Paradigmas ecológico y evolucionista

El corpus teórico marxista no vincula el industrialismo moderno con la fractura metabólica fosilista y la dependencia masiva de los minerales de la corteza terrestre, revelando así que se trata de una visión no ecológica. No haber comprendido la diferencia radical entre un metabolismo basado en la fotosíntesis y las energías libres y otro basado en recursos no renovables y finitos, destinado al callejón sin salida del agotamiento de los stocks del subsuelo, es una debilidad teórica que impide abordar adecuadamente la interpretación del industrialismo y sus perspectivas. Daniel Tanuro (2007) lo ha percibido correctamente cuando dice que ni Marx ni

Engels “parecen haber comprendido que el paso de la leña a la hulla constituía un cambio cualitativo muy importante: el abandono de una energía de flujo (renovable) a favor de una energía de stock (agotable)”. Pero no desarrolla esta idea hasta su desenlace lógico: el paso de la leña a la hulla ha permitido un crecimiento excepcional de las fuerzas productivas que el movimiento inverso —en este caso, del petróleo a la eólica/fotovoltaica— no podrá mantener al mismo nivel y con las mismas formas. Se trata de lo que Alain Gras llama “la trampa de las energías fósiles”. La demanda de energía (de flujo) con las tecnologías modernas acarrea la demanda paralela de minerales, de manera que no se trata de pasar simplemente del uso de recursos de stock al de recursos de flujo, pues los recursos de flujo requieren también bienes de stock, y en grandes cantidades debido al nivel muy alto de consumo y de necesidades al que las poblaciones humanas se han acostumbrado. Será preciso revolucionar las fuerzas productivas, construir una matriz productiva nueva y distinta, asentada sobre un sistema de energías renovables de flujo. Y aceptar las limitaciones de la producción correspondientes.

Un elemento de la perspectiva de futuro que resulta invisible con este marco teórico es que el agotamiento de la matriz energética fosilista imposibilitará la continuidad del capitalismo como sistema socioeconómico basado en la expansión indefinida de la producción de valor y, por tanto, de la apropiación y acumulación de recursos naturales. Este tope —intrínsecamente ecológico— supone un obstáculo para la continuidad del sistema mucho más contundente que el tope social contemplado por Marx y Engels: “la burguesía produce ante todo sus propios sepultureros. Su desaparición y la victoria del proletariado son igualmente inevitables” (Manifiesto del partido comunista). Y este límite ecológico condiciona también el futuro, incluso en la perspectiva del ecosocialismo: habrá que adaptarse a un modelo energético de menor potencia y renunciar a las formas actuales de abundancia material, abundancia que no debe confundirse con bienestar.

Es posible que se haya agotado el tiempo para una salida constructiva y que no nos quede otra alternativa que prepararnos para lo peor. En todo caso, la perspectiva de una u otra forma de colapso ecosocial solo es imaginable a partir de un paradigma

ecológico, no evolucionista (hay que decir también que de Marx siempre cabe esperar sorpresas, pues, como sucede a menudo con los pensadores grandes, era capaz de pensar con gran libertad fuera de sus propios marcos conceptuales. Al comienzo del Manifiesto comunista dice, en efecto, que la lucha de clases a lo largo de la historia ha terminado "siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna" [cursiva añadida]. La observación contrasta marcadamente con el tono evolucionista del texto en que figura y que caracteriza el marxismo tal como se desarrolló tras la muerte de su autor…).

En algo así se resume el cambio de paradigma necesario.

Barcelona, 20 de marzo de 2021

BIBLIOGRAFÍA

Bellver

, José, 2019. "Costes y restricciones ecológicas al capitalismo digital", en Papeles de relaciones ecosociales y cambio global, nº 144. Madrid

Boulding

, Kenneth, 1989. "The Economics of the Coming Spaceship Earth", reproducido ["La economía futura de la Tierra como un navío espacial", pp. 262-272] en Herman E. Daly, comp., Economía, ecología, ética. Ensayos hacia una economía en estado estacionario. México: Fondo de Cultura Económica

— 1992. Towards a new economics. Critical essays on ecology, distribution and other themes. Aldershot-Brookfield: Edwar Elgar Publishing Ltd.

Foster

, John Bellamy, 2000. Marx's Ecology. Materialism and Nature.

New York: Monthly Review Press [trad. castellana La ecología de Marx. El Viejo Topo, 2004].

García Olivares

, Ballabrera,

García

Ladona

y

Turiel

, 2012. "A global renewable mix with proven technologies and common materials", en Energy Policy, 41, pp. 561-574.

Georgescu

-

Roegen

, Nicholas, 1986. "Man and Production", in Maura Baranzini i Roberto Scazzieri (eds.), Foundations of Economics: Structures. An Inquiry in Economic Theory. Oxford-Nueva York, Basil Blackwell, 1986.

Harich

, Wolfgang, 1978. ¿Comunismo sin crecimiento ? Babeuf y el Club de Roma, trad. de Gustau Muñoz y prólogo de M. Sacristán. Barcelona, Materiales [original alemán 1975].

Löwy

, Michael, 2003. "Progrès destructif. Marx, Engels et l'écologie", en Capital contre nature, dir. De Jean-Marie Harribey et M. Löwy. Paris: PUF.

— 2006. "Développement des forces productives ou subversion de l'appareil de production? Une perspective écosocialiste",

Écologie et Politique, nº 32.

— 2012. Écosocialisme. L'alternative radicale à la catastrophe écologique capitaliste. Paris, Mille et une Nuits-Librairie Arthème Fayard [trad. cast.: Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista. Madrid, Biblioteca Nueva, 2012] .

— 2020. XIII Thèses sur la catastrophe (écologique) imminente et les moyens de l'éviter. Mediapart.fr.

Naredo

, Jose Manuel, y

Valero

, Alicia (dirs.), 1999. Desarrollo económico y deterioro ecológico, Madrid: Fundación Argentaria-Visor.

Naredo

, Jose Manuel, 2007. Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas. Madrid: Siglo XXI.

— 2017. Diálogos sobre el oikos. Entre las ruinas de la economía y la política. Madrid: Clave Intelectual.

Pitron

, Guillaume, 2019. La guerra de los metales raros. La cara oculta de la transición energética y digital. Barcelona: Península.

Ponting

, Clive, 1992. Historia verde del mundo, Barcelona: Paidós.

Riba

, Carles, 2011. Recursos energètics i crisi. La fi de 200 anys irrepetibles. Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya

[disponible, también en castellano, en www.upc.edu/idp] .

Sacristán

, Manuel, 1984. “Algunos atisbos político ecológicos de Marx”, en mientras tanto, nº 21 (diciembre 1984) [reeditado en Sacristán, Manuel, Pacifismo, ecología y política alternativa. Barcelona, Icaria, 1987, pp. 139-150] .

Tanuro

, Daniel, 2007. “Énergie de flux ou énergie de stock? Un cheval de Troie dans l’écologie de Marx”, en Europe Solidaire Sans Frontières (26/11/2007).

Tello

, Enric, 2016. “Manuel Sacristán at the onset of ecological marxism after stalinism”, Capitalism Nature Socialism, DOI: 10.1080/10455752.20.

Van der Ploeg

, F., y A.

Rezai

, 2017. “Cumulative emissions, unburnable fossil fuel, and the optimal carbon tax”, en Technological Forecasting and Social Change, n. 116.

World

Bank

, 2020. Minerals for Climate Action: The Mineral Intensity of the Clean Energy Transition. Disponible en https://pubdocs.worldbank.org/en/961711588875536384/Minerals-for-Climate-Action-The-Mineral-Intensity-of-the-Clean-Energy-Transition.pdf [acceso el 16 de febrero de 2022]

POR UN DECRECIMIENTO ECOSOCIALISTA

[44], [45]

Michael Lowy, Bengi Akbulut, Sabrina Fernandes y Giorgos Kallis

El decrecimiento y el ecosocialismo son dos de los movimientos —y propuestas— más importantes del lado radical del espectro ecológico. Por supuesto, no todos los miembros de la comunidad del decrecimiento se identifican como socialistas y no todos los ecosocialistas están convencidos de la conveniencia del decrecimiento. Pero se observa una tendencia creciente de respeto mutuo y de convergencia. Intentemos trazar un mapa de las grandes áreas de acuerdo entre nosotros, y enumeremos algunos de los principales argumentos a favor de un decrecimiento ecosocialista:

El capitalismo no puede existir sin crecimiento. Necesita una expansión permanente de la producción y el consumo, la acumulación de capital, la maximización del beneficio. Este proceso de crecimiento ilimitado, basado en la explotación de los combustibles fósiles desde el siglo XVIII, está conduciendo a la catástrofe ecológica, al cambio climático y amenaza con la extinción de la vida en el planeta. Las 26 COP sobre el cambio climático (Conferencias de las Partes de NN.UU.) de los últimos treinta años ponen de manifiesto la total falta de voluntad de las élites gobernantes para detener el rumbo hacia el abismo.

Cualquier alternativa verdadera a esta dinámica perversa y destructiva tiene que ser radical, es decir, tiene que abordar

las raíces del problema: el sistema capitalista, su dinámica explotadora y extractivista y su búsqueda ciega y obsesiva del crecimiento. El decrecimiento ecosocialista es una de esas alternativas, en confrontación directa con el capitalismo y el crecimiento. El decrecimiento ecosocialista requiere la apropiación social de los principales medios de re/producción y una planificación democrática, participativa y ecológica. Las principales decisiones sobre las prioridades de producción y consumo han de tomarlas las propias personas con el fin de satisfacer las necesidades sociales reales, respetando los límites ecológicos del planeta. Esto significa que las personas, a distintas escalas, ejerzan un poder directo para determinar democráticamente qué se debe producir, cuánto y cómo; cómo remunerar los distintos tipos de actividades productivas y reproductivas que nos sostienen a nosotros y al planeta. Garantizar el bienestar equitativo para todos y todas no requiere crecimiento económico, sino cambiar radicalmente la forma en que organizamos la economía y distribuimos la riqueza social.

Es ecológicamente indispensable un decrecimiento significativo de la producción y el consumo. La primera medida urgente es la eliminación progresiva de los combustibles fósiles, y lo mismo con el consumo ostentoso y despilfarrador de la élite del 1% más rico. Desde una perspectiva ecosocialista, el decrecimiento debe entenderse en términos dialécticos: muchas formas de producción, como las instalaciones que funcionan con carbón y servicios como la publicidad, no sólo deben reducirse sino suprimirse; algunas, como los coches particulares o la ganadería, deben reducirse sustancialmente; pero otras necesitarían desarrollarse: la agroecología, las energías renovables, los servicios sanitarios y educativos, etc. En el caso de sectores como la sanidad o la educación, este desarrollo debería ser, ante todo, cualitativo. E incluso las actividades más útiles tienen que respetar los límites del planeta, no puede existir una producción "ilimitada" de cualquier bien.

El "socialismo" productivista, practicado en la URSS y otras experiencias similares, es un callejón sin salida. Lo mismo

ocurre con el capitalismo "verde", tal y como lo defienden las empresas o los partidos "verdes" mayoritarios. El decrecimiento ecosocialista es un intento de superar las limitaciones socialistas del pasado y los experimentos "verdes".

Es bien sabido que el Norte Global es históricamente responsable de la mayor parte del CO2 en la atmósfera; los países ricos deben, por tanto, asumir la mayor parte del proceso de decrecimiento. Pero creemos que el Sur Global no debe intentar copiar el modelo productivista y destructivo de "desarrollo" del Norte, sino buscar un enfoque diferente, haciendo hincapié en las necesidades reales de las poblaciones en términos de alimentación, vivienda y servicios básicos, en lugar de extraer más y más materias primas (y combustibles fósiles) para el mercado mundial capitalista o producir más y más coches para las minorías privilegiadas.

El decrecimiento ecosocialista implica también la transformación, mediante un proceso de deliberación democrática, de los modelos de consumo existentes: por ejemplo, el fin de la obsolescencia planificada y de los bienes no reparables; de los modelos de transporte, por ejemplo, reduciendo en gran medida el transporte de mercancías en barcos o camiones (gracias a la relocalización de la producción), así como el tráfico aéreo. En definitiva, es mucho más que un cambio en las formas de propiedad: se trata de una transformación civilizatoria, un nuevo modo de vida basado en valores de solidaridad, democracia, igualdad en libertad y respeto a la Tierra. El decrecimiento ecosocialista apunta hacia una nueva civilización que rompe con el productivismo y el consumismo, a favor de la reducción del tiempo de trabajo y, por tanto, de más tiempo libre dedicado a las actividades sociales, políticas, recreativas, artísticas, lúdicas y eróticas.

El decrecimiento ecosocialista sólo puede ganar a través de una confrontación con la oligarquía fósil y las clases dominantes que controlan el poder político y económico. ¿Quién es el sujeto de esta lucha? No podemos vencer al sistema sin la participación activa de la clase trabajadora

urbana y rural que constituye la mayoría de la población y que ya está soportando el peso de los males sociales y ecológicos del capitalismo. Pero también tenemos que ampliar la definición de la clase trabajadora para incluir a quienes se encargan de la reproducción social y ecológica, las fuerzas que ahora están a la cabeza de las movilizaciones socioecológicas: los jóvenes, las mujeres, los pueblos indígenas, los campesinos y campesinas. Una nueva conciencia social y ecológica surgirá a través del proceso de autoorganización y resistencia activa de los explotados y oprimidos.

El decrecimiento ecosocialista forma parte de una familia más amplia con otros movimientos ecológicos radicales y antisistémicos: el ecofeminismo, la ecología social, el Sumak Kawsay (el "Buen Vivir" indígena), el ecologismo de los pobres, Blockadia, el Green New Deal (en sus versiones más críticas), etc. No buscamos ninguna primacía, sólo pensamos que el ecosocialismo y el decrecimiento tienen un marco diagnóstico y pronóstico compartido y potente que ofrecer junto a los marcos de estos movimientos. El diálogo y la acción común son tareas urgentes en la dramática coyuntura actual.

NOTAS

1 . Jorge Riechmann, al hallarse en París en el último trimestre de 1989, tuvo la fortuna de seguir de cerca la gestación del texto y llevar una copia (aún como tiposcrito/ manuscrito del original en francés) a Barcelona en las navidades de 1989-90.

2 . No es por ninguna clase de "chovinismo ecosocialista" por lo que nos interesa evocar y reivindicar aquí una tradición muy temprana de ecosocialismo europeo: la del colectivo aglutinado alrededor de Manuel Sacristán (1925-1985) y la revista mientras tanto (1980 hasta hoy). Desde los años 1970 este grupo, desde Barcelona y (en menor medida) otras ciudades del Estado español, formuló la necesidad de una revisión muy a fondo de las tradiciones emancipatorias de los movimientos obreros que se hiciera cargo de los problemas "nuevos" que aparecían en el mundo post-1968, y emprendió este trabajo. Se trataba de las problemáticas que evidenciaban "nuevos" movimientos sociales como el feminismo, el pacifismo antinuclear y el ecologismo. Sacristán, seguramente el pensador marxista de mayor calibre criado en tierras hispanas, fue capaz de emprender una autocrítica temprana de su propia tradición (el comunismo terzointernacionalista) a la luz de los "nuevos" problemas civilizatorios y el aldabonazo propinado por el primero de los informes al Club de Roma sobre Los límites del crecimiento (1972).

Parece necesario reivindicar esta línea de pensamiento y praxis no por ninguna clase de "chovinismo ecosocialista", como decíamos, sino por el valor sustantivo de sus aportes. Y es que resulta bastante paradójico denunciar, por ejemplo, el imperialismo económico que practica la teoría económica convencional (el marginalismo neoclásico) al mismo tiempo de quedar preso en el imperialismo lingüístico de ignorar todo lo que no se escribe en inglés (como le sucede a Clive Spash al hacer un rápido recuento de autores

ecosocialistas en Spash, 2020: 55). Ítem más en lo que se refiere a ese enjundioso libro: ¿cómo se puede trazar un itinerario y propuesta de reconstrucción de la economía ecológica ignorando la obra capital de José Manuel Naredo?

Igualmente, resulta un poco extraño que Facundo Nahuel Martín, en su ensayo recogido en este volumen, recuerde a teóricos eco-marxistas "de primera generación" como O'Connor o Löwy, y en cambio no mencione a Sacristán, ¡que escribe en su propia lengua, y no en inglés o francés! Por fortuna, el desconocimiento sobre el trabajo de Manuel Sacristán y su escuela en América Latina va superándose a través del trabajo de estudiosos como Ariel Petruccelli (editor, junto con Salvador López Arnal, de la Antología esencial de Sacristán publicada por ed. Marat, Buenos Aires 2021).

3 . Resulta de enorme interés la apuesta de al menos algunos sectores del PCE por el decrecimiento, que se evidencia en este número monográfico de Nuestra Bandera. Se trata, como señala Sempere en su texto, de "detener el crecimiento económico y reducir los consumos exagerados de hoy. En lo esencial, ése fue el diagnóstico y la propuesta del estudio de Donella Meadows y colaboradores titulado Los límites del crecimiento, encargado por el Club de Roma y publicado en 1972. Puede formularse también así: decrecer al menos hasta alcanzar una huella ecológica de la humanidad compatible con la capacidad de la Tierra de darnos medios para una vida humana aceptable. Y una vez alcanzado cierto equilibrio entre población y recursos, mantener sistemas económicos sin crecimiento o de estado estacionario. Estos son los parámetros que obligan a asumir el decrecimiento como objetivo ineludible y urgente" (p. 29).

Eva García Sempere, coordinadora federal del Área de Ecología y Medio Ambiente de Izquierda Unida, aboga por la "disminución de la producción económica con el objetivo de establecer una nueva relación de equilibrio entre el ser humano y la naturaleza, pero también entre los propios seres humanos entre sí", pues "la anhelada transición ecosocial no será posible sin una drástica disminución del uso de los recursos (…). La cuestión clave no es decrecimiento sí o decrecimiento no, sino qué tipo de

decrecimiento, quién va a decrecer y, sobre todo, cómo lo vamos a hacer" (García Sempere, 2021: 17, 19 y 21).

Tiene también mucho interés, de cara a estos debates, el número semimonográfico de Viento Sur que han coordinado Juanjo Álvarez y Martín Lallana: Crisis sistémica y estrategias ecosociales, en Viento Sur 176, junio de 2021; https://vientosur.info/category/revista/vientosur-no-176/

4 . Una versión anterior de este texto se publicó en la revista digital mientras tanto, 20 de septiembre de 2019.

5 . Los números entre paréntesis remiten a las páginas del número 41 de la revista (en papel) mientras tanto, publicada en el verano de 1990.

6 . Una versión anterior de este texto se publicó en Nuestra bandera 244 (monográfico ANTE LA CRISIS ECOSOCIAL, cuarto cuatrimestre de 2019).

7 . Frieder Otto Wolf, doctor por la Universidad de Kiel y profesor en otras en Alemania y Portugal, profesor honorario de la Universidad Libre de Berlín, participó en los primeros años de Los Verdes alemanes (Die Grünen) y fue uno de los autores del primer Manifesto ecosocialista en 1989, que catalizó debates sobre izquierda y ecología e inspiró la creación de corrientes ecosocialistas en organizaciones políticas. En el otoño de 2019, Pablo Ruiz de Aretxabaleta conversó con él en Bilbao. Esta entrevista se publicó en Gara el 3 de octubre de 2019, y Wolf la ha revisado expresamente para esta edición en febrero de 2021.

8 . Término acuñado por la doctora Kimberlé Crenshaw al analizar

las dobles opresiones que sufren mujeres racializadas y cómo las opresiones no se expresan de forma aislada sino interrelacionadas.

9 . Resulta lamentable, en ese sentido, que todavía en 2019 o en 2020 se propongan desde ciertos sectores ecosocialistas orientaciones políticas que de facto niegan los límites biofísicos del planeta Tierra y la situación actual de overshoot (extralimitación). Un ejemplo que da mucho que pensar es el artículo de Matt T. Huber “Una política ecológica para la clase trabajadora”.

10 . Sin que esta constatación suponga ningún determinismo acerca de las trayectorias y configuraciones concretas de colapso que puedan materializarse en el futuro. Reflexión muy valiosa al respecto en García (2021).

11 . Una versión anterior de este texto se publicó en la web de la revista Viento Sur el 2 de diciembre de 2020.

12 . El libro de 2015 de Jason W. Moore El capitalismo en la trama de la vida ha sido publicado en español por Traficantes de Sueños (2020).

13 . Tal y como escribe el autor, “los activistas que alcanzaron la mayoría de edad mientras interiorizaban la resaca de aquella coyuntura aprendieron a idealizar las redes horizontales, despreciar los liderazgos, mofarse de los programas políticos, denunciar la idea de la conquista del Estado —tachándola como vía directa al gulag— y abrazar un anarquismo al por mayor o unos eslóganes cuasianarquistas como cambiar el mundo sin tomar el poder” (Malm, 2020: 176).

14 . En su libro Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI, el sociólogo Erik Olin Wright sostiene que existen cinco estrategias anticapitalistas posibles: aplastar al capitalismo; desmantelarlo; como intenta hacer la socialdemocracia, domesticarlo; como forma de moderar algunas de sus más intolerables desigualdades, resistirse a él desde un afuera del Estado; y huir de él de forma individualista (Wright, 2020). Aunque el autor aboga por una erosión del capitalismo al estilo de los neorreformismos, algo por lo que no se está apostando en este texto, sí se señala la utilidad de esta distinción para clarificar a qué nos referimos cuando hablamos de estrategia.

15 . La crisis climática es más que una cuestión de vida o muerte. Tal y como estamos viendo, la crisis climática no se parece en nada a una muerte súbita. Se multiplican los fenómenos climáticos extremos como las olas de calor, de forma que el 37% de muertes por calor en el mundo pueden atribuirse al cambio climático, y más de un millón y medio de personas en el mundo se desplazan debido a catástrofes naturales, generando un nuevo fenómeno que es el de los refugiados climáticos (Vicedo-Cabrera y otros, 2021).

16 . Este sería el planteamiento de, por ejemplo, Héctor Tejero y Emilio Santiago Muíño (Tejero y Santiago Muíño, 2019) que reflexionan sobre un GND en el Estado español.

17 . Dos buenas referencias para saber más de estos enfoques serían la propuesta de “economía rosquilla” de la economista Kate Raworth (2018) y la economía política feminista de Astrid Agenjo (2021); aunque Agenjo sí se compromete con la vía estratégica de la interseccionalidad y el feminismo del 99%, que como se verá presenta algunos problemas.

18 . Gramsci escribía que “el único camino para buscar el origen de

la decadencia de los regímenes parlamentarios es […] investigar en la sociedad civil; y ciertamente que en este camino no se puede dejar de estudiar el fenómeno sindical; […] aquel típico por excelencia, o sea de los elementos sociales de nueva formación, que anteriormente no tenían 'vela en este entierro' y que por el solo hecho de unirse modifican la estructura política de la sociedad". En "Maquiavelo" C15, §47 (Gramsci, 2000).

19 . "Hay una característica común en el desarrollo, o para ser más exacto, en la degeneración de las modernas organizaciones sindicales de todo el mundo; su acercamiento y su integración al poder estatal. Este proceso, es igualmente característico de los sindicatos neutrales, socialdemócratas, comunistas y anarquistas. Este solo hecho demuestra que la tendencia a integrarse en el Estado no es propia de tal o cual doctrina, sino que proviene de las condiciones sociales comunes para todos los sindicatos" (Trotsky, 2010: 126).

20 . "Fuera del trabajo, todo estará prohibido", visto en Twitter: https://twitter.com/barthaeck/status/1317358203475288067?s=21

21 . Malm señala: "El enemigo es el capital fósil" (Malm, 2020: 23), pero aquí el adjetivo no hace más que aclarar un aspecto concreto de ese capital. El enemigo es el capital, que es inherentemente fósil, así como es inherentemente patriarcal y colonial.

22 . Una serie de artículos notables sobre la cuestión son los de Josefina Martínez, "Ni posmos ni rojipardos" (Martínez 2021).

23 . Disponible una entrevista aquí: https://www.izquierdadiario.es/Adrien-Cornet-trabajador-de-la-refineria-

Total-Nuestra-lucha-deja-lecciones-para-el-conjunto-de-la [consultada el 14 de agosto de 2021].

24 . Así lo explicaban Amis de la Terre en una publicación que hicieron a tal efecto. Disponible en: https://www.amisdelaterre.org/wp-content/uploads/2021/01/decryptage-plan-raffinerie-grandpuits.pdf [consultada el 20 de julio de 2021].

25 . La siguiente Declaración fue redactada por un comité elegido para este fin en la Conferencia Ecosocialista de París de 2007 (Ian Angus, Joel Kovel, Michael Löwy), con la ayuda de Danielle Follett. Fue distribuida en el Foro Social Mundial en Belem, Brasil, en enero de 2009. La Declaración fue respaldada por cientos de activistas de varias decenas de países. Publicada en www.ecosocialistnetwork.org ; traducción de Codo a Codo.

26 . Michael Löwy es profesor, autor y activista franco-brasileño. Junto con Joel Kovel es coautor del Manifiesto ecosocialista de 2001. Texto original en francés de esta contribución: https://www.letusrise.ie/rupture-articles/2wl71srdonxrbgxal9v6bv78njr2fb. Traducción de Viento Sur publicada el 30 de octubre de 2020en https://vientosur.info/ecosocialismo-y-o-decrecimiento/

27 . Giacomo d'Alisa es investigador posdoctoral en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coimbra y miembro fundador del colectivo Research & Degrowth en Barcelona. El original inglés de este texto se publicó aquí: https://undisciplinedenvironments.org/2021/02/09/ecosocialism-versus-degrowth-a-false-dilemma/

La traducción castellana, de Viento Sur, se publicó el 22 de febrero de 2021: https://vientosur.info/ecosocialismo-o-decrecimiento-un-

falso-dilema/

28 . Reproducido en este mismo volumen, y antes publicado en la web de Viento Sur el 30 de octubre de 2020; https://vientosur.info/ecosocialismo-y-o-decrecimiento/

29 . https://systemicalternatives.org/2014/03/05/manifiesto-ecosocialista/

30 . https://www.huffingtonpost.es/giorgos-kallis/la-izquierda-deberia-abra_b_8647786.html

31 . https://www.degrowth.info/en/catalogue-entry/the-degrowth-spectrum-convergence-and-divergence-within-a-diverse-and-conflictual-alliance/

32 . https://undisciplinedenvironments.org/2017/01/31/the-labors-of-degrowth/

33 . https://www.degrowth.info/en/catalogue-entry/the-political-economy-of-degrowth/

34 . https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0921800917304913

35 . Publicado en la web de Viento Sur el 26 de febrero de 2021; https://vientosur.info/decrecimiento-socialismo-sin-crecimiento/.

Original inglés publicado el 10 de febrero de 2021: https://braveneweurope.com/timothee-parrique-giorgos-kallis-degrowth-socialism-without-growth

Este artículo constituye la versión breve de un texto más extenso de Giorgos Kallis: https://www.15-15-15.org/webzine/2018/04/28/socialismo-sin-crecimiento/

36 . Aaron Bastani, Fully Automated Luxury Communism, Verso Books 2020; https://www.versobooks.com/books/3156-fully-automated-luxury-communism

37 . Jason Hickel, “A response to McAfee: no, the ‘Environmental Kuznets Curve’ won’t save us”, 10 de octubre de 2020: https://www.jasonhickel.org/blog/2020/10/9/response-to-mcafee

38 . Timothée Parrique, Barth J., Briens F., C. Kerschner, Kraus-Polk A., Kuokkanen A., Spangenberg J.H.: Decoupling Debunked. Evidence and Arguments Against Green Growth as a Sole Strategy for Sustainability, julio de 1019; https://eeb.org/library/decoupling-debunked/

39 . Giorgos Kallis, “Socialism without growth”, Capitalism Nature Socialism vol. 30, nº 2, 2019; https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/10455752.2017.1386695?journalCode=rcns20&

40 . Shirin M. Rai, Catherine Hoskyns y Dania Thomas: “Depletion. The cost of social reproduction”, International Feminist Journal of Politics vol. 16, nº 1, 2014; https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/14616742.2013.789641

41 . https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0973082620302933

42 . https://www.johnhuntpublishing.com/zer0-books/our-books/austerity-ecology-collapse-porn-addicts

43 . Publicado en mientrastanto.e 200, abril de 2021; http://www.mientrastanto.org/boletin-200/ensayo/revolucionar-y-ecologizar-las-fuerzas-productivas Versión modificada del artículo publicado con el mismo título en Revista de Economía Crítica, nº 30 (segundo semestre de 2020).

44 . Publicado originalmente en Monthly Review, 1 de abril de 2022, https://bit.ly/3F3dfcj

45 . Traduccion del inglés: Neus Casajuana.